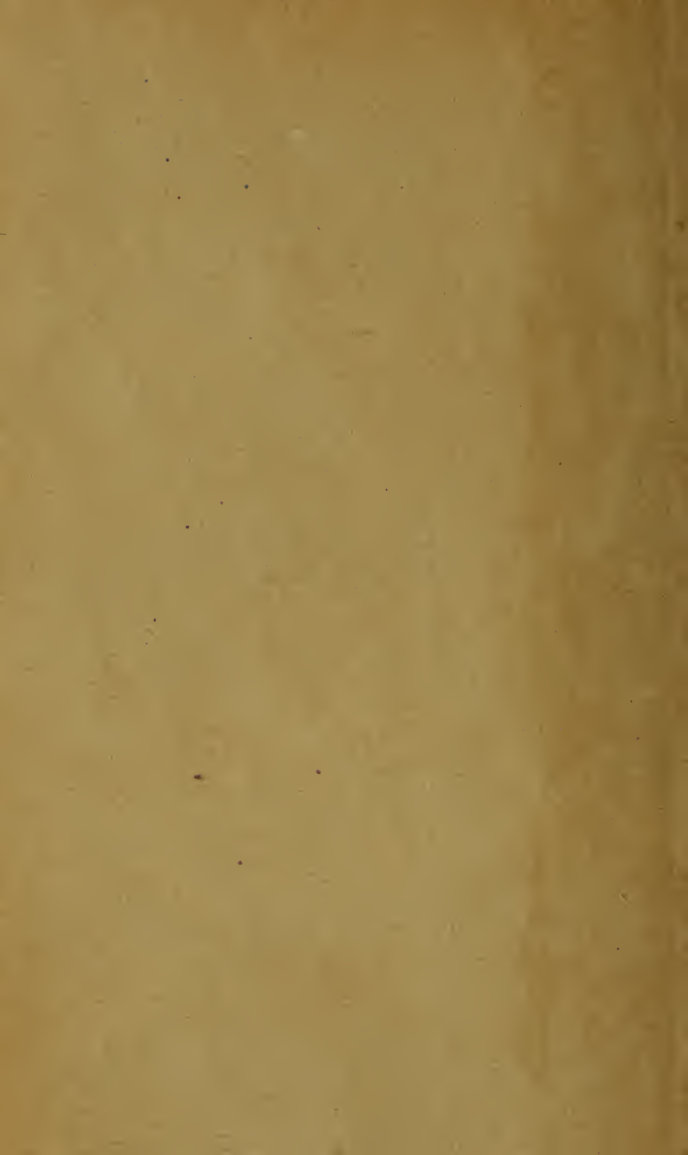

3 1761 09545009 4







LA TIERRA DE CAMPOS

(SEGUNDA PARTE)

DEL MISMO AUTOR

La Tierra de Campos.—Novela original. Madrid, 1897. Un tomo en 8.º, 3 pesetas.

LA
TIERRA DE CAMPOS

(SEGUNDA PARTE)

NOVELA ORIGINAL

POR

RICARDO MACÍAS PICAVEA

MADRID
LIBRERÍA DE VICTORIANO SUÁREZ
48 — PRECIADOS — 48
1898

MADRID: 1898.—Imp. y encuadernación de G. Juste, Pizarro, 15.

I

EN LA ERA

I

—¿Tornamos ya, tío Blas?

—A tornar. Están al caer las doce.

Honda y seca tosecilla desvaneció la frase final en los temblorosos labios del antiguo mayoral de Don Ildefonso, ahora, con igual rango, al servicio de su hijo Don Manolo.

Pararon los grandes trillos de acero, arrastrados cada uno por tres poderosas mulas, dióse suelta á los animales, que se lanzaron respingando sobre montón de bálago próximo, y los mozos acometieron briosamente su faena.

Con la removida paja las horquillas levantaban nubes de polvo ardiente, impregnadas en ese olor característico de la miés en la era, no sé qué tufo de nodriza en la plenitud de sus funciones alimen-

tadoras. El bálago se esponjaba, y los múltiples restallidos de la paja al espurrirse formaban la más rústica y alegre música. Lejos oíase el chirrido estridente de la cigarra, cual rumor de tizones encendidos, llevando el acorde.

Mediaba Julio, y el sol alumbraba como ascua monstruosa que se metiese por los ojos. Reverberaciones de hoguera sacudían á veces el ambiente cual gigantescas llamaradas barriendo y asolando de un extremo á otro la inmensa planicie de Campos, terrosa y retostada. El horizonte caliginoso tenía ese matiz rojo-blanco del metal en los altos hornos... Parecía vivirse dentro de un incendio....

Los demás agosteros pusiéronse también á rematar con urgencia tareas próximas á su fin, ganosos de la comida y del descanso. Todos andaban medio desnudos: la estoposa y arremangada camisa, semicubriendo ella sola el torso del requemado cuerpo; la mayor parte, en calzoncillos; casi sin excepción, descalzos de pié y pierna. Unos tornaban, como hemos dicho, la trilla; otros acababan de perfilar enorme parva; otros hacían funcionar dos grandes limpiadoras, cuyo traqueteo parecía ahogado por la pesadez ardiente de la atmósfera; otros, en fin, descargaban enorme carro de miés, acabado de llegar de un pago lejano. Dos mozos recogieron el ganado disperso, formaron con él grandes reatas, y, montando sobre su mula cada uno, bajáronlas á beber á la extensa balsa surtida de las fuentes y manantiales que,

como es sabido, dan nacimiento al copioso regato del pueblo, afluente del Sequillo.

En aquel momento, jinete en hermoso tordo, entraba en la era el propio Don Manolo, parábase junto á la trilla, y, abarcando con la mirada el conjunto, manifestaba al tío Blas, que había acudido:

—A las tres ha de concluirse esta trilla, para levantarla en el acto y que entren hoy mismo esos carros que están esperando (señalaba á un montón próximo de bálago). Si no, vamos á andar muy mal, Blas. Los segadores nos han tomado mucha delantera, y tenemos demasiada miés por acarrear tendida en las tierras.

—No estoy descuidado, no crea. Ahora acabo de ordenar eso mismo. Pero también le he dicho que nos falta ganado, y eso es lo que nos hace andar algo arreados, á mi ver. ¡Siquiera una parejilla..!

—Mañana mismo aquí la tiene. Al abuelo Juan, de Mauda, le sobra este año, y ya se la he pedido.

—Entonces á acarrear va, y ya verá qué pronto sacamos lo atrasado.

—Chachos, ya está ahí la comida,—voceó uno de los mozos con placentero grito, dirigiéndose á los dispersos agosteros y tirando con resuelto brío el bieldo con que aparvaba magno montón dispuesto para la limpia.

Todos volvieron la cabeza en dirección del pueblo, y así que descubrieron las esperadas cestas traídas á hombro por dos recios motiles, expresión general de satisfacción suavizó los ateza-

dos semblantes, aflojáronse los duros músculos, cayó de golpe en la inercia la voluntad del trabajo cual máquina á quien se corta la transmisión de la fuerza, y en el acto comenzaron á soltar horquillas, bieldos, aparvadoras y demás aperos é instrumentos propios del caso, cesando en sus varias faenas y dirigiéndose lenta y desperdigadamente, con esa indiferente gravedad propia del castellano viejo, en demanda de la sombra de la cabaña, donde la apetitosa refacción del mediodía iba á juntarles.

—La hora de comer, tío Blas,—declaró Manolo.

—A ello. Yo voy á hacer lo propio, pero me parece que vuelvo enseguida. Hoy pienso dormir aquí la siesta para andar más á la mano del trabajo. Hay mucho que hacer. Conque ¿hasta luego, eh?

—Vaya con Dios, vaya con Dios, Don Manolo.

Picó la ardiente jaca, que salió disparada al trote, y el viejo Blas, apoyado sobre un bieldo, quedóse como clavado viéndole alejarse, mientras se le entenebrecía el rostro, abstraíasele la mirada, y refunfuñaba caviloso, moviendo imperceptiblemente la cabeza con amarga pena:

—¡Pobre Don Manolo! ¡Ya la está pagando más de la cuenta..! Hasta á dormir la siesta le van echando fuera de casa. ¡Si se verá el infeliz desesperado! «Hasta luego, Blas», díceme el pobre para disimular. «Volveré á dormir la siesta con vosotros; hay mucho que hacer.» Y piensa que me engaña. ¡Engañarme á mí! Ahora, entre la tía bruja y la hipócrita mosquita muerta, le arañan el co-

razón, le chupan la substancia de los sesos, y me le dejan sin acción y sin chispa de sentido. Defenderse, bien se defiende el pobre; pero no puede. Les ha cogido miedo, y ya no sabe ganarse un poco de paz si no huyendo... Y aquí se viene el desgraciado, á dormir la siesta como un obrero entre los obreros..., que tampoco le entienden... Está buena la descendencia de aquellos Bermejos que parecían...

—¡Tío Blas!.., ¿viene á comer ú qué hace?

Esta interpelación, voceada estruendosamente desde la cabaña, cortó en seco el hilo á las tristes meditaciones del viejo mayoral, quien, echándose al hombro pesadamente el bieldo que de sostén le servía, dió media vuelta, y rompió á andar con lento paso hacia donde todos sus agosteros, reunidos, impacientes le aguardaban.

II

El piso estaba lleno de paja machacada y desperdicios de la era. Mantas, chaquetones y sacos viejos de estoposa lona andaban arrumbados en montón junto á una pila de bálago desgranado aparvada contra la cabaña. Allí, al aire libre y á la sombra por dicha cabaña proyectada, habíanse deparado las cazolonas y enormes fuentes de recia talavera que contenían la comida, y, repartidas en derredor las «cuchares» de madera, peltre ó hierro (pues de todo había en la viña del Señor), los agosteros dieron principio «á la comedia» ó, tam-

bién, «á la batalla del pan tierno», frases entre ellos sacramentales para expresar con rústica retórica el interesante acto de sus nada sobrias comidas.

Pocos trabajadores en Europa (contra lo que han dado en propalar — declara aquí el maudense, —algunos mal informados sociólogos), se mantendrán con tan suculenta y abundosa ración, muy más que de sostén, como la mayoría de nuestros trabajadores rurales, singularmente si son de Campos, y, sobre todo, en el verano. Pan de lo más selecto; legumbres y hortalizas, á placer; carne y bacalao, nada escasos; torreznos, muy frecuentes; chorizos sabadeños, poco menos que á diario; algún queso del país: todo con muy buenos condimentos y apetitosos, aunque rústicos, aderezos, y en cantidad suficiente para hinchar las medidas de los más glotones. Y el vinillo hicoplás (aguas llaman otros ó rezumos de las madres que entonan las cubas)—fresco, sano, apetitoso—pue de decirse que sin tasa. ¿Cabe mayor regalo á estómagos recios y paladares sencillos? Ni más cumplida alimentación tampoco.

¿Qué obreros de *extranjis*, fuera de los obreros finos y peritos de los grandes centros industriales, así se tratan? ¡Para ellos está el pan de trigo! Apenas lo catan en solemnidades. El de centeno, patatas á todo pasto, y untos variados de variadas grasas, desde el sebo de carnero (lo más exquisito en el género) hasta la manteca de... margarina y otros sucedáneos de análoga alquimia: hé aquí

sus manjares ordinarios. De vino no hablemos. Néctar es éste, que sólo los príncipes de la sangre ó del negocio usan á diario desde poco más arriba de los Pirineos hacia el Norte. El bracero dispone allí, para el consumo, de agua más ó menos potable, borra de espesa cerveza, y variedad de alcoholes, unos más venenosos que otros. Así comen y beben, poco más ó menos, el vaquero holandés, el leñador tcheque ó tudesco, el mujik ruso, y tantos otros rurales ultrapirenáicos, no obstante ser ciudadanos de espléndidas civilizaciones ó pueblos poderosos.

Cierto que los españoles en esto de la civilización y el poderío andamos, hoy por hoy, manga por hombro, pero tampoco nos tratamos á carne de perro, en cuanto trabajadores del campo digo, y váyase lo uno por lo otro. Eso de producir millones de hectólitros de trigo, como el siervo de las tierras negras moscovitas, para que otros los panifiquen y consuman; de criar delicadas hortalizas y manipular quesos exquisitos, cual los campesinos walones, para que paladares ajenos con ellos se regalen; de cultivar y preparar, en fin, como tantos productores agrícolas de la culta Europa, mil deliciosos manjares, para no catarlos si no es de narices ú ojos, atentos, en primer término, á que no se menoscabe la exportación con detrimento de la balanza de comercio, género es de perfección ó adelanto al que todavía no hemos llegado.

Somos más rústicos que todo eso, tanto que en

nuestra rustiquez nos erigimos en primeros consumidores de los propios productos, de modo que tal vez los mejores trigos, vinos, garbanzos, frutas..., quédanse inéditos entre los mismísimos cosecheros indígenas de Campos, Toro, Fuentesauco, Aragón, la Rioja y demás aborígenes. Sin que por esto deje de darse el tipo del productor altruista entre nosotros...; pero por excepción. Lo normal entre españoles es la de Juan Palomo; de suerte, que sólo lo que sobra es lo que, según las prescripciones de la más sana, legítima, primitiva y clásica de las Economías, se entrega á las contingencias del comercio.

Y no es que los obreros rurales sean aquí siempre tratados con el regalo de agosteros. ¡Para qué querían más día de fiesta! Pero menos de con pan de trigo y vinillo de la tierra no han de alimentarse en todo tiempo..., si es que se alimentan...

La tribu veraniega que tío Blas capitaneaba, hizo, como siempre, los honores á las sopas, la garbanzada, el tasajo y los sabadeños de la bien aderezada olla que á la hora de las doce correspondía, entreverando los materiales sólidos con más que frecuentes rondas de lo tinto, y aun algún trago de los frescos botijos, todo á chorro limpio.

Los unos comían echados cuan largos eran, otros en cuclillas, otros sentados sobre escriños ó aperos inválidos, algunos en pié, sin dejar un punto de agitar manos ni lenguas. Según las encarnaduras.

—Hoy, poca conversación, chachos —manifestó, al fin, el tío Blas, trasegando el último sorbo.— No hay que mermar la siesta, porque vamos á poner pronto los huesos en punta. ¡Miá tú, el amo va á volver pa pasar él también la siesta en la era y echarse de con antes á ver el acarreo!

—¡Me pae á mí, tío Blas, con perdón, que á lo que el amo viene aquí es haciendo fú de su casa!

—¡Habrá bruto!

—¡Pué que no lo siá tanto! ¿Cree que nusotros, aunque mandaos, no nos la calamos?

—Lo que vosotros os caláis es mucha malicia cerril con quien os da de comer y más aquél del que os merecéis.

—¡Güeno!; ¡güeno! Asín será, y bien sabe que tampoco repuchamos nusotros lo mú cumplido que es el amo. ¡Demasiao! Pero ¡ámos!, ¿quién me diz á mí que la su cabeza no está pior que la mesma nuestra? ¡Si fuá su padre! Aquél era un hombre, tío Blas, un hombre de veras.

—De los nuestros— apoyó en el acto otro mozo, con visible fruición.

—Pos al rispetive de lo que estáis hablando de Don Ilefonso. Ya sabís—añadió un tagarote con barbas de chivo—lo que ahora se diz por el pueblo: que güelve.

—¡Por el atajo! Pero ¿te crees tú que no hay más que golver de tierra de salvajes? Ni ganas tampoco, por de contao. ¡Miá qué, cuando á Don Ilefonso se le mete un magín en la mollera, cualquiá se lo saca!

—¿De móo que no güelve? Pos no sé qué se le ha perdío á él en eso de Güenos Aires pa pasarse allí toa la vida.

—Es que tampoco está mesmamente en Güenos Aires, tío Trabuca; está en los desiertos de la América.

—Lo sé tanto como tú, miá qué: cazando burros salvajes y güeyes salvajes pa traer las pieles y los tasajos y los güesos pa la España y otros países. Y que así diz que muchos se hacen millonarios por allá, como se hizo el mesmo Garzón, pongo por caso.

—Me pai mentira que aquel señor fuá á parar tan allá con los sus huesos. Lo cual que ya le podían buscar por aquí, ¿eh?

—Seis años va de ello, y propiamente, como si fuese antiér, se me está representando el día.

—¡Pobre Don Ilefonso! Llevaba él mucho resquemor y mucho veneno en la sangre, pa no hacer una sonada. ¡Y con el genial que tenía!

—Digo, me caso en diez, que no sé cómo el hijo no se murió de asco propiamente, cuando lo supo. ¡Todo, por sus casorios de Dios!

—¡Pues, si quiés más! Ya ves el tiempo que estuvo el hombre como de remate.

—¿Y se ha puesto güeno entadía? Ese casca de la cabeza. ¡Mirai que hace unas cosas! Su padre no paró hasta las Américas de Güenos Aires, pero él no para hasta los Orates de Vallaolí. Lo heis de ver.

El tío Blas, vuelto de espaldas al corro y mi-

rando hácia el pueblo, torvo y cejijunto, parecía no hacer caso ni oir siquiera la conversación que tras él sonaba.

De pronto, doblando la línea que recortaba el horizonte de la era, empinada sobre el lomo de una suave ondulación del terreno á la entrada de la villa, surgió medio escapado el fogoso tordillo de Don Manolo, al tiempo mismo que el tío Blas se revolvía, ordenando:

—¡Ea, basta de burradas! A la siesta. ¡Y cuenta con estar listos cuando sos llame!

Produciéndose en el acto el rompan filas y la desbandada de la horda agosteril. Cada quisque se escurrió por la su vera, unos hacia apartado picón de la cabaña, otros al amparo de la paja y los montones, otros entre los carros, algunos en los rincones mismos de las cuadras, todos al abrigo de cualquier frescura ó sombrajo, dispuestos á dormir de un sólo tirón, con sueño de materia inerte, poco más de una hora bien cumplida.

III

Manolo echó pié á tierra, entregó á un motil jaca y espuelas, y dirigióse incontinenti hacia un extremo de la era, desde donde se columbraban las puntas de los chopos que iniciaban las frescas alamedas de la hondonada, cuenca del ya aludido regato. Allí, junto á un gran montón de bálago, habíase deparado bien aparatada sombra con viejo trillo puesto contra el sol á modo de biombo, buen

número de manojos traídos de las viñas, y algunas ramas llenas de verde hojarasca en cualquier olma cortadas, formando todo ello rústica fábrica á manera de choza informe, en cuyo seno, cara al fresco que de las huertas y choperas subía, gozábase de muy densa sombra y tibieza del ambiente. El suelo no podía estar más mullido por el mucho bálago desgranado que sobre él amontonado había.

Llegar hasta él y tirarse desplomado como cuerpo que sin voluntad se derrumba, fué todo uno. Quedó medio inclinado, con la cabeza apoyada en la derecha mano, el sombrero de paja en la siniestra, fruncido el semblante por pliegues tempestuosos y sombríos, la incierta mirada lanzada más allá de los penachos arbóreos surgientes del próximo soto hacia espacios que más, sin duda, salíanle de dentro que fuera los veía.

¡Cuán mudado estaba! La limpia blancura del rostro habíase tornado en atezada color terrosa y curtida; prematuras arrugas hijas de internas erosiones del espíritu, y resquebrajamientos de la piel causadas por los azotes del viento, bochornos del sol, zarpazos de la helada y otras injurias del rudo ambiente campesino, descompuesto habían y cuarteado aquella tersura juvenil que un tiempo diera brillos y turgencias de estatua viva al busto del garrido mozo; el cuerpo habíase hecho macizo y duro, perdiendo aquellas delicadezas de esbeltez y gracia propias de una juventud serena y descuidada. Sólo la frente, de amplia y nívea pureza todavía, y cierta agradable elegancia aun

en el más sencillo vestir, revelaban que el Manolo de ayer seguía viviendo en el actual *Don Manolo.*

Por dentro, en cambio, la identidad subjetiva del ideólogo entre iluso, generoso y dialéctico se conservaba casi incólume. Había abandonado definitivamente su carrera militar, quedándose de paisano, para entregarse libremente á sus ensueños agrícolas, los cuales le producían, como veremos, mil tormentos, parejos de sus tormentos familiares, que eran los que en este momento traíanle revuelto y alterado.

—Es imposible—se predicaba á sí mismo, cual si con un tercero hablase—llegar á mayores extremos de sufrimiento y de paciencia. Esto estalla el mejor día. ¡No puedo más! ¿Acaso esa mujer (por su suegra) no me arrastra á eso mismo? Tal quiere evidentemente: que sea yo el que rompa. ¿Quién lo duda? ¡Qué bien entonces! Ella, libre y dueña de su hija; yo, lanzado al naufragio como mi padre; toda mi familia, la familia de los odiados Bermejos, deshecha; nuestra hacienda entera, á disposición de los frailes; mi ensayo de regeneración de esta querida tierra por la educación, el trabajo y las iniciativas individuales, fracasado; la derrota bochornosa y en toda la línea, para mí; el triunfo completo y lisonjero, para ella...

La voz murmurante de Manolo temblaba opaca, agitada por el odio y la amargura, cuando tales ideas expresaba. Se calló de pronto, y su semblánte mostraba las huellas dolorosas de la tormenta que dentro rugía. En su mirada vuelta hacia lo in-

terior latía el furor de la lucha. De pronto el semblante volvió á recobrar cierta serenidad comprimida, y la voz, á sonar más pausada y compuesta.

—¡No, no hay que arrebatarse y tirar anticipadamente el éxito por la ventana! Quizás eso se busca. Pero resistiré; pasaré ahora por lo que no pueda menos de pasar; sufriré; me acomodaré... ¡Ese será mi triunfo! ¡Así lograré despertar de nuevo para mi amor el alma de mi Maruja, (volvieron á relampaguearle los ojos á Manolo) secuestrada por el fanatismo tiránico...! Y donde esa infame mujer ha querido poner un fracaso para mí, pondré yo un chasco para ella...

Se revolvió con impaciencia, echó mano al reloj, lo miró rápidamente, y de un salto púsose en pié, exclamando alarmado:

—¡Las dos y media! Se me ha pasado el tiempo. Esta gente no se mueve, y hay que espabilarla. ¡La verdad es que á los infelices les deshace la falta de sueño! Yo les dejaría dormir otra horita, pero... ¡no puede ser! ¡no puede ser! Ya les vendrá el tiempo del descanso.

Y se echó fuera del rústico nido en dirección de la cabaña.

IV

—¡Blas, Blas!,—exclamó, llegándose al pobre mayoral que yacía rendido á la vera de un carro cargado de miés,—¡arriba, que se ha hecho tarde! ¡A despertar á escape á la gente!

Encandilóse Blas despavorido y tosiendo, y, enterado de la hora, la emprendió á brazo partido con la kábila de los Siete Durmientes, hasta ponerles en pié y desentumecerles de cabeza y miembros: obra poco menos milagrosa que la de volverles á la vida siendo cadáveres.

Comenzó en la era movimiento desusado. Los modernos trillos mecánicos se sustituyeron por otros indígenas de la edad de la piedra tallada, para rematar las trillas, faena en la que diz se muestran superiores á sus rivales civilizados. Las caballerías enganchadas á aquellos formidables tablerones fueron lanzadas al trote, no obstante los rudos pedruscos con que, para aumentar su peso, habíanles cargado. Los que las guiaban, medio desnudos, empezaron pronto á dormitar dando cabezadas, sin que por eso el ganado se tropezase, ni saliese de la trilla, ni dejara de saber dirigirse, como quien en conciencia conoce su oficio.

Otros mozos engancharon carros, y poniéndose unos (por turno) á guiar, y otros á dormir dentro de ellos, tirados á la manera de masas inertes, salieron en demanda de las lejanas tierras, ya segadas, donde la miés agavillada les esperaba.

Una tercera sección la emprendió con las aventadoras, las cuales volvieron á sonar el monótono traqueteo que, en medio de aquel calor abrumador y encalmado y del agotamiento de músculos y nervios, antojábase extraño reclamo á deshacerse en el sueño profundo de la nada. Tío Blas acudía á todo, tosiendo siempre, y Don Manolo vigilaba

el momento de montar á caballo y ponerse en demanda de acarreadores y segadores.

El caldeo ardiente de la atmósfera fulguraba en su apogeo: hora en que el sol asaetea la planicie, la planicie parece devolver al sol la erupción del incendio en que se abrasa, y hombres animales y plantas son cogidos en medio de esa batalla de fuego.

—La jaca, muchacho—ordenó al fin Manolo.

Sacóla al punto de la cabaña un motil, sujetó, ultimó y aderezó sus arreos, montó en ella el amo, y manifestó á Blas, que andaba cerca:

—Esto ya está andando, Blas, y me voy á los segadores. Hasta luego. Dentro de media hora pueden de sobra levantar las trillas. ¡Por Dios, que extiendan enseguida los carros en espera, y á ver si esta tarde se les da un buen tiento!

—Descuide. Estoy en ello.

Apretó las espuelas al tordillo, que salió botando, en el momento mismo en que alegre voz infantil hizo volver la cabeza al viejo:

—¡Abolito, abolito, que no se vaya el palino, que le taigo uno lecao!

Hermoso angelote, rubiazo como unas candelas y harto bien trajeado para chico de pueblo, era el que tal voceaba con chillido penetrante. Tendría sus cinco años, grande y rollizo, el semblante muy agradable, y corría el pobrete á graciosos brincos apretando reciamente los puñitos, cual si de ellos quisiera sacar alas para la carrera que, sin duda, desde su casa le empujaba.

—¡Hijo! ¿Qué traes tú por aquí á estas horas?—manifestó el abuelo, yéndose á él sorprendido y con los brazos abiertos.

Cogióle entre ellos, y le apretó y le besó con intenso cariño, dirigiéndole á cada momento jubilosas miradas. Manolo había contenido el escape de la jaca, y volvió grupas hacia el rapaz, exclamando:

—¿Qué es eso, buena pieza? ¡Tú te has escapado de casa!

—No, palino, no, que le taigo á uzté uno lecao, —alegó el heraldo, lanzándose hacia él con mucho mimo.

Manolo le recogió de los brazos de su abuelo, sentóle sobre el arzón, y se puso á acariciarle con no menor vehemencia que el viejo.

—¡Un recado! ¿Qué recado es ese, muchacho?

—M'a licho mi mamá—declaró el precioso, atusando con sus manitas cara y barba del padrino—que le liga á uzté que se ezpele uzté, que va á vení el zeñó Casio pa icile una cosa.

—¡Guapo niño! Pero ¿no tenía tu mamá con quién mandarme el recado?

—Etaba zola.

—¡Echese usted mano al bolsillo, so tunante!

—No hay nala, palino.

—¡A ver, á ver! Porque tú eres muy embustero.

Manolo introdujo los dedos en el bolsito del delantalillo que vestía el mimoso, (el cual sonriente se dejaba hacer como quien se halla en el secreto), y fingió extraerle unas almendras.

—¿Tenías ó no tenías, mentirosillo? Tómalas, y enseguida, á meterte en la cabaña, hasta que te vuelvan á casa en una burra. ¡Cuidado con que me cojas sol!

Desmontó al rubicundo, echó á correr seguido de su abuelo hacia la sombra, y en el momento apareció la figura de Casio, saliendo del pueblo.

—¿Qué hay, Casio?—interrogó Manolo impaciente, apenas se hubieron acercado ambos, y cambiado los saludos.

—Decirle á usté sencillamente que me marcho ahora mismo á Valcorba para extender allí una obligación privada. Y como presumo que algo tendrá que mandarme, no quise irme sin avisarle.

—Pues te agradezco el aviso, y aprovecho la ocasión. Me decido á hacerme con la Calera á todo trance, y cuanto antes mejor. De modo que puedes empezar esta misma tarde las gestiones cerca del tío Mateo Santos en la forma que más conveniente te parezca. Conoces, como yo, mis proyectos, y en tratar esta clase de asuntos nadie te pone el pié delante. Conque ¡á tí me encomiendo por completo!

—Muchas gracias, Don Manolo. Bien sabe que he de hacer para servirle cuanto sepa y humanamente se me alcance; pero tampoco ignora lo que son los tíos de Valcorba: torcidos como mula de gitano y mal intencionados para todo lo que interese á este pueblo ó á cualquiera de sus vecinos.

—Lo sé, Casio, lo sé. Por eso pongo el pandero en tan buenas manos.

—No confíe, sin embargo, por si acaso.

—Vé con Dios.

Y, arrimando las piernas al tordillo, salió al fin Manolo de estampía, tomando el mismo camino por donde los carros se ausentaron.





II

MÍSTICA PALOMA

I

—Está visto que esta tarde no acierto. Dejaré la pluma, y leeré. Quizás sea mejor para mi alma. No sé por qué, me siento más triste que nunca, más desamparada del espíritu del que todo lo puede, más caída...

Maruja, que era quien tal murmuraba, mientras su marido pasaba la pena negra en la era, hallábase sentada á una pequeña mesa de escritorio y rodeada por muchedumbre de emborronadas cuartillas, hojas impresas, periódicos, folletos y libros de muy diversos tamaños, abiertos unos, desenvueltos otros, medio tirados todos. Dejó, en efecto, la pluma que entre las manos tenía, apartó la cuartilla sobre la cual escribiera, tomó un libro próximo, y se enfrascó en su lectura.

Envolvíala densa penumbra, y el más agradable fresco entonaba allí los nervios y refrigeraba la sangre. La habitación, más que gabinete de dama, parecía cuarto de estudio bien nutrido de librerías y otros accesorios propios del que profesa letras. Sólo en un rincón aparecía armado pequeñísimo y extraño altar, coronado por hermoso crucifijo de marfil, de excelente escuela, teniendo al pié una Dolorosa: delante, un reclinatorio antiguo de tallado roble.

Maruja, cual solicitada por irresistibles apremios interiores, cesaba de vez en cuando en la lectura, y volvía á escribir trabajosamente renglones que borraba al punto con evidente disgusto. A la cabeza de la cuartilla, escrito en forma de título con muy bonita letra inglesa, leíase este epígrafe: «*La Anunciación.*» Lo borrajeado debajo con ligerísimos trazos que indicaban la indecisión intelectual de tales conceptos eran sin duda versos, llenos de tachaduras, enmiendas y correcciones interlineales.

Con el rostro compungido por la conciencia mortificante de una impotencia dolorosa, Maruja volvía de nuevo á su lectura, cual si porfiase el encontrar en ella la inspiración que le faltaba. *Vida y misterios de la gloriosa Virgen María, nuestra Señora, por Rivadeneira*: tal era la obra, donde la afligida empeñábase en hallar la mina del oro místico que sin duda necesitaba. A veces cotejaba lo leído con otro libro que abierto tenía por determinada página al alcance de su mano,

una *Historia* también *de la Santísima Virgen* por el presbítero D. Emilio Moreno Cebada.

Religiosos eran asimismo todos los ya aludidos impresos que la rodeaban. Aquí, *La España Católica*, revista catalana; allá, la *Defensa del Catolicismo por Augusto Nicolás*; en otro lado, la traducción francesa de *Los apologistas involuntarios hecha por Don José Canal*; más allá, *La Revista Agustiniana* de los PP. Filipinos de Valladolid y el Escorial; no lejos, la *Introducción á la vida devota de San Francisco de Sales*, y *Las Moradas* de Santa Teresa; á su izquierda, el tomo de la *Biblioteca de Rivadeneira* destinado á nuestros místicos; y por este orden varias otras obras, tanto clásicas cuanto modernas, ya apologéticas, ya de devoción, ya polémicas en buen número.

De pronto sonó muy quedo el picaporte de la puerta, entreabrióse ésta despaciosamente, y apareció Doña Presenta, la madre de Maruja, notablemente avejentada y pergaminosa, pero tiesa todavía y entera, aunque tan amarilla, flaca, monjil y torcida como siempre. Sentóse, según su costumbre, en el borde de una silla, é interrogó á la escritora con la voz agria y fría de su especial repertorio:

—¿Cómo va eso?

—Mal, madre, mal. Hoy Dios no quiere favorecerme con sus luces, y lo mejor será dejarlo. Mañana me sentiré más inspirada.

—Ya sabes que el Padre Ortega tiene vivo interés en que tu composición salga en el número

próximo de *La España Católica*, número especial dedicado á la Santísima Virgen.

—Me ha leído, en efecto, la carta en que el director se lo pide con todo encarecimiento..

—Pues ha hecho mal el Padre Ortega en darte á leer esa carta, tan llena de elogios y referencias lisonjeras de nuestras eminencias católicas hacia tu persona y tus composiciones poéticas..., que á mí, por cierto, sólo me agradan por su mucha unción y fervor religioso. Y digo que ha hecho mal, porque las lisonjas, merecidas ó no, siempre son peligrosas para la humildad, principal virtud del alma.

El águila joven, que hacía tan bellos versos místicos, calló ante el aguila vieja, que hacía tan tremendas jaculatorias, hasta que, pasado el obligado calderón de silencio respetuoso, demostración de que era aceptado el piadoso disciplinazo, manifestó aquélla:

—Descuide usted, madre. La composición que me piden, tan de mi gusto, estará hecha con sobra de tiempo.

—Pronto lo has dicho. Si tu espíritu volara libre y siempre en gracia, no lo dudo; pero, teniendo cerca al enemigo malo, todo hay que temerlo. ¿Por qué, si no, te figuras hallarte esta tarde tan sin asistencia de la luz divina? Pues, ni más ni menos, por el rato que tu marido nos ha dado en la comida. Estás perturbada, distraída..., ¡si te conoceré yo! Consecuencia de no seguir mis consejos. Mientras no fortifiques tu voluntad y la disciplines hasta hacerla superior á la

extraviada voluntad de tu marido, de modo que la reduzcas y traigas al camino del bien para su salvación y nuestra paz, todo será vivir en perpetuo peligro de la perdición de unos y otros. Bueno es el cultivo de la inteligencia en la santa verdad que de Dios viene; mejor todavía la propagación de esa verdad en las formas bellas y amables que atraen los corazones hacia el amor divino; pero si todo eso no edifica la voluntad con el temple necesario para abatir la obra del infierno, ¡cree á tu madre!, hay que pensar que allí se encierra más vanidad que virtud positiva. ¿A qué esperas, pues, dado el tesoro inmenso de recursos que para aquella santa empresa posees, de inteligencia por parte tuya, de enamoramiento por parte de él? ¡Que no llegue la hora, tardía para todos, y, lo que puede ser fundamento de nuestra gloria, se convierta en motivo de nuestra condenación y deshonra! Urge ya que despiertes, y sacudas esa pereza..., acaso voluptuosa, que te arrastra con tentación del enemigo á disimular los pecados de tu desgraciado marido, y aun á ser quizás cómplice de ellos por debilidades placenteras, indignas de la mujer cristiana y fuerte...

II

El estallido de un sollozo contenido interrumpió la tremenda oración conminatoria de aquella insigne Doña Presenta, siempre doctora, siempre inflexible, cruel con las flaquezas humanas, in-

transigente con todo asomo de pasión de la carne, y cuya voz habíase ido agriando y templando con el discurso piadoso hasta terminar en los saetazos místicos que tan terrible la hacían.

Con ellos había asegurado la transformación de aquella Maruja, en cuya ánima atribulada aleteaba en la última agonía la irisada mariposa de los ensueños de Manolo, y crecía, crecía, el triste pájaro nocturno de sus presentimientos.

¡Fué mucha tragedia para espíritu tan blando é impregnado de ternura aquella de su casamiento con Manolo, rodeado de memorables catástrofes! La muerte súbita de su padre que con tan inmenso amor la adoraba; la súbita desaparición del padre de Manolo, desterrándose á lo ignorado como un remordimiento vivo; las mil circunstancias, todas siniestras, que allí se amontonaron, secuelas siempre de aquel acto por ella realizado, sumieron de pronto su espíritu en noche de terror sombrío, lúgubre obsesión de que sólo, aunque muy difícilmente, pudo haber salido con otro régimen de vida, con el cariño, en libertad, de su marido, con la dulce expansión en un mundo de goces puros, con la dicha perturbadora de la maternidad lograda, con la alegría del vivir para las grandes realidades que absorben el corazón y regeneran el alma... Mas para sujetarla al angustioso yugo de su tribulación é impedir que volara hacia los regocijos del mundo, estaba allí su madre, la santa, la penitente, la rígida maestra de toda abstención

en los goces, de toda maceración en la carne, de todo dolor en el alma.

—¿Para qué—decíale con frecuencia—sino para sufrir fué encarnada nuestra ánima en el mundo? ¿Qué es el mundo mismo para esa ánima sino perpetua disciplina, escuela de congojas, prueba de su temple por la mortificación y el trabajo? Valle de lágrimas le ha definido la Iglesia Santa, y no valen en él, más que de perdición y flaqueza, las risas y las fiestas... ¡Aflijámonos todos, sí, y atribulémonos, que harta tribulación y afligimiento merecen nuestros pecados y nuestra caída!

Así pensaba siempre, así sentía, por largo hábito adquirido, por oculta levadura de antiguas tragedias de su alma, por natural pesimismo de todo corazón muerto y frío, la santísima Doña Presenta. Y cuanto al alcance de su mano se ponía, empeñábase en meterlo en ese molde de penitencia lúgubre, dotada como estaba de voluntad poderosa y entendimiento finamente educado en el sublime arte de la renuncia y devoción cristianas.

Maruja se entregó con ardor, pensando primero en sus tragedias, guiada luego por la mano firme de la santa, en brazos de esas sombras que tienen luces para los escogidos; y cuando, en fuerza de buzar en aquellas aguas profundas, adquirió el hábito de lo insondable, y halló por fin consuelos inesperados para sus penas íntimas, todo su sér se sumió voluntariamente y hasta con fruición voluptuosa en esa vida incógnita y sobrehumana.

Llena su madre de secreta alegría por tan preciosa conquista, ella fué su primer maestra en la mística de la devoción y de la penitencia. Pero la sed del nuevo catecúmeno necesitaba, para satisfacerse, de aguas brotadas en más altas cumbres. Y allí tuvo que intervenir el Padre Ortega.

¡Qué asombro el suyo ante el relampagueo vibrante de aquel entendimiento femenino puesto en contacto sólo con los umbrales de la divina sabiduría! ¡Y qué ansia la de la paloma mística por volar siempre más alto, más alto, hasta traspasar las nubes últimas del cielo! No había libros para ella, ni dificultades, ni misterios... Todo se lo asimilaba, lo comprendía y devorábalo al punto...

Un día sintió cierta ansia dolorosa, inquietud íntima, prurito de expansión no conocido... Sin darse cuenta de lo que hacía, tomó la pluma y comenzó á escribir... casi no sabía qué. Cuando el Padre Ortega vió aquello, su asombro se transformó en admiración. Aquello era un himno *Al Amor Divino*, que no lo imaginara más tierno, hondo y efusivo el propio San Juan de la Cruz. Se publicó en una revista católica, llamó la atención de los piadosos, publicáronse noticias biográficas de la nueva poetisa, se produjo entre los *escogidos* movimiento de expectación, salieron los periódicos *católicos antes que políticos* llamándola la nueva Santa Teresa, y como la gallarda primicia poética fuese corroborada con otras inspiradas composi-

ciones líricas de estro igualmente místico, Doña María Garzón de Bermejo acabó pronto en un nombre bastante conocido y muy elogiado como escritora poético-religiosa. Sus obras, de cierto sabor modernista y francés, no obstante el empeño de la autora por acercarse á la noble expresión de nuestros grandes místicos, llegaron á ser verdaderamente solicitadas por las revistas y periódicos del gremio...

Mas tampoco en esta región tranquila halló la sin ventura refugio inviolable para vivir en paz, aunque siempre atribulada. ¡Qué triste dicha para ella el haber sido olvidada y como abandonada en la soledad de sus poesías, lecturas é imaginaciones religiosas! Pero su madre la quería para algo más eficaz, la conquista católica de Manolo, empresa superior á sus fuerzas.

Porque á todo esto, y de otra parte, el enamorado apremiábala sin cesar con sus expresiones de ardiente amor, cada día más intenso y fervoroso, expansiones, ¡ay! que á ella dábanle miedo, cuajado como se le habían en la sangre estímulos y fermentos de toda pasión con el golpazo de tan grandes tragedias primero, con la depresión moral luego de sus lúgubres idealidades religiosas. Maruja, aquella Maruja, toda ternura y nervios un día, había perdido el alma de mujer para el amor humano, quedándole únicamente no sé qué sensibilidad ideal para sus imaginaciones y deliquios místicos: ¡una verdadera ablación del espíritu en su sentimiento de la natu-

raleza! ¿Cómo responder, pues, á aqnellas solicitaciones de amor tiernísimo y humano? Era ciega y sorda para ellas, y sólo por caridad las sufría, sin rechazarlas displicente. Pero la fatigaban, sin duda, produciéndole el tedio de lo insípido y molesto.

Mas cuando ese tedio y esa fatiga deprimían todo su sér angustiosamente era al encontrarse, doblemente irritada, entre los duros apremios de la santa para que trabajase á su marido obligándole á entrar en el redil de las ovejas escogidas, y los apasionados gemidos del enamorado porfiando por despertar en ella la temperatura de lo real y las palpitaciones de lo vivo. Su débil espíritu entonces, así zarandeado, experimentaba congojas de muerte revueltas con anhelos infinitos hacia la paz profunda, hacia la inercia voluptuosa de no sé qué aniquilamiento consciente á la vez que inactivo.

¡Que la dejasen, que la dejasen todos con sus penas solitarias y sus hondos ensueños de lo divino!: este era el único grito que oía en lo profundo de su conciencia atormentada... Así vivía la infeliz Maruja entre su madre, su marido y sus delirios místico-dolorosos...

Esta vez, como tantas otras, la severidad implacable de aquélla hízola llorar sin poder remediarlo, agriando más con ello el humor disciplinante de la santa, la cual se disponía á atajar enérgicamente esa sensiblería insana y cuasi pecadora, cuando sonó un campanillazo que á la

puerta de la casa correspondía sin duda. Abrió entonces un paréntesis hábil, no sin dejar puesto breve correctivo al desafuero, y salió á enterarse de lo que ocurría.

III

—Señora,—manifestóla en el pasillo la hija, que seguía á su servicio, del hortelano, transformada en mujer hecha y derecha, muy fina y educada por cierto, merced al trato de las señoras de la casa, que la estimaban de veras;—ahí está su sobrino Don Fidel con otro hombre á quien no conozco. Desean hablar con usted.

—Voy. Éntrales en el despacho grande.

—Allí están esperando.

Dirigióse allá Doña Presenta, y, después de los saludos, manifestó el insigne Larrea, por quien en verdad parecían no haber pasado los años.

—Este (señalando al acompañante) es el tío Mateo Santos, de Valcorba, el dueño de la Calera, y como le han hecho proposiciones de compra en nombre de su yerno, ha querido antes de decidirse á nada consultar con usted, primero para asegurarse, y luego para obrar según sus deseos. Es de los nuestros, tía: persona de confianza.

—Me alegro de conocerle para servirle. Ya sabía que su familia era en Valcorba dechado de cristianas costumbres y mucha religión.

—Dios se lo pague, señora,—murmuró el val-

corbeño, sombrero en mano y con cierto desenfado, aunque respetuoso.

—Siéntese—ordenó la santa con su autoridad de principal señora. Y prosiguió:

—Está bien, *señor* Mateo. (Doña Presenta solía sustituir el título corriente de tío por el de señor, detalle que no dejaba por lo regular de saber bien al agraciado). Y ya que me ha dispensado el favor de consultarme sobre el caso, le manifestaré claramente que no apruebo la compra, ni mucho menos los proyectos con que, contando con ella, sueña mi infeliz yerno, cuya cabeza bien sabe que por desgracia no anda muy firme, y cuyos planes é ideas son todos por eso mismo descabellados y ruinosos.

—A mí, la verdá, me hace ahora mucha comenencia vender la Calera. De manera que, pudiendo además servir á la señora, mejor que mejor. Porque, en siendo pá usté, no hay que hablar, ya lo sabe; pero de otro modo...

—¡Si yo no he dicho!...

Y aquí el sutíl entendimiento de la doctora se sintió materialmente sin salida ante la inopinada del astuto lugareño, dando ya por vendida en su favor la tal Calera. Larrea intervino diligente á sacar del apuro á su respetable tía.

—No, no; es que con quien Mateo ha de tratar la venta es conmigo. De eso, particularmente, no habíamos hablado.

Tía y sobrino entendiéronse entonces con la mirada, y la primera prosiguió, dirigiéndose al de Valcorba:

—¿Y le han ofrecido ya cantidad y condiciones?

—Mayormente, no, señora. A mí me han rondao ná más, sé yo muy bien que de parte de Don Manolo, pá que la suelte, la finca digo; pero sin declararme en cuánto ni cómo.

—¡Ya!

—Y verá usté. Me han dicho de buena tinta que un día de estos iban á venir á tratar conmigo del negocio, y velay por lo que he querido hablar antes con la señora.

—Le repito las gracias, señor Mateo.

—Bueno, vaya; pues no canso más, y ya está tóo terminao. La Calera no la vendo, ea, más que á ustedes mesmamente; pero, menos que á nadie, á Don Manolo. ¿Es eso?

Salieron ambos visitantes, y poco después, despedido el marrajo á la puerta de la calle, volvió Larrea.

—Este ya está conquistado, tía. Es un feliz avance, porque Manolo sin la Calera no se decide á acometer la empresa desatinada de la Dehesilla.

—Ya, ya. ¡En buena nos iba á meter! Para eso están los tiempos: para granjas modelos.

—No hay que pensarlo. Sería la ruina de todos. Así como así, ¡buenos negocios está haciendo en la labranza con sus máquinas y sus abonos químicos y sus gastos disparatados, de los que siempre sale con las manos en la cabeza!

—De todos modos, más vale que le haya dado por ahí, que no por propagar malas doctrinas. Al

fin, ya ves, la paz y las buenas costumbres vuelven á reinar en el pueblo.

—Todo es malo, tía, todo es malo. ¿No da pena ver cómo se malbaratan los intereses de esta casa?

—Es que por ahí pronto le ataré yo corto. ¿Piensas que voy á consentir que haga mangas y capirotes á su gusto?

Claridad imperceptible de satisfacción iluminó el semblante de Larrea, quien remató la suerte:

—Por de pronto lo de la Dehesilla queda impedido.

—Y yo te lo agradezco de veras. Era asunto que me traía preocupada.

Momentos después tía y sobrino despidiéronse muy satisfechos.



III

NUEVO EVANGELIO Y VIEJOS HEBREOS

I

El sol acababa de ponerse, comenzando uno de esos interminables crepúsculos propios del ardiente Julio. Habíase levantado ligero nordeste, casi cuotidiano en la terraza campesina á aquella hora, de mucha actividad limpiadora por eso mismo en las eras. Los pechos aspiraban con delicia aquel fresquecillo tónico que acariciaba suavemente las retostadas carnes. Sobre el horizonte solar, á poniente, un nimbo de incendio escandescía el azul del cielo, raso y puro; en la parte opuesta, hacia oriente, algunas nubes, densas y rojas todavía, daban mayor pesadez y ardor á la atmósfera.

Por estrecho sendero y á campo travieso, entre rastrojos recién segados, Manolo volvíase á la era al trote vivo de su valiente jaca. Iba, como

siempre, sumido en sus ideologías internas é imaginaciones sin fin. ¡Cuán á punto le tuvieron de la más siniestra catástrofe, allá, cuando se enteró de la ausencia de su padre, poniéndole al borde de incurable demencia! Después de unas cuantas semanas angustiosas de terrible crisis mental, en que anduvo todo trastornado y delirante, salvóse al fin por verdadero milagro y gracias á enérgico y hábil tratamiento del entonces reputado médico director del manicomio vallisoletano.

Que quedó curado radicalmente y en perfecto estado de integridad intelectual no cabe duda; pero ¿quién arrancaba á las duras molleras campesinas la terca idea de que el pobre Don Manolo salido había de la peligrosa enfermedad con la razón desacordada y el alma toda descompuesta y propicia á los disparatados pensamientos y acciones? Tanto más cuanto los suyos, lejos de ser los rutinarios y habituales por secular sedimentación de la costumbre semi-inconsciente ó pasiva, destacábanse siempre con tonos vibrantes de originalidad y energías removedoras, y sabido es con cuán rara unanimidad las almas muertas de la ignorancia y la servidumbre diputan de locura todo impulso de vida que despierta la materia inerte y la lanza hacia el trabajo, la lucha y el progreso.

Los pueblos fósiles, las sociedades atacadas de paresia histórica, rechazan con reflejos violentos y automáticos, cual los anémicos del calabozo sienten mareos ante la luz y el aire libre, cuantos es-

tímulos intentan sacudirles la profunda modorra y secular entumecimiento apartándoles de la monotonía soñolienta labrada por la rutina ó el instinto. Perturbar su ritmo mecánico ó torcer sus carriles es obra de Cristo ó de Quijote, ganándose el que la emprende ó estigma de criminal ó nombre de loco. ¡Desgraciado del que tal vocación oye! Sea cualquiera el éxito que lo porvenir reserve á su empresa, él sufrirá preventivamente la corona de espinas del judío, el brutal estacazo del ignorante, la burla del eterno Sancho que sólo la bolsa y la alforja, la vil codicia y el inmundo vientre estima.

A aquella estirpe pertenecía el buen Manolo, última evolución del temperamento moral de los Bermejos. Los recios impulsos del padre hacia la revolución política, puramente exterior y mecanista, eran en el hijo anhelos irresistibles á reformar y transformar profundamente el estado social de su patria sin importarle gran cosa los moldes aparentes y externos. Quería despertar en el pueblo la levadura sana de la raza, agriada por tantos siglos de incuria y descamino, y aspiraba á domesticar la tierra inculta metiéndola en los senderos fecundos donde la civilización contemporánea ha surgido del abrazo de la ciencia y la naturaleza.

¡Regenerar su querida tierra de Campos! Era su obsesión perpetua.

—La enseñaría—(soñaba mil veces)—teórica y prácticamente á transformar la dura arcilla en

blando limo, á sacar de ella tesoros en vez de miseria, á modificar el clima, á embellecer la campiña cultivada, á cambiar las rudas aldeas en elegantes pueblos, á reconstituir, en fin, la vida entera de los campos y los cultivos con la riqueza, el bienestar y la ciencia, y, cuando el milagro estuviera iniciado y en vías de éxito, un día—¡primer día feliz en su existencia!—tomaría un tren en Valladolid y un trasatlántico en Santander, atravesaría el mar, desembarcaría en Buenos Aires, volaría al lado de su padre tantos años ausente y desterrado, y tomándole en los filiales brazos, ansiosos de cariño, devolveríale, qüieras que no, á la amada tierra para que en ella viese su obra, su triunfo, en ella reposase, y en ella exhalase el último suspiro, rodeado de los suyos, envuelto en su ambiente amigo, cubierto por su polvo piadoso...

No había alivio mejor para la desesperación y el dolor perpetuo que su hogar le deparaba, pero ¡ay! que en cuanto sacaba fuera aquellas hermosas ilusiones, las espinas comenzaban otra vez á clavársele por todas partes.

La primera, su reputación de loco, chiflado é ido de casi todas las potencias del alma; atmósfera insana que envolvía sus obras, pensamientos y proyectos, desautorizándoles en su raíz, y arruinándoles mil veces en germen.

—¡Discurso de Don Manolo! ¡Ocurrencia como suya! ¡Chifladuras del buen señor! ¡Loco de remate!

Por este orden, en multitud de ocasiones, una

frase parecida bastaba para cortar en firme la más feliz iniciativa del bienhechor generoso. Con lo que, y los naturales obstáculos de la ignorancia, de la mala fe, del egoismo y de la envidia, había más que sobrado para convertir en tormento perpetuo una vida á tales empresas consagrada. ¡Imagínese la situación moral del antiguo ex-oficial de Administración Militar en medio de tales desolaciones, luchas y congojas!

II

Cuando llegó á la era, obscurecía, y la brisa había templado más y más el ambiente, en aquel momento, muy agradable. La segunda trilla de la tarde, por un esfuerzo supremo, estaba acabada, y dos parejas de mulas con las correspondientes aparvadoras, dirigidas por un mozo, comenzaban á levantarla, sumándola al montón de la mañana. En otro lado larga fila de agosteros habíala emprendido con descomunal morena para limpiarla á bieldo, aprovechando el sólido vientecillo Nordeste que, desde hacía dos horas, no dejaba de soplar cada vez más firme. ¡Y con qué alegría llevaban la ardua labor los indinos! Deparábaseles ocasión de mostrar la superioridad de sus manos sobre el trabajo de las máquinas aventadoras, y, cual si esto fuera poco, los botijos ofrecían un plus de tintillo en aquella operación extraordinaria.

Así es que los toscos tridentes de madera, em-

pujados por sus tendinosos brazos, recios y atezados, subían y bajaban con rapidez de vértigo, lanzando la mies al aire en un juego gracioso, cual si allí la mitología resucitase á la abundosa Ceres en su divina tarea de derramar sobre los hombres la dorada lluvia de sus granos exquisitos. Y era de ver con qué hábil manejo las pajas y granzas, que en los primeros bieldos forman la mayor masa aventada, iban gradualmente desvaneciéndose hasta desaparecer casi en los últimos, que sólo ya crugientes granos sacudían, cual si aquellos rudos agosteros fuesen magos maravillosos de una magia feliz y bienhechora, nodriza del género humano. La trillada morena transformábase rápidamente en parva de trigo limpio; densa nube de polvillo de oro envolvía en nimbo semitransparente todo aquel simpático tragín agrícola; de su seno se desprendía el sonoro y bullicioso chasquido del grano y la paja sacudidos al aire por los bieldos, cual música, más que humana, de los ritmos latentes en la vibración de las fuerzas naturales...

Satisfecho se mostró de tales adelantos Don Manolo, y para muestra de contento, generoso siempre con la gente obrera, mandó que aquella noche se añadiese de extraordinario á la cena una bandeja de mantecados y un botijo de lo añejo con que hacerles boca. Echó pié á tierra, después de añadir otras órdenes para el acarreo de la noche, y en aquel momento vió que entraban en la era dándose el cuotidiano paseo de costumbre la

inseparable piña de Herrezuelo, fray Carlos y Ruedita, antiguos amigotes de su padre.

—Muchacho, ¿parece que hoy te han salido las cuentas,—interrogó el bondadoso pater (sano todavía, aunque con marcados indicios de la última decadencia senil), dirigiéndose á Manolo, que se hallaba aún bajo la buena impresión de los adelantos del trabajo en la era.

—¡Válgame Dios, fray Carlos, y por qué poco me sale á mí el contento á la cara!

—No por poco, sino por mucho te saldría,—intervino prontamente Herrezuelo,—si tú mismo no te buscases con tus filantropías y delirios las desazones que te acosan.

—¡Siempre buscándome la lengua, Gaspar!—Pero, ea, hoy no estoy de humor de reñir. Sentémonos un rato y hablemos de cosas alegres, pues este airecillo, que sin duda de la sierra lejana viene, convida de veras á esponjarse después de la horrible calentura del día.

Deparó un motil sendos taburetes de pino, bastante anchos y cómodos, y en el picón más alto de la era, dominándola toda y cara al viento, hicieron los cuatro gratísima terturlia, petaca en mano y lengua suelta. Allá abajo, hacia la cabaña, movíanse los preparativos de la cena agosteril; la noche había invadido, al fin, los términos próximos y lejanos; el abismo azul, sin luna y limpísimo, mostraba sobre su fondo obscuro los misteriosos centelleos oscilantes de innúmeras estrellas sumidas en lo desconocido con esa aparien-

cia de espectro de todo lo insondable y ultrahumano; la paz ambiente y profunda correspondía de un modo admirable con aquel momento de grato descanso á las faenas durísimas del día.

Aquella noche, como tantas otras, la conversación recayó en el acto sobre el tema, vivísimo entonces en toda Castilla, de la crisis agrícola.

—Hay que desengañarse—alegaba el buenísimo fray Carlos.—Este régimen liberal, además de malo, es caro; gusta del despilfarro y del lujo; vive siempre de la trampa, y acaba por donde acaban todos los tramposos y perdidos: por la quiebra y la ruina. España en sus manos no tiene remedio.

—Conformes—apuntó Ruedita—si, donde dice usted régimen liberal, pone régimen monárquico.

—Es cierto,—intervino Herrezuelo.—Pero estas teorías libre-cambistas que ahora se empeñan en hacernos tragar unos y otros, me escaman mucho. Nadie me ha ganado ni me gana á republicano; sin embargo, digo que eso de hacer libre-cambista á la república es una barbaridad de tomo y lomo, y querer que el pueblo nos abandone. Lo que la agricultura necesita en Castilla es protección, mucha protección. Pero los señores de Madrid todos lo] hacen lo mismo. Para ellos no hay más que la Puerta del Sol, el Ateneo y teorías y más teorías. ¡Habían de venir aquí á ver los trabajos que se pasan labrando el campo, siempre entre miserias, sin saber lo que es numerario ó dinero físico, y entonces ya pensarían de otro modo!

Los interlocutores del marrajo de Don Gaspar sonreíanse irónicamente ante aquel chaparrón de elocuencia, digno de un O'Connell castellano de menor cuantía, hasta que Manolo, interpretando el pensamiento de todos, acabó por indicar:

—¡Vamos, Gaspar, no hay que quejarse de vicio! Porque es cierto que por aquí no se va ya viendo ni sombra de *dinero físico*; pero, ¡hombre, usted! Debe de tener ya las manos gastadas de tanto acariciar y sobar peluconas, sabe Dios en qué rincón enterradas.

—Es que él no lo dice por eso precisamente, sino por los muchos aperreos que pasa con la labranza,—interpuso el cura con socarronería.

—¡A mí me rascáis la ubre todos vosotros!—saltó como picado de avispa, ante aquellas irónicas alusiones á sus muchas pesetas bien guardadas y á su ociosa vida de rentista, el viejo é irascible cacique republicano.—¿Creeis que por eso he de achicarme para defender los intereses de Castilla? Y si os burláis, peor para vosotros. Aunque la verdad es que ya ¡no hay hombres!—Y haciendo un mohín de desprecio, púsose de lado en el taburete, cruzó una pierna sobre otra, dió larga chupada al cigarrillo, y se quedó mirando al cielo, como quien se resuelve á no hacer caso de impertinencias.

—*Fulmen est, ubi cum potestate habitat, iracundia*. Que es como decir que eres un rayo, Gaspar, cuando te incomodas,—insinuó el pater, al toque con sus latines.

—Ríanse de cuentos—alegó Ruedita.—Con li-

bre cambio y sin libre cambio, con informaciones y sin informaciones agrícolas, el labrador irá de mal en peor siempre, mientras los gobiernos de la monarquía le abrumen á tributos para sostener listas civiles, bayonetas y caciques que consumen todo el sudor de la nación. Ahí, y no en otra parte, finca la dificultad.

—¡Ahí, y en el libre cambio!—insistió, terco, Herrezuelo.

—Pues llamadlo hache, hijos míos: invenciones, todas, liberales —apoyó el cura.

—Pero vengan acá, benditos de Dios, y díganme: todo eso ¿qué utiliza? Eterna disputa de los conejos, para dejar que los perros se echen encima y se los merienden. Todo se vuelve hablar del mal, haciendo sobre él calendarios más ó menos disparatados; pero de la cura ¿quién habla? Los que más se la fían entera al gobierno, cual si fuera el único interesado en nuestra salud, mientras á nosotros mismos nada nos importa. ¿Hay absurdo mayor? Que el libre cambio, que las enormes contribuciones, que la falta de protección, que las pésimas leyes agrarias... y por este orden otras mil ocurrencias: tales son los motivos eternos que discurren ustedes, cada cual el suyo, á nuestro malestar agrícola. Pero entre tanto del tema esencial nadie se acuerda. Y esta es la causa de que cada oveja trisque por su vereda, todas descarriadas, y sin abonar una corraliza que valga la pena.—Así habló Manolo, con el calor que sin querer ponía siempre en estas cosas.

—Mira este, por dónde sale ahora,— se decidió á intervenir Herrezuelo, claudicando sin poderlo remediar en su resolución íntima de hacerse el interesante.—Por sus chifladuras de siempre. ¡Que nada hacemos! Pues, ¿son humo de paja los meetings agrícolas que en toda España se están celebrando? ¿Y va á ser cuento ó bobería el de Valladolid que estamos preparando? No hay sino verle cómo los teme ya el gobierno más que al fuego, seguro de que comienza con ellos «el principio del fin».

—¡Incorregibles! ¡Incorregibles! — murmuró Manolo con amargura y cual si sólo á sí mismo se lo dijese.—Pero (dirigiéndose luego á sus amigos), ¿es posible que para ustedes todo ha de reducirse en este mundo á hacer de rabiar al gobierno? Pues ¡no hay duda que con que Cánovas ó Sagasta ó ambos á dos, si se quiere, tengan un disgusto con esto de las asambleas agrarias (que yo creo que no lo tendrán, pues uno y otro me parecen harto curados de espanto), sacarán la tripa de mal año la agricultura y los agricultores!

—En este punto—insinuó el maestro—no opino como usted, Don Manolo. Es evidente que Cánovas y Sagasta son los enemigos del país, y todo lo que sea perder los unos, será ganar el otro.

—Pero ¿á tí te extraña que este defienda á los monárquicos?—interpeló Don Gaspar á Ruedita.

—¡Ea!; salió ya el chinchín político, y saben ustedes que me apesta. Hablemos de otra cosa,— manifestó Manolo.

—Porque te picas.

—No sea usted tonto, hombre. Eso ya ni pica ni corta; sólo produce tedio ó náuseas.

—¿Sí, eh? Pues ¡si no fuera por los partidos políticos y especialmente por los republicanos, valiente caso de los meetings agrícolas haría el gobierno!

—Eso tampoco lo niego, amigo Gaspar; pero ¡así llevan trazas de salir los tales meetings!

—Pues ¿qué quieres? ¿Que hagan la revolución ellos solos en dos días? Harto hacen con empezar la torta; lo demás ya lo añadiremos nosotros.

—¿Qué he de querer yo que hagan la revolución, hombre de Dios? Es decir, esa revolución que ustedes persiguen de darle vueltas á la ley electoral, á la provincial y á la municipal, de poner á Gamazo sobre Moret ó á Moret sobre Gamazo, de sustituir tal vez en las cimas del poder un señor vitalicio por un señor temporero, y,' debajo, un grupo de mangoneadores por otro grupo de mangoneadores sin más cambios que los de los nombres y los apodos. Mi revolución en todo caso es otra. ¿No se trata de agricultura?; pues ¡una revolución agrícola! Que se acabe de una vez con estos cultivos de kábilas marroquíes, con estos arados contemporáneos de los faraones, con estas bárbaras explotaciones de secano que, después de haber consumido el suelo español, hállanse á punto de concluir también con la raza, con ese producir trigo á treinta reales fanega mientras en el mundo civilizado se produce á poco más de quin-

ce, con estas labranzas desatinadamente dirigidas por leguleyos ó feudalmente expoliadas por rentistas señoriales, con esa población agrícola sierva tres veces de la rutina embrutecedora, de la ignorancia villanesca y del explotador cacique, con estas aldeas rurales, en fin, habitación donde toda miseria, barbarie y desamparo tienen su asiento. ¡Y esta, esta sí que sería una revolución de veras, buen Herrezuelo! La revolución de los campos, la que España necesita. Pero ¿quién se acuerda de enderezar los sucesos por tales caminos? ¿Dónde está la fuerza social, el partido político, el hombre siquiera que piense á derechas en este gran problema nacional, base de nuestra salvación ó de nuestro aniquilamiento definitivo? La política de brigandaje, única en uso en España, tiene cerrados todos los ojos y todos los oídos y todas las almas para los pensamientos y acciones de esa nuestra redención nacional, y todo augura una tragedia irremediable: ¡la tragedia de un pueblo que naufraga en la historia!.. No será, sin embargo, sin que yo, que tengo el espíritu despierto, luche, hasta deshacerme, contra el mal. A la asamblea iré, Gaspar, y allí con todas mis fuerzas procuraré contener la desviación que vosotros, los que os llamáis políticos, y no sois más que frondistas, aventureros, mercenarios de una nueva especie de bandas, no menos asoladoras que las de la Europa bárbara, republicanos, carlistas, liberales ó conservadores, queréis imprimir en ese espontáneo movimiento con el fin de torcerlo hacia

vuestros miserables intereses ó esterilizadores apetitos. Allá iré, y ó amordazaréis mis labios y arrastraréis mi cuerpo, ó abriré los ojos de los hombres de buena fe, de los abrumados trabajadores de la tierra, de los siervos del terruño, para que en lo que es suyo no metais el cuezo vosotros, y las reivindicaciones rurales y agrícolas se planteen, tanto más enérgicamente, cuanto más libres de extraños bagajes y limpias de impuras mezclas pseudo políticas ó personales. ¡Que los pescadores que quieren ganar á costa de nuestro río revuelto se vayan á otra parte, y que las espaldas del campesino no sean más escabel para alzarse los demagogos, los listos ó los tiranos! Y ¡ya veremos!

El cura y el ex-médico de segunda (ya retirado á buen vivir del ejercicio de la profesión) levantáronse haciendo aspavientos, y, como quien da la cosa de remate,

—¡Jesús! ¡Jesús!—exclamaban á coro—¡Qué cabeza más perdida! Esto no se puede oir. ¡Ya no caben mayores ni más disparatados delirios!—Y se santiguaban y se movían, como asustados de las ideas desbordadas por los labios del otro.

El cual, en efecto, habíase encendido y poseído por el verbo de sus acariciados ideales (como siempre que se le tocaba al resorte de la regeneración agrícola de España), y hablaba enajenado, irresistible, con inspiraciones de apóstol, la vista iluminada, la voz vibrante, caliente la elocuencia, arrastrado por el férvido impulso interior de tantas ideas, meditaciones y ensueños incubados con

perpetua labor en el fondo del alma. ¡Apariencias chocantes á más no poder para aquellos entendimientos campesinos, Sanchos zahoríes y villanescos, sólo con las más inferiores realidades nutridos!

Pero había una excepción en la tertulia, el maestro Ruedita, el cual, idealista y entusiasta como la mayor parte de los de la clase, calentábase fácilmente en contacto con las grandes temperaturas radiantes del magín manolesco en casos como el presente, convirtiéndose entonces el buen pedagogo en discípulo ardiente de Manolo y vehementísimo defensor de sus épicos proyectos.

—¡Pues no sé de qué se asombran ustedes!—intervino ahora amostazado por los exagerados desplantes de Fray Carlos y Herrezuelo.—Razones y no pamemas son las que convencen.

—¡Otro que tal!—adujo el cura.—Bien dicen que un loco hace ciento.

—Lo mismo se ha dicho de todos los grandes hombres, apóstoles de la civilización,—retrucó Ruedita con cierto tonillo pedante.—Pero ¿qué entienden ustedes de estas cosas!

—Dispénsanos la risa, Virgilio. No habíamos conocido que entre los dos íbais á empezar de nuevo el mundo. «*Magnus ab integro sæclorum náscitur ordo*», que escribió aquel profeta de los gentiles.—Dijo el sentencioso Fray Carlos, y él y su amigo seguían aspaventeando y riendo á carcajadas.

—Pues mal que les pese—arguyó, ya cargado,

el insigne educador de los caletres valdecastreños —esta tierra se regenerará, y los progresos de las ciencias la convertirán en un jardín, y la educación hará de cada gañán un gran mecánico ó un químico ilustrado, y no habrá trabajo más que por máquinas, y toda la producción será química ó biológica..., eso es..., biológica..., y los campos serán como los grandes talleres industriales, y los pueblos como las ciudades más instruídas y cultas... ¿Que no?... Ya lo veremos. ¡Y que vengan entonces los caciques á disponer de los agricultores como de rebaños! ¡Y que intenten los gobiernos despóticos dar pucherazos con las urnas! ¡Como no, morena! ¡Se librarán muy bien unos y otros! Y abundará la riqueza, sí señor, y el bienestar, y no, como ahora, la miseria y el despotismo que no dejan vivir á nadie, y menos que á nadie nos dejan á los *funcionarios* de estos pueblos embrutecidos. Porque lo que aquí hace falta es la civilización á *grandes tragos*, las conquistas de la ciencia, el triunfo de la razón sobre el obscurantismo y las tinieblas. .

El dulce Ruedita, ahora todo sobreexcitado é impetuoso, habíase también levantado, voceando y manoteando con ardor, mientras cura y médico desternillábanse de risa y llevaban al colmo las exclamaciones y señales de su asombro. Aquello, como tantas veces, singularmente siempre que se ponía por medio el tema agrícola, había acabado en campo de Agramante. Solamente Manolo conservaba su serenidad llena de amargura, y per-

manecía inmóvil en su taburete. De pronto se puso en pié, dirigióse á calmar al irritado, y manifestó muy tranquilo:

—Déjelos, déjelos, amigo Ruedita: ¿no ve que es imposible pedir peras al olmo? Hay que ir á los perales por muy arruinados que se encuentren, y de ellos, regenerándoles, ya no es locura esperar fruto.

—Bueno, bueno—interpuso Herrezuelo.—Siga, pues, cada loco con su tema, y esto acabe. Las cenas respectivas esperan, y acaso se nos ha hecho tarde con la charla.

Fué la señal de la despedida, quedándose Manolo para dar á Blas sus disposiciones postreras. Este se adelantó como una sombra. Había estado escuchando, siniestro y cejijunto, la disputa.

—¡Señor, créame, no se meta en nada, no haga caso de esos, no atienda sino á su interés y conveniencia!—manifestó profundamente emocionado y clavando sus ojos hondos en Manolo, cual si quisiera transmitirle el vivo anhelo que sentía.

El último Bermejo comprendió sin duda aquel afán lleno de adhesión y de cariño del buen Blas, fidelísima sombra que de su padre habíale quedado como una compañía del ausente, y contestóle afectuoso.

—No pases pena por mí, hombre. ¿Acaso lo que ha de suceder tiene remedio, donde todo va empujado por la fatalidad? En un día solemne para mí, recuerdo que me dije: «sea lo que Dios quiera.» Y por ahí van ya todas mi cosas.

—Pero señor, si aquí nadie sabe entenderle, ni le estima, ni adivina á dónde apunta con sus pensamientos, ¿á qué sacrificarse usted, como se sacrificó su padre?

—Pues, precisamente por eso quiero yo sacrificarme, Blas: porque se sacrificó mi padre. ¿Te parece de escasa monta esa razón? ¡Qué menos puedo hacer por su memoria querida que seguir su ejemplo!

—¡Lo mismo, lo mismo que él!,—murmuró descorazonado y echando por la tos el alma el pobre mayoral, viejo y enfermo.

—Ese es mi orgullo, precisamente.

—Y también será su desgracia, como fué la del otro. Y juro que será la mía, (con ademán sombrío y concentrado). Yo vengaré, si es preciso, al padre y al hijo...

III

Un tercer interlocutor apareció en aquel momento. Era Casio, de vuelta de Valcorba.

—¿Qué traes de bueno?,—interrogó al punto Manolo.

—Dijera usted de malo y acertara. El tío Mateo niégase en redondo á venderle la Calera. Asegura que ya la tiene comprometida con otro.

—¿Con quién?,—preguntó Bermejo, visiblemente alterado por la noticia.

—¿Con quién ha de ser? Con su cariñoso pariente Fidel, que tanto por su felicidad se desvive. Es

decir, el tío Mateo no me lo ha dicho, y hasta me lo ha negado; pero yo se lo he calado enseguida. ¡A mí, con engaños!

—Acaso te equivoques, hombre.

—Difícilmente.

—De cualquier modo, esto me contraría lo que no puedes imaginarte, y hay que remediarlo. Necesito la Calera á todo trance, Casio, bien lo sabes. Sin la Calera no hay agua, sin agua no puedo meter en cultivo intensivo la Dehesilla, y sin la Dehesilla hecha granja, mis proyectos fracasan, y yo mismo me arruino. Realizar los gastos y los esfuerzos que realizo en la labranza de secano, estoy convencido, es... lo que me enseñó, todavía lo recuerdo, el dómine de Valderas, con quien me desasné en el latín: *arare litus, depéllere muscas, facere verba mortuos*; quiero decir, arar cantos, espantar moscas, ó hablar con los muertos.

—Tiene gracia, Don Manolo Y verdad al mismo tiempo.

—Pues si tan bien conoce las cosas, señor,—intervino rápido Blas, asiendo la ocasión por el cabello,—¿por qué entonces se empeña en hacer lo que hace?

—Pero ¿no estás viendo que no me empeño? ¿Por qué crees que deseo la Calera y transformar con ella en granja de riego la Dehesilla? Verás entonces qué paso, para arrendarlas, llevan las tierras que ahora labro.

—Es que quizás esas granjas y esos riegos los temo más, señor. Mire que cada país quiere sus

cosas y sus costumbres, y aonde se riega, se riega, y en este Campos regar la tierra es matarla. Mire que se lo dice un viejo cansado de aperrearse con ella, señor.

—Con que, vamos á ver, Casio—manifestó Bermejo, desentendiéndose de los vehementes alegatos de su mayoral:—¿qué puede intentarse ante la negativa que me traes?

—Me parece, Don Manolo, que queda recurso legal para hacerse con la finca.

—¿El retracto de colindantes?

—Ese mismo.

—Pues hay que intentarlo con empeño, poniendo en el asador toda la carne. Empezando por la reserva más absoluta, ¿estamos? Porque aquí el bien hay que perseguirlo, como quien persigue un crimen.

—No será malo—alegó Casio—que antes consulte con algún abogado de Valladolid.

—Eso pienso. Y como he de ir pronto allá, aprovecharé la ocasión, para despistar mejor cualquier mal intencionada curiosidad, si la hubiere.

Con esto se dió la conversación por terminada, y poco después, convenidas con Blas las últimas órdenes, retiróse á su casa bastante fatigado Don Manolo.

IV

AMOR HUMANO Y AMOR MÍSTICO

I

Cuando entró en su cuarto, sonaron las diez en el ronco timbre del reloj que adornaba una de las paredes. Doña Presenta, còmo de costumbre, habíase retirado á descansar á dicha hora. Llamó él á la campanilla, y se presentó la criada que ya conocemos, mirándole por cierto de muy mal talante.

—¿Y la señorita, Juliana?

—Esperándole en su gabinete—contestó con notable displicencia la doncella.—La cena también espera.

—Pues, avísala, y á cenar.

Cenaron ambos, en efecto (la santa, que hacía colación todas las noches, jamás les acompañaba á esta comida), y después se retiraron á su cuarto, con objeto de acostarse. Ella seguía abstraída,

como durante la cena; él no dejaba de asistirla con solicitud y ternura, ni siquiera reparadas.

—Marujilla,—interpeló al fin el olvidado con amargura:—¡que no has de tener para tu marido un solo pensamiento, una mirada, una frase afectuosa!

—Pero, hijo, ¡si sabes que te quiero como siempre! ¿Te parece, sin embargo, que mi dolor, el luto que llevo en el alma, las tragedias que nos han afligido son incentivos para estar de fiesta á toda hora?

—También llevo yo desgarrada el alma y el corazón echando sangre..., y nada de eso me priva el vivir entero para tí, para mi Maruja, para mi ensueño de siempre, triste ó alegre. Yo no he dejado de adorarte; tú.. ¡ya no me quieres!

—Ya estamos en el tema eterno. ¡Que no te quiero! Pues ¿cómo, si no, mantendría la batalla penosa que mantengo por tu bien, por tu salvación, por que te cures radicalmente de cuantas pasiones y pensamientos son única causa de tus congojas?

—¡El tema eterno!: dices bien. ¡Mi salvación!, ¡mis ideas! ¿Qué tiene que ver nada de eso con nuestro amor, con el lazo íntimo que une nuestras almas? Tú también tienes tus ideas y tus ilusiones, que, por tenerlas tú, ya son para mí santas y queridas. ¡Con qué libertad te dejo entregarte á ellas! ¿Voy á quererte menos por eso, Marujita mía? No; te adoro siempre igual, con más ardor si cabe, y mi única desesperación es tu frialdad, tu indi-

ferencia conmigo. ¡Viera tu amor actual tan intenso y efusivo cual lo sentiste un día, y ya la vida para mí se llenaría de suavidad y dulzura, centuplicándoseme las fuerzas para luchar con el hado adverso y aun remediar no pocas penas... Pero... ¡es ya innegable, Maruja! Tu alma se ha convertido en otra alma para mí; siento tu desamor en la mía, como se siente una angustia que ahoga; el frío de tu mirada y de tus palabras me invade el corazón cual sombra que quisiera fuese de muerte pronto, pronto, para acabar con las miserias que me oprimen...

Manolo habíase tirado sobre una butaca, y de pronto se quedó callado, como entrecogido por una ola sombría que, nacida de las propias amarguras en su voz llena de emoción expresadas, hubiese envuelto su espíritu, sumergiéndole bajo abismos insondables de dolor inextinto.

—¡Por Dios, Manolo, por Dios!,—acudió la lechucita con grave acento suave y sereno.—¡Mira lo que dices! Eso es desearte la muerte, delito horrendo contra el que nos dió la vida. Tus pasiones te arrebatan sin motivo. Sólo así me explico que de tus labios salgan esas enormidades que me asustan, créelo, y me perturban.

Se sentó en frente del dolorido, tocóle dulcemente, y como para atraer su atención, con las mórbidas manecitas de muñeca viva, y prosiguió diciendo en son persuasivo de madre cariñosa.

—No seas tontín, Manolo; cree á tu mujer. Las pasiones y las luchas del mundo están acabando

contigo, pobrecillo, y, lo que es peor, te están agriando y volviendo...

Violenta sacudida del meditabundo cortó la dulce frase de la mística poetisa.

—¡Pues dímelo en verdad, si tú lo piensas! ¿Soy por ventura un criminal? ¿Te lo parezco acaso? Es decir, un criminal no: un desalmado, un vicioso, un descastado, sin creencias, sin moral, sin respeto á la familia..., ¡lo que tú creas! ¡Dímelo! ¿A quién hago daño? ¿A quién oprimo? ¿A quién escandalizo? ¿Contra qué ó contra quién obro? ¿Dónde están mis pasiones de odio, ó de impiedad, ó de egoismo? ¿Cuáles son mis vicios, ó mis infamias, ó mis acciones vergozosas y nefandas? Me tuviste por honrado, cuando me otorgaste el inmenso tesoro de tu amor y á mí te uniste; ¿por qué ó en qué he perdido hoy para tí honor, virtud y prudencia?... ¡Maruja!, ¡Maruja!, ábreme tu alma, no te huyas de mí, flagélame si quieres, imponme las más duras penitencias, pero sigue siendo mi mujer, mi amor, mi encantador geniecillo de todo bien, de toda hermosura, de toda dicha...

Había cogido las preciosas manos de la mística, y se las apretaba con ardor, y la miraba delirante con súplica inmensa de ser correspondido en aquella efusión dolorosa de amor insondable. Ella, un tanto angustiada, aunque sin perder la serena calma, reanudó su exhortación templadamente cariñosa:

—¿Lo ves, lo estás viendo, pobre Manolo? Tú

propio con tus palabras y acciones te delatas, evitando el trabajo de toda demostración. ¡Sí, hijo mío, estás perturbado, obras con violencia, vives sin equilibrio! Cree á tu mujercita. Ni ¿qué extraño es? ¿Tan de poco momento fueron las tragedias de que nos hemos visto afligidos? Nada más natural que ambos hayamos cambiado algo con la tribulación y el espanto; sólo que yo he tenido la fortuna de dar pronto con el puerto de salvación, lugarségurísimo de asilo para el alma atribulada, mientras que tú, pobrecito marido, eres el barco perdido en la negrura de los mares, zarandeado por la borrasca, cuasi deshecho entre las olas. ¿Crees que no sé que sufres? ¿Crees que no sufro yo tristemente con tus sufrimientos? ¡Mucho padeces, sí!.. Vuelve hacia mí la vista en cambio. En medio de mi duelo eterno me ves serena, resignada, templada ante el dolor. ¿Quién me da ese temple, esa resignación, esa calma aceptada y triste? ¡Ay, Manolo, no te obstines en tu ceguera, no seas tenaz en tus luchas con el mundo, muéstrate antes bien dócil con tu mujercita, puesto que tanto la quieres, vente con ella, pásate á su lado con armas y bagajes!..

Manolo había vuelto á caer en abstraída inmovilidad tirante y dolorosa. Parecía absorto ante no sé qué sombra preñada de fantasmas lúgubres.

—Hazlo luego, decídete, tontín,—prosiguió con remedado simulacro de mimo la dulce émula de Santa Teresa,—y verás cómo en el acto todo cambia. Cambia tu vida ajetreada y difícil, cambia el

ardor de tus pasiones, cambian favorablemente tus tormentos insufribles, cambia tu corazón, tu alma, tu sér entero... Después de todo ¿á qué tantos afanes, Manolo? ¿Por qué has de andar aperreado con esos tragines de labranza que te vuelven loco y, más que te dan, te quitan? ¿Quién te manda meterte en esos trotes de transformar en granja la Dehesilla acaso para aumentar tus tormentos y perdernos á todos? ¿Qué necesidad tienes de buscar á toda hora quebrantos ajenos para con ellos quebrantarte, las perdiciones de todo el mundo, las desdichas de la agricultura, las quejas y malaventuras del país?.. Mil veces te he dicho que todo eso es en tí vicio, pasión ó encono del alma, supuesto que ningún menester te llena. Por fortuna nada de eso, bien lo sabes, nos hace falta. De sobra tenemos para vivir holgados con lo que nuestros padres nos dejaron, sólo cobrándole al capital el más ínfimo interés, sin afanes de aumentarlo en fuerza de trabajos tuyos y esquilmos de todos. ¿Por qué, pues, tu porfía en desoirme y atormentarte en el tumulto del mundo, cuando podías vivir ni envidioso ni envidiado en la santa paz del hogar y de la conciencia, entregado á Dios, consuelo de toda tribulación, y á tu familia, que sabría guiarte amorosamente por el camino suave y dulce de la dicha eterna, de las verdades eternas, de...

—¡Mujer, mujer, no me atormentes!,—se oyó sonar opaca y ardiente la voz de Manolo, interrumpiendo con brusco movimiento la plática de

la lechucita.—Me desgarras las entrañas, me oprimes, me ahogas. ¡Ah Maruja, Maruja de mi vida, ¿dónde estás? ¿Dónde volaste? Tú no eres tú; ¿lo oyes? (como extraviado). Tu voz, el alma que en ella se refleja, no son, ¡bien lo veo! ni tu alma ni tu voz. Son la voz y el alma de tu madre, que me persigue en todas partes, que me acorrala y estrecha, que me asfixia. Todo eso que me estás rezando, fría, inerte, como rezo de monja oprimida por el tedio, no es anhelo, ni voluntad, ni pasión de mi Maruja; es eco de ajeno espíritu, del espíritu enemigo y seco de la tirana santa que aquí todo lo puede y cuya sugestión irresistible domina el alado espíritu de mi mariposilla, y lo transforma, y lo vuelve en mi contra. ¡Ay, encanto mío!, si fueras tú con tu gracia y con tu vida quien todo eso que me has dicho me dijese, quien por gusto espontáneo me reclamase hacia esos deseos suyos, ¿qué no haría yo para satisfacerlos? Todo me parecería poco, aun sin esfuerzo de mi parte, pronto y alegre. Me retiraría del mundo para engolfarme en tus caricias, renunciaría á mis ensueños para abrazarme con los tuyos, me haría cartujo para vivir sólo dentro de tu existencia adorada... ¡Pero si todos esos discursos con que me abrumas y esquivas las efusiones de mi amor no son más que plática de devocionario, parodia de exhortación mística, triste obediencia á los severos preceptos por tu madre impuestos, ¿cómo quieres que me convenzan y arrastren? ¡Ah, padre mío, cuánto te recuer-

do ahora! ¡Con qué verdad la experiencia me hace comprender te quejabas, cuando en mis indiscretos reproches á tu conducta oías la voz de tus enemigos más que el pensamiento espontáneo de tu hijo! Eso mismo, eso mismo, cual pena de Talión ó cual si la fatalidad nos llevase á ambos por idéntico camino, estoy yo sufriendo ahora Y algo peor, cien veces peor: el desamor de mi Marujita adorada, la huída de mi geniecillo bienhechor, el desvanecimiento de mi encanto, de mi bien, de la dicha entera de mi vida. .

Volvió á callar el sin ventura como exhausto de quejas y de duelo. Maruja habíase puesto muy seria primero, después como desfallecida por aquella lucha con lo imposible, por último, inerte, anonadada, cual si sólo la inspirase el deseo de acabar pronto con aquella escena molesta, para entregarse al aislamiento y al descanso.

—¡Qué le vamos á hacer, Manolo, qué le vamos á hacer,—murmuró con desmayo,—si ya no acierto á hacerme comprender de tí ni aliviar tus penas! Perdóname, y yo pediré á Dios por ambos, y, sobre todo, porque me conceda mayor inspiración para hablarte.

Se levantó, y cual si de repente las impresiones acabadas de recibir se hubiesen borrado en su abstraído espíritu, comenzó á traginar disponiéndolo todo para retirarse al lecho. Iba y venía arreglando muebles y aligerándose el traje, siempre en silencio, como sumida ya en sus fantasías de escritora mística.

Púsose ante la amplísima luna de un coqueto, y comenzó á desceñirse el pelo. ¡Qué hermoso era! Garzo, fino, abundante, como cabellera de Venus saliendo entre la espuma de las ondas. La imagen entera de la afligida reflejábase sobre el magno cristal, pura y luminosa. Habíase desprendido del cuerpo del vestido, y los brazos desnudos se arqueaban elegantemente sobre la ovalada cabeza, suprimiendo lazos y horquillas, y manejando las sueltas trenzas y rizos hasta arrollarlos en sencilla y bien compuesta corona, que más aún que el anterior peinado la embellecia. El egoismo innato de la belleza femenina en eterno culto de sí propia escapábase vibrando involuntariamente al través de todas aquellas operaciones, triunfo de la mujer sobre la santa, secreto desquite del eterno instinto de la especie contra la efímera voluntad del individuo.

Marujilla, en efecto, resplandecía en toda la plenitud de su belleza. Nada había perdido en los seis años transcurridos desde su boda, pero en cambio había ganado mucho. Todas las ondulaciones de su cuerpo, admirablemente modelado, desarrollábanse con riqueza de contornos en opulentas líneas de prodigiosa armonía. Mórbido el talle, turgentes los redondos pechos, cuello y nuca dibujados con suavidad peregrina, pasmo de hermosura exuberante los brazos, la figura entera de la inspirada con sus movimientos siempre nerviosos y ágiles, con la blancura opalina de su tez brillante, con su gracia flexible y vivaz aun en

medio de sus tristezas lúgubres, vibraba materialmente rayos de salud física, encantadora elegancia, y sólida belleza. La naturaleza espléndida con descarado alarde de floridas energías burlábase en ella de idealismos místicos y soñados.

Se desciñó también de la falda, surgiendo más y más con el corto guardapolvo de rasete lo airoso de su figura. Entonces se volvió hacia el desolado, que inmóvil contemplaba con amargura aquellos esplendores femeninos que eran suyos, pero no eran suyos.

—¿Qué es eso?,—manifestó.—¿No te vas á la cama, hijo? ¡Ay! pues me vas á dispensar, ¿sí, querido? Yo me acuesto. Estoy rendida de sueño.

—¡Maruja, Marujilla mía, tirano divino de mi vida!,—rompió el silencioso con igual pasión avasalladora que antes,—no me trates de ese modo, no me abandones, no me lances á la desesperación. ¿Por qué huyes así de tu marido? ¡Si yo no te privo de nada, mariposilla mía! Sólo quiero que después de tus deliquios santos te acuerdes de que también yo vivo en un rinconcito de tu alma. Sé en buen hora la paloma mística que despliega vuelos celestes hasta regiones sagradas que á los caídos é ínfimos nos están prohibidas; ¡si me gusta mucho, y me admira, verte señorear esas altísimas cumbres! Pero, ¡por Dios!, sé también un momento sér humano, pasión embriagadora, mujercita adorada de este Manolo á quien tanto has amado, á quien tanto has prometido, á quien

nada sin tí es grato en esta vida ni en cien otras vidas que puedan existir ó imaginarse...

Maruja, asustada ante aquella exaltación, había vuelto á acercarse á él para calmarle, y entonces Manolo se apoderó de sus manos, la acarició con transportes de enamorado, cubrió de besos ardientes sus divinos brazos desnudos, se quejó suplicante...

—Marujilla, ¡si te amo tanto! ¿Por qué no quieres ser ya feliz conmigo?

—Cálmate, bobín, cálmate. Esta noche estás muy excitado, sin duda con tanto como trabajas y tantas contrariedades como sufres.

—Yo no quiero más que tu amor, tu amor. Lo demás ¿qué me importa?

Y volvía á llenarla de besos las preciosísimas manos que retenía entre las suyas.

—Pues si yo te quiero lo mismo, ¿no te lo he dicho?

—¡No, lo mismo no, lo mismo no, palomita del Espíritu Santo!,—afirmaba con extravío y ardiente voz el enamorado.—Antes me querías á mí solo, y ahora quieres sobre todo á los seres divinos que te embriagan y te me roban.

—¡Jesús, Jesús, qué horrores! ¡Calla, calla ya, que estás loco!

Y Maruja le tapó fuertemente la boca con su manecita, rodeándole, para apretar más, con el otro brazo el cuello, acercándole la carita compungida, y mirándole con vehemencia como para sugestionarle el silencio. Manolo entonces se apo-

deró de aquella divina cabeza, y la besó con deshecha ternura en la frente, en los ojos, en la boca, cual si buscase en el fondo de aquel sér querido el despertar de antiguas expansiones, el eco último de la pasión perdida, cualquier palpitación de vida y realidad replegados en algún seno del alma ó fermento de la sangre.

Y alguna chispa sin duda saltó al impulso de tan enérgico choque en aquellos nervios sublevados contra el régimen de la voluntad espiritual. Corriente de fuego delicioso surgió desde las entrañas hasta la superficie, coloreó con vivo rubor el semblante, despertó los mal dormidos nervios en indomable sacudida, y lanzó al través de ellos instantáneo temblor agitando la carne con voluptuoso cosquilleo. Pero Manolo se había rendido después de la batalla, sin advertir aquella vibración acorde y entregándose desolado. Dejó caer la cabeza sobre el respaldo de la butaca, y una lágrima de eterno desconsuelo, salida sabe Dios de qué hondísima herida, lubrificó imperceptiblemente sus enardecidos ojos.

La mística se recobró entretanto, apaciguó el chispazo de ternura, y acudió, ya compuesta, á remediar al vencido, consolándole con más puros consuelos.

—¡Vamos, Manolito, vamos; cálmate, hijo mío! Te me vas á poner enfermo con estas pasioncitas é imaginaciones. Debes descansar, créeme. Cuando duermas y te hayas serenado, yo te consolaré con todo lo que tú quieras, siempre bajo la condi-

ción de que serás bueno y oirás á tu mujercita, empeñada en tu felicidad, nada más en tu felicidad. Ahora á la camita, hijo.

Y empezó á desnudarle como á un niño. Después le abrió la cama, se la mulló, le empujó suavemente hacia ella, y cuando, alelado y mudo, húbose echado, le tapó con mucho cuidado, le apretó la ropa con cierto mimo y díjole para despedirse:

—¡Ea, á cerrar los ojos enseguidita y á quedarse dormido! Yo voy á rezar para que Dios te conceda el beneficio de un sueño tranquilo y pronto.

II

Salió despacio de la alcoba, cubrióse con amplio y negro chal de punto de estambre y seda, y se arrodilló en un reclinatorio ante el cual veíase pequeño altar de rinconera muy parecido en todo al que ya conocemos en su gabinete de estudio. Tomó de él voluminoso devocionario, abrióle, y, unas veces leyéndole, otras recitando, comenzó á rezar con gran devoción y premura.

Había apagado la luz del quinqué, encendiendo en su lugar linda y bronceada lamparita de aceite al pié del crucifijo, junto á la Dolorosa, con lo que la habitación entera quedó sumida en penumbra semiluminosa, obscura y triste.

Manolo no se movió de como su mujer habíale colocado. Angustia inefable le entorpecía corazón, cerebro y entrañas, el alma entera. Sentía el nudo

oprimente de los grandes desconsuelos en la garganta, y ganas de disolverse, entre el amargor de infinitos dolores, en todo su sér. Poco le faltaba para llegar hasta el llanto.

Latíale el corazón entorpecido, tenue y rápido, como en todas las adinamias, y una sombra fúnebre de anonadamiento profundo le invadió totalmente por dentro á la manera que las aguas hondas cubren al náufrago, envolviéndole y sumiéndole en el abismo. Quedó así inmóvil, como aniquilado y disuelto en dolor angustioso é inacabable, sin voluntad ni acción para cosa alguna. Llegaban hasta él las impresiones de lo exterior, pero á modo de una fantasmagoría difusa, cual el vago fluir de las imágenes en el ensueño.

Así sintió el rezo de su mujer en rumorcillo monótono y triste. Duró bastante rato. Después la oyó levantarse, acabar de despojarse de sus ropas, meterse en la vecina alcoba, abrir la cama y acostarse, todo quedo, muy quedo, á la manera de movimientos de fantasma. Volvió á sonar el murmurio silibante de los labios que rezaban, cada vez más tenue, más disuelto; aquel hilo de sonoridad efusa se fué apagando en el silencio espectral de la penumbra; por último, de aquella disolución surgió el ritmo igual y sosegado de la respiración de Marujilla que dormía.

Aquello pareció á Manolo el fin de la existencia, como si los mundos sin fin y los innúmeros seres se hubieran extinguido en un suspiro final. El duelo que le disolvía las entrañas hízose agudo y

anhelante. Como todo había muerto para él, sintió la soledad infinita penetrándole el último resto de vida, cual un escalofrío en las cañas de los huesos. ¿Por qué estaría él vivo en medio de aquel abandono insondable?

Algo, sin embargo, le punzaba más que todo: aquel ruidillo delgado, suspiroso, rítmico. Tras él se ocultaba el misterio de su desolación más honda. ¡Ay! aquel era el sarcasmo intraductible que le advertía de su desesperanza eterna. Por aquel agujerito irónicamente sonoro se le había huído el alma de su alma, dejando en pos de sí el vacío universal que ahora le enfriaba sangre y huesos; y la paz que irradiaba su respiración sosegada y tenuísima mostrábale el testimonio irresistible de la tranquila existencia que la huída gozaba. Semejante contraste con sus mortales congojas levantó en el alma inerte del sin ventura burbujeo repentino de ideas y sentimientos, todos desolados.

—Te fuiste,—decía la voz interior muy alterada,—te fuiste para siempre de mí, Maruja, mujercita, mariposilla de mis sueños. ¡Ya no te siento dentro! Pero vives. Lejos, lejos, en otros mundos que no son mis mundos. ¡Qué á gusto estás en ellos! Acaso enamorada de aquellas hermosuras que allí te seducen, tranquila, bien hallada, llena de secreto placer entre sus encantos. ¡Cómo lo conozco!; ¡cómo lo veo! Oye, sino, oye, alma mía, con qué sereno reposo aspira las nuevas delicias. ¡Calla, escucha!: tris... tris... tris... Es su aliento: el aliento que antes era para mí entero, y que

ahora, huída, se lo da á los ángeles, á las otras vírgenes, á las tres personas de la Santísima Trinidad, á todos los seres celestiales... ¡qué se yo! A todos, eso es; ¡á todos menos á mí! ¡A mí! ¿Por ventura no me tiene ya miedo y...? A la vista se halla. Me oprimió, me sujetó, me lanzó muy quedito en este abismo para siempre, y escapó, rápida, sin volver la vista, huyendo de mi presencia, de mi pasión odiosa. Rezaba, rezaba á sus nuevos amores. Después, ni siquiera me miró, ¡bien lo sentí!; no se acercó, no, para verme en el fondo de esta sombra; no tuvo para mí un pensamiento, un cuidado; no experimentó por el olvidado, menos que una inclinación afectuosa, ¡una sacudida de lástima! Se ausentó de mi alma para no volver más. ¡Todo ha concluído!...

Torturado entre el volteo tormentoso de esas pesadillas sin fin, Manolo acabó por caer en hipnosis vigil, soñando profundamente muy despierto. No dormía, no; mas tampoco tenía el sentido exacto de la realidad. La vibración poderosa del mundo interior aturdíale el cerebro, sobreponiéndose á las impresiones externas. Por eso para él lo real era sus angustias; y el mundo entero, los fantasmas lúgubres que le tenían invadida el alma...

¡Qué noche tan terrible en aquel encadenamiento al dolor, espantosa pesadilla con la conciencia despierta de todos sus tormentos y angustias! En el siniestro voltijear de imágenes dolorosas, reprodújosele entero el ensueño, siempre re-

cordado, de su primer encuentro con Maruja. ¡Ay!; pero ahora esa conciencia en estado de vigilia que acompañaba al girar de la tenebrosa pesadilla dábale como cosa cierta la siniestra transformación de la irisada mariposa en la fúnebre lechucita, pájaro sagrado, eternamente encadenado por la terrible sacerdotisa de piedra al altar solitario. ¡Ay! aquel ensueño ofrecíasele al fin con cierto sentimiento vivo de realidad. .

Son inenarrables las congojas del hipnotizado por la propia monotonía del dolor: congojas inacabables, sin fin, de una noche eterna... ¡Quién es capaz de medir aquella duración difusa...!

Por fin escuchó ruído extraño, alterando el ritmo mareante de su hipnosis mezclada de vigilia. Sonaron dos golpecitos á la puerta del gabinete, y en el acto la alcoba de Maruja resonó con los rumores de alguien que traginaba. La mística se había lanzado de la cama, vistióse aprisa, arreglóse un momento la cabeza, y enseguida salió de la habitación... En la puerta esperábala su madre, que era quien había avisado con los dos golpecitos, y, ambas unidas, allá se fueron tras sus devociones matutinas... Había amanecido.

Manolo en aquel instante volvió la cabeza como al golpe de sacudida inconsciente y nerviosa. Abrió los ojos desmesuradamente, y en un momento se dió cuenta de todo. La cabeza le dolía horriblemente, á martillazos descompuestos; sentía desesperación inmensa sobre el alma.

Vió que la luz del alba filtrábase al través de

las rendijas de la ventana, y de un salto poderoso lanzó lejos las ropas de la cama, y él se echó fuera, vistiéndose rápidamente.

III

Abrió de par en par el ventanal que daba al jardín, y la luz suave del crepúsculo estival envuelta en el fresco airecillo de la mañana y en los mil aromas campesinos de la huerta y los sembrados, todos olientes á tierra madre, invadió de golpe habitación y alcobas con escándalo de la atmósfera nocturna allí confinada. ¡Con qué ansia recibió Manolo aquel oreo! Creyó que de una vez y en tumulto salíale del ánima la muchedumbre de insanos fantasmas, desmayos y angustias de sus sueños en forma de repugnantes alimañas, hermanas de las imaginadas por nuestros abuelos en sus delirios milagrosos de no sé qué infernal zoología de monstruos.

Sedimentáronsele los fermentos dolorosos de sus tremendas cuitas en el fondo del alma, como poso amargo que jamás le abandonaba, y por encima comenzó á rebosar la vida sana y activa, la vida real y vigil, con sus apremios, ideales é ilusiones.

—¡No hay más remedio!,—murmuró el madrugador, mientras se secaba con afelpada tohalla, después de bien lavoteado.—Este dulce rinconcito de mi casa con la mariposilla, dentro, de la felicidad ponéseme inasequible... por ahora. ¡Yo le re-

cuperaré! Entretanto, á luchar fuera. ¡No todo lo humano se resuelve en el amor y la ternura! Hay más humanidad, más afanes en que pensar, otras pasiones, horizontes é intereses bienhechores y grandes, donde también se esconden ansias y dichas dignas del hombre. ¡Regeneremos por ese camino el alma abrumada! ¿Quién sabe si también estotra dicha se me dará entonces por añadidura?...

Se acabó de arreglar, pidió un vaso de leche por todo desayuno, y se lanzó fuera de casa.





V

EL PROBLEMA AGRÍCOLA

I

Atravesó Manolo la plazoleta donde se levantaba el hotel de los Garzones, y al término de la misma sobre la mano derecha paróse ante enorme puerta carretera alzada entre tapiales corralizos, levantó el picaporte de un portón en ella abierto, lo empujó, y penetró en serie de grandes corrales con cuadras, paneras, cobertizos, locales llenos de máquinas y aperos, montones de leña y manojos, tendederos de estiércol, un palomar, un cacho de huerta, tres ó cuatro pozos, un pedazo de estanque, y, poblando aquel maremagnum arsenal de una gran casa de labranza, estupenda arca de Noé con toda especie de animales, gallinas varias, gansos y patos, palomas mansas y bravías, pavos reales y del país, tres ó cuatro de

los de la vista baja amén de una señora mayor perteneciente á la familia rodeada de cáfila de tostoncillos que no cesaban de perseguir las doce ubres pendientes imagen de la fecundidad, cantidad de perros y galgos por allí desperdigados, un precioso carnero de hermosas y larguísimas lanas que á lo mejor jugaba con ellos persiguiéndoles á topetazo limpio, ¡y hasta un cigüeño inválido, caído no se sabe cómo de la torre próxima, allí asilado y adaptado por raro fenómeno zootécnico, y que con filosófica gravedad é indiferencia musulmana contemplaba desde la altura de sus desmesuradas patas todo aquel zurriburri!

La tribu equina de mulas, burros y algunos caballos y yeguas de vientre, con dos ó tres parejas de bueyes y un par de vacas lecheras, hallábase entera fuera de casa: en la era, la mayor parte; en la Dehesilla, los restantes.

Manolo atravesó á lo largo de especie de pasillo practicado bajo los cobertizos la vasta granja, acariciado por los mastines, seguido amistosamente por el carnero, y saludado por la gárrula gritería de los alados: patos que graznaban, gallinas que cacareaban, pavos que escandalizaban con sus exofágicos estallidos del glau-glau, palomas que lanzaban al vuelo el palmoteo rumoroso de las irisadas alas. Por fin, después de atravesar otros varios, topóse con un último portillo, abierto el cual, se encontró en el propio patio de la casa de su padre, ya conocida nuestra.

En el acto salióle á recibir una también amiga

del lector, la criadona de Don Ildefonso, Rupa de nombre (contracción de Ruperta), desque salió para mozalveta en la su casa. ¿Que cómo estaba allí la elefante todavía? ¡Como que se había casado con el interminable Quico, el hijo de Blas, colmando las mayores ansias, los más fatigosos moqueos, la modestísima dicha terrena (sin más allá ni ultratumba que lo valga) de aquel macho humano con relación á la susodicha hembra, tan humana como su macho! Por aquello sin duda del *gutta cavat lapidem* el mozanco logró al fin brecha en la rupense piedra berroqueña, dura y maciza como banco de arcilla campesina, siquiera en honor de la verdad haya de confesarse que la más eficaz piqueta demoledora fué manejada por las manos del señorito Manolo, á quien semejante casorio, de acuerdo con el fidelísimo é inteligente Blas, vínole muy en juego para sus planes ulteriores.

En efecto, sabido es que el hotel de los Garzones carecía de toda aptitud para casa de labranza, y, como él, casado ya, á la explotación agrícola hubo de entregarse en cuerpo y alma, resolvió desde luego instalar la de labor en la de su padre, ampliándola por las traseras con dos vecinas que adquirió, y tenían para él la inapreciable ventaja de darle, como hemos visto, salida frente á su mismo hotel, donde ahora habitaba. Conseguía tener á la mano, cual si en ella viviera, su granja de labor, y además seguir usando como propio el sagrado solar de la estirpe bermejina, donde aún parecía vagar la sombra amada de su padre.

En las habitaciones instaló al nuevo matrimonio en compañía de Blas, padre del mozo, de modo que, bajo su dirección, rigiesen y atendiesen aquella complicada máquina con perpetua y necesaria presencia, y él se reservó algunos cuartos principales, singularmente el cómodo y amplio despacho del piso bajo, donde estableció lo que pudiéramos llamar su cuartel general agrícola: la biblioteca, los libros de cuentas, la caja para pequeños pagos corrientes de obreros y labores, un modesto laboratorio químico, multitud de menudos modelitos de máquinas destinadas al cultivo é industrias derivadas, y no menor número de mapas, planos y gráficos de igual índole, colgados en las paredes. Allí hacía Manolo sus estudios y ensayos, desde allí dirigía los combinados movimientos de la batalla agrícola, allí recibía también las visitas de sus amigos, aquellos que lo fueron también, muy fervientes, del inolvidable Don Ildefonso, allí en fin maniobraba y vivía en libertad para sus ideales y el culto del ausente, sin la opresiva mortificadora presencia de la temible santa.

Blas era su segundo de á bordo. Había acabado Manolo por tener en él absoluta confianza, y él había acabado por asimilarse los planes, ideas, medios y ensueños de aquel amo, tan distinto de los demás amos campesinos, hasta el punto de sentir hacia su persona adhesión fanática, adoración sin límites. Le admiraba al comprender por bien regido instinto la grandeza de sus proyectos;

amábale con paternal ternura sólo por ser hijo de quien era. Cierto que mil veces advertía los peligros de sus osadías en cultivar aquellas no domadas arcillas castellanas, por civilizar todavía, y al punto se los avisaba con fidelidad inquebrantable, ó bien procuraba con su experiencia del medio suavizar los choques; pero no por eso dejaba de entusiasmarse y juzgar halagüeñas en conjunto y á lo lejos las perspectivas que el otro le descubría. Excusado parece decir que las groseras burlas é insidiosas oposiciones levantadas brutalmente por todas partes contra el generoso reformador herían, más quizás que la del propio Manolo, el alma delicada de Blas hasta envenenarla y agriarla, muchas veces ferozmente. Por lo demás, la salud del buen mayoral iba de mal en peor, no obstante los cuidados cariñosísimos de Manolo y su afán de hurtarle toda clase de trabajos duros ó penosos, tanto más cuanto él le quería sólo para el gobierno y subdirección de sus planes, sin necesidad de trabajo alguno manual ó mecánico. Pero de cualquier modo aquel organismo se desmoronaba á varas, y ni su pecho regía, ni de los pulmones, carcomidos por la polilla de una caseosis lenta, íbanle ya quedando alveolos sanos. ¡Otra preocupación, y no de las menos mortificadoras, para el atormentado Manolo!

El matrimonio Quico-Rupa maniobraba en la especialidad casera bajo la mano inmediata del abuelo Blas y la más alta del «señorito Manolo». La guarda y limpieza de la casa, el cuidado y

pienso de los animales de labor y corral tan numerosos y variados, la vigilancia y conservación del enorme arsenal de máquinas y aperos, la buena administración de los abonos corralizos y de establo, el manejo de las matanzas, la siempre delicada asistencia de las bodegas, las atenciones, en fin, de la cocina tan árduas, complicadas y extensas durante las faenas del verano, en que no pocas decenas de bocas de ella dependían, constituían otras tantas incumbencias á dicho matrimonio encomendadas, muy sobradas para no dejar al diligente varón ni á la mujer hacendosa, por fuertes y robreños que fuesen, (y lo eran á contento), minuto en que rascarse.

El abuelo Blas, dijimos antes, y en efecto éralo. Ni ¿cómo no dar fruto de bendición aquel par de frondosas gigantescas encinas con los dejos de fecundidad que en ellas se revelaban y las ganas con que debieron coger las familiares obligaciones? Así fué. Apenas pasaron horas, que no meses, de los nueve consabidos, á contar desde la propia bendición nupcial echada ante el altar mayor de Santiago por el mismísimo fray Carlos en persona, (padrinos, los *señoritos* Manolo y Maruja), la formidable cariátide rupense, digna de un Partenón celtíbero, echó al mundo, de un solo empuje, la gigantesca masa de un Quico *bis*, capaz de colmar en fondo y forma, cantidad y calidad los más ambiciosos deseos de padres, abuelos y padrinos. Y no hay que decir que lo fueron por gusto y costumbre los de la boda.

El fenomenal bebé creció rubiazo, según hemos dicho, como su madre (que lo era, aunque campesina), crecedero como su padre, fino de líneas faciales como su abuelo, y mimado por sus padrinos. Lo cierto es que todos á porfía se embobaron pronto con él, de modo que el rapazuelo, muy salido de madre en este sentido, causaba no pocas envidias (pecado muy característico de las gentes rurales) en el pueblo.

Singularmente Manolo tendía evidentemente á cifrar en el chiquillo las ilusiones, antojos y efervescencias afectuosas de una paternidad fracasada, pues Marujilla no le dió ni señales de descendencia: nuevo lazo que ataba más y más con el *señorito* á aquella familia de fidelísimos servidores por la gratitud y el cariño.

En suma, el último Bermejo, como se ve, había acabado por tener dos hogares: el de su mujer, teatro de sus tragedias amorosas, dominado por el hostil espíritu de la santa; y el de su padre, escenario de sus luchas agrícolas, ensombrecido por la ausencia del desterrado. Es decir, ninguno plenamente suyo, lleno de su alma, nido de felicidad y de trabajo fecundo...

II

—¿Y tu *señor?* (ya queda dicho en otra parte, que en Castilla los yernos y nueras llaman á los suegros «señores»),—preguntó Manolo á la insigne Rupa, después de los saludos consiguientes.

—No ha venido esta noche, señorito Manolo. Se ha quedao á dormir en la era.

—No se puede con él. Me harto de decirle que después de avisar á las doce para el acarreo, se venga á casa, porque el relente de las mañanas le hace mucho daño, y ¡nada! Vosotros, además, no me ayudáis lo que debiérais para persuadirle de su necesidad de cuidarse. Blas está peor de lo que os figuráis. ¡Y ya veréis si llegáis á quedaros sin padre!

La gigante abrió mucho sus grandes ojazos de alelada, y permaneció como estupefacta.

—¿Y Quico?

—Se fué á la era á ver lo que pasaba. Debe de estar en llegando ya de güelta.

Y, en efecto, en aquél instante apareció colándose por el portal y llevando, bastante encorvado de hombros, su estatura gigantesca. Había crecido los imposibles, hasta el punto de ser objeto de asombro en el pueblo su talla desmesurada; pero se conservaba tan huesudo y magro de carnes, siquiera con más densa y coloreada musculatura que cuando le conocimos pálido y flacucho de ansias amorosas. Ahora, satisfechas éstas, había recobrado la recia complexión que le era propia, metido además en la edad floridísima de los veinticinco. Se quitó el estoposo usadísimo sombrero al encontrarse con su amo, y saludó complaciente.

—Buenos días, señorito. ¿Cómo hoy tan demasiadamente temprano? Aún no se acuerda de salir el sol.

—¿Y tu padre?

—Ha pasado toda la noche en la era, dice que pa avisar el acarreo y la trilla. No se pué con él, señorito. Siempre es lo mismo.

—¿Y qué hace ahora?

—Allí queda traginando y echando las propias hieles por la boca con ese toser de Dios Le he llevado la leche.

Y el mozancón puso los ojos en blanco para mostrar su tirria decidida contra la tos susodicha, cuyos esputos pulmonales diputábalos él (aprensión muy común entre el vulgo campesino) por condenadas hieles. Arrugó Manolo el entrecejo, y ordenó:

—Anda, ensíllame la jaca á escape, que me voy. (Y luego, dirigiéndose á Rupa). Supongo que Manolín estará en la cama. Ya te he dicho que tengas más cuidado de él, y que no me le dejes ir á la era con recados ni sin recados hasta que caiga la tarde. Pesca una insolación cuando menos se piense, y, después, ¡quién lo dijera!

Entró al fin en su despacho, púsose allí las espuelas colgadas de una panoplia nutrida de objetos de caza, bastones y otros chismes de parecida alcurnia, echó en derredor ojeada de dueño vigilante, volvió á salir sin detenerse, montó en el ya dispuesto tordillo, y se lanzó á la calle, previniendo al despedirse:

—A las nueve lo más tarde estaré de vuelta para ver el correo. Tenedlo todo dispuesto.

III

Cumplió su programa. A las nueve en punto apeábase, sudoroso y cubierto de polvo, de la incansable jaca, no sin enredarse entre el bullicioso Manolín que, dando gritos de júbilo, salió á recibirle hasta meterse entre las patas del noble animal y sus propias piernas. Tomóle el blondo de la mano, se dejó dar un beso, y, tirando de él, le guió hacia su cuarto, manifestando:

—Palino, palino, ya ha vinío el coleo. ¡A vé zi tae zantos!

—No; hoy no es día de zantos, señor mío.

Y ambos se entraron en el despacho, cuya frescura, en relación sobre todo con el infernal ambiente exterior, sentíase excesiva. El rubio, presumiendo importancia, cerró tras sí la puerta, mientras el «palino» fué á sentarse, en el ancho sillón de cuero por su padre usado, ante enorme, cómoda y antiquísima mesa de escritorio, adquisición suya. En el acto el muñeco arrastró con grande estrépito silla antigua de baqueta, arrimóla también á la mesa, y encaramándose, quedó colocado frente por frente de Bermejo, á quien enderaba miradas chispeantes de alegría.

—Vamos, palino, ¿te ayulo?,—exclamó frotándose las manitas y comiéndose con la vista el montón de cartas, periódicos y revistas puesto sobre la mesa.

—¡Hola!,—declaró Manolo, casi cual si se hallase

solo, acostumbrado por lo visto á aquella jubilosa y á veces deliciosamente trastornadora asistencia del ahijadito.—Ya está aquí el correo. ¿Qué cartas son éstas? Veamos.

Y empezó á romper sobres que entregaba inconscientemente al pequeñarra, el cual, con seriedad cómica, los coleccionaba, como quien realiza operación importante. Después, leyendo, exclamó:

—Nada: el tema del día. Todas lo mismo: que preste mi «valioso apoyo» á la agitación agraria. ¡Eso!; y luego, que los labradores se queden como están, realicen su agosto unos cuantos negociantes, y se encuentre, á costa de Pando, hecho el caldo gordo Don Fulano ó Don Perencejo para erigirse en jefe de partido y echar al que hoy lo es la zancadilla. ¡Produce esto asco!...

—¡Qué! ¿No te guztan las catas?...—apuntó el nene reparando en aquellas frases y señales de disgusto.

—Nada me gustan, nada, Don Revuelta. ¿Y los periódicos? Tráelos; ahí están. ¡Cómo se van también maleando!... Aquiétese usted un momento (al bebé), señor mío...

Empezó á desenvolver diarios y revistas, siempre con la cooperación asidua de Manolín, que apilaba con notable diligencia ahora las fajas como antes los sobres, atisbando la aparición de cualquier «zanto».

—¿A ver qué dice *La Gaceta Agrícola*? (prosigue Bermejo su inspección).—¡Nada entre dos

platos! Pero ¡que no ha de salir un ojo clínico, sólo uno, que con seguridad y decisión le señale el dedo malo al problema agrícola!... *La Economía Rural...*, *El Consultor de los Labradores...*, *Caldos y Granos...*, ¡eche usted revistas!... Todas *pro pane lucrando*. No, y saquear, bien me saquean: apenas veo una que no publique algún trabajo mío, fusilando á mansalva mis folletos, libros, cartillas, hojas de propaganda..., por supuesto, sin darme una sola vez las gracias, y muchas, sin dignarse siquiera apuntar que me pertenecen. ¡La verdad es que tiro un dineral por esas imprentas!... ¿Servirá para algo?... ¡Se hallan tan endurecidas estas cabezas!...

—¡Palino! ¡Palino! Pero ¿no taen ningún zanto? ¿Ninguno, ninguno?,—se atrevió á insinuar el rubicundo, contemplando fracasada su paciente espera.

—¿Santos, éstos, Don Perrimplín? Los que hagan ya nos los pueden clavar á ambos en la frente.

—¿En la fente?,—interrogó asombrado el mocete, llevándose á la suya entrambas manitas.

—¡En la fente, sí señor! (sonriéndose). Ya verás cómo luego te saco de ella uno muy bonito... Los periódicos de Valladolid: ¿dónde los has puesto, revoltoso?

—¿Son étoz, palino?

—Vengan... ¡A ver lo que por la capital ocurre! *El Norte de Castilla* (sonriendo)..., fósil del periodismo castellano... Pero ¡cuándo se le ocurrirá á este Gaviria resucitar semejante momia?... *La*

Libertad..., ¡como todos!... *La Crónica...*, ¡señora mayor de la plazuela de Orates! Ya veo que todo sigue en paz..., fuera de los mangoneadores de la agitación agraria que arriman el ascua á su sardina... Aquí viene ahora la corte con su política... ¿A ver qué dice el archipopular *Diario de Madrid*? (Leyendo). EL MINISTERIO EN CRISIS...

Sonó tremendo puñetazo sobre la mesa, y el tal *Diario* fué volando por los aires, todo arrugado y descompuesto. Manolo se revolvía sobre el sillón rojo de ira.

—¡Vayan papeluchos á paseo!,—barbotaba con reconcentrada cólera.—Es mucho no poder echarse uno siquiera á la cara sin tropezarse eternamente con el monótono tema de la crisis..., y del ministerio..., y de los que suben..., y de los que bajan... ¡No parece sino que al omnipotente Verbo se le ha vuelto la creación entera entre las manos ministros, dependientes de ministros, aspirantes á ministros y dependientes, y...! ¡Esto es irresistible! ¿Cómo por este camino soñar siquiera con la redención que...?

De repente toda su ira vínose abajo como espuma hirviente por viento frío soplada. Sus ojos habían tropezado con el blondo Manolín, el cual, después de quedarse lelo ante la acción y las frases del «palino», comprendiendo al fin que aquel papelón del demonio tenía, y nadie más, la culpa de aquella desazón mayúscula, bajóse al suelo listo como rehilete, y allí la emprendió á pataditas contra la inerte sábana impresa, á la que de paso

ponía un hociquín muy severo y endilgaba las más tremendas conminaciones.

—¡Ana!... ¡Ana!... (y vengan pataditas llenas de graciosa rabia)... ¿Pala qué iñes al palino? ¿Pala que no hacez lo que te mana?...

E iba ya el palino á soltar la carcajada, y á comerse al monuelo á besos, cuando sonó en el portal alegre estruendo de personas.

—¡Rupa!, ¡Rupa!, ¡incomparable Rupa! ¿Dónde estás? ¡Ah! Ya pareciste. ¿Ha venido tu amo?

—Sí, señor, en el despacho se encuentra. ¡Pasen ustedes! ¡Pasen ustedes!

Y en el acto invadió la habitación la consabida piña de amigos, entre los que se escurrió fuera el Manolín bonitamente, deseoso ya de campar por sus respetos. Delante entraba Herrezuelo con el *Diario de Madrid* en la mano, y gritando resuelto, cual si por los ojos quisiera meter el periódico á Manolo:

—¿Lo ves, lo ves? Ya tienes aquí la crisis de los indecentes fusionistas. La agitación agraria, todo es obra de la agitación agraria. ¿No te lo decía yo? ¿Qué vas á oponer ahora á los hechos? ¡Tú que decías que los partidos políticos no sirven para nada! Ya está claro: todos los *meetings* (para Herrezuelo no podía haber reunión de hombres que no fuese *meeting*, así se tratase de un Concilio de arzobispos), todos los meetings agrícolas se declaran republicanos. Estamos «en el principio del fin». Por de pronto ¡abajo este gobierno! (frotándose jubilosamente las manos)... ¡No... y yo me

alegro especialmente por aquí..., por Valdecastro!... Ahora le contaremos un cuento á toda esta pillería gamacista... ¿Qué?... ¡Me da la gana hablar así...! Además, que ahora ¡ya están debajo! ¡Mira que ser jefes del gamacismo en el pueblo el granuja de Pedro Villalobos para librarse de ir á presidio por haberse comido medio Ayuntamiento, y el perdis de Remigio Plaza para seguir trampeando!... Testaferros, por supuesto, del Larreita, que con tirios y troyanos sigue explotando... ¡Pero ya se le acabó la breva!... Sólo por eso me alegro de que suban al poder los conservadores. ¡Ahora verá tu cariñoso pariente lo que es vivir en la oposición! Y no será á tí á quien peor venga quitarse tan venenosa mosca de encima... ¡Qué! no crees lo que estoy diciendo? ¡Mira, hombre, mira; mira el *Diario de Madrid*; aquí lo tienes!...

De pronto el verboso se quedó mirando, y con la palabra en suspenso. Manolo habíase caído redondo en el sillón, cual cogido de accidente fulminante; Ruedita, muy serio, dábale aire con un abanico de diez céntimos; fray Carlos se desternillaba de risa con su alegría simpática, refunfuñando los indispensables latines:

—*Fulmen est, fulmen, is homo.*

Manolo se levantó súbito cual resucitado cadáver, abrazó fuertemente al exmédico titular, y exclamó con espanto:

—¡Perdón, perdón, queridísimo Gaspar! ¡Basta de crisis! Y, si no quiere usted presenciar

la muerte de su mejor amigo..., ¡doblemos la hoja!..

Dijo, y...

Por este camino siguieron los inseparables consumiendo un pedazo de la estival mañana hasta llegar la precisa hora de la cuotidiana pitanza.

IV

Se terminó, al fin, la recolección, y aquello fué un desastre. Apenas pasaba la cosecha de una mitad con respecto á la del año anterior. Por todo Campos no se oían sino quejas amarguísimas, aunque expresadas con ese tono de resignación fatalista propio del castellano viejo.

Manolo y Blas habíanse encerrado en el despacho del primero para hacer balance general del año, verdaderamente asustados por la catástrofe.

—No sale más, no te canses,—manifestaba el primero, pluma en mano y rodeado de libros y cuadernos de cuentas.—Tres mil quinientas fanegas escasas de todo grano, mientras el año pasado sólo el trigo se nos aproximó con ligerísima diferencia á esa cantidad. Total, tres, algo mermadas, por fanega de sembradura. Peor que un desastre: ¡una vergüenza!

Y centelleaba los ojos con desesperación profunda.

—Poco más ó menos, como todo el mundo,—

argüía el mayoral muy pálido y tratando de ocultar su desolación íntima.

—¡Más bajos, más bajos que todo el mundo! No me dores la píldora, Blas.

—¡Quiá, señorito!... De todas suertes bien se ve ahora lo que tantas veces le tengo dicho. La mucha labor y los abonos tan fuertes..., ¡sobre todo esos abonos artificiales!..., perjudican bastante, no siendo año de mucha agua.

—Mi sombra, Blas, mi sombra. Años y años de abundantes lluvias habéis tenido tiempo atrás. En cuanto yo me he metido á labrador, parece que este cielo de Castilla sólo sabe dar sequías y heladas. Y, ya ves: no es cosa de ponerme á labrar poco y con pocos abonos con la intención de que, llegando Febrero, han de haberse acabado las lluvias hasta Septiembre.

—Pues ahí verá usté lo que es esta tierra. Descastada y mala cual ella sola. ¡Y como tal hay que tratarla, so pena de ir perdiendo cuanto bueno á su favor se pone!

—¿Y si vienen las aguas? Entonces bien os gusta llenaros la boca con la diferencia que veis entre los grandes rendimientos que ofrecen los labrantíos esmerados, abundantes en abonos ricos, y los rendimientos, regulares nada más, de las tierras mal llevadas.

—Lo cual que eso sucede una vez cada seis ú ocho años. De modo que lo ahorrado en los cinco ó siete restantes, eso ya se lleva por delante.

—¡Vamos, que no sé resolverme al absurdo

de maltratar la tierra para no perder con ella!

—Ahí tiene entonces las consecuencias.

—¡Sí, sí, ya lo veo! Los hechos son brutales. Pero es que aquí todo está dislocado, tanto que hasta las experiencias resultan falsas. Tú mismo no haces más que quejarte de los abonos minerales, y ¡ahí tienes!, en el estado en que se han puesto nuestras tierras después de un cultivo esquilmador durante no sé cuántos siglos les son no menos necesarios que el mantillo. Ahora que sin aguas ¡está visto que nada puede hacerse con éxito!

—Sin aguas... del cielo por supuesto.

—¡Otra preocupación de la ignorancia y la rutina! Las aguas no son del cielo ni de... Las aguas son las aguas, y, por lo que de tal tienen, obran en la agricultura. Ni más ni menos.

—¡Sí! ¡Si usté tiene la razón, señorito! Pero..., ¡ya verá cómo las de riego dánle también muy malos resultados!

—Eso no, ¡Blas! Los hechos te convencerán plenamente. ¡Vea yo la Calera mía y metida dentro de la Dehesilla, aproveche los enormes manantiales que en ella existen, ponga en riego todo el coto, porque agua para ello ha de sobrarme, y tú verás, y verán todos de lo que son capaces estas tierras castellanas, imagen hoy de la esterilidad!

—Bueno, bueno...; pero mi temor nadie me lo quita... ¡Dios le dé á usté la razón! Lo que hay es que el hambrón del tío Mateo ha de querer sacarle una barbaridad por la tal Calera.

—Una barbaridad daríale yo, y me saldría bien la cuenta. Lo peor es que por buenas no la obtengo.

—Ríase de eso, señorito. A lo que se tira es á saquearle como siempre. Y ¿sabe lo que le digo?: que todo lo que sea pagar por ella más de dos ó tres mil pesetas es ganas de dejarse robar. Tres mil trescientos reales, como no ignora, costóle á él, hace dos años, cortó en seguida los chopos y negrillos buenos que tenía, los vendió, por cierto, superiormente vendidos, y ahora, ¿qué queda allí? Seis obradas escasas de terreno, sin provecho, todo de ribazo, cubierto de zunchos y juncales, y que ni para hierba sirve, porque está siempre enaguachado.

—Bien, bien, Blas. Eso es cosa mía. Lo único que te ruego es que de ningún modo me contraríes en los proyectos que á ella se refieren.

—Eso, nunca; antes ayudarle cuanto pueda, para que bien le salgan, una vez metido en ellos. Porque lo que yo quiero es que no se pierda talmente en la labranza como tantos otros: ¡vamos, no salir muchos años, como éste...!

—Eso es cierto, Blas. En éste salimos con las manos en la cabeza.

—Mucho, señorito, por las mis cuentas y cálculos. Y mire: si no hubiéramos pagado los jornales demás que hemos pagado, el ganado demás que hemos mantenido, los abonos esos industriales que tan caro nos han costado, y tantas máquinas como, sin necesidad, á mi ver, han andado al retortero,

no dude que hubiéramos quedado, por lo menos, ten con ten. De modo y manera que de eso á perder no habrá bajado un chavo de cuarenta á cincuenta mil reales...

—¡Más, más!,—repuso Manolo con el semblante sombrío y apretándose con una mano la arrugada frente.

—¡Pues ahí tiene, señorito! (también con acento consternado). Así no se puede seguir.

—Aquí es donde llevas más razón que un santo, Blas. No se puede seguir, y no seguiremos. La cruel experiencia de este año ha acabado de decidirme, y te juro que no seré más labrador de secano. Sin agua en casi toda España, no hay agricultura; hay sólo una explotación bárbara del terreno y una miseria asoladora, capaz de acabar con las razas más robustas, totalmente incompatible con la civilización más rudimentaria.

Manolo, al expresarse así, transformaba de sombrío en iluminado el varonil semblante, á manera de profeta en posesión de la verdad absoluta.

—¡Agua, agua, Blas,—prosiguió diciendo,—y todo está salvado! ¡Qué cosecha hubiéramos hecho este año, según teníamos las tierras, de haber venido lluvias abundantes en los meses mayores! ¿No es cierto? (El otro asentía con expresivos movimientos de cabeza). ¡Qué maravillas de cultivo pudieran introducirse en toda esta tierra de Campos, hoy desolada! ¡Qué hermosuras y grandezas (cada vez más irresistiblemente inspirado) surgi-

rían de esta planicie despoblada de hombres, animales y plantas! ¡Qué restauración de la naturaleza y del hombre, y qué exuberancia de vida donde ahora sólo reina la muerte seca y aterida cual esqueleto inmenso...!

Blas conocía de memoria todas aquellas perspectivas sugestionadoras, por habérselas oído cien veces á su amo, y ahora, como siempre, no sabía qué cara ponerles, si triste ó placentera. Por último, se atrevió á argüir:

—Pero, bueno, señorito, si en esta tierra no quiere llover como en otras, ¿qué vamos á hacerle?

—Ese es el problema á resolver. Mas nosotros lo tenemos resuelto. ¡La Calera, la Calera! Sea yo dueño de la Calera, y te prometo que todavía has de ver realizados en pequeño todos esos milagros...

IV

En aquel momento oyéronse pasos en el portal, resonó alzándose y bajándose el picaporte correspondiente á la puerta del despacho, y una voz muy conocida pronunció el tradicional:

—¿Se puede?

—Adelante, Casio; no te detengas. Precisamente llegas en el momento crítico.

—Mejor. ¡Muy buenas tardes! Usté dirá, Don Manolo.

—Buenas te las dé Dios.

—Felices, felices. Toma asiento. Y poco tengo que decirte, porque conoces ya mi dedo malo.

—¡La Calera!

—Exactamente. Creo que para adquirirla por buenas de ese mal bicho de Mateo Santos hemos agotado todos los medios, ¿no es eso?

—¡Todos, del todo! El de Valcorba tiene detrás quien le sostiene, y no hay manera de traerle á buen camino.

—Pues ha llegado el momento. No lo he buscado, antes vengo rehuyéndolo cuanto he podido, sin que ignores los esfuerzos que he realizado y acomodos que he propuesto en este sentido. ¿He fracasado en este terreno de la paz amistosa y privada? Pues para algo son las leyes en los paises civilizados... ó que por tales se tienen. ¡Apelemos á la ley!

Blas y Casio movieron tristemente la cabeza.

—Comprendo, comprendo vuestra actitud, vuestros pensamientos secretos, y os los agradezco. No se me ocultan lo que son litigios en España. Pero ¿he de dejar que el capricho, la mala fe, una hostilidad sin causa arruinen mis proyectos é intereses sin yo defenderme?

Mayoral y papelista seguían callando.

—Hé ahí para lo que te he llamado, Casio.

—Bueno, bueno, Don Manolo. Se hará lo que usté mande. En cuanto á los primeros trámites no tengo que enseñárselos, porque de sobra los sabe: nombrar procurador y abogado en Mauda, y enseguida intentar el acto de conciliación para proceder después á la demanda.

—Todo ello lo tengo en efecto pensado, y se hará sin más pérdida de tiempo.

—También le digo que, si tiene algún letrado de los gordos conocido en Valladolid, sería bueno le consultase, y... yo haría asimismo una visita al Gobernador, explanándole mis proyectos, pues al fin algo, me imagino, tiene de administrativo el asunto por lo que toca á cotos y granjas agrícolas. A mí eso me suena bien, y ofrece camino para trabajar la cosa, ¿entiende?

—Conforme, Casio, conforme, y te prometo tocar esos palillos y cuantos se pongan á mi alcance. Y no hablemos más (levantándose), porque mañana mismo á Valladolid me voy, volviéndome después por Mauda, con lo que mataré de un tiro los dos pájaros consabidos.

V

—¿A tí qué te parece de todo esto, Casio?—preguntó con viva inquietud el mayoral, cuando se quedaron solos.

—Está claro: que tu amo se pierde, y que acaba todavía, y pronto, peor que su padre.

—Eso mismo me presumo yo. Y créete que á éste le empujan los mismos que empujaron al otro,—manifestó Blas, torva la mirada.

—¿Que lo crea? ¡A quién se lo cuentas!

—Mira; todas estas cosas que hace el señorito las hace por desesperación, por tirria, porque la bruja de su suegra y la hipócrita de su mujer no le dejan vivir quieto en casa, y me le tienen con sus mogigaterios acorralado.

—Y Fidel ¿es rana? Pues sábete que Larrea es aquí la peor cuña y el más dañino veneno.

—¿Crees tú?...

—¿No ves que él no se consuela de haber perdido la ganga de la Dehesilla, cuya explotación, mientras vivió su tío Venancio, le valía un dineral? Es más: para mí le tenía echado el ojo á la finca, y yo sé que con sus cucandas á su tía Presenta, cada día más inclinada á él, se las ha arreglado de modo de hacerla tragar muy suavemente la idea de que el difunto le había prometido alguna vez algo así como que llegaría á ser suya.

—¡Y un jamón! Bien que no hay enredo á que ese tío no se atreva.

—Pues tente por entendido que, después de haber visto que los señoritos no tienen descendencia, á él se le ha metido entre ceja y ceja que aquel pensamiento puede realizarse. ¡Te digo que Don Manolo debe andar con pies de plomo y ojo listo tratándose de bicho de tanto cuidado!

—Puede que no te falte razón, Casio. Y mira, ahora se me ocurre que, por lo que pueda tronar y cavilando que todo hay que temerlo de los magines y enredujos de esa santa y ese diablo unidos, lo mejor es dejarle al señorito que haga las obras esas que anda inventando en la Dehesilla.

—¡Ya lo creo! Como que es lo que le trae al otro á mal traer, y, para que tú lo sepas, te digo que él y sólo él es quien ha sonsacado al tío Mateo Santos para impedir que la Calera vaya á poder de Don Manolo, quien ha de poner en lo sucesivo

mayores dificultades en el pleito que ahora se emprende, y quien, en fin, ha de hacer que tu amo se estrelle los sesos al menor descuido.

—Me lo magino, me lo magino; pero á mí nadie me saca esto de la cabeza: Larrea es el zorro, pero la loba es ella..., ¡Doña Presenta!

VI

Y Casio se marchó también, y allí quedó, como abstraído en no sé qué siniestros hondos pensamientos que le atarazaban el alma, el viejo Blas retorcido y deshecho por su lesión de los pulmones.

—¡Rediez con el Dios éste que permite tales granujadas que no se permitirían ni en presidio!,—gruñía carraspeando torvamente sus cavilaciones entre golpe y golpe de la congojosa tos.—Esto ya es mucho: ¡acocotar al hijo después de haber acocotado al padre! Y qué, ¿no hay más que salirse siempre con la suya?.. ¡Que no, digo, Dios de Dios! (Con excitación cada vez más reconcentrada). Si se empeñan, bueno; pero ¡alguien ha de pagarla! Ya que el divino Dios lo consienta, ¡yo no! Para algo he de servir. ¿No me han servido á mí ellos para todo? Me han dado el pan toda mi vida, me han hecho hombre al hijo, me estiman siempre más y más como si tal y materialmente fuera yo de su propia sangre..., ¡pues la sangre es suya y por ellos he de darla! Que estoy con un pié en la sepultura .., ¡mejor! Así me importará menos

arrancarle á la tía esa el santísimo redaño, si tira á mayores. ¿Quiere matar á hierro?, ¡recontra-Cristo! (muy fuera de sí), ¡no hemos de quedar nosotros debajo! Ni de ella ni del tío ladrón ese de Larrea... ¡Tente firme, Blas, por un poco tiempo! ¡Vive alerta! Y ya veremos si también los escarabajos que andan entre la tierra muerden cuando se creen que están muertos.



VI

MANOLO PROPONE Y LOS CACIQUES DISPONEN

I

El gobierno civil de Valladolid, instalado en el antiguo convento de San Gregorio, estaba de mudanza. El histórico monumento, maltratado por el triple vandalismo de la ignorancia, la miseria y la barbarie que en España ha devastado uno de los primeros museos artísticos del mundo, se arruinaba á toda prisa, y el pedestre mobiliario del nuevo monasterio burocrático que le habitaba era más que á escape desalojado para evitar una hecatombe... ¡de expedientes! En destartalada celda daba el gobernador sus últimas disposiciones para trasladarse definitivamente desde el siguiente día al nuevo... viejísimo edificio: el actual de la calle del Obispo.

Creía ya el buen señor que no sería molestado

durante aquel día (era la una de la tarde), y se disponía á salir, cuando el viejo portero entreabrió la mampara, y con su voz, parsimoniosa siempre, manifestó:

—Señor, el diputado provincial Don Víctor Garzón, que desea ver á usía.

—Que pase.

Y, en efecto, en aquel momento el Don Víctor colábase por la puerta con la familiaridad de quien realiza un acto habitual.

—Con que en las últimas y con el pié en el estribo, ¿eh?

—¡Hola, Don Víctor! En efecto, disponiéndome estaba para dar el adios final á esta casa. Ya sabrá que desde mañana despacho allá.

—Acabo de recibir el recado y su atenta invitación. No faltaré. Usted, siempre tan galante. La verdad es que tenemos un gobernador que no nos le merecemos. (Dándole un golpecito en la espalda).

—Muy amigo de mis amigos, y nada más. Pero, vamos á ver, ¿qué vientos le han echado por acá á estas horas?

—Poca cosa, señor gobernador. Una chinchorrería de pueblo, pero á que no puedo menos de atender, pidiéndole el auxilio que sea necesario.

—Venga de ahí. Y sentémonos, si le parece.

Tiraron ambos de petacas, ofreciéronse el correspondiente pitillo, ó un puro, á escojer, quedóse cada cual con su papelito, prendiéronles, y prosiguió el Garzón, prototipo de un señor de Campos enlevitado:

—La verdad es que, con ser una insignificancia el asunto, resulta difícil de explicar.

—¿Me viene ahora con repulgos, Don Víctor? Ya sabe que, al servir á los amigos, no hago sino cumplir con un deber.

—No, no es ceremonia. Ya verá. Yo tenía un primo en Valdecastro, hombre muy rico y un tanto raro...

—Lo sé: Don Venancio Garzón, que murió hace cuatro años algo dramáticamente. ¡Como que se ha escrito ya una novela...!

—El mismo, el mismo. Bueno, pues con la viuda, señora, aunque por otro estilo, no menos rara que mi primo, conservo las más corteses relaciones de familia: relaciones que á mayor abundamiento nos convienen mucho, pues, muy aficionada á los manejos religiosos, la verdad es que ha acabado de hacerse con todo el pueblo.

—También de eso me hallo enterado, amigo Don Víctor.

—No me extraña, pero ¡mejor para mi cuento! Una hija única del matrimonio casó con un Bermejo, de la piel del diablo como todos los de su casta.

—¿La causa de la tragedia novelesca acaso?

—Ni más ni menos. La guerra que ese chico le está dando á la pobre, y á todo el pueblo, no es para dicho. El, además, está loco, y yo creo que, si mi prima no rompe por lo sano, acaba con el fuertísimo caudal de Venancio en fuerza de desatinos y empresas disparatadas, siempre revueltas con ideas peligrosas.

—¡Ah!; pero ¿se trata acaso de ese Bermejo completamente ído, que no sueña más que con revoluciones agrícolas y utopias políticas para uso de rurales?

—Ese, ese.

—¿Del gran propagandista-lata que llena las columnas de todos los periódicos locales con sus interminables artículos sobre riegos y cotos redondos, las dos manías que por lo visto le tienen trastornada la cabeza?

—El propio, digo: sin quitar ni poner.

—¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja! Mire, mire, compañero, cómo nos está oyendo.

Y el digno preboste de la pinciana provincia levantóse, se acercó á la mesa-despacho, y revolvió sobre ella montón de libros, folletos y opúsculos, diciendo:

—Todos estos son suyos, siempre sobre el mismo tema. Por todas partes me los encuentro, y creo que cada ocho días recibo uno nuevo.

—¡Imagine qué me sucederá á mí, á pretexto de ser su pariente! Pero vuelvo á mi cuento. El tal Bermejito está discurriendo ahora nueva diablura como todas las suyas: ¡nada menos que transformar una hermosa finca, que mi primo Venancio adquirió de la testamentaría del duque de Osuna, en granja regable, con ánimos de derrochar en tal locura un capital, echando de paso á perder la tal finca!

—¡Qué atrocidad!

—El punto de la dificultad para él es que no

tiene aguas. Pero hé aquí que el dueño de un pequeño terreno colindante, abundantísimo en manantiales, ha tenido que venderlo; y, aunque mi prima se ha dado maña á adquirirlo por mano de tercero, sin que el chiflado del yerno se entere, éste, armado con todas esas leyes que tanto favorecen los dichosos cotos redondos y granjas agrícolas, pretende salir al retracto.

—¡Ya, vamos! Y ¿qué se le ocurre á usted sobre el caso?

—Como comprenderá, hay que evitar á todo trance que el mamarracho triunfe en su demanda, pues, si hace suyas esas fuentes, ¡sabe Dios hasta dónde puede ir el hombre á parar! Aparte de que con tales empresas sigue además una política perturbadora que nos lo trastorna todo. Ahora mismo no piensa sino en la nueva manía de torcer la significación natural de *nuestras* asambleas agrícolas imprimiéndoles qué sé yo qué carácter revolucionario y socialista, peor cien veces que el que los mismos republicanos...

—Bien. Pues ¡á ver, á ver, qué puede hacerse en el asunto! (Prestando atención evidente é interesada).

—En primer lugar, acabo de saber por mi pariente Fidel Larrea...

—Entre paréntesis (interrumpiendo), ¿está aquí Larrea, el de Valdecastro?

—Hoy ha venido.

—Pues hágame el favor de decirle que no se marche sin verme. No se le olvide. Y ahora perdone y prosiga.

—Lo haré sin falta. Pues, como decía, sé que uno de estos días el loco piensa verle á usted con el fin de conseguir su apoyo para sus proyectos, por aquello de la riqueza pública, del progreso de la agricultura, y otras retóricas por el estilo...

—Por esa parte, descuide, y déjemele de mi cuenta. El jarro de agua que le suelte es posible que le quite desde luego las ganas de meterse en más libros de caballerías.

—Perfectamente. Pero queda luego la acción judicial.

—¿Cree que ha de entablarla?...

—No lo creemos, sino que lo tenemos por seguro. El, con tal de gastar los cuartos de su suegra, se metería en el mismísimo infierno.

—¿Valdecastro es del juzgado de Mauda?

—Eso es.

—Pues (iluminándosele al señor de la ínsula el semblante), también estamos bien por ese lado. El juez de Mauda es completamente nuestro.

—Lo sabía, y ahí quería ir á parar.

—Entendido, entendido, amigo Don Víctor. (Se levanta, arranca un volante del paquete prendido en la pared, escribe sobre él rápida nota, y lo guarda en la cartera).

—También—prosigue—por su parte puede hacer no poco. Al juez ese bien le conoce, y sobre todo en la cuestión de escribanos y abogados... ¿Qué voy yo á decirle tratándose de Mauda, que es su Jerusalén sagrada, donde usted hace lo que quiere?

—De eso, claro es que no hay que hablar.

—Pues, asunto terminado. ¿Se le ocurre alguna otra cosa?

—Nada, nada (levantándose ambos). ¡Como no sea proclamar una vez más, muy alto, que es usted el primero de todos los gobernadores de España y del mundo que saben estar al frente de una provincia! Bien es verdad que no me canso de repetirlo á todos los amigos y al propio Don Germán..., que ya sé, ya sé, le estima á usted en todo lo que vale... ¡con valer tanto!

—¡Hombre! (dándole un abracito), ¿se viene ahora también con guasas finas?

—¡La verdad, y nada más que la verdad!

Sonó en aquel momento el timbre bajo el dedo más ó menos providencial de la egregia autoridad política, acudió el consabido portero, ayudóle á colocarse el paletó como es debido, y ambos arcontes vallisoletanos en muy íntimo consorcio abandonaron definitivamente aquellos desalquilados y admirables claustros, ya empaquetados de andamiajes y que iban á ser objeto de una restauración, digna (y en esto finca su mayor elogio) del prodigioso monumento.

II

Precisamente al siguiente día apeábase Manolo en la estación de Rioseco, á las nueve de la mañana, trasladándose incontinenti á la clásica fonda de la Iberia. Clásica se entiende en el senti-

do de *fonda de la tierra*, donde, casi sin excepción, para la gente del país que á Valladolid viene *á sus asuntos*: desde el diputado provincial tras los expedientes de su distrito, ó el cacique de tales ó cuales pueblos tras el negociejo que en determinado *centro* se incuba, hasta el recién hecho abogado, hijo de cualquier pudiente rural, tras un par de días de *juerguecita*, ó la perspectiva de la credencial adorada que surge acariciadora entre los escondidos repliegues de alta tertulia política de la capital. Una fonda, como si dijéramos, para andar por casa los vallisoletanos de la provincia.

Manolo, que era muy conocido en ella, fué recibido por camarera pisfoleta y lista que le saludó preguntándole por toda la familia y acariciándole con el tonillo dengoso de su voz penetrante y clara, cual música muy alegre.

—Precisamente tiene usted *su* cuarto desocupado,—manifestó echando delante del forastero con paso vivito y muy firme retaconeo, como calandria que va gorgeando y alegrándole el andar al caminante.

Atravesaron la galería de arcos y columnas, capaz de sobrecoger á cualquier príncipe, con sus tonos de palacio italiano habitado por un Visconti ó un Sforcia, y en un rincón metiéronse en reducido cuarto... digno del más democrático *lazarone*, llevamaletas de los susodichos egregios personajes. ¡Que así gasta sus contrastes entre fondo y forma nuestra flamante civilización democrática,

llena, al exterior, de bambalinas suntuosas, y, por dentro, de pobrezas y estrecheces!

Pronto, ya instalado, arreglóse Manolo, y se echó á la calle, enderezándose hacia el gobierno civil, previamente advertido de su mudanza.

Cuando llegó allá (las doce en el próximo reloj de la Universidad), observó desusado movimiento y muchas entradas y salidas de personajes... relativos por supuesto. Subió, costóle algún trabajo dar con el siempre apacible portero, y le suplicó:

—Deseaba ver al señor gobernador.

El San Pedro civil le miró con extrañeza, vaciló un momento, y por fin le dijo:

—¿No sabe usted que está hoy ocupado, y no se le puede ver?

—¡Ah! ¿No recibe, eh?

—¡Hombre!, recibir, sí recibe; pero... ¿Quién es usted, para, si acaso, decírselo?

—Ahí tiene mi tarjeta.

—El señor gobernador, que pase,—interrumpió en aquel momento, abriendo la mampara y dirigiéndose al portero, un camarero de fonda en traje de faena.

Y no hay que decir si se quedaría con la palabra en la boca el ínclito Bermejo, entrando el otro disparado en demanda de las órdenes de su jefe. Atravesó dos salas pequeñas, y entró al fin en otra grande, llena de humo y de ruido, donde el susodicho jefe, para inaugurar la nueva casa, había reunido en un *lunch* á los amigos políticos de mayor fuste en la capital con quienes más ín-

timas y constantes relaciones conveníale mantener.

Recibidas las órdenes que buscaba, retirábase el portero, cuando, como impulsado por algún recuerdo, volvió á acercarse al jefe manifestándole:

—Señor, ahí ha llegado un caballero con el deseo de ver á usía, y le he dicho que hoy no puede ser. Sin embargo, y por si acaso, esta es su tarjeta.

Apenas el buen gobernador la hubo examinado, todos los músculos de su semblante contrajéronse en una sonrisa irónica, y, llamando á uno de los concurrentes más próximos, hízole señas para que se acercara:

—¡Garzón!, ¡Garzón!

—¿Qué es eso?—preguntó llegándose á él, muy contento, el Don Víctor de la víspera.

—Mire quién está ahí fuera esperando.

Y le enseñó la tarjeta. Ambos rieron de la mejor gana la gracia.

—¿No se lo dije?—declaró el primo político de Doña Presenta.

En aquel momento, entre los taponazos de ene, los camareros comenzaron á servir nueva ronda de champagne... tan relativo como los consabidos personajes.

—Está bien,—ordenó el señor al portero.—Que valga su palabra de usted, y dígale á ese caballero que hoy no puedo recibir por hallarme muy ocupado. Nada más.

Don Víctor y el príncipe político provincial

brindáronse acto seguido una copa del espumoso licor.

Manolo, ya enterado de lo que dentro ocurría, salió pitando, apenas recibió la negativa esperada, para volver al día siguiente.

Nuevo saludo al portero, y nueva pregunta:

—¿Puedo ver al jefe?

—Pero ¿no sabe...?

—¡Hombre, aquí siempre hay que estar sabiendo contratiempos! (Algo amostazado).

—Anoche se puso malo el señor, y hoy creo que no se levantará en todo el día. Quizás le haya hecho daño algo de... ¡Está el pobre bastante delicado del estómago!

Todo esto lo manifestaba el noble guarda de la mampara con su bondad imperturbable y apacible, un tantico familiar, como si el gobernador fuese su hermano de leche, y Bermejo, su más viejo amigo.

El cual, resignándose á la fuerza, volvió á retirarse tan en blanco como vino. Dejó, por respetos á la dolencia gastronómico política, pasar en claro el día siguiente; pero al otro salióle igualmente fallida su esperanza. Y así otro par de mañanitas, fracasadas en el propio tono, con lo que la sangre bermejina (que cada día por cierto remontábase más en él, con el luchar continuo, sobre la linfa Ochotorena), púsosele al valdecastreño que echaba chispas. Veinticuatro horas después, cuando ya iba resuelto á la última tentativa y á echar enseguida los pies por alto, fué al fin recibido.

III

Empecemos por confesar que el noble continente, la natural elegancia y el gentil desembarazo del joven en palabras y acciones, todo ello acompañado de la distinguida severidad militar en que se educara, impresionaron, y aun redujeron un tantico, al señor político de la provincia, quien sin duda habíase forjado del visitante opinión muy distinta.

—Tengo mucho gusto—manifestó—en recibirle, y lo tendría mayor aún, si pudiera satisfacerle en algo.

—¡Mil gracias! La verdad es que ya creí no verle, pues el portero no acababa de decirme claro la ocasión en que podría darme audiencia, haciéndome visitar la antesala cinco días seguidos.

—¡Cuánto siento!.. Estos días de mudanza todo aquí lo han tenido trastornado...

—Cosa ya pasada, señor gobernador...

—Es cierto, es cierto..., aunque me pese... Pero tiene razón, y vayamos al asunto que le trae, para ver si puedo desquitarme...

—Supongo que mi nombre no le será completamente desconocido...

—¡Mucho que no! Todo lo contrario. Y repito que no deseo sino ocasión de servir á persona tan distinguida...

—Poco he de solicitar, además, de su justa in-

fluencia como autoridad, y en el deseo de molestarle lo menos posible declararé á usted mi pretensión en dos palabras.

—Escucho con sumo gusto.

—Poseo en Valdecastro una dehesa, y deseo transformarla en Granja agrícola, no, ni mucho menos, por disfrutar los beneficios de la ley, sino, más que nada, por iniciar las reformas de cultivo que entiendo necesarias en Castilla, para que esta parte de España no acabe de sucumbir en la lucha por la existencia...

—Proyectos en verdad muy loables y que han de merecer mis mayores aplausos.

—A eso voy precisamente. Colindante con mi finca existe un pequeño terreno que su dueño pretende vender, pero no á mí, aunque se lo pagaría... casi en lo que él quisiera. Pequeñas miserias de la vida rural. Ese terreno, asiento de numerosas fuentes, es la condición precisa para mi proyecto, y...

—¡Ya!

—Y, dispuesto á perseguir su adquisición por la vía legal, usted, señor gobernador, puede proveerme de un arma poderosa, despachando rápida y favorablemente la declaración, que solicito, de granja agrícola á favor de mi mencionada finca la Dehesilla. Aquí (sacando pequeño legajo de papeles) traigo instancia y documentación.

—¡Bueno!, ¡bueno! Pero, oiga usted, amigo Bermejo (con mucha familiaridad y cariño), ¿usted ha pensado en la que va á meterse? Porque

ahora que ya estoy enterado de los caminos por donde quiere llevar sus planes,... ¿cómo no decírselo con lealtad?..., no dejan de asustarme un poco,... claro es que mirando sólo á sus intereses y á su tranquilidad.

—¡No veo!... (con extrañeza).

—Pues yo sí veo,—y perdóneme se lo diga con la franqueza castellana propia de esta noble tierra,—que quien pleitos le aconseja, bien no le aconseja.

—Y le agradezco muy de veras el suyo. Pero ¿no le parece que esa abstención no puede menos de tener un límite? Además, para abreviar y casi cortar ese pleito es para lo que yo le suplico, como autoridad ilustrada y justa, su buena acción administrativa: la de la declaración...

—Eso es lo de menos, créame. Por otra parte, si usted mismo confiesa que le falta una condición, ¿cómo quiere que yo se la supla? También debe reconocer que desde el momento en que intervienen los intereses de un tercero..., sobre todo, los sagrados intereses de la propiedad individual..., yo tengo ya necesidad de proceder con todo género de miramientos. Deseo vivamente, se lo repito, servirle; mas mi posición de autoridad...

Manolo hizo un movimiento rápido y significativo.

—Usted perdone—exclamó.—Lo entiendo, lo entiendo. Confieso que había andado torpe, distraído, sin duda, con exponerle mis proyectos, que no creí le fueran desagradables...

—Y claro que no, señor Bermejo. Todo lo contrario. Ya le he dicho...

—Bien, no se moleste. ¡Si ahora ya me he hecho cargo! Tanto (con tranquila pero segura intención), que le suplico dé por retiradas todas mis pretensiones, me perdone le haya embargado su tiempo, y...

—No, eso nunca. Repito que estudiaré con amor su asunto... ¡Entrégueme esos papeles desde luego!

—¡No faltaba más, señor gobernador! (negándose con la acción). Créame que no me gusta llevar incumbencias vanas á las oficinas...

—¡Por Dios!

—Además, es que usted me ha convencido, y renuncio desde luego á estos papeles mojados.

—Siento que tan *ab irato* me prive del placer...

—¡Mil gracias (con grave ironía) por su benevolencia! Y, si me concede su venia, me retiro deseoso de no distraer más su superior atención...

—Es usted muy dueño. ¡Ya que se empeña...!

Se levantó Manolo, se levantó el Licurgo bien advertido de cómo el otro habíale comido la partida, descubriéndole el juego desde la primer jugada, y ambos se despidieron con extremos de cortesía, tanto más acentuados cuanto mayor fué el fracaso del objeto esencial de la conferencia.



VII

AQUÍ VENGO CON MI PLEITO

I

Volvió Manolo á la fonda, ya muy tarde, probó apenas bocado del resfriado almuerzo, pidió la cuenta anunciando su marcha, y se retiró á su cuarto á hacer la maleta.

—¡Ay, qué pronto se va el señorito Manolo!—declaró la doncella pizpireta.—¿Le han tratado á usted mal los de Valladolid, señorito?

—¡Como siempre, hija, como siempre!

—¡Ande, no lo creo! ¿Por qué han de tratar mal á un señorito tan bueno y tan simpático? Lo que hay es que usted, ¡sabe Dios por qué andará siempre tan triste y quejándose de los que bien le quieren!

—No me habrás tú oído quejar nunca.

—Con la boca, no; con el semblante siempre.

—¡Mira, mira; déjame en paz, chiquita, y dí en el escritorio que me pongan la cuenta enseguida!

—Corriendo, señorito.

Y volando se fué, muy risueña con la perspectiva de la propina, que, de manos de Manolo, sabía por experiencia ser de las más pingües, mientras el otro se entregaba con afán á la ardua enojosa tarea de reempaquetar la maleta.

¡Con afán, sí, con afán nervioso y ardiente! Era que, á los pocos días de hallarse fuera de su casa, surgía en Manolo la nostalgia de ella con tal vehemencia, que se le hacía irresistible el impulso de la vuelta. Por una parte la imagen adorada de su lechucita, siempre encandilada dentro de la imaginación, encendíasele más con la distancia y la ausencia, hasta el punto de convertírsele en doloroso sentimiento de atracción que le absorbía el alma entera; por otra parte la obsesión constante de sus empresas agrícolas, de sus ensueños regeneradores, de su casa de labranza, de sus máquinas, labores, ensayos y experiencias producían en su ánimo el disgusto y desvío consiguientes por cuanto con tales preocupaciones no se relacionase. Singularmente el tráfago notoriamente frívolo de nuestras grandes capitales, el gárrulo hervidero social del casino y la política, causábanle evidente malestar é irresistibles tendencias á la huída. Añádase á estas predisposiciones el mal éxito de aquella primera gestión en favor de su litigio en ciernes, mal éxito tras el cual veía siempre agitarse la eterna mala voluntad que le perse-

guía, servida por la politiquilla fulanista y casera al uso, y se comprenderá cuán exacerbado había de haber estallado en Manolo el impulso hacia su amor y sus ensueños, y con qué verdadero contento vió llegado el instante de lanzarse en demanda de la estación de Rioseco.

A poco de arrancar el tren, á las cinco en punto de la tarde, la noche empezó á descender sobre los campos, pues á la sazón Octubre andaba en sus postrimerías, y los días eran ya cortísimos. La subida al altísimo páramo, desarrollada no muy fácilmente al través de los cárcavos y montes, que por la izquierda de Zaratán se van alzando, realizóse en medio de la penumbra del crepúsculo, bajo cuyos velos veía Manolo desplegarse en perspectivas de ensueño y cada vez en más extenso panorama, según iban subiendo hacia la empinada meseta, el hondo valle del Pisuerga, la enorme ciudad con las primeras luces nocturnas que se prendían aquí y allá cual estrellas errantes, las cintas de plata del canal y del río recogiendo en fugaces centelleos las últimas claridades grises de la tarde, las cien chimeneas de las fábricas y de la estación lanzando bocanadas de negrísimo humo á manera de monstruos escondidos, muchedumbre de poblados y caseríos deshaciéndose en las lontananzas, siluetas lejanas de frondas arbóreas, dibujos vagos de cosas indecisas, sombras que esbozaban objetos semiconocidos, la vaga difusión de los términos en una huída de la realidad á cada momento más remota, más

inasequible..., delirio borroso que rodaba entre los linderos de lo entrevisto y de lo inconsciente. De repente el tren dobló la línea de la cumbre, y, aliviado del peso de la cuesta, se lanzó desenfrenado en el abismo obscuro de la llanura sin límites. La perspectiva aquella de un mundo habitado por hombres borróse en un momento, y entonces, caída sobre el tren la negra noche, sólo fuera de él pudo verse el mudo volteo de las sombras vacías é insondables, cual viaje dantesco al través del caos eterno.

Manolo, que ocupaba un rincón del departamento de primera en compañía de dos desconocidos, se alzó el cuello del gabán urgado por el frío del páramo, se echó la visera de la gorra sobre los ojos, y se acurrucó contra la esquina, dejándose cegar por las obscuridades de la noche y ensordecer por el rodaje estruendoso del tren en la llanura. Ya predispuesto, se sumió en seguida en las honduras del ensueño, y de ellas, como estrella luminosa en el abismo que le rodeaba, vió surgir prontamente la imagen radiante y dulce de la siempre adorada, de la eternamente presentida: ¡su Maruja! Desde aquel instante su sér entero apoderóse de ella, y allá se sumió en los deliquics sin fin de su posesión beatífica é inefable...

Cuando dentro de aquel arrobamiento difuso creía haber pasado apenas algunos minutos, sin medida, es verdad, y sin conciencia, el tren paraba en la estación de Rioseco.

II

Se refugió, como de costumbre, para pasar la noche (pues el coche de Mauda no salía hasta la mañana siguiente) en el parador del Carmen, á donde un amigo íntimo y muy querido, noticioso de su llegada, vino á buscarle.

—¿Has cenado?—le preguntó después de los naturales saludos.

—Está cumplida esa tarea. Acabo de hacerlo.

—¿Quieres entonces que vayamos á tomar el té ó el café al casino?

—De ningún modo; prefiero que lo tomemos aquí, en mi cuarto... No quiero encontrarme con conocidos y, sobre todo, con impertinentes que me den la lata.

—A tu disposición. E ínterin nos sirven el presunto Moka, véteme ya contando qué has hecho de tu asunto en Valladolid.

—Pues he hecho un pan como unas hostias... No te adelantes... Para tu satisfacción te anticipo que el amigo Arquero, que es en mi opinión el mejor abogado que hay hoy en Valladolid...

—Y también en la mía.

—Y á quien además consulto con mucho gusto, porque era, y sigue siendo, un buen amigo de mi padre..., ha opinado exactamente como tú. Interin veía ó no veía al gobernador, le ví á él, le expuse mi asunto, y, encontrándolo desde luego viable, me aconsejó, sin embargo, lo mismo que tú

me aconsejaste, es decir, que empezase solicitando la declaración de granja agrícola para la Dehesilla, pues ella había de favorecer notablemente mi demanda al tenor de no pocas leyes y de una abundante jurisprudencia sentada.

—Me alegro muy de veras. Pero...

—Sí; ahora viene el pero... El cual consiste en que, después de una soba más que regular de esperas y antesalas, me encontré al gobernador ya, sin duda, ladrado y predispuesto en contra mía.

—Bien; pero...

—Dale con el pero, y aquí no hay pero que valga. Mi conversación con aquel antipático señor, rehilete de caciquillos, me reveló harto claramente que entregar en sus manos mi solicitud para abrir el indispensable expediente hubiera sido abrirme yo mismo las puertas de la eternidad para la empresa que persigo. Y... ¡ya comprendes!...

—¿De modo que has renunciado á la declaración convenida de granja agrícola?

—Completamente. Por ahora al menos.

—Y en lo demás, ¿qué piensas hacer entonces?

—Que ¿qué pienso! Seguir adelante. Yo no retrocedo en un dos por tres.

—Andate con mucho tiento. ¡Mira que el juzgadito ese de Mauda?...

—Mañana mismo allá me encajo, y... ¡veremos! En cuanto á abogado...

—Ya sabes. Tienes allí dos para escojer: Don Valentín y Gumersindo. Son los dos únicos que ejercen, pues los demás son de pan llevar.

—¿Y cuál de ellos me aconsejas?

—Hombre, como buen chico, Gumersindo lo es; pero el otro tiene más metimiento y autoridad en el juzgado. Sabes, sin embargo, lo íntimo que es de tu suegra.

—Lo sé, y por eso mismo he de procurar desenmascararle.

Hablaron luego los dos amigotes del sesgo que tomaba en Rioseco la agitación agraria, muy estrechada allí en mera cuestión triguera, de la depresión que llevaba á la vida local el caciquismo imperante, de la crisis terrible y de la agonía en que cada vez se deshacía, más abandonada, la tierra de Campos..., y, por este orden, de otros varios temas, hasta que llegó la hora de despedirse, no sin las más fervientes protestas del riosecano, prometiendo ayudar al otro cuanto pudiese en su empresa.

III

La abuelita Vicenta había pasado á mejor vida; el matrimonio Paco-María Eugenia vivía en Burgos, donde el primero había pescado el consabido empleito, nada menos que la secretaría de la sucursal del Banco, gracias al anzuelo del cuñado madrileño; el abuelo Juan era el único que, en medio de este movimiento de la población familiar, habíase quedado solo en Mauda, vegetando

allí cual hongo abandonado á la mercenaria asistencia de antigua criada en ama de gobierno convertida. Allí fué á parar Manolo con sus huesos.

Llegó cerca del mediodía, comieron ambos, y se fueron al Casino, donde á la hora de tomar café, se encuentra allí á «todo el señorío» (gentes de la clase media).

—Con que el Casino sin decaer de su apogeo ¿eh, abuelo Juan?—manifestó Manolo, según iban por el camino.

—¡Ya lo creo, hijo, ya lo creo!—respondió el «abuelo Juan», dando un suspiro capaz de conmover las piedras.—El, muy sin decaer, á costa de muchos tontos que no decaen, sino que caen de cabeza en su perdición. Por este camino pronto damos todos, unos y otros, el gran batacazo, acabándose apogeos y quedando á idéntico nivel: el de los pies de los caballos.

—Desoladora perspectiva,—arguyó el joven sonriendo tristemente y como quien se halla en el secreto.—Pero, por lo mismo, ¿cómo no procuran ustedes algún remedio al mal?

—¡Sí! ¡buen remedio te dé Dios! Mientras la sombra del marqués nos cobije, no hay que pensar sino en darnos lustre al lado suyo. Y por ahí, por el descosido de esa vanidad, pronto se nos irá toda la capa.

—¿De donde resulta, que mejor fué para Mauda la ausencia y olvido perpetuos del marqués padre viviendo en Madrid sin acordarse para nada de su pueblo, que los cariños que matan del nuevo

marqués hijo, restaurando las inmensas posesiones que aquí tiene, y dispensándoles á ustedes largas temporadas de residencia, no es eso?

—El Evangelio. Y no es que entonces no se tirase de la oreja á Jorge. Demasiado sabes que—aquí, para *inter nos*,—es vicio éste que hace mucho daño en la tierra. Pero aquello era más moderado, más para resistir los vaivenes de la racha mala sin desmoronarse, más al alcance de nuestras modestas fortunas rurales, y no que ahora este marqués de nuestros pecados, con su fastuosidad y su muchísimo dinero de sobra, todo lo ha sacado de quicio, poniendo unas cabeceras que espantan, levantando de cascos á todo bicho viviente, y arrastrando en el torbellino de su pasión decidida á grandes y á chicos.

—¡Ya, ya!

—Y ahí tienes la razón del éxito, mayor cada día, del casino. Ha organizado en él su «cuarto del crimen» y todo, y como su amistad, la amistad del marqués digo, se cotiza cada día más alta, y como él casi solo tiene por amigos á los que dicho cuarto frecuentan, apenas, después de tomar el café, queda en el salón títere que de cabeza no se meta allá á perder la que sobre los hombros lleva. ¡Te digo que entre las medianísimas cosechas, la crisis que atravesamos, y esta mala fiebre que acaba con las pocas carnes que nos quedan, esto concluye mal, muy mal!

—Y tan mal, abuelo. (De muy agrio talante). Mal ustedes, mal él, y mal el país.

—Que sí, hijo, que sí. Pero, ya llegamos. Verás, verás qué concurrencia.

IV

En efecto, subieron, penetraron en el salón,—cuadrado, bastante amplio, algo bajo de techo, pero muy suntuosamente decorado (dirección y obra del marqués),—y se lo encontraron lleno.

El humazo del tabaco viciaba la turbia atmósfera, entre cuyos vahos impuros apenas, al entrar se distinguía cosa alguna. Ruido ensordecedor de las mil conversaciones y disputas, del choque de los servicios del café, del vaivén de los camareros atendiendo á todo, y del rumor denso de cualquier concurrencia apiñada, surgía del fondo de aquellos vahos, como su voz más apropiada.

Se acercaron á una mesa de viejos amigos, donde Manolo, como siempre, fué muy festejado, y el camarero sirvióles el café en el acto. El corro se aumentó pronto con la presencia del forastero, á quien todos conocían y trataban.

—Vaya, vaya con este Manolo,—exclamó un contemporáneo de su padre,—y qué caro se vende.

—Crea usted, que no salgo del pueblo, Don Ramón.

—Ya sabemos lo aplicado que estás á tu labranza, hombre. ¡Con tal que te salgan bien las cuentas! Y de tu padre ¿qué sabes?

—Este correo no he tenido carta, y estoy impaciente.

—Será que ha hecho algún viaje al interior.

—Eso presumo.

—Seguro,—repuso otro.—Si algo le hubiera sucedido, ya lo sabrías. Las malas noticias son las que llegan más pronto.

—Pero dí, hombre. Por aquí se han corrido rumores de que hacías un viaje allá, con objeto de ver á tu padre. ¿Es cierto?

—Puede que á alguien le gustase, y por eso no me extrañan los rumores. Por ahora, sin embargo, es temprano, Don Ramón. Tengo antes qüe darles á ustedes un poco de guerra.

—Bien, hombre, bien; pues eso será no desmentir la casta.

—El que á los suyos sale, no yerra, dicen ustedes por acá.

—Y decimos bien, criatura,—arguyó un octogenario que miraba á Manolo con gran cariño, recordando, sin duda, que había conocido y tratado á su abuelo.—Te estoy viendo á tí, y estoy viendo á todos los Bermejos.

—Pues crea usted que me honra ese testimonio.

—¿Y qué te trae por aquí ahora?

—Pregunta vana. No hagas caso, Manolo,—arguyó uno del corro, contemporáneo del valdecastreño.—¡Si lo sabe usted! (dirigiéndose al preguntón), ¿á qué se viene haciendo de nuevas?

—¡Que lo sé yo!—alegó el aludido, visiblemente cortado por el disparo del otro á boca de jarro.

—Como tantos y tantos lo sabemos. ¿Qué cuen-

tos se estaba usté contando ayer tarde, al oscurecer, con Fidel Larrea en el portal de su casa? ¡Como que no faltó quien les oyera hablar de Manolo y de su pleito!

—Serías tú, bocachón.

—O sus propias paredes, Don Desentendido. ¿No ha oído decir (riéndose todos) que las paredes oyen?

—De donde se deduce—manifestó Manolo—que ya tengo ese mi pleito en la calle. Tampoco era secreto de monja. ¡De modo que por eso ..!

—Mira, chiquito,—intervino en aquel momento Don Juan,—ahí tienes á Don Valentín, si querías hablarle (señalando á un respetable señor, ya añoso, que paseaba allí cerca con otros tres ó cuatro).

Manolo se levantó, pero con él hízolo también su contemporáneo, destacándose del corro, acercándosele, y murmurándole con verdadero interés al oído.

—No consultes con ese de ningún modo; está ya ladrado por tu pariente Fidel. Te lo advierto para tu gobierno.

—Y yo te agradezco muy de veras el aviso, Benito. Me servirá de mucho, porque me conviene de todos modos explorar las intenciones de ese caballero.

Y se separaron ambos, yéndose el de Valdecastro en demanda de su Don Valentín.

V

El cual, en efecto, maniobró tapándose desde el principio en la breve conversación sostenida en apartado diván con Manolo. Este comprendió al punto que, donde iba á buscar un abogado, tenía un solapado enemigo, el que representaría desde luego la parte contraria, el que le daría guerra con incidentes sin fin desesperación del litigante honrado, el que influiría en el juzgado depresivamente para sus intereses, el que manejaría, en fin, los tiros que del gobierno civil de Valladolid habían de salir en contra suya.

Era lo que le convenía saber para prevenirse.

Y, como ya no le quedaba otro recurso, se echó entonces á buscar á Gumersindo, costándole no poco trabajo dar con él, pues ya se había metido en el consabido «cuarto». Era también un contemporáneo de Manolo, muchacho despierto, de notoria competencia en el oficio, y que le comía cada día más aprisa la partida á Don Valentín en el bufete, tanto más cuanto éste, viejo, cansado y en buena posición, tocaba retirada.

Con él se entendió á maravilla. Expúsole con minuciosidad el asunto, encontróle el otro á primera vista muy viable, le ofreció, no obstante, estudiarlo con el despacio é interés que merecía para manifestarle su último pensamiento, quedó en todo caso en encargarse del negocio con mucho gusto, y, sin más, se despidieron hasta que Manolo reci-

biese carta suya, yéndose el uno en demanda del «abuelo Juan», y volviéndose el otro con gran prisa y con apremios de pasión al «cuarto de donde saliera».

No mucho después, y ya entre dos luces, salía también Manolo para Valdecastro en el tílburi de su repetido pariente.



VIII

OTRO PLEITO DE MAYOR CUANTÍA

I

Precisamente á la hora en que Manolo se disponía á abandonar á Mauda, Larrea, que había llegado á Valdecastro por la mañana, salía del hotel de los Garzones, después de haber celebrado larga entrevista con la santa, la cual, apenas se vió sola, se dirigió muy tiesa—señal de hallarse su natural severidad exacerbada—hacia el gabinete de su hija, entregada, como de costumbre, á sus solitarias lecturas é invenciones místicas. Entró en él, cerró cuidadosamente por dentro, sentóse como siempre muy al borde de una silla, y pronunció firme, aunque con la voz un poco temblo-

na al exceso de no sabemos qué indignación sagrada y rebosante:

—¡Niña! Deja ese libro, y atiéndeme bien: lo que tenemos que hablar es muy importante.

La más honda consternación pintóse en el rostro compungido de la poetisa mística, al reparar en el talante agriamente disciplinario con que venía su madre. Así es que se apresuró á soltar la revista religiosa, cuyo era un artículo de apasionada polémica catequística en que se deleitaba, compuso modestamente su exterior, prestó la atención más viva, y respondió con humildad.

—Mamá, ya escucho.

—Ha llegado el momento decisivo; las locuras, por no darles otro nombre peor, de tu marido lo imponen. O con tu madre ó con ese hombre...

—¡Por Dios!...

—O con tu madre, repito, ó con tu marido. Con tu madre, que se empeña en salvaros á todos; con tu marido, que se empeña en perderse, en perderte y en perdernos: esa ha de ser tu elección.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!—(Con profunda desolación y llorando).

—¡Siempre lágrimas de debilidad y de pasión, lágrimas de verdadera complicidad con quien te arrastra hacia todo pecado, en vez de atraerle tú hacia su salvación. Esto es preciso que concluya. ¡Y concluirá!

—¡Y yo qué voy á hacer, madre mía?

—De eso por última vez se trata. Cuando te digo que elijas entre tu madre y tu marido, quie-

ro decirte ahora y siempre que, ó aceptes de una vez y pongas por obra mis consejos, ó te pierdas al fin tú sola con las locuras y malas pasiones del hombre á quien te has unido. No te muevo, no,—¡Dios me libre!—á que de él te separes, sino á que muestres con él la superioridad de tus virtudes cristianas sobre su voluntad, sólo en el pecado ejercitada. Y en esto no caben más esperas, ó yo habré de abandonaros al uno y al otro para siempre.

—Pero ¿ha ocurrido algo?...

—¡Algo! Mucho. ¿Piensas por ventura que tu madre es capaz de entretenerse en quejas vanas?

La ansiedad de la pobre Maruja llegó al colmo, quedando muda y como suspensa de los labios de la santa. La cual prosiguió:

—Precisamente de eso vengo á advertirte, á fin de que, en vista del peligro, te resuelvas. ¿No ves que tu madre, mientras tú te abandonas en brazos de la pereza, vive siempre vigilante? ¿No ves que á mí no pueden ocultárseme los pasos de tu marido? Y hé aquí, que mientras tú te resignas confiada, él urde tramas donde todos podemos caer y deshacernos. ¿Sabes á qué ha ido á Valladolid? ¿Sabes á qué ha ido á Mauda, donde está ahora?...

—¡No sé, madre, no sé!, (muy asustada).

—¡No lo sabes! Pues esa es su primer falta. Tu marido ha ido á entablar un pleito, ¡un pleito!, comprometiendo en él intereses que pudieran causar su ruina, y por consiguiente la de todos. ¿Y

te parece á tí buen proceder el suyo ocultando á su mujer, ocultando á la que debiera respetar por madre, actos de una tal importancia para la familia! ¡Hé ahí los esposos que forman con sus doctrinas los corrompidos libertinajes del día! ¡En esos hombres que así proceden sois capaces de suponer verdadero amor, cuando lo que sienten es nada más la pasión de la carne y del pecado!...

Los ojos de la lechucita volvieron á llenarse de lágrimas, y la densa palidez del rostro se enrojeció de pronto con una oleada de sangre.

—Confieso, sí, confieso que no ha hecho bien el desgraciado, y le prometo á usted, señora (rompiendo en gemidos), poner de mi parte con la ayuda de la Virgen Santísima esfuerzo sobrehumano para apartarle de esos malos caminos y traerle á su dirección cristiana y á su amparo de madre... ¡Dios mío, Dios mío, qué desgraciada soy!

—Bueno...; bueno... Pues te dejo. Ahora, si no has de obrar, como siempre, dejándote arrollar por el enemigo, preciso es que te tranquilices, que te hagas muy dueña de tí misma, y luego..., cuando llegue el caso..., mucha confianza en Dios..., y una voluntad firme, inquebrantable de realizar el bien..., ¡cueste lo que cueste!

Doña Presenta se levantó con la propia rigidez de palo con que se había quebrado al sentarse, echó una última mirada baja y fría sobre la mística y sus libros revueltos con papelotes, y se retiró al fin dejando tras sí lleno el ambiente de su severidad y ascetismo.

II

Poco después llegaba Manolo á su casa, rendido del camino, exhausta el alma después de tantas contrariedades y luchas, henchido el deseo por las ansias inefables de descansar al lado de su Maruja. Acababa de anochecer, cuando entró en su gabinete, impaciente por saciarse de su presencia y en su ternura. Ya tenía luz la mística, y leía, aunque sin atender indudablemente á lo leído, sobreexcitado su espíritu por las tremendas sacudidas de la inflexible asceta.

—¡Marujilla mía!—la saludó Manolo con la franca alegría de verla y yéndose á ella para estrecharla entre sus brazos.

Ella le recibió con aire de desolación, procurando imitar el empaque rígido de su madre, cual si tras él hubiese de hallar inexpugnable parapeto con que hacer su voluntad más firme y defensiva.

—¡Lechucita, pero que siempre has de mostrárteme tan triste! ¿No te alegra ya la presencia de tu marido que sin tí no sabe vivir ni hallar cosa alguna grata en el mundo?

—Pues precisamente el desamor y el menosprecio de ese marido que dice quererme tanto es lo que triste me tiene, y me produce congojas sin cuento.

—¡Maruja!... ¿Te has vuelto loca, niña mía? ¿Por qué me dices eso en que no crees ni puedes creer? ¿Quién te ha imbuído esas ideas infames!

—¡No hables mal, Manolo, no hables mal!, (con cierta energía y como herida por la última frase de su marido). No añadas las malas palabras á las malas obras.

Nube de sangre invadió el cerebro del repudiado ante la inesperada repulsa, que juzgó en el acto traidora emboscada puesta en el inexperto corazón de su mujercita, ¡donde mayor daño podía causarle!; sintió borrársele la conciencia, algo como rapto de locura con ansias de destruir, de devorar no sabía qué; pero la angustiosa nube pasó en un momento, y la voluntad santa, el dominio de sí, surgió de nuevo en el atormentado espíritu.

—¡Qué daño me haces—exclamó, sentándose junto á ella—con esos inconcebibles agravios que á mi amor te inspira quien después de todo no me conoce! No lo sabes bien, mujercita. ¡Me estrujas el corazón, me oprimes la vida, me vuelves loco con ellos! Si tú adivinaras el destrozo que producen aquí dentro (apretándose el pecho con angustia entre ambas manos), sólo por compasión, por caridad cristiana, por la piedad natural que á pesar de los pesares rebosa en tus entrañas te negarías á esgrimirlos contra este infortunado.

—¡Agravios á tu amor, Manolo!, (muy repuesta y sobre sí). ¿Dónde dejas los tuyos á las más elementales consideraciones que á una mujer digna se deben siempre!

—¡No te entiendo!, ¡no te entiendo!,—pronunció él, profundamente alarmado y estupefacto.

– ¿Dónde has estado estos días? ¿Qué has hecho?

—¡Que dónde he estado? ¡Que qué he hecho? ¿Por ventura no lo sabes? ¿No sabes que he estado en Valladolid y en Mauda á asuntos de la labraza? O ¿qué recelos son esos que han procurado meter en tu inocente cabecita mis enemigos de siempre!

—¡Manolo, Manolo: tú no eres sincero con tu mujer! Frases dulces no te faltan para ella, pero los hechos no son como las frases ..

—¡Por Dios!, ¿pretendes volverme loco?

—No lo son, no. Porque á lo que tú has ido á Valladolid y á Mauda, sin decirme á mí una pa labra, sin decírsela tampoco á mi madre, que al fin es nuestra madre, es á entablar un pleito, negocio siempre trascendental para una familia. Y eso no puede parecer bien á nadie. ¿O por tan liviana y de escaso juicio me tienes que crees no merezco en casos como éste, no ya una consulta, menos aún, una simple noticia de atención? ¡Juzga tú mismo ahora el tristísimo y humillante papel que á tu mujer deparas con semejantes menosprecios!

El descendiente de cien Bermejos no salía de su sorpresa ante aquellas acusaciones. Amarga ironía, de esas que revelan el roer de entrañas por dentro, pintábase con extrañas contracciones en su semblante.

—Confieso, hija mía,—arguyó con profunda amargura,—que la lección esa que en alegación de agravios te han enseñado responde admirablemente á la intención diabólica de los maestros; pero tú, inocente, te has olvidado de que por tí

propia y reiteradamente te habías incapacitado para practicarla. ¿Cuántas veces te he instado con afán para que tomases parte en mis empresas y te interesases por ellas? ¿Cuántas me has desahuciado, suplicándome no te distrajese de tus otras empresas religioso-literarias, lo rigiese todo á mi gusto, y tuviese tu aprobación por anticipada sin más condición que la de excusarte de entender en estos asuntos mundanos? ¡Qué más quisiera yo, sólo por el placer de hacerlo todo contigo, que tu asistencia y cooperación á mis proyectos, afanes y tareas! Por lo demás sábete que todavía no existe tal pleito entablado, y que en último resultado la causa única de que se entable, si se entabla, es... ¡quien ha venido á inducirte las enormidades esas que me has dicho!... O alguien que cerca anda.

Toda la energía acusadora de la mística vínose al suelo en un momento ante la argumentación maciza y cerrada de su marido. Se quedó sin argumentos, se desorientó, no supo qué contestar ni en qué actitud colocarse. Recordaba, sí, las alegaciones que le parecían irrebatibles, de su madre, como irrebatibles le parecían ahora las de Manolo, y su espíritu fluctuante sólo supo descansar en la duda, rodeado de angustias mortificantes. Manolo cogió al vuelo aquella entrega interior, y acudió presuroso á hacer definitiva su victoria pidiendo su mediación á la ternura que le rebosaba en el alma.

—Vamos, pajarito mío,—exclamó con voz su-

plicante,—déjateme ya de ceños que tan mal te sientan. ¿Por qué has de recibirme con él, cuando, después de cualquier ausencia, vuelvo á tí sin más pensamiento que el de tu cariño, para mí único é inmenso?. . Ya sé, pobrecita, (tomándole las manos y besándoselas con ardor), que entre todos te hacemos sufrir mucho con nuestros encontrados impulsos. Pero, ¡ya ves!, yo me contento con bien poco: con que no me pierdas del todo el amor que me has tenido.

Y redoblaba sus caricias y sus besos en los puñitos, que retenía entre sus manos, de la triste.

—Déjame, déjame,—gimió ella.—Todos me trastornáis, me oprimís, me volvéis loca. ¿Por qué habéis siempre de acudir á mí, para ponerme en medio y torturarme? Yo sólo quiero estar sola, olvidada de unos y otros, entregada á Dios, que es ya mi único consuelo...

—Pero, Maruja, ¡por Dios!, ¿y yo no soy nada para tí!

—¡Sí lo sois, sí lo sois!,—volvió á gemir la desolada.—Tú y todos sois cuanto queráis; pero yo repito que quiero estar sola, donde nadie me vea, donde no sufra estos sobresaltos, amparada únicamente por el que todo lo puede...

Manolo se puso en pié densamente pálido, medio muerto, con la sombría expresión, en el semblante, del que acaba de sentir mortal herida en el alma.

—¡Mujer!, ¡mujer!,—pronunció con timbre opaco y vibrante hacia adentro.—¡Tú no sabes lo que

dices! Eso es desahuciarme, es lanzarme resueltamente á la desesperación, es declararme que has dejado para siempre de ser mi mujer, de ser mía, mía.

En aquel instante sonaron discretamente pequeños golpes dados en la puerta del gabinete y una voz harto conocida preguntó desde la parte de fuera:

—¿Se puede?

III

Se abrió la puerta, y se presentó la santa. Adelantó con el andar modesto y quedo, con la mirada siempre mortecina é incierta, con no sé qué replegamiento en toda su persona, indicador de la más grave actitud en su espíritu templado y ascético. Ante su inopinada presencia la pajarita nocturna plegó las alas asustada, y tembló por dentro; el obscuramente perseguido sintió en el fondo de su sér un sacudimiento de alarma, y, después, cierta alegría intensa por verse al fin en presencia del obstáculo.

—Parece—manifestó quedándose en pié—que hablabais con voz agria, y mil veces tengo dicho á mi hija que las palabras destempladas son sólo un eco del infierno, que ahuyentan toda prudencia y caridad entre los que disputan.

—Pero nosotros, señora,—alegó Manolo con tranquilo acento y haciéndose dueño de sí mismo,

—hablaríamos tal vez con voz impulsada por el sentimiento, pero no con voz agria. Esa no cabe entre nosotros.

—¡Tanto da!,—repuso la asceta gravemente y percibiendo claro el reproche que latía en las frases de su yerno.

—Yo, con perdón de usted, encuentro bastante diferencia, y por eso la alegaba.

—Importa poco. De todos modos es evidente que algo era la causa de ese tono desusado.

—¿Es que pide usted cuentas, y desea conocer el asunto de que ahora tratábamos?

—En cualquier caso no veo por qué haya de causar extrañeza la intervención de una madre en las cuestiones ó diferencias suscitadas entre sus hijos.

Maruja seguía tan entrecogida y muda como en un principio. Manolo aprovechó francamente la ocasión, y se fué á fondo.

—¡No, si no es que me hago el extraño! Antes tengo por qué darme el parabién de esa su oportuna intervención. Así se despejarán las situaciones (con intención firme aunque serena), y se pondrá en su lugar la verdad cierta y sin velos.

—¡Siempre las frases de ira y desafío en los labios! ¡Es una desgracia! ¿No comprendes, hijo, que eso es encomendar á la pasión lo que sólo debe resolver la razón fría?

—¡Y tan fría! ¡Como que aquí únicamente frialdades se buscan! De cualquier modo veamos lo que esa razón fría ha de resolver.

—Supongo que será lo de que tratando estuviereis.

—Puesto que la conviene esperar á que se lo diga, se lo diré sin ambajes, señora. Tratábamos de las quejas que alguien ha puesto en boca de mi mujer por un supuesto pleito que yo, sin consultarla, he entablado con grave riesgo de los intereses de esta casa.

—¡Supuesto!

—Y tan supuesto. Sólo con que usted deje lealmente que los sucesos corran por sus cauces naturales y legítimos, sin ponerles trampas ocultas de ningún linaje, ya no habrá tal pleito.

Imperceptible sacudida agitó el tirante cordaje nervioso de la santa, y llevó hasta el yerto semblante tinta de carmín más imperceptible todavía: ¡efecto comprimido del rudo espolazo del otro!

—¡Recio y duro en demasía estás hoy,—contestó con pausa muy grave,—aún más que de costumbre! Pero ¿qué he de hacer sino perdonártelo todo? Siempre en obsequio de mis santas intenciones. Supones que pongo obstáculos á tus proyectos. Y, aunque así fuera, ¿no he de tener el derecho de defenderme, y defenderos á vosotros mismos, contra unos proyectos que pueden causar la ruina de todos? Confiesa que cuanto ahora traes entre manos no lleva otro fin sino transformar en eso que llamáis granja de riego la Dehesilla, así como este pensamiento no lo persigues más que como una primera parte de tus planes de revolu-

ción agrícola..., tras la que nada bueno puede ocultarse. Pues ¿cómo quieres que vea con indiferencia semejantes delirios peligrosamente trastornadores?

—¿Es eso lo que usted tenía que decir? ¿Ha concluído ya?

—No, hijo, no: no he concluído. Porque tengo que suplicarte por última vez en nombre de la razón, ya que por desgracia tu alma no sea propicia á oir otros consejos más altos, santos y seguros, que vuelvas en tí y desistas de semejantes empeños. ¡Siquiera por lo duros que son y comprometidos! ¿No es mejor ser modesto, contentarse con los bienes presentes sin buscar los azarosos, y vivir retirado de esas pasiones y luchas innecesarias? ¡Ya ves cuán poco te pido! Dios en medio de la serena calma te iluminaría entonces, y todos viviríamos felices sin sobresaltos ni discordias.

—No dirá usted que no la he oído tranquilo. Pues con la misma tranquilidad voy á responderla muy brevemente. ¿Qué diría usted si á usted y á su hija con porfía diaria les estuviese constantemente sermoneando en demostración de que todas sus devociones y tareas religiosas eran ocupación indigna de mujeres hacendosas y cultas, fanatismos nefandos, restos bárbaros de supersticiones envejecidas? ¿Qué diría si á las palabras añadiese las obras, intentando cohibir de hecho y poner obstáculos á sus actos piadosos? ¡No, no se agite ni se perturbe sólo con oirme exponer el argumento! ¡Si también á mí me indigna! Pero aplique

usted la consecuencia. ¿Qué me ha de suceder á mí viéndome, como me veo, á toda hora cohibido en esta religión santa del trabajo,—santa para mí, —de la actividad redentora de la ciencia, tan hija de Dios, que es la Verdad, como pueda serlo la religión misma! Pues bien, según yo respeto á ustedes en sus devociones, santísimas para mí como honradamente sentidas por almas honradas y sinceras, ¿por qué no han de respetarme también en esta devoción mía, que profeso asimismo honradamente con la idea y la intención de prosperar los intereses de esta casa y ser útil á la sociedad y á mi patria? ¡Esto es todo!

Doña Presenta, que desde hacía rato era presa visible de un temblor nervioso é intenso, y que al principio habíase sentado para disimular, sin duda, aquel estado, se levantó cual lanzada por un resorte, apenas concluyó su yerno.

—¿Todo! ¿Eso es todo!,—pronunció con una acidez desacordada y vibrante que daba miedo y correspondía perceptiblemente á la agitación que la dominaba... ¡Pues ya lo oyes! (volviéndose terrible hacia su hija). Tu marido, para defenderse y ofendernos, compara y pone á un mismo nivel la razón y la fe revelada, la ciencia y la religión, los intereses mundanos y el amor de Dios... ¡Pues bien! Yo no puedo oir semejantes blasfemias y menos consentirlas sin pecado. Eso es el colmo del extravío, del mal que no tiene cura. He puesto de mi parte con ayuda de la gracia divina cuanta caridad es posible para salvar al descarriado. Su

dura pertinacia se muestra invencible. ¡Sólo me resta, extremando aquella caridad, dejarle entregado á su propia perdición, y retirarme y alejarme para no ser también contaminada con ella!

Salió rígida la santa, y se oyó tras ella grito penetrante y angustioso. Era la atormentada Maruja que caía presa de accidente violento.

IV

A la mañana siguiente, muy temprano, Fidel Larrea acudía, por ella llamado, á ver á su tía Presenta. Iba embozado en su esclavina, con su moreno rostro siempre compuesto é impenetrable, chispeándole, sin embargo, por dentro, tras los pequeños ojos verdosos y en no sé qué extraña contracción del semblante, vaga expresión de contento ladino y zoológico: la alegría animal del zorro que se relame las uñas é hipa ante el olor del cercano gallinero.

Apenas estuvo en la presencia de la señora, ésta le abordó muy alterada todavía:

—He roto por completo con mi yerno. Me confieso vencida por su soberbia y pertinacia en el pecado, y sólo me resta deplorar no haber seguido en su día la inspiración de tus saludables desconfianzas.

La chispa aquella escondida de zorro solapado saltóle sin querer fuera de los ojos al sobrino político, el cual, recogiéndose en el acto, púsose más

grave que nunca, y acudió á consolar á la santa perturbada.

—De eso no se acuerde ya, tía. Dios, que ve las santas intenciones que á usted han animado, no dejará sin premio tan gran sacrificio. Lo principal es llegar á tiempo, como se llega, para remediar mayores males.

—De eso se trata, y para ello espero no ha de faltarme tu ayuda, que considero necesaria.

—¡Por Dios! Eso será cumplir con mi deber nada más y con las más elementales obligaciones de familia.

—¡Bueno!, ¡bueno! Y en lo demás, ¡basta de contemplaciones! Se acabaron debilidades y tolerancias. Te aseguro que en lo sucesivo el rebelde será tratado cual se merece. Y sobre todo ¡no más cuenta corriente y letra abierta para los gastos desenfrenados á que sus locuras y pasiones le arrastran! Piérdase él sólo, y no nos precipite á los demás en su caída.

—Es la medida más eficaz y prudente. Ella únicamente bastará quizás para atajar cuantos daños tememos...

Y el zorro salió poco después, relamiéndose, hipando, afilándose las uñas más que nunca.

IX

LA POLÍTICA HIDRÁULICA Y SUS QUIEBRAS

I

Se echó el invierno encima: uno de los más crudos y desolados que se habían conocido en los últimos veinte años. El otoño habíase pasado sin una gota de agua, hasta el punto de haberse hecho la sementera en seco. Las lluvias de invierno faltaron asimismo. Ni un sólo día habían dejado de reinar los cierzos del Nordeste, secos y helados. ¡Y qué heladas! Negras, abrasadoras, sin una vesícula de vapor de agua en la atmósfera, con temperaturas de doce y quince grados bajo cero: una desolación para los campos sin nacer, ásperos y ateridos.

—¡Otro sesenta y ocho!—decíale fray Carlos,

muy consternado, á Manolo un día, de los rudos por cierto, en que por la tarde había ido á verle en el despacho de su padre.

—No son otras las trazas—contestó Bermejo, víctima asimismo de hondas preocupaciones.

—Pues, si se pierde, como todo hace sospechar, la cosecha, ya verás cómo sales con las manos en la cabeza,—arguyó Herrezuelo dirigiéndose al joven,—á pesar de tus disparatados gastos y tus cultivos científicos ó lo que sean. Y no ya como el último hijo de vecino, sino más que nadie.

—Predica usted á un convencido, Don Gaspar. Sin la previa solución del problema vital de los riegos, no hay en este país reformas posibles de importancia para la agricultura.

—Otro error tuyo que puedes pagar muy caro. El suelo de esta tierra no sirve para riegos. ¡Si lo sabremos nosotros, hombre, que nos han nacido los dientes en la labranza, y ya somos más viejos que las sopas de ajo!

—Lo contrario les demostraré, en cuanto la Calera sea mía.

—Que no lo será. Afortunadamente.

—Aunque así fuera. Ya me las ingeniaría para buscar agua en su caso, y la demostración vendría del mismo modo. ¡Como que yo necesito, no sólo montar mi explotación agrícola de forma que me reembolse de tantos anticipos consumidos, sino realizar además esa demostración ante el país de una manera práctica, á fin de enderezar por otros derroteros su actividad y su política...

—¡Siempre—intervino fray Carlos—con tus demostraciones prácticas, que nunca llegan ó llegan contraproducentes,—y con tu nueva política..., como si, fuera de la política cristiana, pudiera hallarse salvación para nada!

—¿La política de Don Carlos, eh? ¡Que se espere sentado! Demasiado sabéis que lo que aquí viene antes de dos meses es la República,—manifestó el ex-médico titular.—¡Digo! ¡y con el año que se presenta!

Y se frotó las manos, cual si el magno desastre agrícola, ya en puerta, le diera mucho gusto, sólo porque le servía de umbral á sus perspectivas republicanas.

—Lo de siempre,—murmuró Manolo.—Pero conste que yo no me refería á ninguna de esas políticas.

—Ni de las otras tampoco. ¡Como que tú eres incapaz de sentir y mantener política alguna! ¿Qué política es la tuya?,—argumentó Herrezuelo.

—Ya lo he dicho: ¡la política hidráulica!

El caciquillo republicano se quedó con la boca abierta, todo lleno de asombro, cual si la más disparatada demencia hubiera escuchado. ¿Qué querría decir aquel hombre? ¿Qué nueva desatinada invención habría fraguado aquella razón extraviada? El bondadoso fray Carlos miróle á su vez no poco sorprendido, y luego, con la cara muy triste, hízole una seña de inteligencia en la que el otro entendió claramente:

—¡Pobre muchacho! Su extravío es mayor cada

día en hablándole de estas cosas! Mudemos de conversación para no atormentarle.

Y, á fin de hacerlo más en firme, y como le llamasen quehaceres en otra parte, Herrezuelo se retiró, dejando solos al sacerdote y al joven.

II

—Me alegro, fray Carlos, de que esta ocasión se me venga á las manos, porque necesito confesarme con usted, vaciar en usted mi alma, desahogar en su seno de amigo, de confidente de mi padre, de autoridad para mí queridísima, las angustias íntimas que me ahogan,—manifestó, entonces Manolo, cada vez más absorbido por sus preocupaciones.

Fray Carlos se olvidó de todo en el acto, y ya no tuvo alma sino para la explosión de sus nativas bondades y sus entrañables cariños hacia aquel último representante de los siempre desgraciados Bermejos.

—¡Qué te pasa, criatura? Suelta ya esos apuros sin pararte en pelillos. *Amicis omnia credenda*, como si dijéramos, «para las ocasiones son los amigos.» Y sabe que no deseo sino ayudarte á remediarlos.

—Há tiempo que anhelaba esta confesión general con persona que tan bien conoce mis asuntos y tanto interés sé que por ellos ha de tomarse.

—¡Pues no acierto por qué ya no lo has hecho!

Lætabitur prudens lætitia amici æqué ac sua, et pariter dolebit ejus angoribus: el amigo hace suyas las alegrías y las penas del amigo. Mas para las buenas obras nunca es tarde. Y así ya escucho.

—¡Soy muy desgraciado, amigo fray Carlos! Y, lo peor de todo, con desgracia que juzgo irremediable.

—Sólo la muerte lo es tal en el mundo. Las virtudes cristianas son capaces de vencer todas las demás contrariedades. La pobreza se vence con la templanza; los dolores físicos, con la resignación; los accidentes desgraciados, con la serenidad del ánimo; la ambición con...

—¿Y el desamor de la mujer que es nuestra y se nos vuelve de espaldas para dar el rostro únicamente á otro dueño, oculto en alturas ó en profundidades inaccesibles?...

Fray Carlos se quedó cortado. Había comprendido harto claramente el busilis del tremendo problema que el otro de golpe le planteara. Así que acudió á salir delpaso conpaliativos y expedientes.

—¡Tú, siempre corriendo tras la hipérbole! Y cual si esto fuera poco, has de añadir las invenciones imaginativas más sorprendentes y extrañas, con lo que te pasas la vida atormentándote á tí mismo.

—No se me huya con evasivas, mi amado fray Carlos. ¿Piensa que he olvidado cómo usted, el primero de todos, calificó de peligrosísimas en su éxito las relaciones, sólo cuando eran proba-

bles, con quien es hoy mi mujer? Sin duda usted, como tantos otros, preveían lo que hoy me sucede.

—¡Vamos, hombre, vamos!...

—Pero hay todavía algo peor, y es que no puedo arrepentirme de lo hecho. Mi razón me descubre con claridad atormentadora cómo mi casamiento con la hija de un Garzón y de una Vargas origen ha sido de males sin cuento; mi corazón, sin embargo, lejos de apartarse y renegar de esa causa de tantas desventuras, se apasiona más por ella cada día, volvería de nuevo, si los hechos se repitieran, á abrazarse con ella puesto en idéntica ocasión, y hoy mismo tanto más gime por su amor cuanto más su amor se le escapa.

—Vamos despacio, hombre, vamos despacio. *Festina lenté.* Y en primer término te diré que todo eso que tú juzgas como lo peor es precisamente lo mejor. Porque, bueno que, antes de casarte, pensáramos más prudentemente el pro y el contra; pero, pues se trata de un suceso que no tiene vuelta, ¿no vale más que tus buenos sentimientos, mejor inspirados en esto que tu razón, no se arrepientan de lo hecho, antes bien se afirmen noble y lealmente en ello, amando cada día más santamente á la que el sacramento te dió por compañera? ¡Lo malo, lo peor, sería precisamente *lo otro*, hombre de Dios!

—Todo eso está muy bien por mi parte; desde luego; pero ¿y por la suya?

—¡Cómo, por la suya?

—Repito que yo siento mayor cada día ese santo amor, que usted dice, por mi mujer; pero ella... ¡ha perdido por completo ese amor hacia su esposo, para dárselo... á quien usted sabe!.. Y pregunto: ¿es esto lícito dentro de ese sacramento por usted invocado? ¿Puede suceder eso cristianamente? Y si sucede, ¿cabe matrimonio donde no existe la mutualidad de aquel amor?

Fray Carlos se reía entre exclamaciones y señales de broma, como quien por tal toma la cosa; mas á cien leguas se conocía lo forzado de todas sus contorsiones. Además el curtido rostro habíasele enrojecido vivamente, y no se necesitaba ser lince para vislumbrar el embarazo y aun aturdimiento del pobre señor.

—Pero, muchacho,—se arrancó por fin, saliendo del paso de cualquier modo,—¿me tomas á mí por algún curita de esos recién salidos del seminario, á quienes hay que examinar? No seas bobín. ¿No ves que de puro viejo y sobón me sé el paño de memoria por dentro y por fuera? ¡Todo porque tu suegra Presenta (que es en todo caso el dedo que te duele, y no el de tu mujer), abusa quizás un poco de la chica, y le ha imbuído las aficiones poético-religiosas que la distraen más de la cuenta, no te lo niego, de sus deberes domésticos! Demasiado sabes que á mí no me entusiasman ciertas sublimidades, prefiriendo en general una mujer de su casa á una escritora de versos religiosos. ¡Eso de soñar con ser otra santa Teresa puede ofrecer muchas quiebras! Pero ¿y qué? Todo ello queda re-

mediado el día en que, poniendo tú mayor arte que el que pones, resulte mermada en sus justos límites la influencia, hoy avasalladora, de la madre sobre la hija.

—Confieso que está huída la dificultad con mucha maña. Desde ahora le digo, sin embargo, que el problema esencial, tal cual á mí se me presenta, queda planteado, aunque no resuelto. Estúdielo, y ¡quiera Dios no tenga que volver por la solución demasiado pronto! Entretanto acepto el sesgo que acaba de darle, y, como es natural, pregunto: ¿en qué consiste, según usted, ese mayor arte que yo he de poner para ganar en ascendiente sobre mi Maruja tanto cuanto su madre pierda?

—¿Y me preguntas á mí eso! Nadie mejor que tú lo sabe. Lo que hay es que en esto eres un sordo que no quiere oir.

—Y usted, un médico, á quien le parece tan duro el remedio que no se atreve á manifestarlo.

—Duro, eso sí que no; antes blando, y muy blando. Después de todo, ¿por dónde te se pide que empieces? Por retirarte de aventuras agrícolas, por cesar en tus aperreos de labranza, por hacer en fin una vida más suave, más de familia, sin luchas, cuidados ni desazones.

—Perfectamente. ¿Y por dónde se me pide que concluya? Por ser rodrigón y dominguillo de mi suegra, por atemperarme en todo á sus aficiones y costumbres, por perder totalmente mi voluntad y dignidad de hombre, convirtiéndome en juguete

servil de la voluntad dominadora de esa mujer, hasta anularme como se anula un esclavo. ¡Ay, fray Carlos, ó usted no es de veras mi amigo, ó usted no conoce á esa señora! ¿Por ventura piensa que había de aquietarse con mi renuncia á las empresas, trabajos é ideales que constituyen la moral de mi sér? Antes, por el contrario, semejante victoria la espolearía para continuar sus ataques hasta la conquista definitiva, esto es, hasta hacer de mí lo propio que con su hija ha realizado. Y, si no, ¡como si nada hubiese hecho!

Calló Manolo, y el buenísimo fray Carlos guardó también silencio, muy entristecido por la evidencia dolorosa de la tragedia íntima que se le ofrecía en perspectiva. Por decir algo, manifestó:

—Bueno, bueno. Te digo que eso de Marujilla se arreglará de sobra. ¡Ya lo creo que se arreglará! Pues ¡poco enamorada que ha estado siempre de tí la muchacha! Y ahora, ¿qué crees tú!, todo eso que á tus cavilaciones se antoja desamor es quizás todo lo contrario. ¡Si conoceré yo á las mujeres y sus idas y venidas, vueltas y revueltas! Pero, eso aparte, ¿cómo has de negarme que el desistimiento en tus enrevesados (para mí por lo menos) planes agrícolas había de evitarte otro género de disgustos que no me negarás deben de agobiarte tanto como los otros?

Manolo permaneció torvo y silencioso.

—¡Sí, hombre, sí,—prosiguió el anciano pater,—no te hagas el desentendido ni me lo niegues! ¡Si conoceré yo que una de las murrias que más

cariacontecido y mohino te traen es la falta de cuartos y los apuros en que te meten tus despilfarros en la labranza y los líos esos de asociaciones, propagandas y tanto divino libraco como estás imprimiendo todos los días!

—No; no se lo niego á usted. ¡Qué he de negárselo! Pero ahí tiene otra de las consecuencias de la hostilidad de mi suegra. Si yo manejase lo que es de mi mujer con la misma libertad que lo mío, ó, mejor dicho, lo de mi padre, nada de eso me ocurriría. ¡Y no que..!

El joven se interrumpió con ademán de verdadera desesperación.

—Pero ¡tan ahogado te ves, muchacho!,—pronunció el cura muy despacio y acercándosele.

—¡Imagínese: con varias letras de máquinas y abonos que espero de un momento á otro, teniendo que alimentar el pleito de Mauda, ante la perspectiva de otros gastos urgentes que se me echan encima, y agotado todo el numerario!

—Mira, Manolico, (acercándosele más y con mayor despacio), ¿te hace una taleguilla y media próximamente que tengo al alcance de mi mano? Son mis ahorrillos de cincuenta años de curato... Yo, en dejándome unos cien durillos para ir remediando los aprietos de mis feligreses pobres, enfermos ó sin trabajo.., ya sabes.., la pesetilla para el puchero de la recién parida, la perra chica ó gorda un día sí y otro también para los dos ó tres de solemnidad que en el pueblo tenemos, los cinco durejos para ayuda de comprar el burro el jorna-

lero Zutano ó Perencejo... *et sic de cœteris*, de todo lo demás hago caso omiso. ¡Mira, acaso me estorbe!.. Conque... ¿te lo traigo?

—¡Ya sabía yo, ya sabía,—alegó Manolo, muy conmovido,—que usted las gasta así, y créame que, de haber apremiado la cosa, á su amistad por de pronto hubiera acudido! Y no le digo que todavía no acuda, pero le reservo para una última instancia. Siga, pues, acudiendo á sus necesitados, y... á propósito. Hace tiempo que no me pide usted nada para ellos, y no vaya á pensar que...

—¡Qué, qué he de pensar?—interrumpió el pater, vuelto á sus bonachonerías.—¡Que tú en esto como en todo, te vas siempre del disparador! ¿Crees que ignoro el dineral que también por este lado te estás gastando con el bolsillo siempre abierto para cuantos vienen á rezongarte con sus lagrimeos y desventuras? Y haces mal, muy mal, en no aconsejarte antes de mí, que sé separar el trigo de la cizaña en esto de las pobrezas. Cierto que el mal año va apretando y ahogando á muchos, pero créete que todavía hay quien llora más de lo que debe.

—En esto, fray Carlos, me atrevo á prometerle que, cuando me predique con el ejemplo, seguiré ciegamente sus consejos. ¡Pero si me da usted quince y raya...!

—¡No tanto, no tanto! Además, yo es otra cosa, y para eso soy lo que soy. ¡Pssih, y luego... ya ves, hombre, para todas estas cargas de la pobreza casi estamos tú y yo solos! Estos pudientes del

pueblo son muy agarrados, excesivamente agarrados, vamos, y... por más que les predico, hijo, la peña, ¡dura que dura!... El caso es que á tí te tengo que predicar por demasiada blandura, y á ellos, por lo contrario... ¡Está visto, Manolillo, que no es posible la virtud perfecta en este mundo...!

—No, eso no es verdad.

—¡Cómo, cómo...!

—¿Pues no tiene usted ahí la santidad perfectísima de mi suegra...?

El viejísimo cura se levantó con toda la viveza compatible con sus ochenta, aunque muy vigorosos, hizo un mohín irónico de espanto y manifestó:

—¡Vaya, chiquito, me retiro, que es tarde! ¿Te gusta que volvamos á repetir el tema? Pues, á mí, no. *Verba repetita...* Conque ¿te traigo eso? O, si no, cuando quieras, avisa.

Y se embozó en el ya verdoso manteo, se afirmó bien el no menos raído bonete (hacía un frío de dos mil de á caballo), y, acompañado por Quico con el correspondiente farolillo, porque ya había anochecido, púsose en demanda de la casa rectoral, que se hallaba una miajilla distante.

III

Se disponía Manolo á recoger sus papeles y á retirarse á su casa, cuando apareció Casio de muy mal talante.

—¡Gracias á Dios que pareces!,—declaró Manolo.—Hace tres días que no te veía, hombre... Pero ¿qué te pasa? ¿Te han dado algún disgusto en tu casino?

—Demasiado sabe que eso ya ni es casino, ni es nada.

—Por lo mismo. ¿Acaso no se refugia por allí, ahora más que antes, gente no del todo santa?

—¡Ay, Don Manolo! Santa ó no santa, á mí en el pueblo nadie se me subleva, y ahora que aquello es mío exclusivamente, menos.

La sociedad que antaño sostenía el llamado casino, en fuerza de disolverse y reconstituirse una y cien veces, había acabado en imposible, siempre por insignificantes minucias y discordias de campanario, y entonces el conserje, dando un golpe de estado hábil, se transformó en amo, y declaró que para sostener *aquello* se bastaba él solo, y así, que el que quisiera ir que fuera, y el que no que lo dejara. Con lo que *aquello* siguió titulándose pomposamente «Casino», aunque en realidad era tan sólo un cafetín, á donde acudía el que se le antojaba, y donde todo se regía por la omnímoda voluntad de Casio, el cual, entre los naturales lucros de la infusión de achicorias, las balas rasas, los bollos, mantecadas ó rosquillas, y los réditos no menos naturales de una mesa de billar rival del arca de Noé, de las barajas para el mús, la carteta, la siete y media, el tute arrastrado, con tal cual extraordinario de verlas venir en algún día solemne, y, en fin, los pequeños pero

frecuentes préstamos al consabido real por duro á los aficionados... sacábale al tal establecimiento valdecastreño de recreo «muy buenos emolumentos».

—¿Acaso entonces te ha ocurrido algo en el juzgado municipal?—insistió Manolo.

—Menos. Gusto, para hacerme caer, no le negaré que á quienes usté sabe les falte; pero conmigo le repito que son moros de paz. No se atreven. Demasiado conocen que gasto el colmillo muy retorcido.

Y la fisonomía naturalmente dura y no muy simpática de Casio se revistió de una sombra tras la cual, sin saber por qué, se vislumbraban las más feroces armas con que naturaleza hace temibles á los grandes felinos. Con su alta estatura, sus músculos acerados, y su cara de pocos amigos era el buen papelista tipo urbano ingerto en rural con quien desde luego los paletos en su rudo pero seguro instinto adivinaban que no podía jugarse. El joven le contempló un momento, comprendió la fuerza de lógica encerrada en aquella naturaleza realista con relación al medio social en que vivía, y, sonriéndose tristemente, manifestó:

—Ya sé, Casio, ya sé que tu Evangelio se compendia en la frase «al tío y al limón, estrujón».

—¡Pues no! Déle usté yemas á esta gente, y verá lo que le ocurre. Es decir, ya ve lo que le está sucediendo por pasarse de cándido y bonachón con ella. ¡Ay, Don Manolo, créame que no tenemos otra espina dentro los que bien le queremos!

Si usté la tratara como ella se merece, en una mano el pan y en otra el palo, otro respeto le tendrían, y otra fuera su suerte en esta tierra... ¡Dentro y fuera de su casa!...

Como quien se atreve á mucho añadió esta frase final el papelista; pero Manolo, dando profundo suspiro, sólo contestó:

—¡Qué quieres, buen Casio! Cada uno es como Dios le ha hecho. Pero..., volviendo á nuestro cuento, ¿por dónde has andado estos días? ¿Qué es lo que en suma te ocurre?

—¡Pero si no es á mí, Don Manolo, es á usté á quien le ocurre algo! Y algo nada agradable.

—¡Vaya por Dios! ¿Qué es ello?

—Vengo ahora de Mauda, donde he estado dos días, y...

—Ahora comprendo. Y me traes una mala noticia relativa al pleito de la Calera.

—¡Y tan mala! ¡Como que el tío Mateo Santos ha ganado la demanda de pobreza, y ya, pleiteando por pobre, le puede dar á usté guerra para *in æternum* y hacerle gastar lo que vale la Calera y la Dehesilla juntas. Al mismo Don Valentín, su abogado, le he visto desanimadísimo con este contratiempo. Pero ¡calle usté, hombre, si aquello ha sido un escándalo en Mauda, á pesar de estar allí la gente tan acostumbrada á esos chanchullos de la justicia! El gobernador, Don Víctor, uno ó dos diputados desde el Congreso, hasta el propio pontífice y amo aquí de todos los caciques han caído sobre el juez, poco menos que poniéndole un pu-

ñal al pecho para que fallara como ha fallado. ¡Le digo á usté que...!

Manolo, que había permanecido silencioso y sombrío, levantóse de pronto con resolución, y sólo murmuró estas palabras con voz reconcentrada y firme:

—Está bien; pero no desisto. ¡A pagar las costas causadas, y á buscar agua por otra parte!



X

¡AGUA!... ¡AGUA!

I

Y en efecto, Manolo hizo en el acto un viaje á Madrid, y á los cuatro ó seis días volvía con un fontanero ó capataz de aguas, práctico que gozaba fama en alumbramientos y obras hidráulicas, y que le fué proporcionado por un amigo ingeniero. Apenas llegaron ambos á Valdecastro, comenzaron atento examen de los terrenos y relieve superficial de la Dehesilla, acometiendo además numerosas calicatas con el propósito de descubrir la disposición é inclinación de los estratos del subsuelo: todo ello enmedio de la expectación universal del labrantío valdecastrense y de la alarma de las dos señoras de la casa, Doña Presenta y la poética Maruja.

—¡Lo véis? Ya está de remate el pobre hijo de Don Ilefonso. Y ahora ese tío bribón que ha traído de Madrid acaba de volverle el seso y llevarle los pocos cuartos que le quedan.

Estos eran los comentarios que por todas partes en el pueblo se oían, mientras los dos hidráulicos, sordos para estas despreciables murmuraciones, entregábanse con ardor á la gloriosa empresa de buzar como podían en las profundidades subterráneas y dar allí con un pozo artesiano, con alguna poderosa vía de agua del gran lago que alguien dice enterrado bajo la alta meseta del Duero, con un buen núcleo siquiera de fuentes ó manantiales que pudieran recogerse ó aprovecharse.

Y como aquellos nuevos Moisés tenían por cierto, aun sin vara milagrosa, el hallazgo, luego se pusieron á hacer plantíos de frondosos árboles de ribera, los cuales en hermosas avenidas y bien dispuestos cuadros, habían de corroborar con sus fecundas suaves virtudes las virtudes creadoras y maravillosas de las aguas próximas á presentarse poco menos que en forma de cuerno de la abundancia.

En verdad no se presentaron después de un mes de trabajos y gastos á mano abierta, pero ya se presentarían. ¿Quién lo duda? Lo peor es que el fontanero madrileño tuvo necesidad de volverse á la corte llamado por urgencias inevitables, y las obras hubieron también de suspenderse. En secreto debemos declarar que el *filo-agrícola* incorregi-

ble casi se alegró de la suspensión por el pronto, pues la exhausta carne de su bolsillo había dado fondo, y preciso era acudir á su renuevo, á fin de evitar el aborto, en germen, de la empresa.

—No te canses,—le manifestó con la distracción religiosa de siempre la mística, un día en que él la acometió por lo financiero viéndose sin agua y con el agua al cuello.—Mamá dice que de ningún modo puede prestar á semejantes locuras su consentimiento directo ni indirecto, y que por eso mismo no dará una peseta que la hagan cómplice en ellas.

Con lo que Manolo hubo de enterarse de cómo el bloqueo riguroso y sin cuartel puesto por la santa había comenzado desde aquel instante. ¿Qué hacer en semejante congoja? Lo que hacen siempre cuantos rurales se sienten, como él, sumergidos y próximos á ahogarse: ¡resolvió agarrarse al clavo ardiendo del crédito usurario!

II

Se trasladó con esa intención á Mauda, uno de los cuarteles generales de la usura en la provincia, y allí, confesándose con él, al abuelo Juan le contó el cuento. El otro le miró, no sabemos si más sorprendido que asustado, ó vice-versa, y entre ambos ocurrió el siguiente memorable diálogo:

—¡También tú, Manolillo?—declaró el respeta-

ble viejo siempre atusándose las blanquísimas luengas patillas y después de mirar largo rato al asendereado joven entre alelado y compasivo.

—¡También, también, abuelo Juan! Ya lo está viendo.

—Pues mira, hijo, puede que fueras el único labrador de la provincia que á estas fechas se encontraba libre de las garras esgrimidas por el terrible monstruo.

—No creí que fuera tanto.

—Unos por fás, otros por nefas, allá hemos ido todos de cabeza. Yo estoy hasta las cachas, criatura. Y te lo digo, porque de otra suerte ¡imagínate si me apresuraría á socorrerte en tus apuros!

—¡Qué desolación!—murmuró el pobre Manolo, presa del mayor desconsuelo.

—Mil veces te lo he dicho, bien lo sabes. Esta tierra está completamente perdida. Tantas malas cosechas seguidas, los trigos bajando siempre, el habernos convertido en señoritos y abogados cuantos labradores nos llamamos pudientes sólo por manejar la miseria de tres pares para arriba, en fin, esta pícara carcoma del juego que cada día nos roe más por dentro á muchos, puede decirse que han consumido los últimos jugos de Campos. Y yo no lo veré ya, de lo que me alegro; pero ¿quién duda que por este camino acabará muy pronto este país en un vasto despoblado?

—Lo que es clase media poca queda por emigrar. Los unos tras la atracción mortífera de la ciudad, los otros tras el empleo cazado en las en-

crucijadas electorales, esto, abuelo, se encuentra en la de apaga y vámonos.

—Nadie te quedará por embustero, nadie. Repasa la memoria. A Labajo, el de Villalón, en Alicante le tienes arropado con la dirección de aquella sucursal del Banco; á mi yerno, en Burgos, de secretario de lo mismo; á dos de los Florencios en Hacienda, uno de Delegado y de Administrador el otro, por esas provincias de Dios; á un García, en Madrid, en Gobernación metido; en Cuba, ya sabes á quién; en Filipinas, á tres ó cuatro; en Valladolid, avecindados simplemente, á los Trabancos, Mínguez, Cuarteros, Vázquez y Riberas, entre otros muchos, y, agarrados como lapas á las nóminas de la Diputación, del Ayuntamiento, de la Universidad, de la Audiencia, á mil y mil que de sobra te son conocidos. Y no meto en la cuenta, claro es, á los náufragos, ya totalmente perdidos, que hoy andan por ahí convertidos ó poco menos en aventureros y bohemios, y, hace tres ó cuatro años nada más, arrastraban coche, daban saraos, ó copaban las bancas de los más ilustres garitos vallisoletanos.

Ambos parientes callaron un momento, enmudecidos por las sombrías perspectivas de aquel cuadro de desolación y ruinas, copiado del natural. Por fin Manolo rompió el silencio, vuelto á su obsesión eterna, que en él se despertaba infaliblemente ante cualquier sacudida moral honda, y declaró resueltamente:

—Todo eso significa en suma, que Castilla está

muerta. Pues, lo que yo digo: ¡hay, ó que enterrarla, ó que resucitarla!

—¡Resucitarla! ¿Y quién hace hoy esos milagros?

—¡Sí!, (con voz y apostura de iluminado). Hay un redentor, solo uno: ¡la regeneración del suelo y de la raza!

III

Manolo, no sin pasar las de Caín gracias á la delicadeza de su carácter caballeresco, logró al fin, guiado por el abuelo Juan en aquella encrucijada de villanías canallescas, único acceso á la escondida caja del usurero, la suma de cuarenta mil pesetas, vendiendo á pacto de retro y plazo de cuatro años el único monte que le quedaba de su madre en Valcorba. Mas, como tuvo que pagar adelantados los intereses de dichos cuatro años al módico tipo—¡vaya!—del quince por ciento, importantes seis mil pesetas justas, el hombre sólo recibió, en realidad, del usurero (un tratante en trigos zafio y groserote, cuya fama de ricacho era la única virtud personal que le adornaba), treinta y cuatro mil, no las cuarenta mil pactadas: enjuague éste de los más inocentes y sencillos que en el judáico oficio se conocen.

Fué lección experimental ésta que produjo honda mella en el carácter del bermejino, ennegreciéndole más todavía de lo que ennegrecido le

tenían sus inenarrables desventuras del corazón y de la cabeza.

El desamor de su Maruja parecíale cada día más evidente, absorbida totalmente aquella alma femenina por la mística religiosa; la sombra de la santa ofrecíasele do quiera hosca y muda, cual amenaza formidable; el tiempo habíase ya metido en los meses mayores, y la sequía asperísima, las rudas heladas y el cierzo formidable no se habían interrumpido un momento con mortal porfía; el campo estaba hecho una desolación, y la miseria ganaba rápidamente todos los hogares con vientos de fronda que á muchos aterraba y en Manolo aumentaba sólo la sobreexcitación y calentura.

—Hay que luchar—decíale con frecuencia á Blas, su más íntimo confidente en estas cosas.—Contra todos y contra todo. ¿Llueven desventuras? ¡Más recio contra ellas! Acobardarse es sucumbir, y eso, ¡nunca sin combate, hallándose la razón, la justicia y la humanidad de nuestra parte!

Y se exaltaba, enrojeciéndosele los ojos y alterándosele el semblante con señales de sentirse dispuesto á los mayores extremos.

—¡Lo mismo, lo mismo que su padre!—murmuraba entretanto el exhausto Blas, echando el santísimo redaño por la boca.—¡De hierro la cabeza y derecho á estrellarse, sin fuerzas humanas que le detengan!... Aunque... ¡bien claros se ven los que le empujan!.. ¿Claros?... ¡Juro al Santísimo que alguno ha de quedar obscuro para *in æternum*, si se empeña!

Sólo una nota placentera, en medio de estas nubes siniestras, sonaba al lado del infeliz Bermejo: la del rubiazo Manolín. Asistíale siempre con ternura de chiquillo mimoso, rodeábale, cuando junto á él estaba, de una atmósfera suavísima de encantos infantiles, hasta le mimaba con cariñosidades de dulce inocente, cual si el angelazo adivinase las espinas que por dentro sin cesar le punzaban.

—Palino, ¿qué tenes?—solía manifestarle con sus gentiles licencias de articulación.—Díceselo al nene, ana, pala leñí á loz que te hacen de labiá. ¿Queles?

Y Manolo le cogía entonces en brazos, le hartaba de caricias, y se le comía á besos, olvidando por un instante las tormentas que le rodeaban.

En esto ocurrieron en Valdecastro sucesos memorables, muy enlazados con la presente historia y que para espejo de los presentes y enseñanza de los venideros pasamos á referir.



XI

JESÚS AL PUEBLO

I

La sorda agitación rural que recalentaban en progresión creciente la miseria con sus espolazos y la pérdida total de la cosecha en perspectiva con sus inspiraciones desesperadas, estalló al fin en mil chispazos sueltos, precursores de tremenda conflagración posible. En Valdecastro, casi se ignora cómo ni por quién, los labradores menudos y los obreros halláronse convocados para celebrar una gran reunión en la Panera municipal el último domingo de Abril después de la misa.

Resultó presidiendo el propio Pedro Villalobos, rodeado de Remigio Plaza y otros caracterizados catecúmenos gamacistas, deseosos de hacer méritos en el nuevo partido, próximo al apogeo de su

poder é influencia; con lo que pronto se entendió que «el acto» había de realizarse con vistas exclusivas á la agitación agraria, que era entonces la sardina política necesitada del arrimo de las más vivas y candentes ascuas. Mas en verdad que allí estaban los Herrezuelos, Juan-y-Medios, Don Pís y demás corifeos revolucionarios, prontos á impedir el tal arrimo, echando el ascua hacia su revolución republicana, con tanto mayor ímpetu cuanto que hacía mucho tiempo andaban enmudecidos, cuasi reducidos á la inacción y poco menos que anulados por el evidente eclipse de la resoñada república en los horizontes de sus fervientes adoradores.

Acercóse á ciento (gran multitud para Valdecastro), el número de los reunidos, y abierta «la sesión», manifestó Villalobos:

—Después de darsos las gracias por vuestros votos, ¿eh?, (nadie le había votado para nada), paso á decir el objeto de esta reunión. No es otro, ¿eh?, que pedir proteción pa la agricultura arruinada á fuerza de contribuciones que ya, ¿eh?, no podemos soportar más. Ya véis, ¿eh?, el año que se presenta. Los amos están en la miseria. Los jornaleros se quedarán hasta sin pan pa la familia, ¿eh? Yo creo que debemos firmar todos una solicitud, pa que nuestros diputaos, ¿eh?, la lleven á las Cortes, y pedir en ella proteción que necesitamos pa la agricultura, pa los jornaleros, pa los amos, pa tóos, porque tóos semos de Dios y españoles de la mesma España. ¿Se aprueba?

—Pido la palabra.

—Y yo tamién la pido.

—Y yo mesmamente.

—Y yo.

—Y yo.

—¡Silencio tóos, pa entenderse! El presidente es el que ditamina el orden. ¿Quién es el primero que ha pedío la palabra? ¡Que se presente!

—Ha sido Don Pí.

—¡No señor, Don Gaspar!

—¡Don Pí!

Rumores, movimiento, disputas varias.

—¡Que no se oye!

—¡A ver esos! Haiga más silencio, más silencio. ¡Cuidao con el orden, porque el presidente...

—¡Que hable Don Gaspar, que hable Don Gaspar! (Voces un tanto tumultuosas).

—¿En qué quedamos? ¿Sos callais tóos ó no sos callais, pa que haiga orden y discusión conmeniente? (Se apagan algo los rumores). Bueno, ¿eh?, pues que hable ese señor que pide el pueblo.

Aplausos ensordecedores, en medio de los que comienza á hablar el mal intencionado Herrezuelo poco más ó menos en la siguiente guisa:

—Hemos sido convocados, ¿por quién? Estamos aquí reunidos, ¿para qué? ¿Somos presididos, ¿por quién? ¿Quién ha nombrado ese presidente? ¿Quién ha acordado el objeto de la reunión? ¿Quién ha resuelto este *meeting*?

Voces, aplausos, satisfacción en el concurso.

Los cisqueros conocen que *al fin* habrá un poquito de *gorda*.

—Pues bien—continúa el orador—yo, amigo siempre del pueblo, le digo al pueblo que viva muy alerta, porque al revolver de una esquina, hay quien quiere, como siempre, pegársela.

Risas, aplausos, manifestaciones satisfactorias. Villalobos empieza á sudar en su presidencia, queriendo lanzarse, y no atreviéndose, contra aquel formidable mastín de la demagogia valdecastrense.

Prosigue el perorante:

—Os dicen que pidáis protección. ¿Qué protección es esa? ¡Que se diga! Ya véis como todos callan. Pues habéis de saber que vosotros sois el pueblo, y que el pueblo es el amo siempre, y que el amo no necesita que nadie le proteja, porque es el que manda. (Varias voces: ¡Eso, eso!) ¡Qué protección, ni qué niño de la bola! Nosotros lo que necesitamos es la revolución en todas las esferas, que acaben los ladrones para siempre, y negarnos á pagar las contribuciones, caiga el que caiga. ¿Se aprueba esto? ¿Juramos no volver á pagar un ochavo á estos gobiernos de ladrones y enemigos del pueblo?

Se armó el gran catapé. La muchedumbre aplaudía á rabiar, Pedro Villalobos gritaba que aquello era una ilegalidad digna de la intervención de la guardia civil, el vocerío era estruendoso, y no había medio humano de que alma viviente se entendiera. Lo único que se percibía

claro era que los *no pagadores* se hallaban en inmensa mayoría.

II

En medio de esta batahola se presentó Manolo en la puerta de la panera, adelantó con resolución hasta el centro, y allí con voz enérgica, varonil y acentuadamente timbrada pronunció, dirigiéndose á la presidencia:

—¡Señor presidente, deseo hablar dos palabras!

Fué aquello maravilloso conjuro. El más profundo silencio produjose en el acto ante la presencia y las frases del hijo de «Don Ilefonso.» ¿Sería verdad que estaba de remate? ¿A qué iba allí Don Manolo? ¿Qué se proponía? Pues es de saber que, por especiales razones, ni uno solo de los pudientes valdecastreños había acudido á la panera, con excepción de Herrezuelo, cuya presencia hallábase harto justificada en su calidad de jefe de un partido popular, categoría adquirida desde la ausencia del heróico Don Ildefonso Bermejo.

Pronto se calmaron, sin embargo, la expectación y la curiosidad populares con el discurso de Manolo, que fué desta manera:

—Acudo entre mis paisanos y á ellos me dirijo, guiado como siempre por el deseo del bien general. Sé que buscais remedio á vuestros males, cada día más apretados, y entiendo en mí un deber de conciencia poner á contribución tanto como el que

más mi consejo, mi actividad y mi bolsillo, para remediarlos.

Esta última frase arranca algunos gruñidos de satisfacción en el pardo auditorio.

—Respeto desde luego cuantos acuerdos hayáis tomado tocante á la agitación agraria ó á otros extremos. (Voces: «¡la revolución, la revolución!») Otras voces: ¡«no pagar las contribuciones!») Lo que quiera que sea, que en ello no me meto. Bueno será, no obstante, advertiros que todos esos son remedios á larga fecha, muy precarios además y de carácter tan general, que lo mismo puede alcanzaros que no alcanzaros con ellos alivio alguno, sobre todo tan perentoriamente como lo necesitais. Y aquí lo que se precisa para vuestros males son medicinas tan prácticas y de momento como ellos mismos. ¡Eso me parece evidente!

Silencio expectante en el concurso. Los muchos partidarios de Herrezuelo se sienten ya disgustados por el segundo término en que el «orador» pretende dejar á la revolución.

—Mi conciencia asimismo me obliga á deciros que esas eternas pretensiones de proteccionismo y de no pagar los tributos debidos no representan camino derecho ni eficaz á la mejora de vuestros intereses.

Toses, murmullos, sonrisas irónicas en la concurrencia.

—¿Qué juzgáis que representan todas esas pretendidas cargas en el balance de vuestro malestar penosísimo? Pues sin negar por eso que las sintáis

mucho, yo os digo que, si fuera posible suprimir todas las contribuciones por algún tiempo, aquel malestar persistiría tan hondo como hoy lo experimentáis.

Voces: «¡no, eso no, eso no!» «¡Que no se paguen las contribuciones á los gobiernos que nos roban es lo que queremos!» «¡Protecionismo pa la agricultura, protecionismo!» «¡La revolución es mejor que tóo, la revolución y las barricáas!» Tirios y troyanos, agrarios y revolucionarios, larreistas y herrezuelistas (transformación de los antiguos garzonistas y bermejistas) sentíanse por igual contrariados. Muchos hacían signos con manos y cabezas, dando á entender que Manolo estaba ído. El cual persistió de este modo, para calmar los ánimos:

—Pero bueno, no trato ahora de discutir nada de esto. Dejemos cuestiones que dividen á un lado y vamos á lo interesante. La miseria del pueblo es grande. La pérdida total de la cosecha, que ya es inminente, amenaza con una verdadera catástrofe. ¿Puede esto remediarse? Hé aquí lo que verdaderamente importa á los pequeños labradores y á las clases obreras de Valdecastro.

Manolo hizo una pausa. El silencio hosco continuaba en los oyentes. Se conocía que andaban todos disgustados y escamados. El otro reanudó su discurso.

Existe un remedio supremo; no lo dudéis, y ese remedio está en el regato y en el Pago de Abajo, el mejor del pueblo, por fortuna sembrado este

año. ¿No abrigáis todavía una última esperanza en que caigan en esta quincena cuatro gotas, y se salven algunos trigos nacidos? Pues bien, todos los de ese pago lo están, y el agua la tenéis ahí, en el regato. No hay más que embalsarle sólo con obras provisionales hacia los prados de arriba, y podréis regar todas aquellas tierras, asegurando su cosecha, y el pan siquiera para el consumo del pueblo, ó muy poco menos. Yo me ofrezco á dirigir dichas obras, y con el concurso de vuestros brazos á sufragar también aquellos gastos que sean más indispensables. Tal es mi proposición.

Calló el exadministrativo, y el auditorio calló también, sorprendido por ella, no sabiendo al pronto qué pensar respecto de la misma ni por dónde tomarla. Los curtidos semblantes de aquellos rurales, siempre zorros y mohinos, revelaban perplejidad, mirándose los unos á los otros con miradas de duda. Después empezaron los comentarios y diálogos gruñidos en voz baja, con lo que el sordo murmullo del concurso volvió á tomar proporciones de zumbido ronco y creciente. Enseguida vinieron los disparos en voz alta.

—¿Será el agua como la de la Dehesilla?

—Todas esas son pamemas pa no dar nada.

—Lo que nusotros queremos, como es justo, es que los ricos abran trabajo pa los probes, pa los jornaleros, y nos den pan siquiá pa nuestros hijos.

—¡Eso, eso!

—¡Eso, y la protección que naide quié darnos!

—Pido yo la palabra.

Varias voces: «¡Sí, señor, que hable Don Pí, que hable Don Pí, que es uno de los nuestros, y no too se lo han de hablar los señores!» Y Don Pí, que era en efecto el solicitante de la palabra, se descargó en forma de nublado oratorio largo tiempo contenido. Hé aquí algunos de sus párrafos más notables.

—Zudadanos: Al fin nos habemos ajuntao, y digo que la regolución está en puerta. Tenemos hambre, señores, miseria, nuestros hijos, nuestras mujeres, toas nuestras familias, y ¿sabís por qué? (Voces tumultuosas: «Eso, eso!» Aplausos y ruído). Yo sus lo diré: porque nos roban el pan que nos llevamos á la boca esos gobiernos ladrones de la monarquía. (Nuevo tumulto). Pues bien, ¿que Don Manolo no está con nusotros, con los republicanos, con el pueblo, como su padre Don Ilefonso, que ¡aquel si que era nuestro padre! ¡Pacencia! Pero ¿por eso vamos á callarnos? ¿Vamos á no pedir nuestros drechos que nos pertenecen? ¿Vamos á quearnos sin pan pa nusotros y nuestros hijos? Zudadanos: ¡Viva la regolución! ¡Viva el proteccionismo pa la agricultura! ¡Viva la ripublicaaaa!

Aquello fué el acabóse de los aplausos, el vocerío, las manotadas, el pateo, y el no poderse entender ya nadie para lo sucesivo. La reunión podía darse por terminada con gran contentamiento de Herrezuelo, que entendía llevarse la mejor tajada, y notable disgusto de Pedro Villalobos, cuyas intenciones respecto de la asamblea habían fracasado á todas luces.

Se disponían todos á abandonar el local, cuando volvió á oirse la voz poderosa y bien timbrada de Don Manolo:

—Señores,—exclamó—conste que, á pesar de todo, y por si al fin hubiere de parecer necesario mi proyecto, yo mantengo en pié todos mis ofrecimientos.



XII

EMPIEZA LA PASIÓN Y MUERTE

I

Manolo, tocante á la eficacia de sus ofrecimientos, sabía bien lo que se hacía al reiterarlos. Apenas se hubo pasado otra semana sin señales siquiera de lluvia, entrada ya la última de Abril, perdidos al fin los demás sembrados, y como viesen que los del Pago de Abajo se les iban también á varas, los tíos diéronse á partido, acordando agarrarse á aquel extremo recurso que el generoso hijo de «Don Ilefonso» les deparaba. El asunto se trató también á la salida de la misa del domingo siguiente en el atrio de Santa Eufemia.

Pasaban de cincuenta los reunidos entre jornaleros, colonos y pequeños aparceros de medio par, ó uno, mal contados. Abundaban las capas

pardas, no faltaban esclavinas azules con bozos de astracán, y el típico sombrero blando, gordo y estoposo cubría todas las cabezas, sombreando más acentuadamente los entristecidos morenos semblantes.

—¿Qué vamos á hacer?,— argüía uno de ellos.— No es cosa de ver cómo se nos secan los únicos trigos que nos quedan, cruzándonos de brazos.

—Pues yo, sucédame lo que quiera, no riego, está dicho.

—Ni yo.

—Ni yo.

Parecían estatuas de la desolación aceptada los que tal afirmaban. Resignados á morir, pero indesviables en el camino único por donde el instinto tradicional de sus mentes de piedra les lanzaba.

—¡Eso no, eso no!—exclamaron varias voces.

—Pues yo riego. Si de toos los modos lo damos por arrematao, ¿qué se pierde con probar?

—Eso digo yo. Por supuesto, si Don Manolo nos da garantías.

—¡Garantías! Pa sí las quisiera.

—Entonces ¿á qué se mete á ofrecer tanto y más cuanto al pueblo?

—¡Paecéis tontos!—arguyó uno de los opuestos al riego.—¿Vusotros sus creeis que el que tanto quié dar, da de balde?

Los paños pardos y los sombrerones, removidos por dentro ante aquella sentencia genuinamente castiza, parecieron mirarse los unos á los

otros y cuchichear misteriosas dudas tramadas en la inconsciente urdimbre de sus cuasi seculares tejidos.

—Bueno. Por eso decía yo lo de las garantías.

—Creo de que debemos ajuntarnos unos cuantos y dir á verle á él mesmamente en persona á nombre de toos, pa ver cómo se explica.

—¡Eso, eso!—exclamaron varias voces.

—Y digo yo—alegó otro:—¿nuestro trabajo pa las obras va á ser de balde?

Otra vez silencio y expectación marcada ante aquel nuevo chispazo de la inconsciente psicología yoista, propia de toda penumbra del entendimiento en general y de todo terrícola en particular.

—Hombre, eso... yo..., la verdá, creo de que no,—opinó, al fin, uno de los del corro, sesgando la frase, como quien la saca de dentro á la rastra.

—Y claro que no,—apoyó otro argumentante.—¿No es él el que se lleva la honra del hecho? Pues justo es que lo pague.

—Pues yo digo que á medias—alegó un sutíl —Nosotros, por si nos toca alguna utilidad, pondremos nuestro trabajo, y él, que es el que presume y dirige, que pague siquiera á una metá los jornales.

Las cabezas se movieron con movimiento de péndulo hacia un lado y otro, como quien recela ante una impresión poco simpática. ¡Um! ¿Qué era aquello de perdonar medio jornal?

Y debemos advertir á todo esto que Manolo no

tenía en rigor propiedad en el reducido Pago de Abajo, á la vera del pueblo, pues tres ó cuatro tierrillas que juntas apenas excedían de dos obradas, venían desde tiempo de su padre cedidas á otros tantos jornaleros, claro es que sin renta alguna, para que las cultivasen de patatas: costumbre muy extendida entre el labrantío de Castilla. De suerte que el ofrecimiento bermejino no podía ser más ajeno á ningún vislumbre de interés, pura caridad de aquel espíritu todo generosidad y desprendimiento.

Y sin embargo, apenas cabe echar á mala parte las cavilosidades egoistas de los pardillos valdecastreños. Se trata, repetimos, únicamente de un defecto de desarrollo mental, de un verdadero infantilismo de la conciencia, donde el dar, el perdonar, el gratuismo, el «de balde» carecen del sentido correspondiente para su comprensión y explicación. Por eso no concebían que Manolo hiciese aquel sacrificio sólo en obsequio suyo. ¡Algún oculto ó no comprendido lucro buscaría! Por eso hallaban tan nebuloso aquel argumento del que resultaba para ellos el perdonar medio jornal: ¡almas petrificadas é infantilizadas por cuatro siglos de servidumbre moral, donde hasta la caridad que han oído predicar al cura no es ni siquiera generosidad, sino algo que se da *á cambio* de una cierta rata-porción de cielo correspondiente!..

Por fin, aunque á regañadientes, se aceptó como transacción lo del medio jornal, nombróse

la comisión acordada, y allá se fué en el acto en busca del mismísimo Don Manolo Bermejo.

II

El cual, atento exclusivamente á prestar aquel beneficio al pueblo, tanto más cuanto como remedio supremo á una gran catástrofe lo estimaba, pasó desde luego por cuanto le proponían. En suma, él ultimaría rápidamente el proyecto, dada la urgencia del caso, pues los únicos sembrados vivos se hallaban *in extremis*, prestaría los útiles y herramientas que no fuesen del uso y posesión ordinaria de los obreros rurales, costearía también las huebras y carros que necesarios fuesen, y pagaría los jornales á razón de dos reales diarios por trabajador, siendo todos del pueblo.

Cuatro días después comenzaron con toda actividad los trabajos, y el lunes de la semana siguiente no quedaba en el pueblo hombrón ni mozanco, útil ó inútil, que no se encontrase en ellos tras la media peseta consabida, estupendo jornal agrícola en aquellas circunstancias. Lo notable era que la mayor parte de aquellos gorrones pegadizos habían tronado contra semejantes proyectos, y puesto de hoja de peregil al generoso. Pero ¡á lo que iban!: «á comerle la merienda y ensuciarle el morral.»

Y ¡menudas chacotas que se armaban á todas horas en el corte, así que le tomaban las espaldas al director y pagador, todo en una pieza!

—¡Eh, tú, chacho,—gritaba uno en una cuadrilla—no caves tan aprisa, hombre! No sea que venga el agua de repenterre, y nos ahoguemos.

—¡En seco! Pa eso está el tiempo.

—Este sí que va á ser regadío, ti'Ustasio. De siguro que á lugar de granillos de trigo vais á cogechar perras gordas.

—¡Envidia!

—¡Y que no le vais á hacer rico á Don Manolo! Con toos estos emolumentos ya tié el hombre pa salir de trampas.

—¡Anda! A dos riales diarios por cabeza, mú cerca de una onza diaria.

—Te digo que el lambrique está malrotao de la sesera. ¡Si su padre viera esto..!

—De verdá que es mucho barbarismo. ¡Miá tu, que empeñarse en regar los trigos, que son propiamente de secano!

—¡Pus yo los riego, ea! ¡Más perdíos!

—Lo último digo. Pero entonces, ¿á qué gastar tiempo en balde? Además, chacho, si á mí se me pierden, que se me pierdan como Dios manda, y no haciendo judiadas.

En otras cuadrillas cantaban coplas maleantes y tonadillas picarescas, invención de la anónima espontánea musa popular, y enderezadas todas ellas á crucificar al infeliz bienhechor en la picota del menosprecio y del ridículo. Por ejemplo:

El chico de los Mermejos,
el chico de los Mermejos
tiene la mollera á pájaros,

tiene la mollera á pájaros,
y con el pico que pica,
y con el pico que pica,
que pica y no come ajos,
que pica y no come ajos.
Busca que busca
agua cribáa,
riega que riega,
no saca náa.

Y otras tan bárbaras como ésta, claro es que entre ruidosos coros de estruendosas risotadas, berridos de satisfacción y soeces chacotas.

Por último había cortes en los que los plusistas ahondaban hasta en las heridas más íntimas del pobre Manolo.

—¿Y en qué creeis vusotros que pararán estas misas con Doña Presenta?—interpeló un haragán que trabajaba de boca con otros cuantos en muy apartada zanja.

—¡Anda éste, Dios! ¿Pos no sabes que la señá esa, que es mú rigurosa, ya l'ha dao al pelastre con la puerta en los hocicos?

—Y la su mujer, lo mesmo. Ya veis; ellas son santas, y el diz que judío.

—¡Santas! ¡Valientes peinetas!—retrucó brutalmente un antiguo lector de *Las Dominicales*.

—Tóos ellos, tal pa cual, desengañaisus. Los ricos, no hay uno bueno,—alegó un socialista instintivo, de los que hoy abundan mucho en los campos, por fermentación lógica de antiquísima levadura, casi proto histórica.

No hay que decir, por lo demás, que «los me-

diopeseteros», como ellos mismos habíanse bautizado, aplicábanse al trabajo lo menos que podían, no obstante ser á ellos á quienes exclusivamente importaba la mayor rapidez en las obras, é ir en esa rapidez envuelto el más terrible de los problemas: el de comer ó no comer. Pero ¿quién cree en los males, ínterin no se han hecho presentes con su inexorable zarpazo?

III

Manolo trabajaba entretanto como un condenado. Trabajaba material y moralmente, sin reposo posible, con un desgaste de todo su sér que habría de producirle, no tardando, depresiones espantosas. Rectificaba constantemente las obras sobre el terreno, afanoso siempre de simplificarlas y facilitar su rapidez, vigilaba los cortes, iba y venía de unas cuadrillas en otras animando á los trabajadores y extremando su bondad para con ellos, enaltecido á sus propios ojos con empresa bienhechora que tantos bienes iba á derramar entre «aquellos desgraciados»: no descansaba en una palabra ni de día ni de noche.

Y si por este anverso tenía que atender con extrema diligencia á los múltiples apremios de su benéfico proyecto, por el reverso había de salir al encuentro de la oposición tremenda que, desde el campo de «los suyos», disparábase contra aquella que ellos llamaban explosión de locura: el cruel

bloqueo de la santa, los desolados gemidos de la mística, el torvo y mudo reproche del aterrado Blas, las graves amonestaciones suplicatorias del cariñosísimo fray Carlos, y las desenfrenadas críticas, censuras y argumentaciones de Ruedita y Herrezuelo.

Con todo lo cual parecía que el pobre Manolo iba á volverse loco de veras. La excitación permanente había acabado por producirle fiebre; el no descansar traíale desasosegado y atáxico; la exaltación de la empresa, que él entendía principio de la regeneración soñada para la Tierra de Campos, elevaba su tensión espiritual hasta grados imposibles; aquella pródiga descarga, en fin, de fuerzas nerviosas impulsaba todos sus actos, cual si cerebro y médula lanzasen explosiones ininterrumpidas de dinamita. ¡Así andaba él de maltrecho y descompuesto! Cabeza y barba habíansele puesto más canosos; la piel del rostro, atezada y rugosa, parecía consumida por perpetua calentura; sobre hondas cuencas los ojos relucientes y encendidos le escandecían con brillo de ascuas é irradiaciones de iluminado: ¡alma generosa y grande que ardía á llama viva, quemada toda entera en la combustión de los espléndidos ideales, de las empresas redentoras, de las heróicas acciones!

IV

El gran balsero con sus pequeños diques de arcilla apisonada, su suelo de lo mismo y sus tres rudimentarias esclusas de tosca mampostería cogida con cemento hidráulico, quedó al fin terminado y corriente. Se bajaron las compuertas de esas esclusas, y se procedió á llenarle. Manolo calculó que se tardaría en la operación de tres á cuatro días. Montó una vigilancia muy severa con órdenes estrictas para todos los accidentes, declaró que tenía necesidad de ausentarse por veinticuatro ó cuarenta y ocho horas, y, después de dejarlo todo á su satisfacción prevenido, salió en efecto del pueblo.

¿A dónde iba? ¡Iba á entregarse de nuevo en las garras de su usurero! Las treinta y cuatro mil pesetas del préstamo último obtenido en Mauda, habíansele ido como pera podrida en esos libros de caballería hidráulica en que aquel émulo moderno de Don Quijote de hoz y de coz, cual su modelo, habíase metido; pues ésta, muy distinta de la espiritual y andante, capaz de sostenerse con un par de cebollas, cuatro migajas de queso, unos cuantos mendrugos, y tal cual sorbo de agua cristalina cogida con el hueco de la mano en las propias linfas de los frescos manantiales, necesitaba para alimentarse, muy en armonía con el carácter mate-

rialista de toda empresa coetánea, de combustible monetario en abundancia.

Y no ya las susodichas treinta y cuatro mil pesetas, sino la taleguilla y media de fray Carlos, y aun una mediana hucha de la lechucita á fuerza de ingenio sonsacada, quedaban consumidas: con lo que la necesidad de reforzar el nuevo préstamo había subido para él de punto. Toda la fincabilidad libre de su padre quedó copada en la indispensable garantía, y hasta la escritura de la Dehesilla en son de resguardo moral y á trasmano de las dos señoras fué á parar á la carpeta del Harpagón maudense, para poder elevar la suma recibida á diez mil duros.

Apenas ultimada la operación, con gran pena del abuelo Juan, que veía irremediable la ruina próxima de su Manolo, dió la vuelta á Valdecastro, apretado por la urgentísima necesidad de su presencia en el pueblo hasta dejar lleno y corriente el balsero.

—¿Qué hay?—preguntó impaciente á Quico, mientras se desmontaba de su tordillo en el corralón de la casa solariega.

—No sé, no sé, señorito; pero creo que los del balsero han hecho una barbaridad!

Toda la sangre se le arrebató á la cabeza al asendereado Manolo, siempre salteado por las contrariedades.

—Entonces—exclamó muy alterado y acompañando la acción á la palabra—vuelvo á montar y allá me voy derecho.

Salió disparado. La tarde estaba acabando, y lanzó la jaca á la carrera. Cuando llegó al balsero, se le encontró cuasi seco, pero con claras señales de haberse encontrado cuasi lleno.

—¿Qué habéis hecho!—preguntó anhelante y descompuesto á tres ó cuatro obreros que contemplaban, desocupados, el espectáculo.

—¡Toma! regar. Mire.—Y el que dió la respuesta señalaba con el dedo hacia las tierras sembradas.

Manolo tornó en dicha dirección la mirada, y se halló, en efecto, con una perspectiva extraña. La mayor parte de aquellas tierras estaban encharcadas, dando en las lontananzas difusas del crepúsculo la impresión de un paisaje valenciano lleno de arrozales. Las últimas luces de la tarde arrancaban á los desperdigados charcales brillos y reflejos fugaces que en algunos instantes producían la impresión de un inmenso lago tendido en aquella llanura sin límites. No hay palabras con que pintar el terror y anonadamiento que se apoderaron del recién llegado ante aquel cuadro insólito.

Hincó frenético las espuelas en el jadeante tordillo, y se lanzó escapado á recorrer toda el área del balsero, cuyas obras sospechó en su arrebato deshechas. Por fortuna, todo lo halló intacto. Se apeó luego de la jaca, y examinó cuidadosamente las esclusas y compuertas. Tampoco mostraban desperfecto alguno, fuera de hallarse las últimas mal cerradas y con señales de haber sido torpe y

violentamente alzadas ó abiertas. El agua del regato comenzaba á embalsarse de nuevo, y á simple vista se advertía el subir de su nivel con rapidez relativa, prueba de que aquella fábrica de su laboriosa industria regía perfectamente.

Tranquilo al fin por aquel lado, y en lo más principal, volvió á reunirse con el pequeño grupo que antes le recibiera, único con quien se había topado, sin duda porque el atardecer echara á los demás en demanda de sus casas.

—Pero vamos á ver ¿qué ha pasado aquí? Explicádmelo,—interrogó Manolo.

—¡Otra, Don Manolo! ¿Pues no se lo hemos dicho ya? Regar.

—¿Y quién os manda á vosotros propasaros á acción tan grave, sin estar yo presente, sin estar siquiera lleno el depósito, faltando á todas mis órdenes, expuestos á haber ocurrido una sonada?

—¡Toma, toma, toma! ¿Pues no se ha hecho el balsero pa regar? ¿Y qué quería, que echásemos el agua á las tierras, cuando ya los tallos del trigo fuesen paja seca? Y aluego ¿quién sabe aónde usté se había ausentao? Magínese que s'hubiá ido tamién pa la América, y nosotros espera que te espera!

Tentado estuvo el joven, ante aquella brutalidad, de echarle el caballo encima al bárbaro, pero se contuvo, atento á obtener todas las noticias posibles del desaguisado.

En suma, que la impaciencia en los unos y la jácara en los otros pusiéronse en feliz acuerdo,

para, dando de mano á todas sus instrucciones, ensayar por sí mismos una prueba, medio en serio medio en broma, del improvisado pantano y sus efectos regantes. Alzaron de mala manera las compuertas, y por los preparados canalizos y almorrones á las tierras echaron el agua los que quisieron, sólo que con la codicia natural en el pardillo campesino, con su secular ignorancia en las complicadas mecánicas de los riegos en vasta escala, y, en fin, con el natural ardentísimo anhelo de saciar los ateridos sembrados en los beneficios del vital jugo, no se cansaron de dejar fluir la corriente, pareciéndoles todo escasa humedad hasta no ver inundados los surcos y rebosando el líquido por todas partes.

No se le ocultaron á Manolo los peligros de aquel súbito lavado de las resecas tierras, y así se lo manifestó á sus interlocutores; pero, como lo hecho ya no tenía remedio, dió la vuelta á casa en busca del necesario descanso.



XIII

DE HERODES Á PILATOS

I

Terminaba Mayo sin llegar las suspiradas lluvias. La pérdida de la cosecha era ya irremediable en todo Campos, con lo que la antigua crisis agrícola llegaba á su colmo, y la agitación agraria se presentaba en esta región con caracteres amenazadores. La gran asamblea agrícola preparada para celebrarse en Valladolid á principios de Junio en el magno teatro de Calderón hallábase en las vísperas, y prometía convertirse en un acontecimiento.

Allá se apercibía á ir nuestro Manolo, cada día más obseso por sus iluminismos de transformación agrícola; pero antes meditaba dejar arreglado un asunto íntimo que le traía muy desasosegado: el de la escritura de la Dehesilla. Antojábasele aquello una defraudación, un robo á los intereses de su mujer, y no aquietaría los latidos de su con-

ciencia hasta no declarar el hecho á Marujilla y obtener su consentimiento. Para realizar tal propósito interponíase, sin embargo, constantemente la sombra de la santa cual amenaza implacable contra el buen éxito.

Una tarde en que la señora había salido con el Padre Ortega, acabado de llegar de Mauda, Manolo entró en el gabinete de la lechucita, resuelto á provocar la explicación necesaria.

—¿Qué haces, niña mía?—manifestó con el mimo de siempre á la que tanto amaba.

—Te confieso que me siento muy contenta. En este momento termino una obra en que tenía mucho empeño, acabo de leerla entera, y, en verdad, me deja satisfecha.

El talante de la mística mostrábase, en efecto, iluminado por un rayo de luz apacible. Manolo cobró ánimos, y se alegró con toda su alma ante la alegría de su mujer.

—¡Pero dudas tú, pajarito de Dios, que por ventura á tí te deje de salir todo á maravilla?,—replicó el eterno enamorado.

—Eso es venirme á mí con lisonjas ó con bromas, y sabes que ni unas ni otras me gustan.

—Bueno, bueno, hija, no te me enfades. Porque, oye, tenemos que hablar. Necesito pedir tu venia para algunas cosillas que...

—Mira, mira, cállate ya. No me vengas agriando esta inesperada alegría que siento y distrayéndome con tus asuntos antipáticos.

—¡Mujer!...

—Déjame alguna vez tranquila el alma, Manolo. Y se me ocurre una cosa. En vez de ser tú á mí el que me dés la lata, mejor es que yo te la dé á tí. ¿No has de ser alguna vez amable conmigo?

—¡Hermosura!, (haciéndole una caricia entusiasmado), ¿qué he de ser yo contigo sino lo que tú quieras que sea? ¡Demasiado lo sabes, malísima mía!

Manolo había ya perdido los estribos, olvidándose de todo ante aquella inopinada claridad que bañaba el espíritu de la lechucita triste con tornasoles irisados de su antiguo sér de cosa alada y jubilosa: ¡arrebol pasajero que tal vez nunca volvería á gozar en su vida!

—Pues, mira, voy á leerte esta composición. ¿Quieres? Me agradará repetir su lectura. Y, si tú eres capaz de juzgar, en serio y en justicia, de mis cosas, y me das tu opinión formal respecto de la misma, me agradará más todavía. Es para *La España Católica*. Oye.

Y... ¿qué había de hacer Manolo sino entregarse á aquel deliquio, para él sabrosísimo, de semejante expansión del alma de la triste hacia su alma, absorbiéndola como se absorbe siempre el aliento dulcísimo de la mujer bien amada? No los primorosos conceptos de la poetisa, sino la voz musical, el femenino acento, las suaves miradas húmedas de ternura fueron el estro que á él le arrobó en deleite inefable, donde vibraban á la vez las chispas de los nervios y las inmateriales palpitaciones del espíritu...

Cierto que la mística se equivocó una vez más, atribuyendo aquel éxito, no á la mujer, sino á la escritora religiosa: ¡eterno engaño de las ideologías violentas, empeñadas en huir de la santa realidad, de la inviolable vida del gran Dios! Pero, en fin, ¿no es una realidad también para el alma el latido íntimo de esas efusiones puras de su sér, capaces de lanzarla hasta el cielo de lo heróico, ó de hundirla en el propio insondable abismo de la muerte? Marujilla gozó con el gozo de Manolo, cual si realmente éste hubiera consagrado con su muda admiración el triunfo de la belleza mística, no el de la hermosura femenina...

¿Qué fueron, entretanto, de las intenciones y designios con que Manolo se propuso hablar aquella tarde á su mujer? Aquel rayo luminoso de la mariposilla fundió tales cavilosidades, como el sol caliente de Mayo desvanece al nacer el relente de la noche. Y en definitiva el escrupuloso se quedó con sus escrúpulos dentro del cuerpo.

II

Pero lo que no se cumplió con su mujer, según él deseaba, cumplióse con su suegra, no obstante haberse esquivado de ella cuanto pudo.

Era la víspera de su partida á Valladolid para asistir á la asamblea agrícola. Manolo, ayudado distraidamente por su mujer, se preparaba el equipaje. Terminada la operación, salió Marujilla de

la habitación en que ambos traginaban, y á los pocos instantes Doña Presenta se coló en ella como un fantasma, quedóse clavada delante de su yerno, y manifestó con su voz agria:

—Tenemos que hablar.

—Lo que usted quiera, señora,—contestó mohino el joven, el cual se olió desde luego algo muy desagradable.

—Ahora mismo. Es preciso, porque el asunto no puede ser más grave.

—Repito que estoy á sus órdenes.

Él se sentó entonces; ella permaneció en pié, siempre con no sé qué apostura severa y acusadora.

—Necesito saber, en nombre de los intereses de mi hija, qué has hecho de la escritura de la Dehesilla.

Manolo recibió el golpe en medio del corazón. Densa palidez puso cadavérico su semblante. Pero al fin, intentando un esfuerzo supremo y llamando á sí todas sus energías viriles, se dominó, se repuso, y acudió á defenderse valientemente.

—Señora, como estimaba este asunto de una intimidad absoluta entre mi mujer y yo, á ella reservaba el darle cuenta de lo que necesario fuere. Y añado además que, si ya no lo hice, no fué por culpa mía, así como que no dejaré de cumplir con mi deber en esto como en todo.

—Digo lo que tantas veces, Manolo. Las palabras son buenas; pero ¿y los hechos?

Pronunció estas frases la santa con tan agrio

y acentuado tono de autoridad que hirió en lo vivo al acusado.

—¿Me hace usted un emplazamiento?—exclamó alterado.

—¡Manolo, Manolo, que la turbación de la conciencia se te sube á la voz!

—Pues, si yo sólo hablo aquí con la conciencia palpitándome en los labios, declaro á quien únicamente habla con el eco de los intereses y de las monedas que puede vivir tranquila. Las monedas y los intereses que puedan importarle quedarán indemnes.

Fué la santa la que sintió ahora el saetazo. Como el caballo de sangre se encabritó ante él, resolviéndose á defenderse con empuje.

—¡Basta! No nos enredemos más en vanas frases. No son éstas, como comprenderás, las que yo á buscar vengo, sino hechos, ¡hechos que nos pongan á cubierto de la ruina inminente en que nos precipitan tus pasiones y delirios insanos! He abandonado al fin tu alma rebelde, cuya salvación por madre de mis hijos y por inspiraciones de caridad cristiana mucho me importaba. Dios la hizo libre; él la redimirá, si así cuadra á sus inescrutables designios. La empresa es superior á mis fuerzas. Pero lo que no puedo ni debo abandonar á tu albedrío es el porvenir mismo material de mi pobre hija. Sacrificado á la gloria del que es dueño de todo, bien sacrificado estaría; empleado en combustible de las pasiones humanas, he de reclamarlo con toda razón y todo derecho.

—Ya ve usted que la he oído sin pestañear. ¿Cuál es su propósito?

—Legalizar en un documento el pleno dominio de todos los bienes que á mi hija pertenecen, con el fin de ponerlos á cubierto de las contingencias que á su marido, no por desgracia, sino por voluntad, rodean.

—No discuto sus juicios. Me basta con atender á su voluntad en un asunto que mi delicadeza no puede escatimar de ningún modo. Se hará todo eso que usted dice.

—Y yo manifiesto sin ambajes que celebro tu asentimiento.

—Perfectamente. Pero ¿usted sabe que salgo mañana mismo para Valladolid, y que tengo el compromiso cerrado de hacerlo?

—Tampoco disimulo que, por muchas razones, lo siento. Pero, si no se puede remediar, ¡sea! Entonces mis deberes de madre me imponen la obligación ineludible de exigir que, en cuanto de vuelta te halles, el documento se puntualice con todas las formalidades y actos necesarios.

—Declaro por mi parte, que me doy por notificado.

La exigencia de la santa y la contestación del iluminado fueron dichas con tal acento, que más parecían reto entre Satanás y Gabriel, que emplazamiento entre próximos parientes á celebrar un contrato.

III

Al día siguiente, antes de partir para tomar el tren del mediodía en Rioseco, Manolo dió una última vuelta por la casa de su padre. Blas habíase puesto peor, y él le encontró tan malo que le obligó á meterse en cama, haciendo llamar al médico inmediatamente.

—¡No se cuida usted como debe, se lo tengo dicho, y con ello me acarrea nuevas complicaciones! Eso no es más que abandono. Con un par de días de cama, desaparecerá al punto: ha de verlo.

Y le animaba, y cuidaba con cuidados verdaderamente filiales. El otro, que apenas podía hablar por la tormentosa tos que le abrumaba, comíale con la mirada de los febriles ojos: ¡una mirada hambrienta, de amor profundo, de cuidado receloso, de no sé qué desesperación por impotencia de algo que se desea y no se alcanza!

Mientras el joven daba por allí á Quico y Rupa sus últimas órdenes, vino el médico, recetó una poción calmante, se reaccionó el enfermo, y cuando Manolo fué á despedirse de él acompañado del rubio que, estando en casa no le dejaba á sol ni á sombra, le halló con mayor animación y fuerzas.

—¡Vaya, hasta la vuelta, dentro de tres ó cuatro

días! Con la advertencia de que, después, no le dejo ya de la mano, hasta que se eche un remiendo bien pespunteado para mucho tiempo.

—¿Velá, palino, que me va uzté á taé pala mí uno jubete mú pechoso, y pa l'abolito una melisina que le pona güeno?—alegó el de los blondos rizos.

—¡Eso es! ¿Y velá uzté, Don Picalías, que va uzté á cuidar mucho á su abolito, no metiendo ruido ni dando guerra á zu mamá?—retrucó el «palino», imitando cómicamente la personalísima ortología del angelote.

Blas seguía posando sobre Manolo, ahora quizás más que antes, su mirada honda, celosa, preñada de cuidado y de ternura. Por fin murmuró con la voz queda y opaca de la debilidad.

—¡Por Dios, Don Manolo, no se meta en Valladolid en más líos! También yo le digo que, en cuanto vuelva, no hemos de parar hasta limpiarnos de los que hoy nos envuelven, que no será poco hacer. Tengo esperanzas. Y por lo que á mí toca, descuide que me pondré bueno. Sé la obligación en que estoy de hacerlo, ó para librarle de las uñas de quien yo me sé, ó, si no puedo, ¡para...

Un golpe de tos profunda cortó la frase final que venía acentuada por relámpago siniestro, súbito, encendido en aquellos ojos que parecían mirar desde honduras insondables al pensamiento humano. Manolo sintió ante la luz sombría de aquel relámpago invencible escalofrío, como descono-

cido terror surgido de los abismos más negros del alma.

Bajo aquella impresión fuertemente ingrata abandonó la alcoba del enfermo, dió el último beso y el último abrazo á Manolín, hizo las recomendaciones finales á Rupa y Quico, y salió para ponerse en camino hacia Rioseco y Valladolid, después de acariciar también á su única Marujilla.



XIV

¡CRUCIFICADLE! ¡CRUCIFICADLE!

I

Cuando llegó Manolo á la fonda del Carmen, rebosaba gente, y todo Rioseco ofrecía aspecto de inusitado movimiento. La afluencia de forasteros procedentes de los pueblos y distritos comarcanos, desde Villalón hasta Mayorga y desde Mauda hasta Benavente, era extraordinaria, y pululaba por las calles, plazas y paseos de la ciudad del Sequillo, formando animadísimos corros en que siempre se discutía con energía y calor desusados. Por lo enorme de la concurrencia parecía día de feria, y por la atmósfera ardiente que moralmente se respiraba, víspera de sedición ó motín campesino: una resurrección de aquellos memorables huracanes que produjeron en esos mis-

mos sitios el levantamiento, inmortal por lo caballeresco, insignificante por lo falto de base moral, de las Comunidades.

Aquellas legiones rurales, hostigadas por la tremenda crisis de los campos, levantiscas y ceñudas, disponíanse también como Manolo á trasladarse á Valladolid, con objeto de asistir á la manifestación agraria allí suscitada. Pero antes los de la región querían entenderse en Rioseco y «adoptar temperamentos».

—Ya está aquí Bermejo,—exclamaron varios conocidos al verle apearse en la susodicha fonda del Carmen.

Hubo los saludos de ordenanza.

—¿Con que ya sabrá que nos reunimos dentro de media hora en el teatro, antes de caminarnos para Valladolid?,—manifestó uno, dirigiéndose á Manolo.

—Nada sabía. ¿Y cuál es la causa?

—¡Figúrese, hombre! Ponernos de acuerdo é ir todos unidos para pedir lo que se debe pedir, ó hacer una que sea sonada.

—No me parece mal. Pero ¿no será esto adelantar los sucesos, realizando en Rioseco lo que parecía convenido realizar en Valladolid?

—Entonces usted no sabe que lo que en Valladolid se busca por muchos de los que allí mangonean y dirigen el cotarro es poner á los labradores al servicio de un caballero particular, para que éste se empine sobre todos, y pegar luego el puntapié á la escalera.

—Tan me sospecho todo eso, que no por otro motivo y para oponerme á semejante supercheria con todas mis fuerzas, voy á Valladolid.

—Pues estamos de acuerdo.

—Sí lo estaremos, pero advirtiéndole por mi parte que yo tan poco me fío de los de Rioseco como de los de Valladolid.

Los del corro se echaron á reir con risa benévola que aceptaba la observación. (El rural de Campos, muy parecido en esto al vascongado, es capaz de dudar de su propia sombra, de modo que entre ellos el más receloso y escéptico es el que mayor éxito alcanza siempre: ¡paradoja de la psicología popular creando la mística y el fanatismo religioso, exacerbaciones de la fe, sobre los espíritus más terriblemente críticos y desconfiados que cabe imaginar!) Uno de ellos acotó:

—A todo hay quien gane.

—¿De modo que usted no asiste á la reunión proyectada?,—arguyó otro.

—¡Eso sí! ¿No he de asistir? Me conviene observar cómo desde el principio se enreda la madeja, para tener todos los hilos en la mano.

—Pues, entonces, vamos andando. La hora se acerca.

Y en efecto, aquel primer ensayo disgustó profundamente á la mayoría de los campesinos, quienes, como siempre, disgustados y todo, no acertaron ni á manifestar ni á defender sus verdaderas aspiraciones. Es evidente que éstas eran profundamente revolucionarias y aun demoledoras,

siendo el grito dominante «¡no pagar las contribuciones!» con plena conciencia del terrible vuelco que «para todo lo existente» aquello significaba; pero los listos y los estrechos de mollera se aprovechaban de aquellas mismas inseguras exageraciones para arrimar el ascua á su sardina y hacer triunfar los intereses particulares. ¡Quién duda que si un partido nacional—ni expoliador ni ideológico—hubiera sabido recoger el alma sana, aunque inconsciente, de aquella memorable agitación agraria, alumbrarla y enderezarla, la vida española llevara hoy rumbos bien diversos de ascensión hacia la cumbre, en vez de ir rodando de cabeza hacia el abismo! Aunque también es no menos evidente que las clase medias españolas (esas clases que en toda Europa dirigen la admirable evolución de la civilización contemporánea) no se hallan educadas, ni por herencia intelectual, ni por labor presente, para otras empresas que la de un caciquismo á lo chino en las provincias, y una cultura leguleya y bizantina en Madrid... (*Vide «El Maudense», Cuad. cit.*)

En resumen, en aquella especie de reunión previa de labradores campesinos, presentáronse aspirando al predominio dos criterios: el de Don Octavio de la Gándara, rico y popular harinero riosecano, el cual quería aunar una enérgica reforma arancelaria radicalmente proteccionista con cambios políticos no menos radicales; y el sostenido por Don Félix Rico, de Mauda, y Don Pedro García, de Tiedra, con tendencias francamente ga-

macistas. Y como ninguno de ellos logró sobreponerse, ni siquiera arrancar unánime y entusiasta adhesión en la asamblea, antes muy al contrario, á Valladolid se fueron todos sin lograr, como siempre, unirse y acordarse para un común esfuerzo: ¡eterno pecado de la gente celtíbera en cuyo organismo moral parece absoluta la ausencia de tejido conectivo, capaz de enlazar, sumar y redoblar fuerzas, engendrando otros organismos superiores, aptos para las grandes empresas de la vida! Ni es otro el flanco indefenso por donde la han acometido, expugnándola ó postrándola, todas sus flaquezas pasadas y presentes, y es de creer la acometerán asimismo las futuras. (*V. ut supra*).

Manolo se limitó á callar y observar.

II

Notable era también la agitación en Valladolid, cuando llegó Manolo. Las esclavinas, las capas pardas, los sombrerones, los semblantes atezados que denuncian á los terrícolas todo lo invadían, lo llenaban todo: fondas, posadas, casas particulares, la Acera, la Plaza Mayor, los sitios céntricos, los cafés y los casinos. A cada momento llegaban nuevos refuerzos de la ola agrícola, y comisiones y prohombres de las provincias de Palencia, Segovia, Avila, Salamanca, Zamora... con otras de los distritos inmediatos de Peñafiel, Olmedo, Medina, La Nava y demás centros importantes del labran-

tío vallisoletano. El son en que todos venían era notoriamente el de fronda y sedición, con señales de sufrimiento heróicamente reprimido durante mucho tiempo pero que ya no quiere contenerse más y se halla próximo á estallar en explosión formidable: tanto que los republicanos andaban frotándose las manos de contento, y muy mohinos en cambio y hasta asustados los primitivos promovedores con vistas exclusivas á darles un disgusto á Sagasta y Cánovas, sin salir, por supuesto, de Cánovas y Sagasta.

La «comisión organizadora» no se daba punto de reposo á arreglar el teatro, recibir las comisiones, encauzar el movimiento, expedir telegramas, preparar la presidencia, determinar los oradores con el orden de su presentación, y disponer, en fin, el cúmulo de detalles que son en estas complicadas empresas precisos para el mejor lucimiento y gobierno de las mismas, aun contando con el irremediable poder é influjo de lo imprevisto.

Manolo se dedicó ante todo á escudriñar y observar, descubriendo sin grande esfuerzo la labor encontrada de los que aspiraban á predominar en la asamblea, principalmente los republicanos para acometer su soñada revolución, los gamacistas para alzarse con el santo y la limosna dentro del fusionismo, y los harineros y trigueros para apretar en el arancel el monopolio de sus pingües especulaciones.

En honor de la verdad á él nadie le hacía gran

caso. Sobradamente conocido por sus propagandas y escritos y también por la familia á que pertenecía, todos le tenían por un «chiflado», cándido é inofensivo sermoneador de imposibles ó ridículas utopias agrícolas.

—¡Mira, ese es Bermejo!,—solían decir cerca de él, cuando pasaba entre los corros de chaquetas pardas.

—¿El de los riegos, granjas y cotos redondos?

—El mismo.

—¡Pobre hombre! Y es guapo muchacho. He oido decir que se ha arruinado por completo con sus ensayos y reformas en la labranza.

—Ya lo creo. ¡Y un buen capital que ha destrozado el sandio! ¿Quién le pillara, eh, para arroparse con él en un año como éste y hasta dejarse de labranzas y miserias?

—¡Si cuentan que su suegra es muy rica!

—Y también que le ha dado el canuto para librarse de sus sablazos regeneradores.

Los comentarios sobre el pellejo del valdecastreño solían acabar así en risas y chirigotas.

III

Cansado de husmear y correr, se retiró nuestro héroe á la fonda, cuando ya obscurecía, atraído también por las necesidades del yantar, no satis-

fechas. Iba á entrar en el portal, y se encontró de manos á boca con el insigne Ruedita que salía, acompañado de otro caballero.

—¡Gracias á Dios,—exclamó con alegría el pedagogo,—que le echo la vista encima! De buscarle veníamos.

Se saludaron con mucho afecto.

—Tengo el gusto de presentarle—prosiguió Ruedita señalando al desconocido—á mi querido amigo é ilustradísimo compañero, Don Eugenio Monreal, decano de los profesores públicos de instrucción primaria en Béjar, perito agrónomo, director del periódico semanal *El Ferrocarril*, corresponsal de algunas revistas agrícolas y autor de varias obras. Es persona de mucho prestigio é instrucción, y me ha manifestado deseos vehementes de ser presentado á usted, por quien, sin conocerle, siente extraordinarias simpatías á causa de sus ideas, empresas y publicaciones, de que se halla muy enterado.

A tan fastuosa presentación siguieron los cumplimientos naturales, invitándoles Manolo á ambos para que subieran y le acompañasen en la comida. El resultado fué que quedaron emplazados para verse una hora después en el Círculo de Calderón.

Era el Don Eugenio tipo realmente distinguido, de unos cincuenta años, con aires de posición desahogada, alto, delgado, la barba muy cana y bien cortada en punta, la fisonomía inteligente y expresiva. Vestía de levita, nada mal trajeada,

y copalta, y, por afición y como director del supradicho periódico bejarano, era uno de los nominalmente inscritos para la asamblea agrícola, á cuya celebración había venido exclusivamente desde la ciudad de los paños militares. Tocante á su pintura moral bastará decir que era un Manolo bis, igualmente que él iluminado con la obsesión de una regeneración de la patria por la transformación del suelo y de la raza: de donde sus espontáneas simpatías hacia el valdecastreño.

Reunidos los tres en el círculo á la hora convenida y en derredor de las obligadas tazas de café, pronto aquellas simpatías se hicieron efectivas.

—Tiene usted mucha razón,—declaraba el bejarano.—Mientras «el país» no cambie de rumbo, en vez de leguleyos y políticos no dé agricultores ilustrados é industriales, y en lugar de pronunciamientos monárquicos ó republicanos no produzca una verdadera revolución social que vuelva del revés nuestra manera de ser y de vivir..., excusado es pensar aquí en salvación ni cura de ningún mal. Antes iremos cada vez peor hasta desaparecer quizás como pueblo civilizado.

Ruedita miraba con los ojos chispeantes á Manolo, como diciéndole: «¡éste es de los nuestros!»

—Reproduce usted con maravillosa exactitud mis ideas, amigo Monreal,—se apresuró á corroborar el ex-administrativo con satisfacción evidente.—Y nada de lo que usted afirma es utopia ó pesimismo ilusorio, según creen ó aparentan creer los imbéciles Pandgloss que con brutal y

egoista indiferencia conducen á este pueblo al abismo como res al matadero.

—¡Qué ha de serlo, por desgracia, señor Bermejo!

—Ahí tienen las lecciones de la Historia con ejemplos materiales y vivos: los muchos pueblos de Oriente, que ayer fueron poderosos Estados, y hoy son tribus bárbaras ó esclavas; Turquía, que se desmorona por atávica incompatibilidad con la modernísima civilización europea; Grecia, débil siempre é indisciplinada por la depresión de tantos siglos de servidumbre material y espiritual, no obstante su gloriosísimo pasado; Polonia, descuartizada casi á nuestra vista, gracias á sus eternas discordias y humor díscolo, á pesar de haber sido tantas veces escudo de Europa contra las invasiones asiáticas...

—Exacto, cien veces exacto, amigo mío. ¡Y que luego nos vengan los que se las tiran de pasarse de listos con el estúpido sonsonete de que los pueblos nunca mueren!

—Frases hechas, señor Monreal, inconscientemente usadas, y tras las que se esconde siempre ó la imbecilidad ó el egoismo.

—La verdad es que en boca de muchos á mí la antes citada me suena á estotra: «¡dejadme ahora gozar, y tras de mí, el diluvio!»

Los dos palimgenistas se enardecían con la identidad maravillosa de sus opiniones que formaban enseguida cúmulo, y Ruedita se sentía encantado de ver dialogar á quellos dos «colosos.»

¡Las cosas que él aprendía, María Santísima, en aquel relampagueo de ideas revolucionarias, y el tumulto y chisporroteo que movían en su cabeza!

—Por todas estas razones,—continuó Manolo,—tengo resuelto empeño en oponerme con todas mis fuerzas á que se extravíe y desnaturalice esta agitación agraria en la asamblea de mañana. Y, si se empeñan, ¡han de oirme!

—Patriótico propósito el suyo. Y la ocasión es calva: ó ahora ó nunca. ¿Cuándo volverá este país á removerse en un levantamiento tan hermoso, tan espontáneo y tan bien sentido?

—Eso pienso yo. Y hasta es posible que nos hallemos en frente de una postrera palpitación de vida del pueblo castellano, pasada la cual sin provecho, como una suprema *occasio preceps* descuidada por el médico, venga tal vez la postración final, de la cual ya no puedan despertarle sus explotadores, aunque ardientemente lo deseen y necesiten.

—Por eso, en mi sentir, es más terrible la responsabilidad de los insensatos que procuran enderezar este salvador movimiento hacia las miserables conveniencias de sus intereses.

—Muy cierto. Hay que alentar, por tanto, alguna esperanza,—alegó Manolo con el bello rostro radiante de generosidad y bondadosos impulsos.

—No le ocultaré, sin embargo—replicó Monreal tristemente—que por mi parte y según los antecedentes que hasta mí han llegado, no abrigo esa

esperanza. ¡Me parece que la farsa está ya urdida!

Poco después los tres amigos se separaban, no sin jurarse con verdadera efusión una amistad eterna el de Béjar y el de Valdecastro.

IV

El hermoso teatro de Calderón aparecía rehenchido por enorme multitud, en cuyo fondo dominaban los tonos grises de la terraza campesina, sobre los cuales y en los primeros términos de plateas y palcos principales destacábanse manchas de color finas y animadas, puestas allí por la gente urbana que va á todas partes á divertir su espíritu y ostentar sus elegancias, entre ella grupos de damas hermosas y hermosamente prendidas. El escenario estaba totalmente lleno por la mesa presidencial, las de la prensa y numerosas comisiones, todo ello bajo una decoración conveniente, bien entonada con trofeos y panoplias alusivos al acto.

Los preliminares y discursos que pudieramos llamar «comisionales» (¡ !) fueron largos y engorrosos. Se advertía en el concurso agrario una nota extraña: ¡cierto evidente encogimiento que había sucedido al humor rudo y belicoso que traía de sus aldeas! ¿En qué consistía aquello? Indudablemente *aquel no era su medio*. Los hombres de la tierra se sentían allí desterrados, expatriados,

fuera de su mundo, y aquellas luces brillantes, aquellos esplendores teatrales, la pintura fantástica del espectáculo tan ajena al sentimiento realista de la naturaleza con quien convivían, debilitábanles el sentido y enflaquecíanles la voluntad con trastorno de todo su sér, hasta hacerles perder el sentimiento vivo de sus necesidades y aspiraciones. ¿Dónde estaban? ¿Qué había detrás de todo aquello? El propio espíritu receloso y crítico del campesino castellano contribuía á aumentarle la desconfianza, y, con la desconfianza, la frialdad y el quietismo.

Otra de las notas salientes de la asamblea, muy comentada por cierto, consistía en la ausencia de las grandes figuras que habían promovido en toda España aquel levantamiento agrario. ¡Se conoce que, convenientemente enteradas del humor desapacible y frondista con que *los tíos* venían á Valladolid desde sus aldeas, habíanse escamado, perdieron «la confianza en la cuadrilla», y se llamaron andana!: estrategia de las grandes retiradas. Sustituyéndolas, en son de leudes fidelísimos y avanzados centinelas, veíanse en las plateas del proscenio á sus lugar-tenientes, recelosos, retraídos y ojo avizor. ¡Nada, que los inoportunos ladridos de los perros habían espantado á los lobos, pero sin el menor daño, alejándoles nada más para ponerse al acecho y á la primer ocasión volver á apoderarse del ganado!...

Metidos en harina los oradores, siempre con la frialdad del concurso, el tono agudo, patriótico y

radicalesco salió de los labios de un representante de Zamora, y el tono grave, gamacista y velado, de los de un diputado provincial vallisoletano. Algunos otros perorantes de menor cuantía se encargaron de dar el tono llano, cómico y... hasta bufo.

En aquel momento los exaltados nervios de Manolo hicieron explosión, y pidió la palabra, adelantándose en el escenario hacia el público que no le hizo gran caso, ya por tratarse de uno del montón (ni cacique, ni diputado, ni chico de la prensa, ni representante siquiera de ninguna alta jerarquía oficial), ya por comenzar á sentirse aburrido con la interminable lata de aquella lluvia menuda de discursos cenagosos y barrizos.

—Dispensadme (comenzó el filo-agrícola), si os canso con un discurso más, el peor de todos por los defectos naturales en quien no es hombre de letras. La conciencia, sin embargo, me dicta la obligación de salir aquí, el único, á la defensa de los verdaderos intereses agrícolas.

Rumores. Una voz: «¿Acaso los demás no la hemos defendido?»

—¡No, cien veces no! Aquí lo que se ha hecho es quitar el pistón al arma que debiera manejar esta asamblea, y sustituir luego los maldecidos intereses de los bandos políticos á los nacionales intereses de la agricultura.

Explosión de más acentuados rumores. Se promueve la expectación de la asamblea. Una voz: «¡Siempre será ese un carlista embolado!»

—Aunque fuera moro Muza, aquí no debo ser, y no soy, más que agricultor. Y como tal pregunto, ¿quién ha expresado, dónde se encuentran consignadas, nuestras aspiraciones? ¿Es que queremos la república? ¡Eso á nosotros no nos importa!

Estallido de voces furiosas: «¡fuera, fuera! ¡Eso no es verdad!»—Otras voces: «¡aquí no se puede hablar de república! Es ilegal, y nosotros obramos al amparo de la legalidad.»

—Por cima de todo género de interrupciones he de declarar mi pensamiento. ¿Si la república no, nos importa que determinada bandería monárquica se ponga por encima ó por debajo de otra rival suya? ¡Tampoco! ¡Todos los políticos al uso, todos, son nuestros enemigos!

Nueva explosión de rumores. Republicanos y gamacistas se unen contra el osado, adversario común de todos. Vuelven á sonar las voces de «¡fuera! ¡fuera!»

—¿Es que, si los verdaderos agricultores no traemos aquí ningún interés de caciques, traemos en cambio banderas antisociales é imposibles, como la de negarnos á pagar las contribuciones debidas? ¡Menos aún! Nosotros queremos pagar cuantas cargas sean legítimas, pero...

El vocerío que cortó en seco la voz del orador fué espantoso. En aquel punto quedaron contra él unidos gamacistas, republicanos é independientes, cuyo único grito, como hemos dicho, era el de no pagar las contribuciones. Así es que la

asamblea en pleno se le vino encima, increpándole, motejándole, silbándole, haciéndole víctima de la más fenomenal pateadura.

—¡Yo explicaré!... ¡Yo diré!...—se mediooía gritar al pobre Manolo enmedio del ensordecedor estruendo que reinaba en el teatro.

—¡Fuera! ¡fuera! ¡Que se vaya!,—gritaba la multitud, poco menos que si clamase «¡Crucificadle, crucificadle!»

Aumentaba el ruído y el tumulto.

—Contra los que no me entienden,—voceaba desesperado y fuera de sí Manolo,—diré la verdad. La agricultura castellana lo que necesita es, no la política de los leguleyos y los vividores, sino la política hidráulica... los riegos... el cultivo intensivo...

Apenas se oyeron en el fondo de aquella batahola sino las últimas frases sueltas y desperdigadas... «¡Política hidráulica!, ¡riegos!, ¡cultivo intensivo!» Como si dijéramos: «¡ya pareció el loco!»

Aquello aumentó la tempestuosa algazara, y fué causa de que se añadieran á la violenta repulsa las chacotas, risotadas, burlas y epigramas sangrientos del popular alborotado.

—¡Dejarle, dejarle! ¡Está *guillé!*,—gritaban muchos que le conocían.

—¡Que se retire! ¡que se vaya á rezar!,—clamaban otros.

—¡A rezar no; á buscar pozos artesianos, en las tierras que no son suyas!

—¡Anda, cuéntale esta á la santa de tu suegra!

Aquellas voces salían no se sabe de dónde: del fondo anónimo, de la muchedumbre indistinta, de la gran masa borrosa de aquella asamblea parda y terrícola. Pero se conoce que sus orígenes se acercaban más cada vez al Cristo allí crucificado. Por último el presidente, después de dar muchos campànillazos no con desusado vigor, pudo intervenir, y manifestó, como quien cumple, por cumplir, un deber ineludible:

—Señores: ruego á los dignos miembros de la asamblea respeten la libertad del orador en la emisión de sus opiniones, y á éste á su vez que no ataque los naturales y más caros sentimientos de la concurrencia.

¡Fué el *inri* añadido á la crucifixión del redentor agrícola de Valdecastro, ese Nazareth de la tierra de Campos, según dijo luego Ruedita en su exaltación defensora del burlado, azotado y crucificado en aquella tarde memorable! Aplausos entusiastas respondieron á aquella última cruel lanzada de la presidencia. Y Manolo no quiso oir más ni porfiar más. Murmuró no se sabe qué en medio de aquel estruendo, hizo una doble reverencia hacia dicha presidencia y hacia el público, á modo de gladiador romano condenado á morir en el circo por el populacho, y se retiró pálido, mortal, convulso.

Momentos después la presidencia anunciaba que se iba á dar á la asamblea lectura de las conclusiones formuladas por la mesa como síntesis y expresión de «aquel acto grandioso». La última

de dichas conclusiones, la que encerraba la parte positiva derivada de las anteriores, que sólo eran en rigor premisas, decía de este modo:

«Y pedimos, en fin, como única fórmula capaz de salvar de una ruina inminente la vida ya exhausta de esta sufrida región castellana, núcleo de la patria, que los derechos que el actual arancel tiene marcados para los trigos de procedencia extranjera á su importación se eleven en diez pesetas por hectólitro.»

—¿Se aprueban?,—manifestó el presidente, dirigiéndose á la concurrencia.

—¡Sí!... Sí! ..—se oyó contestar aquí y allá en varios coros regularmente nutridos, aunque sin vigor ni entusiasmo.

Entonces se produjo entre el numeroso concurso que llenaba el escenario agitación desusada. Alguien pugnaba por destacarse de su seno. Por fin se desprendió uno, avanzó resuelto hacia la asamblea, y sin pedir la palabra y sorprendiendo con su acción á todos, gritó con voz terrible, vibrante, verdaderamente solemne:

—¡Pues no, no y no! Si no hay aquí quien proteste, yo sólo, aunque me ultrajéis, me silbéis y me lancéis de vosotros, protestaré contra esa mistificación. Ya lo estáis viendo: de una gran cuestión nacional, simpática, vitalísima, que traíais aquí, la cuestión de la vida de los campos, han hecho una menuda cuestión regionalista, antipática, de intereses particulares: ¡la cuestión de los

trigueros! Labradores castellanos, ¡estáis perdidos para siempre!

¡Fueron las últimas siete palabras del Cristo de Valdecastro!

V

Cuando Manolo se retiró deshecho, sangrando, coronado de espinas, á la fonda, donde pensaba aislarse para descansar sumergido en su dolor, los amigos afectuosos, que algunos le quedaban todavía al nazareno aun después de su muerte, acudieron para consolarle y ungir con el bálsamo de la caridad las crueles llagas, heridas y punzadas que había recibido. Los primeros en llegar fueron Monreal y Ruedita. Este se arrojó en sus brazos, y con voz emocionadísima, casi hiposa por los conatos del llanto, exclamó:

—¡Manolo, Manolo, desprecie usted á esos miserables, que no saben lo que se hacen, y muéstrese con su grandeza de alma superior á todo!

—¡Vamos, vamos,—intervino Monreal también con grave emoción y apretando las manos del ultrajado,—lo cierto es que el éxito final de la asamblea ha sido innegablemente de Manolo! Así lo reconocen todos los hombres independientes. ¡Bien y noblemente se vengó usted de las villanamente toleradas é inconscientes descortesías de los imbéciles y fanáticos!

Manolo expresó su agradecimiento por aque-

llas pruebas cariñosísimas de leal amistad, y añadió:

—Crean ustedes que nada de eso me duele para ni siquiera recordarlo: lo que al alma me llega es el fracaso desastrosísimo de tan hermoso movimiento del pueblo agrícola. Porque ya, ¿á qué resorte apelar para salvar á esta nación sin ventura? ¿Y qué se hará cuando venga la depresión inevitable, la muerte de la fe, la resignación á morir sin esperanza y sin voluntad siquiera de movimiento ni defensa?

El semblante de Manolo, contraído por el sufrimiento, parecía como iluminado por no sé qué luz profética y siniestra.

En aquel momento penetró en la estancia Herrezuelo seguido por unos cuantos antiguos bermejistas de Valdecastro. Abrazó también con verdadera ternura á Manolo, y dijo:

—¡Cuánto me has hecho sufrir, muchacho! Primero, porque eras tú quien no llevaba razón al principio, después porque eran los otros brutos los que no la tenían, y siempre por ser vos quien sois.

Volvió á abrazarle, animándole á no hacer caso de nada, cuando exclamó Ruedita:

—Pero ¿y el final? ¿Qué me dice usted del final?

—A eso iba. Pues digo que ha valido por todo. ¡Allí, allí fuiste tú el hijo de Ildefonso! ¡Si tu padre te hubiese visto! Porque (dirigiéndose á los demás circunstantes) convendrán ustedes conmigo en que la asamblea ha resultado un buñuelo, y

que nuestros paisanos, como siempre, se han dejado comer la partida. ¡Qué pillería en un lado! ¡Qué bruticie en el otro! ¿Os convencéis ahora por qué digo yo que la república tiene que venir aquí con una dictadura que no se harte de pegar palos? ¿Y te convences tú, bobalicón, pobre hombre (encarándose con Manolo), de lo tonto que es sacrificarse ni tomarse siquiera la menor molestia por estos tíos brutos que ni lo agradecen ni lo pagan!...

Poco después se retiraban todos, dejando solo al joven Bermejo para que se entregase al descanso. Pero en el acto sonaron unos golpecitos en la puerta del cuarto y una voz femenina que por la parte de afuera decía:

—¿Se puede?

—Adelante.

Era la doncella pizpireta y alegre que traía una carta en la mano.

—Carta para usté, Don Manolo,—manifestó entregándosela.—En este momento acaba de traerla el cartero.

Conoció la letra al momento, y, apenas volvió á quedarse solo, rompió el sobre y leyó con avidez:

«Querido Manolo:

Como dijiste que te ausentabas por dos ó tres días, y van ya pasados cinco, tengo que manifestarte con sentimiento que no podemos esperarte más. Sabes que teníamos hecho voto de ir á

Lourdes en la peregrinación española de este año, y el director ha avisado ayer á mamá que pasado mañana se organiza definitivamente en Madrid y parte el mismo día.

Comprendes, pues, que no podemos dilatar nuestra marcha, si hemos de llegar á tiempo, aunque ya en los últimos instantes. Estaremos allá muy pocos días, y madre me exige te manifieste que á la vuelta se arreglará «aquello». Tú sabrás lo que es.

Siente mucho no despedirse de tí personalmente tu mujer, que de veras te quiere y tanto pide á Dios por tí,

MARUJA.

Valdecastro y Junio 11 de 189...

Manolo se quedó largo rato mirando, mirando, aquellos renglones, cual si quisiera con milagrosa sugestión animarlos y decirles algo. ¡Sabe Dios qué! Y entretanto su semblante íbase quedando pálido, muy pálido, la sangre retropulsada al corazón, la mirada indecisa, nubes en los ojos, contracciones dolorosas en todos los músculos, respiración suspendida...

Al día siguiente en el tren riosecano de las nueve de la mañana, hurtándose al encuentro de todos los amigos, daba la vuelta á Valdecastro.

XV

PEDRO LE NIEGA

I

Llegó á su casa á media tarde, siendo recibido por una criadona de escalera abajo, único habitante que había quedado en la misma. La doncella, hija del jardinero, estaba ausente también, acompañando á sus señoritas.

Impaciente, ordenó que le trajesen aparejado su tordillo, y se lanzó al campo. Encontró á varios convecinos en las calles del pueblo, quiso dirigirse á ellos para saludarles é interrogarles, y se le hurtaron hoscos y amenazadores. Algunas mujeres remendaban los calzones de «los sus hombres» á las puertas de las terrosas casas molineras, rodeadas de enjambres de pequeñuelos que con las caras sucias y las cabezas desgreñadas jugaban

en el arroyo como lombrices de tierra. Saludólas asimismo, afable como siempre, y advirtió claro que le negaron el saludo, y aun que tras él quedaban rezongando gruñidos siniestros como estela de maldiciones. Era evidente que cuantos semblantes humanos hallaba en su camino se le volvían y maldecíanle con la apostura y la mirada. ¡Algo adverso ocurría sin duda! ¿Qué sería ello?

Cuando salió al campo, las alas del corazón se le cayeron. ¡Aquello era un yermo espantoso! Hasta las pajas y las malas yerbas parecían haber desaparecido de los surcos. Corría fin de Junio, y más parecía estarse en un Octubre sin otoñada. Había salido por los pagos del «Monte» (porque allí antaño lo hubo), sembrados aquel año, y dudaba á veces si, equivocado y trastornado, andaría por los pagos en barbecho: ¡tan borradas se hallaban por la desolación de la sequía las diferencias entre unos y otros!

Perdidas y como abandonadas en aquellas soledades yermas vió algunas cabezas de ganado caballar, asnal ó vacuno, rebuscando al azar cardos y escobajos con que roer el hambre que las devoraba. Estaban flaquísimas, huesudas más bien, y mostraban en todos los movimientos sus ansias famélicas. Según frase de los propios amos, «se las podía pasar con un alfiler»: ¡espectáculo lastimoso de extremo acabamiento y miseria!

Para dar la vuelta hacia el Pago de Abajo tenía necesidad de pasar por la Dehesilla. ¡Justicia

de Dios, cómo estaba aquello! Daban ganas de volver á llorar sobre las ruinas de Jerusalén con los trenos de Jeremías. Totalmente árido el suelo, cual si de sal hubiese sido sembrado, destacábanse con feo y esquivo relieve las muchas desolladuras producidas acá y allá por el fontanero madrileño para calicatar el terreno, á modo de otros tantos sangrientos destrozos y profundas heridas sufridas en el costado de la finca á navajazo limpio. El casquijo conglomerado y calcáreo del sub-suelo habíase superpuesto en ellas á la arcilla de la superficie, dando al conjunto perspectivas de mayor aridez y aspereza. Los muchos y costosos plantíos arbóreos secáronse por completo, convirtiendo los hermosos renuevos verdes y tiernos en otros tantos palos secos. Y como eran tantos, parecía aquello un desierto turco, dispuesto para recibir una hecatombe de empalados. ¡Y es que no hay desolación como la de una línea de árboles convertidos en cadáveres! Aquellas estacas clavadas en la tierra, ó que de la tierra salen, rígidas y secas, se antojan brazos de esqueletos surgidos de sus tumbas á señalar la hora de la muerte universal sobre el mundo. El alma de Manolo, ya predispuesta por tantas causas á los pensamientos desesperados y sombríos, se teñía de negruras insondables. ¿Qué espectáculo inexplicable era aquél? ¿Era aquello la Dehesilla, otros años por este tiempo tan verde y florecida? Soñaba que los rudos terrones, testigos de esas hermosuras pasadas, animados por la agria acusadora voz de su

suegra, levantábanse, y le decían: «¡Caín!, ¿qué has hecho de nosotros?»

Bajó un larguísimo teso, abarrancado y árido, y se encontró en el Pago de Abajo, atravesado por el regato, cuando ya obscurecía. Para llegar hasta el balsero, en el que sin duda no cesaba de pensar, había de cruzar por buena parte de los sembrados regables. Entre dos luces vislumbró que la mayoría hallábanse marchitos, y sólo algunos pocos verdegueaban lozanos; pero en verdad no pudo enterarse de detalle ninguno preciso y exacto, siquier tampoco le deparase el conjunto ninguna impresión agradable. Por último, la que le produjo el susodicho balsero acabó de hundir su contristado ánimo en la desolación más profunda. Hallábase seco, abandonado, sólo con algunos residuos de charcales en los más bajos fondos, y parecía vieja y arrumbada fábrica, inválida é inútil.

—¡Cómo!,—discurría el pensamiento del perseguido por la desgracia;—¡cómo! ¿Esto, abandonado! ¿Esto, inútil! ¿Luego no ha producido ningún efecto? ¿Luego no ha causado ningún bien?... ¡Es ya demasiado!... ¿Será entonces verdad que hay elegidos por la voluntad del mal para obreros de las grandes catástrofes?... ¡Enterémonos! ¡Enterémonos!

Y puso resueltamente la jaca al trote vivo con dirección al pueblo. Al entrar en él, descubrió á la última claridad del crepúsculo la figura de Casio que avanzaba por el final de la calle:

—¡Casio! ¡Casio!,—le llamó con afán, no exento de cariñoso afecto.

Casio volvió con disimulo la cabeza, hízose entonces el desentendido, cual si hasta él no hubiese llegado la voz de Manolo, apretó el paso bajando la cabeza, y de dos trancos desapareció tras la próxima esquina. ¡Otro que se le huía! ¿Otro? ¡Más!: uno de los suyos, de los amigos de su padre, de los que parecían indefectibles.

Fué un golpe espantoso para el mártir, obscuro blanco de desdichas, tanto que se le cayeron las bridas que con la mano regía, paróse el caballo, y él quedó aterrado, víctima de estupor indecible...

Un instante después se apeaba en el corralón de la casa de su padre.

II

Le salió á recibir el angelote rubio, abrazándole con el mimo de siempre, y en el acto notó el recién llegado el hociquín compungido que el mono ponía.

—¿Qué te ocurre, nene?

—¿Taes la melisina pa que no se mela l'abolito?

Le dió un vuelco el corazón, y miró en seguida á la caraza de Rupa,—que también había salido á recibirle,—advirtiéndola no menos compungida.

—¡Qué pasa? ¡No me lo ocultéis!

—Mi señor está mú malísimo, señorito,—contes-

tó la «giganta» llevándose la punta del delantal á los ojos enternecidos.

—¡Dios mío!,—murmuró el azotado por la muerte y pasión de la desgracia—¡Dios mío! ¿Es que para mí se va á acabar el mundo!...

Y se dirigió precipitado á la alcoba del enfermo.

Era un espectáculo miserable. El pobre Blas parecía ya un despojo de la vida, piltrafa de sí mismo deshecha por la calentura. La tos seguía haciéndole escupir los últimos alterados posos del vaso vivo. La postración y la adinamia se manifestaban profundas.

Miró á Manolo con ojos naufragados en las hondas simas de las verdinegras cuencas, le reconoció al punto, y para saludarle movió los labios; pero no le alcanzaron las fuerzas á articular voz sonora y perceptible.

En aquel momento entraba el médico, y, después de haberse saludado y explicado brevemente en frases cuchicheadas con Bermejo, procedió á un reconocimiento minucioso, explorador de los últimos síntomas ofrecidos por el progreso de la enfermedad, con el fin de «reproducir ó modificar conclusiones», que diría un hombre de leyes.

—No hay nada nuevo,—declaró en seguida á Manolo, decidiéndose, según parece, por la simple reproducción.—Esto se aproxima á su fin indudablemente, y esta exacerbación de la fiebre indica la invasión del área pulmonar por un nuevo foco de inflamación primero, de supuración después.

Pero todavía no hemos llegado al fin, fuera de algún accidente imprevisto. Lo probable es que el organismo se reaccione de este ataque, y vuelva á aletear un par de meses, hasta que una segunda, ó acaso una tercera acometida acaben con el tejido pulmonar que queda sano, con las últimas fuerzas radicales del enfermo, y, entonces, con su propia vida.

—¿De modo que?...

—En cuanto pase este acceso febril, tal vez esta misma noche, hay que atender sobre todo á levantar esas fuerzas, alimentándole con energía en la forma que tengo dispuesta, y propinándole la poción prescrita. Y nada más..., hasta mañana temprano, en que volveré para ver cómo se presenta esto...

Manolo resolvió en el acto pasar la noche velando al enfermo, el cual fué en efecto serenándose y reaccionándose, hasta el punto de que, cuando se presentó el galeno, hallábase despejadísimo, y casi sin fiebre. Tomó dos yemas con una copa de leche, y se quedó apaciblemente dormido.

Cuando despertó era el medio día, y, sintiendo relativo bienestar, preguntó en seguida por el señorito Manolo, el cual habíase retirado á descansar asimismo.

III

Se presentó á media tarde, ya dispuesto á pasar otra noche en vela, mas su alegría fué grande al hallarse con Blas reaccionadísimo y con la di-

ferencia de lo vivo á lo pintado en relación de como le encontró á su llegada. Estaba incorporado en el lecho, y se mostraba hablador y ganoso de conversación, expresándose, aunque con voz débil, con mucho despejo.

—¡Cuánto tenemos que hablar!,—manifestó á Manolo entre satisfecho y triste, apenas le echó la vista encima.

—Lo primero es que usted no se fatigue, ¡vaya!

—¡Quiá! ¡Si hablando con usted es como más descanso! ¡Vamos, que hubiera tenido que ver no haber podido!...

Y le relampaguearon los encendidos ojos.

—Siempre me está diciendo que yo soy súbito, y lo es usted más que yo cien veces.

—¡Es que no sabe lo que aquí sucede, mientras usted!...

—Eso me importa poco. Lo de siempre.

—No. ¡Lo de nunca! Porque esto es ya más que barbarismo.

—¿Por lo del balsero hablas?

—Por todo... Yo le iré enterando poco á poco.

Descansó un instante, y apretó con su cuento.

—Ya sabe la burricie de encharcar las tierras. Pues... ¡claro! se han ahogao. Por sus surcos parece que ha pasado la misma maldición de Dios... Todo quedó seco á varas... Por supuesto, para remediarlo, ¡vuelta á encharcar!... Y ahora, allí, ¡ni rastro de plantas!...

—¡Pero si se lo pronostiqué yo mismo!—interrumpió Manolo, muy contrariado y alterado.

—Falta lo mejor..., espere. El caso es que las tierras no regadas y que están entre las otras han comenzado á empinarse... y á verdeguear más y más cada día... y á ahijar... y... ¡vamos, que hoy están que da gusto!

—Se comprende (con satisfacción), y ahí tienes demostrada la virtud de la humedad que...

—¡Sí, sí! (interrumpiendo). ¿Sabe lo que dicen los brutos esos..., granujas!

—¿Pues?

—Dicen que lo que se ve claro es que el regar es peor que la peste, que usté les ha perdido con sus riegos maldecidos los pocos sembrados útiles que les quedaban, y que los que no han querido regar son los únicos salvados de esa perdición.

—¡Dios mío! pero eso es una bestialidad y una infamia!

—¡Y si fuera sólo decir!... Pero es que quieren perderle á usté, señorito, y la están tramando so nada. Don Fidel atiza por bajo cuerda, y Plaza y Villalobos mangonean la canallada.

—¡Vamos, Blas, vamos, cálmate y no empieces á ver visiones...!

—¡Ojalá! Pero ¡si ya tienen puesta la demanda, y mañana mismo creo de que le citan!... ¿Y sabe? Ayer estuvieron más de treinta ó cuarenta brutos, comprados de ocultis por Larrea, voceando en casa del alcalde, pidiendo justicia, y gritando esos marranos que, ó les pagaba usté daños y perjuicios, ó le daban una paliza y le arrastraban por las calles del pueblo...

Al llegar aquí la voz de Blas se extinguió tras una opacidad honda, colérica, ferozmente siniestra. La ira agitábale todo el cuerpo con temblor convulsivo. Se comprendía que la indignación y la rabia le ahogaban más que la falta de los pulmones. Manolo, no menos indignado que él y fuera de sí, hizo, no obstante, esfuerzo supremo para dominarse, y acudió á calmar al enfermo. Sosegados ambos, prosiguió Blas:

—¿Pero cree que es la canallada de esos brutos lo que más me saca de quicio? ¡No, no, porque hay otra canallada mayor! ¡Otra! La canallada de esos que se decían amigos nuestros, y que todo se lo deben á usté y á su padre..., Don Pí, Juan-y-Medio, el propio Casio... ¡parece mentira!... (Vuelve á alterarse con temblor convulsivo)... Todos esos granujas se han separado de usté, y no le defienden como es su obligación..., al contrario, se unen con sus enemigos para ofenderle é insultarle...

—Pero ¿en qué se fundan? ¿Qué les he hecho yo?

—Ayer mismamente eché de aquí, de mi casa, al granuja de Casio, y... ¡Dios de Dios, si yo hubiera estado bueno! ¡Le rajo!

—Pues ¡qué dice?

—Mil granujadas..., las de siempre: que se ha puesto usté de remate, que ya no se le puede defender, que todo el pueblo se ha levantado con razón en contra suya, que él bastantes sacrificios ha hecho, que no se va á poner por usté él solo contra toda la villa, á pique también de perderse!... ¡Perderse!... ¡El granuja!...

Manolo, como tornase á verle sobreexcitado, decidió cortar la conversación sin más apelación ni nuevas condescendientes prórrogas.





XVI

EL PUEBLO CONTRA JESÚS

I

Dicho y hecho. A la mañana siguiente el alguacil dejóle en casa una notificación para que compareciese ante el Juez Municipal «á responder de daños y perjuicios» á las diez «in punto» y sin falta.

Allá se fué Manolo, y halló la plaza llena de tíos en evidente alteración. Al presentarse él, los desacordados rumores cesaron de repente, y una hostilidad muda y recelosa, cien veces más amenazadora y hosca que el vocerío, acogió al emplazado. Las pardas espaldas se le volvían, y ni uno solo le obsequió con el saludo por caridad siquiera.

Entró en el Ayuntamiento, y el alguacil le invitó á que pasara á la sala del Juzgado, donde se encontró con el juez Remigio Plaza, muy serio,

conversando con el alcalde Pedro Villalobos, (después de los años mil habían vuelto las aguas por donde solían ir), no menos tieso. Un escribiente, ya talludo, de Casio se disponía á oficiar de secretario, pues el ex-amigo de los Bermejos habíase puesto «oportunamente» enfermo.

—Puede sentarse, Don Manolo,—indicó Plaza, contestando al saludo del joven.

—Por mi parte,—se apresuró á curarse en salud Villalobos,—le advierto que, si estoy aquí, es sólo como alcalde, cuidando del orden público, por si tratara de alterarse.

—Ustedes me explicarán, porque hasta ahora no entiendo una palabra, ni nadie se ha encargado de enterarme de lo que esto signifique,—alegó Bermejo, no de muy buen talante.

—Ahora mismo ha de verlo por sí propio,—manifestó Plaza, é hizo sonar una campanilleja de roñoso bronce.

Acudió el alguacil, y el juez ordenó:

—Que pasen los demandantes y demás interesados.

Y á poco el destartalado cuartucho se vió invadido y ahogado por los cuarenta ó cincuenta tiazos que en la plaza esperaban.

—La comisión, que se presente,—volvió á ordenar el juez municipal, adelantándose entonces hasta el primer término los mismos seis ó siete que fueron en su día á tratar con Manolo lo del balsero y los riegos.

—Los presentes—siguió el juez manifestando á

Bermejo—intentan celebrar acto de conciliación con Don Manuel Bermejo Ochotorena, también presente y vecino de esta villa, por cuestión de «daños y perjuicios». Que alegue uno lo que se le ofrezca y parezca (dirigiéndose á la Comisión).

Se produjo hondísimo silencio. Nadie se movía ni chistaba. Remigio Plaza pareció distraerse, rebuscando unos papeles.

Por fin se removió una chaqueta parda, dió varias vueltas al rudo sombrero, balanceó pesadamente todo el cuerpo, y se arrancó carraspeando:

—Pos nusotros... está claro lo que pidemos. ¡Velay!: daños y prejuicios... ¿No nos mandó el señor (señalando á Don Manolo) regar? Bueno... ¡pues regamos!... ¿Y no es notorio de toó el pueblo que habemos perdío talmente lo regao... quedándonos sin pan pa los hijos en un año como éste?... Bueno..., pos el señor es el responsable..., y el responsable..., ya lo sabe el señor juez..., paga los daños y prejuicios.

Calló el bárbaro, sudando materialmente á impulsos del esfuerzo para «sacar tóo aquello de su cabeza», y sordo murmullo de aprobación se levantó entre la concurrencia, para quien resultó evidentísima é inapelable la demostración del Demóstenes rural, su representante.

—Hable ahora el demandado,—ordenó Plaza.

Se levantó Manolo severo, digno, resuelto, y manifestó, imponiéndose desde luego á todos con su noble mirada y su voz entera y vibrante:

—Empiezo por no aceptar el calificativo, ni la legalidad del acto, ni ninguna de las fórmulas con que aquí se me ha traído y aquí vienen los que vienen, todas arbitrarias y fuera de ley, habiendo de juzgar muy severamente esta especie de sorpresa que contra mí ha pretendido ejercerse. Estimo, pues, el acto que se está celebrando como una reunión particular para tratar un asunto de particular interés. En tal sentido voy á contestar á la reclamación que acaba de formularse...

Y, en efecto, el hijo de Don Ildefonso, con aquella lógica contundente y cerrada que fué tan peculiar en éste, no sólo desbarató en un momento el brumoso enredo de los «daños y prejuicios,» sino que puso como no digan dueñas á los bárbaros encharcadores de las tierras, abandonadores del balsero, é ingratos con quien tan grandes é inmerecidos sacrificios hizo por ellos.

Los vapuleados achicáronse al principio con la contundencia de los golpes; mas después se reaccionaron, y el propio escozor y la vergüenza de los azotes les ensoberbecieron, sacándoles de quicio é induciéndoles á una defensa irracional y violenta.

El primero á sincerarse, y más necesitado de ello sin duda, fué Remigio Plaza.

—El demandante se ha quejado sin razón de que faltan algunas formalidades en el acto, y yo le digo que ya se subsanarán todas cuando llegue el caso.

—Es que—intervino «uno de la Comisión»—tóo

eso de las formalidades..., demasiao lo sabemos..., son disculpas pa no cumplir las obligaciones.

—¡Bien dicho!,—se oyó vocear entre la masa amenazadoramente expectante.

Y se levantó rumor terrible, ofensivo, creciente.

II

De repente estalló el motín contenido dentro de aquellos cerebros azuzados.

—Pos el que debe tié que pagar. ¡A la fuerza!

—¡Y, si no, veremos!

—Si se cree que se nos va á engañar con palabras, chasco se lleva el que lo crea. El que nos ha arrastrao á la perdición, que lo pague.

—¡Que lo pague! ¡Que lo pague! Eso pedimos, porque es lo justo.

—¡Vaya, fuera de aquí, si no se quié avenencia! Y ya sabemos lo que tenemos que hacer.

—¡Fuera! ¡Fuera!

Las voces y reclamaciones en *crescendo* acabaron en tumulto imponente, nada tranquilizador desde el primer momento para la persona de Manolo, no obstante las hipócritas apelaciones del alcalde Villalobos al orden.

—¡Respeto á la autoridad del alcalde!,—exclamaba.—¡Orden, orden, y todo se arreglará!

—¡Afuera tóos, afuera,—vociferaban los sublevados,—y ya veremos quién pierde!

Y todo se volvía miradas amenazadoras y más amenazadores ademanes todavía contra Manolo. El cual surgió fiero, colérico, sereno en medio de la ira, desafiándolo todo, vibrando con voz de trueno:

—¿Qué es esto, cobardes? ¿Quién me ha traído (dirigiéndose á juez y alcalde) á esta encerrona villana? ¿Dónde está el miserable que ha juzgado posible imponerse por la fuerza á un Bermejo?

—¡Pues que salga, que salga fuera el bocaza!

—¡Que salga el loco que quié perdernos á todos!

—¡El usurero, el que no quié pagar lo que debe!

—¡El so ladrón ese, que no sabe más que comerse haciendas de mujeres solas!

—El que mató á Don Menancio.

—¡Que salga, sí, á ver si le arrancamos los riñones!

Manolo, fuera de sí, se lanzó contra la masa entera que iba ya, en efecto, saliendo á la plaza, dispuesto á salir él también y agarrarse á brazo partido, hasta hacerse matar, con cuantos se pusieran al alcance de sus puños. Se produjo el choque terrible y ya inevitable.

Manolo lo atropellaba todo y derribaba tíos en montón pugnando por ganar la puerta; los agredidos se defendían echándole las garras y clavándole las uñas donde podían; los de fuera en vista del ataque luchaban por replegarse y tornar á la sala para apoderarse de Manolo y ofenderle; Vi-

llalobos y Plaza gritaban aterrados ante el criminal sesgo que tomaba el motín y las responsabilidades que iban á alcanzarles; el estruendo y vocerío de las injurias, amenazas y golpes había alcanzado proporciones imponentes...

En la lucha de agarradas y zarpazos, Manolo, descompuesto el semblante por la brutalidad de las ofensas, apareció pronto descamisado, rasgados americana y chaleco, el reloj por el suelo, la cabeza desgreñada, y cara y manos sangrando por varios arañazos y erosiones de la piel. Rugía con el jadeo ronco de las fieras, y acorralado cada vez por más bárbaros ataques, y por más brutales puños empujado, se sostenía en pié con dificultad.

¡La catástrofe se adivinaba!

III

En aquel momento se vió arremolinarse á la gente de la puerta, echarse á un lado, y aparecer en medio presurosa la figura venerable del anciano fray Carlos, tembloroso y sereno, apacible y fiero, pálido por la emoción, ceñudo y dominador á impulsos de la más santa de las indignaciones:

—¿Qué crimen intenta cometerse aquí?,—clamó con su voz varonil, gravemente sonora, que la ancianidad hacía vibrar con dejos más solemnes.—¡Aquí!... ¡por mis feligreses!... ¡por mis hijos!... ¡por los vecinos de esta villa..., la más honrada..., la más sin mancha de la tierra!... ¿Qué pasa? ¡A ver!... ¿Qué pasa!... ¿Qué es esto!

Miraba á todos con mirada luminosa, y con su alta estatura y la majestad del traje talar, parecía sér superior, apóstol, profeta ó santo, descendido á derramar la paz del cielo entre las ruines pasiones de los hombres. Todos se sometieron en un instante, sin rebeldía posible. Los que tenían hecho presa en Manolo se replegaron acobardados; los que injuriaban enmudecieron llenos de vergüenza; juez y alcalde querían como esconderse á sus propios ojos, sintiéndose cogidos infraganti; los más audaces ó menos respetuosos apenas acertaron á gruñir cobardemente la impotencia de sus fracasadas amenazas.

La mirada del santo siguió clavándose investigadora é irresistible en los que le rodeaban, y, cual si fluído disolvente y temeroso en sus rayos llevase, todos empezaron á huir de ella, hurtándola cuanto podían. Se produjo el movimiento de retirada primero, de desbandada enseguida, y, ya desunidos y flanqueados, surgió en la conciencia gris del pardillo el instinto del temor y del recelo que le llevó acto continuo á huir y esconderse para descargar en cabeza ajena responsabilidades posibles.

Manolo... apenas reparó en que acababa de ser salvado de una muerte cuasi cierta por su bienhechor perpetuo y ternísimo amigo. ¡Hallábase totalmente enajenado por la indignación que hervía en su alma ante la más infame insidia que allí con seguro instinto su mirada penetrante había adivinado!

Y obseso por aquella idea, incapaz de sentir nunca rencor contra los débiles ó desgraciados, brotándole del alma la santa censura de lo miserable, se adelantó hacia el sacerdote, le tomó las manos con la ternura y el respeto de un padre á un hijo, obligóle á volver la irresistible mirada hacia donde Plaza y Villalobos se arrinconaban, y señalándoles con el brazo extendido, vibró con voz terrible y opaca:

—¡Aquellos no!, ¡aquellos no! (indicando á los huídos pardillos), fray Carlos, santo amigo mío. ¡Esos!

Y volvió á señalar hacia los dos aludidos, como quien dispara un rayo.

—Pues... ¡perdónalos, hijo mío!,—murmuró el sacerdote con expresión sublime de perdón, grandeza y lástima.

Y cogió á Manolo del brazo, y ambos desaparecieron.





XVII

¡AÑO TERRIBLE, SANTA CARIDAD!

I

Con todos estos acontecimientos la situación de Manolo había llegado á extremos que parecían incompatibles con la existencia misma. La capacidad para el dolor de aquella alma atormentada, con ser tanta, hallábase próxima al agotamiento: ¡vaso que va á estallar á la enorme presión interna del fluído destructor que encierra!

En esto llegaron las peregrinas, y la santa, de todo enterada y juzgando ya hasta peligroso á su yerno, arreció en su política de apartamiento y bloqueo, como quien aprieta sin duelo hacia fuera para lanzar al exterior un cuerpo extraño. No hay que decir que la cuasi separación de bienes de su hija llevóla á cabo inmediatamente, excediéndose quizás de lo convenido con Manolo, sin la menor oposición de éste, atento únicamente á las inspi-

raciones de su delicadeza caballeresca. Todo lo cual, realizado sin reserva alguna, antes con todas las solemnidades curialescas posibles, movió grave escándalo en el pueblo, y quebrantó más y más el concepto del sin ventura, dejándole á mayor abundamiento con la bolsa hecha un pingajo.

El verano pasó entre tanto sin que las tierras fuesen siquiera segadas; entró el otoño, desapacible y crudo también al principio por la falta de otoñada, y la miseria horrenda, implacable, descendió cual maldición del cielo sobre las desoladas llanuras de la tierra de Campos.

No había existencias para la nueva sementera; los ganados habían perecido de hambre ó sido enajenados á precios inverosímiles (doscientos reales una mula, treinta un asno, catorce ó dieciséis una oveja); los pudientes arruinados ó con las paneras exhaustas no podían prestar á los jornaleros hambrientos y sin trabajo la carga de trigo ó la media docena de duros que del aprieto les sacase; el invierno se anticipaba desesperado y siniestro.

Se inició pronto la emigración forzosa, y resultó que emigraba todo: los hombres, á otras provincias ó á más lejanas tierras en busca de trabajo y alimento; las fincas mismas, á las carpetas de los prestamistas usureros en demanda y garantía del necesario crédito para atravesar aquella crisis de muerte.

En esto se inició el invierno, y llegaron al fin, después de cerca de año y medio de espantosa

sequía, las anheladas lluvias. Pero ¡qué lluvias! Frías, invernizas, persistentes, interminables. Al cielo raso y duro de los catorce ó dieciséis meses anteriores, horizonte de heladas y de cierzos, sucedió un cielo denso, plomizo, envuelto en una sola nube sin fin en extensión y profundidad, llorando perpetuamente sombras grises, aguas turbias, humedades viscosas y barrizas. ¡Imagínese cómo se pondrían las arcillas de Campos! Tales, que sólo con alas podía salirse fuera de las aldeas. Hombres ó animales que se aventuraban en las tierras, allí quedaban clavados, y se hacía preciso organizar verdaderos salvamentos para rescatarlos. Los peligros del mar tormentoso y de la montaña nevada han sido en mil formas pregonados, y no hay quien no se los figura: ¡muy pocos saben en cambio las asechanzas espantosas que encierra la terraza arcillosa en sus llanuras sin límites, cuando están saturadas por las lluvias! ¡Desgraciado del que inexperto y sin conocerlas se aventura en ellas! Se expondría á perecer en la más espantosa de las tragedias, no siendo escasos ejemplos memorables.

Con tantas calamidades juntas se exacerbó todavía la general miseria, haciéndose sobre todo más dolorosa y sensible en el fondo de los desamparados hogares. Al fin la salud pública acabó por resentirse, y, favorecida, sin duda, por aquella atmósfera entenebrecida y sobrehúmeda, influyendo en organismos adaptados á tan prolongada sequía, se desarrolló violenta epidemia de gripe, la

cual desde el principio se manifestó en Valdecastro y pueblos próximos con caracteres muy malignos y alarmantes.

II

Mediaba el mes de Enero, y hacía dos que no cesaba de llover un solo día. El ambiente húmedo, saturado, tenebroso y frigidísimo lo calaba todo y penetraba hasta los huesos. En Valdecastro no había familia sin dos ó tres enfermos de la terrible gripe, y las defunciones también menudeaban más de la cuenta, sobre todo, entre ancianos y mujeres. ¡No hay idea de las angustias, miserias y estrecheces que reinaban en medio de semejante desolación entre las familias jornaleras, humildes y pobres del castigado pueblo!

¡Y allí fué el sublimarse y demostrar su fortaleza de héroe, su abnegación de santo, el insigne fray Carlos, recio el octogenario cuerpo como un roble, cual espíritu de un inmortal templada el alma! Se fué en busca de Manolo, y, hallado en el despacho de su padre, le habló desta manera:

—Vengo á buscarte para algo, Manolillo, porque la prueba en que Dios nos pone se cierra por todas partes, y creo llegado el momento de las acciones extraordinarias. Lo cuotidiano y normal no alcanza ya á tan grandes calamidades.

—Pensando en lo mismo estaba, querido fray Carlos.

—¡Lo creo, lo creo! Pero vamos á ver. ¿Conser-

va tu corazón algún resquemorcillo de las barbaridades contigo cometidas por esta gente del pueblo... harto castigada ya por quien puede y quiere hacerlo? Porque, mira, muchacho, pienso ponerte á prueba, te necesito en calidad de triunfador de tí mismo. Mas también, ¡qué gloria la tuya, y hasta que venganza tan santa, si logras ponerte á la altura de la empresa, como lo espero!

—Usted me explicará qué empresa es esa; pero desde luego le advierto que yo no tengo que vengarme de nadie. ¡Buenos están los tiempos para venganzas!

—¡Si lo decía yo!, (con voz de trueno, levantándose y abrazando tiernamente al joven). ¡Alma noble! ¡Corazón grande! El mismo corazón que tu noble padre, y la propia alma que tu santísima madre. Es que no te conocen, Manolico, hijo, y no saben lo que eres y lo que vales. ¡Para sí quisieran tu cristiandad y tu fe muchos que se las echan de santos, y vaya usté á saber cómo el Señor les juzgará el día de las justicias!...

—Pero no me asuste, por Dios, y entéreme ya de qué se trata.

—Pues se trata de no dejar perecer en el abandono y la carencia absoluta de medicinas y alimentos á tantos prójimos como en Valdecastro sabes se encuentran en las últimas; se trata de que tú y yo y quien quiera seguirnos nos echamos á pedir y buscar lo más indispensable para esos pobres; se trata de organizar entre los que puedan y tengan buena voluntad una asistencia domicilia-

ria asidua y suficiente, á fin de que ningún convecino nuestro se muera como un perro y sus familias no se vean lanzadas en la más completa soledad y desamparo á la manera de réprobos ó maldecidos.

—¡Sois un santo, fray Carlos!,—declaró con entusiasmo y ya calentado con aquellas grandes inspiraciones Manolo.—Y el pensamiento es completo. Fondo y forma: lo tiene todo. Conque ¡manos á la obra?

—¡Manos á la obra, chiquito! (muy contento). Pero ¡cuidado! ¡Mucha prudencia también! ¡Mucha discreción! No lo vayamos á echar todo á perder con entusiasmos irreflexivos.

—Bueno, bueno. Usted manda y dirige.

—Veamos ante todo, empezando por nosotros mismos. ¿Cómo estamos de fondos, Manolillo? Yo, hijo mío, te confieso que medianamente nada más. La bolsa me ha dado un bajón que asusta, con tanta pobreza extraordinaria como hay que remediar. Y por eso mismo, y antes de que me quede desarmado para el combate contra la miseria, he discurrido eso de asociarnos y hacer leva con que formar el ejército de la caridad.

—Pues no necesito descubrirle cómo andará de presente mi bolsillo, pues de sobra lo sabe. Repudiado por mi suegra y sin poder contar con Maruja absolutamente anulada en su madre, casi (con sonrisa amarga) véome convertido en un menesteroso más. Pero no se apure. Si dinero no, réstame todavía mucho conque hacerlo, aun con las

fincas todas pignoradas. En alhajas de mis abuelas, de mi madre, de mis antepasados todos amayorazgados y opulentos existe en esta casa, y no lo ignora, un caudal: tapices, colchas, hierros, tablas, libros muy raros y otros mil objetos antiguos de gran precio que todos los días me están metiendo aficionados y anticuarios por los ojos. Pues ¡á ellos! ¿Cuándo mejor empleados? El salvar á nuestros náufragos, la santa caridad, ante todo. Además ¿no se fué el mar? Váyanse con él las arenas. ¡Y ya verá cómo en veinticuatro horas le traigo dinero suficiente para atender á las necesidades más perentorias de la villa!

—¡Generoso siempre con los pobres! Así fueron tus antepasados, hijo, y por eso les quiero tanto, aunque muchos no lo entiendan.

—Conque ¿convenido?

—Algo me duele, algo me duele ver deshacerse la tradición de esta gran casa en estas queridas memorias que tanto afecto y virtud encierran. Pero (dando un suspiro muy hondo) no hay más remedio, y acepto el sacrificio. ¿Cómo vamos á dejar morir de hambre, de abandono y de miseria á tantos infelices, sin pan, enfermos, medio desnudos?... ¡No hay que pensarlo, no hay que pensarlo!

—Mañana mismo hago mi primer salida á Valladolid... ó tal vez á Madrid, y á los dos ó tres días ya me tiene aquí de vuelta con medios para obrar en nuestra empresa.

—Aprobado. Entre tanto no vamos á estar ocio-

sos. Ya te estás poniendo las almadreñas, pues con estos barros no hay ser humano que pueda salir á la calle en otra forma, y á correr vamos casa hita las de todos los pudientes del pueblo. Te advierto que pienso ser implacable, y al que se me resista le saqueo.

—Ya verá cómo nos ayudan. Precisamente el tipo moral castellano es para estas grandes ocasiones. Las desventuras cuotidianas, sin duda por vivir de luengos tiempos tan dentro de ellas, déjanle indiferente y abroquelado en sus egoismos apáticos; las catástrofes extraordinarias sacuden con energía las honduras de su temperamento, y alumbran entonces al héroe ó al santo. ¡Por algo es el castellano viejo la médula misma del genio de la patria!

—¡Dios oiga tus generosas esperanzas, Manolico! Y en marcha, que bastante hemos hablado.

III

En la semana siguiente, la máquina de caridad ideada por la fuerte exuberancia de humanidad y el ardiente espíritu cristiano del gran fray Carlos ya estaba funcionando. El era el alma; Manolo, la cabeza y el brazo. Todos los pudientes sin distinción de bandos andaban al retortero, empujados por aquellas irresistibles energías. Una aura tibia de bienestar, de reanimación y de consuelo parecía recorrer el pueblo, penetrar en todos los

hogares y devolver la vida á aquella perdida población rural, ya entrada en la agonía.

En la rectoral y en la botica habíanse establecido dos arsenales de socorros en ropas, vituallas y medicinas. Dos grupos de la espontánea asociación distribuíanse el trabajo de visita y asistencia por mañana y tarde.

En las abandonadas casas todo había sido restaurado, y sin que faltase nada á los enfermos, se procuraba también la alimentación de los sanos, obligándoles á entrar en los servicios que fuesen necesarios. Se atendió también á las necesidades agrícolas de la cosecha próxima, y visto que las lluvias no cesaban, se acordó sembrar sobre las tierras mojadas, lo cual en Campos suele dar óptimos resultados. Primero sembrarían los pudientes, y luego prestarían sus huebras á los labradores pobres, quienes, como se ha dicho, habían perdido todos sus ganados.

Todo era necesario, porque los náufragos de la miseria, cansados de luchar por la vida, habíanse al fin rendido, resignados á morir. Y esta aceptación de la ruina y voluntaria renuncia á vivir es no menos terrible en el celtíbero castellano que su resolución de lanzarse á la lucha sin cuartel y sin tregua: representación genuína de las razas estóicas, cuya volundad con igual fatalidad irresistible impulsa el proyectil hacia el morir indiferente ó hacia el pelear desesperado, dando por resultado unas veces la sumisión callada y fría á los godos y á los árabes, otras veces la lucha á

muerte contra púnicos, romanos y franceses ó el abrir una campaña ininterrumpida de ocho siglos, (¡caso único en la historia sublunar y dan ganas de pensar que en todas las historias extra que puedan desarrollarse en el universo-mundo!), hasta reconquistar por completo el suelo de la patria (MS. *Maudensis...*)

Manolo madrugaba, y hacía una primera visita con el médico, también muy madrugador. Enseguida se incorporaba á su junta, y, para realizar con mayor acierto los complicados menesteres de asistencia, llevábala ya datos y antecedentes preciosos.

—Hoy debemos empezar por casa de Pedro el adobero.

—¿Qué pasa allí?,—preguntaba Herrezuelo, que con mucho gusto suyo hacía el servicio en la sección de Manolo.

—Me parece que su mujer se muere. Le ha entrado la murria, y se niega hasta á tomar alimentos.

—¡Malo! (meneando la cabeza). Vamos allá entonces.

La casa era una especie de covacha, en la parte baja del pueblo, rodeada de charcales cenagosos. El interior más parecía cubículo de alimañas que habitación de seres humanos. ¡Y eso que estaba de lo vivo á lo pintado, desde que en ella entró la junta de socorros!

—¿Y tu mujer, Pedro?: ¿cómo está?,—preguntó Herrezuelo, habiéndose metido en la cocina con

Manolo y otros tres de la sección matutina.

—Pior que pior, Don Gaspar. ¡No quié tomar cosa denguna!

—Vamos á verla.

Sobre un lecho miserable yacía la enferma sexagenaria en plena depresión de fuerzas; accidente común en las infecciones gripales.

—¿Qué tal, tía Rusa? (así la llamaban en el pueblo, vaya usted á saber por qué).

—Desiando acabar, señor. ¿A qué dar más guerra en este mundo?

—Eso es un disparate.

—Y un pecado, mujer. ¡Si la oye el señor cura!

—¿Cuántos caldos ha tomado esta noche?

—No puedo.

—¿Y tampoco ha tomado (pulsándola) el café tan rico que le han traído? ¿Ni la leche?

—¿Pa qué, señor?

—¡Ea, pues ahora me incomodo yo de veras! Aquí hay que hacer lo que se manda.

—¡Déjenme, señor, déjenme morir. ¡Si yo estorbo!

—¡Que no digo, refutro! Ahora mismo se toma lo que le demos. Ya verá qué bien le sienta. ¡Y á callar y aguantarse!

Mezcló en una copa café muy concentrado con leche, azucaró la poción, y Manolo se apresuró á cogerla, propinándosela él mismo, quieras que no, á la enferma, ayudado por otros dos compañeros que la incorporaron y animaron.

Como este caso había muchos. ¡Era necesario

luchar á brazo partido con los suicidas resignados, para arrancarlos de las garras de la muerte, á la que su espíritu desolado y mudo se abrazaba con desesperación siniestra!

A cada paso la junta recibía recados nuevos, del médico principalmente.

—Tenemos que ir á casa del tío Lucas, el pastor de la becera. Se encuentran en la última miseria, y se le está muriendo un chico de seis años, muy listo por cierto, según dice Ruedita.

Y allá iban. La vivienda era una choza de tierra, donde en un solo espacio había la cocina, la sala, el portal y las alcobas.

—¿A quién tiene malo, tío Lucas?

—Al chico pequeño. ¡Creo de que se me muere! ¡Tan adelantao que era sigún diz! ¡Ñales de suerte! (mirando al cielo y poniendo los ojos en blanco).

—A ver dónde está.

—En aquel rincón, señor. Con la su madre.

El humo mal oliente y las tinieblas brumosas de la destartalada cuadra apenas permitían entrever bultos extraños arrumbados hacia los rincones y esquinas. A un lado, una chimenea desconchada, como de horno, apagada y fría; á otro, unas pajas semipodridas sobre que se movían sombras de seres humanos, los hijos de Lucas; á otro, un camaranchón medio armado con tablas y adobes.

Aquí estaba Pín, el enfermito, medio enterrado entre trapos y remiendos, los ojos entorna-

dos, la respiración anhelosa, cadavérico el semblante. Al pié se hallaba la madre, pingajosa, famélica, encendidos los ojos por el llanto. ¡Cuadro de desolación muda é inefable, de los que hacen dudar si este mundo, aun en lo fatal de su naturaleza, es igual para todos!

El ambiente de aquella especie de inmensa tenada de tierra, á teja vana, desnuda, vacía, penetrada por la lluvia y el viento, calaba con su algidez hasta los huesos; la humedad había puesto viscoso y resbalizo el piso de arcilla.

Los visitantes, aun muy acostumbrados al espectáculo de estas grandes miserias rurales, no sabemos si superiores á las de los grandes centros urbanos, mas competidoras con ellas por lo menos, llenáronse de lástima, casi de horror punzante y compasivo.

—¿Qué ha dicho el médico?,—preguntó Herrezuelo alterado, después de examinar á la criatura.

—Que milagro será se salve.

—¿Recetó?

—Pae que sí.

—¿Dónde está el medicamento?

—Nada se ha traído, señor.

—¿Cómo que!

—¿Dónde, señor? Aquí no hay dengún cacharro ni otro aquel donde acarrear esas cosas.

—¿Y qué alimento dais á esta criatura? Porque hay que alimentarla sobre todo, ya te lo habrá dicho el médico.

—Sí que lo dijo; pero... ¡ya ve! ¿Qué l'y hemos de dar? Nusotros comemos ahora unas patatas crudas que habemos encontrao en unos patatares perdíos del tío Cacho. Pan..., hace un mes no lo catamos. ¡Si siquiá tuviésemos un rebojico pa'l probe!

—¿Y lumbre no tenéis tampoco?

—¡Como no quemásemos esas pajas! Y ya ve: teníamos pa menos de un día, y aluego nos quedábamos en sin cama.

—¡Pero bruto, animal cien veces! (con indignación compasiva). ¿Te crees tú que en este pueblo todos somos judíos ó lobos sin entrañas? ¿No sabes que se ha constituído una junta de socorros por los pudientes? ¿Por qué no avisas antes? ¿Por qué aguardas á estos extremos? ¡Eso es tener el alma de cal y canto, hombre!

—¡Señor, pero si yo no tenía drecho, ¿cómo había de pedir cosa denguna!

Así son los hombres de Campos, capaces de esa resignación fuerte, bárbara, sublime, donde se confunde el salvajismo con la epopeya: ¡temple formidable, casi ultrahumano, con que ha de contar siempre quien quiera saber tratar en paz ó en guerra á la gente hispana!

La madre entretanto, muda é indiferente á todo, estúpida por el dolor y la debilidad acaso, seguía llorando en silencio; los presentes hallábanse aterrados ante aquella suprema desdicha humana, y también lloraban por dentro. Manolo intervino, muy emocionado:

—Vamos á ver, vamos á ver. Negro está todo esto, pero me parece que llegamos á tiempo. Oye, Lucas. A tu chico mayor me le mandas á casa á escape; á la chica, á la botica con la receta; tú, á la rectoral. Allá vamos nosotros sin detenernos, y os despacharemos. Traeréis las medicinas necesarias, leña, ropas, una cama para el niño enfermo, y alimentos para que comais caliente. Encendedme fuego lo primero, y enseguida volveré yo mismo para trasladar á Pín al lecho con las debidas pre cauciones, limpiar y sanear todo esto, y sujetaros al plan que debéis seguir á fin de meter esto en vereda bajo nuestras órdenes.

—¿Lo habéis oído?,—apremió Herrezuelo con su conocimiento de la materia que traía entre manos.

La afligida y muda rompió entonces en sollozos, y sólo tuvo fuerzas para decir:

—Pero ¿no se morirá mi hijo? ¿Podrá remediarse, señor, este regalo de la casa, lo único bueno que había en ella? ¿Cómo hacen ustedes pa que uno se muera por otro, á ver si puedo morirme yo, que ya soy vieja y nada sirvo, á lugar de mi hijo que tóo lo deprendía y tóo...

La sobrecogió un síncope á la infeliz, de que costó no poco trabajo sacarla por su debilidad extrema.

¡Cuántos horrores, dantescos por lo grandes, no vió Manolo en las más humildes criaturas y villanos lugares durante aquellos aciagos días! ¡Cuánto sufrió su espíritu delicado y heróico á la vez! ¡Qué obscuras y sublimes hazañas las suyas

y las del octogenario fray Carlos en aquella inolvidable titánica lucha contra la miseria humana en sus más espantosas realidades! ¡Con qué abnegación y caridad, para decirlo todo, cooperaron sin excepción los pudientes valdecastreños al plan humanitario y cristiano del sacerdote sublime y del bienhechor generoso! Suceso es éste que no se olvidará durante luengos años en aquella tierra.

Pero lo que á todos tenía llenos de pasmo, y, ¿por qué no decirlo?, de admiración sincera era la actitud de Manolo; sangrientamente ultrajado ayer por aquellos desdichados, y hoy colmándoles de beneficios y asistiéndoles como hermano cariñoso; acabado de arruinar en toda su fortuna, y prodigando no obstante los últimos residuos entre sus enemigos, sin acordarse de que mañana tal vez se quedaría tan en la calle como ellos mismos. Tanto que las mentes turbadas de aquellos habitantes de las arcillas ásperas é implacables reproducían una vez más ante no sé qué inconsciente deslumbramiento el eterno problema moral:

—¿Es loco? ¿Es santo?



XVIII

MAGDALENA AMOROSA

I

Vida de tan furiosa agitación externa é interna consumía espantosamente el fluído vital del pobre Manolo, que al fin iba tomando aspectos, si no de loco, de enajenado, al menos, por inspiraciones de apóstol ó combustiones de iluminista. Vivía en perpetuo movimiento y en hiperestesia continua, deshecho entre ambas fiebres del alma y del cuerpo...

En esta situación se vió envuelto por nueva tormenta que iba á quemarle los nervios quizás cual ninguna otra: los pagarés y las ventas á pacto de retro comenzaron á vencer, cogiéndole exhausto y desarmado. ¿Había llegado la hora de perder para siempre en el naufragio todos los bie-

nes de su padre desterrado y ausente?: ¡inminencia que le hacía temblar de dolor intenso y mortal!

Pero todavía le irritaban con mayor angustia las cartas y apremios del prestamista de Mauda, para que hiciese efectiva la hipoteca de la Dehesilla, según lo prometido al dejar la escritura en su poder. En rigor no hubo tal promesa; pero ¿quién atajaba la vidriosísima delicadeza del escrupuloso honrado para hacer toda clase de concesiones en aquel sentido? ¿Y cómo él había de cumplir tales compromisos, separada ya completamente de sus manos la Dehesilla? ¿Y qué iba á hacer, así abandonado, con su crédito, y su honor, y su...

Atormentado por estas torturas internas, mientras hacia fuera trabajaba con la pasión de siempre en los mil negocios y atenciones que sobre él pesaban, sintióse, al fin, cual gladiador herido en el corazón, rendido y exhausto, habiendo de retirarse á su casa. Se metió en su gabinete de matrimonio, se arropó, dejóse caer sobre una butaca, y se quedó como alelado, sumido en la sombra interior que le invadía.

Permaneció así mucho tiempo, y se le despertó verdadera fiebre. No pudo salir á cenar. La lechucita acudió entonces algo alarmada.

Con su madre había acometido en aquellas terribles circunstancias para Valdecastro una campaña especial de asistencia y socorros femeninos á los miserables, olvidando completamente las regaladas tareas místico-literarias. Y hemos de decir

en honor de la verdad que ambas damas realizaron prodigios en sus caritativas tareas: no menos admirables, por más meditados, la santa; no menos útiles, por más entusiastas, la poetisa: cada una según su sér y naturaleza.

A ella habíale devuelto á Maruja en mucha parte tan activo choque con la realidad y el mundo, despertándole mil sensibilidades dormidas, impulsos latentes, sentimientos de humanidad y movimientos del ánima enmohecidos. Entre otros, cierto noble orgullo de esposa de un héroe, al contemplar cómo su Manolo se llevaba en Valdecastro la admiración universal y el puesto de honor en aquella portentosa campaña de la caridad. Y harto merecidamente. ¡Ya lo creo! ¿No lo estaba ella misma viendo? ¡Qué cosas hacía! ¡Con qué abnegación! ¡Con qué grandeza!... Aquella admiración, contagio de la admiración de todos, despertó en el alma del pajarito triste un latido de ternura femenina hacia aquella otra alma viril y grande que al fin le pertenecía...

II

Cuando Marujilla (ya acostada su madre) entró en el gabinete, y vió á Manolo postrado, apagada la luz de los ojos, descompuesto el semblante, se alarmó más todavía. La epidemia reinante no dejaba de ofrecer ataques súbitos y malignos, que traían cuidadosos á todos los valdecastreños.

—¿Qué te pasa, Manolo? ¡Estás malo! (cogiéndole las manos). Vamos: métete en la cama, bobín, y haré que el médico venga enseguida. Ya sabes que estas indisposiciones, cogidas á tiempo, pasan con unas cuantas horas de cama y descanso.

Manolo la miró con mirada turbia y de una tristeza cansada é infinita. Movió lentamente la cabeza, y contestó:

—No lo creas. No estoy enfermo, como te figuras.

—Pero, ¡hijo, por Dios, si lo estoy viendo!

Volvió á menear el postrado pesadamente la cabeza en una denegación absoluta, y luego quedó de nuevo sumido en su ensimismamiento alelado y profundo. Marujilla sintió un golpe hondo en el corazón, y que algo, desvanecido, se le removía en las entrañas. Con el semblante humanizado por aquel vapor de ternura, la mirada ansiosa, turbado todo su sér en aquel sentimiento del peligro que á «su Manolillo» bruscamente acometía, se arrodilló junto á él, apoyóse en sus rodillas, y comiéndole con los ojos anhelosos, volvió á insinuarse con acento mimoso, del que había huído á mil leguas la retórica del periódico político-religioso, y en el que resonaba vibrante el eco de la mujer enamorada:

—Mira, no seas tontín; no engañes á tu mujercita. ¡Dime ahora mismo lo que tienes!

La modorra moral, la depresión profunda del sin ventura, se removió por un instante, posó los ojos tristes en el hermoso alarmado semblante de

su mujer, y murmuró con voz opaca y lenta:

—¡Que qué tengo! Ya lo ves, hija mía: ¡que estoy muerto!; ¡que estoy sin alma!; ¡que estoy deshonrado!

Y Manolo pronunciaba aquellas frases terribles con no sé qué inexplicable amargura como de renuncia á seguir siendo y viviendo.

—¡Manolo!, ¡Manolo!: ¡tú deliras; tú te sientes muy malo, hijo mío...!

—¿Qué quieres? (animándose como quien se sacude de un sueño morboso). Creí poder llegar, tirando, tirando, hasta restaurarme en la próxima cosecha... ¡Ya ves! Han vuelto las aguas... Este será un año extraordinario... Pero..., no puedo, no puedo...

—¡Por Dios!, ¡no me asustes! ¿Qué es eso de que no puedes? ¿Qué sientes? ¿Qué te duele!

—¡No, bobina, no! ¡Si del cuerpo no me duele nada! No estoy enfermo. ¡Es el alma (con voz agotada y mortal cansancio) la que me duele!

—¡Que te duele el alma, pobrecito mío! Lo creo, lo creo. Eres demasiado bueno, y sufres mucho con los sufrimientos de todos. Es hora ya de que te cuides á tí mismo, y descanses.

—¡Descansar! A la fuerza, ya lo sé... Es muy triste el descanso para mí (otra vez como alelado y con extravío...) ¡Descansar! ¡Morir! ¡Aniquilarse!... ¡Qué desolación! La vida, la alegría, es el trabajo... Pero ¡cuando no dejan!... Hay que rendirse, huir, desvanecerse... ¡Como mi padre!... ¡Mártir querido!... También él soñó, y luchó, y

tuvo su programa de vida regeneradora, y... fué vencido!... Ahora se rinde su hijo... ¡Vamos, pues, cayendo!... El enseñó á emancipar el alma; yo, á trabajar..., ¡y continuamos tan esclavos y tan infecundos como!... Pero ¿á qué lamentos estériles? ¡Esto acabó!

Y una sombra profunda le invadió el enflaquecido semblante.

—Mira, Manolillo, hijo mío, lo mejor es que te desnudes y te acuestes. Cuando hayas descansado hablaremos cuanto tú quieras. Yo te velaré esta noche.

—Gracias, Marujilla, pajarito triste. Te repito que no estoy enfermo. Es que creo que también yo me he vuelto, como tú, pájaro nocturno; pero... para volar lejos, muy lejos..., á donde está mi padre... ¡Eso es!... Tú, con tu madre; yo, con el mío...

—Pero, si no estás malo, ¡por qué dices esas cosas? ¡Me estás asustando, niño mío!

—¡Boba! ¡si eso es sin duda lo que Dios quiere! Yo dije un día, para unirme á tí: «¡sea lo que Dios quiera!» Y ¡ahí está! Tu santísima madre se lo ha pedido, y en todo se cumplen sus deseos... Mira, yo ya estoy perdido..., ¡y deshonrado además!... ¿Que no estoy perdido? ¡Vaya si lo estoy, tontina! Verás: he perdido primero toda mi hacienda, quedándome de proletario, y he perdido luego todo tu amor, quedándome de non en el mundo... Conque... ¡más perdido!... Lo estás viendo: sin cuerpo... y sin alma.

A Maruja se le llenaron los ojos de lágrimas. Removiéronsele las entrañas como sacudidas por un vuelco de todo su sér. Le pareció que renacía de un sueño de piedra, largo, de muchos años, y que Manolo, abandonado por ella, aparecíasele allí, en aquel momento, náufrago, ensangrentado, enfermo de dolor, héroe de increíbles hazañas y más enamorado de ella que nunca. Su alma se inundó de una ternura infinita hacia el amante, el héroe y el mártir, y sintió vehementes ansias de sacrificarse por él, de envolverle en sus caricias, de darle para su entono y alegría vida, sangre, hacienda...

Fué un renacimiento, ya predispuesto por el influjo saneador de aquellos días de vida y mundo consagrados á la caridad activa, y que hizo explosión al choque de aquella otra realidad más perturbadora y próxima: ¡la amenaza inminente de un grave peligro para su marido! El renacimiento volvió á despertar la mujer, y mató la mística. ¡Ensueños fríos y sosos aquellos ante la caliente y sazonada realidad que otra vez con sus irresistibles sabrosísimos efluvios urgábale los nervios y le enardecía la sangre! Se desvaneció para siempre la lechucita triste, y tornó á volar la gentil mariposa...

Aun en medio de su sopor moral, Manolo sintió aquella renovación inesperada, y sin darse bien cuenta de lo que le pasaba, se entregó como un niño á esa delicia que le venía no sabía de dónde. La resucitada aprovechó la ocasión, le hizo

acostarse para que descansara, se quedó velándole, y...

¡Aquella noche, transcurrida entre deliquios y transportes de amor inefable, fué para ambos como una renovación también de memorables dulzuras y recuerdos!

III

Al amanecer, la mariposilla se desveló como de costumbre para rezar con su madre las oraciones matutinas, y no dejó de extrañarse en la primera impresión del despertar, al sentirse al lado de su marido. Una sonrisa clara y apacible iluminó entonces su semblante sonrosado, volvió la cabecita alborotada, y vió al pobre Manolo que dormía serena y profundamente. Se deslizó insensiblemente del lecho, se vistió aprisa, y corrió á reunirse con la santa... ¡Empezaban de nuevo sus engaños de enamorada!...

Volvió á media mañana, cuando ya el rendido desperezábase y se apercibía á saltar del lecho.

—Hoy no debías levantarte, niño mío. ¡Por un por si acaso!

—¡Zalamera, mariposilla!, ¡si estoy mejor que nunca! Tú has resucitado, y yo también. ¡Ya verás las cosas que hoy hago, y con qué brío y gana! ¿Y tú, dónde has volado?

—Ya lo sabes: con mi madre á nuestras devociones. Ahora más que nunca necesito tenerla contenta. ¿No te parece?

—¡Y tanto! ¡Con lo que te propones engañarla!

—Eso no es engaño, Manolillo. Es simplemente secreto y reserva.

—¡Vamos, que si ella supiera que me otorgabas licencia para hipotecar la Dehesilla y todos los bienes de tu pingüe dote!

—Tendría un disgusto, lo sé. Por eso mismo trato de evitárselo, no dándole conocimiento de ello. Ella opina de un modo; tú de otro. Pero, ¡ya ves!, tú eres mi marido, aunque ella sea mi madre. ¿Tengo obligación de acudirte en tus apuros con todas mis fuerzas? Pues cumplo con mi deber, y además... soy caritativa con mi madre, hurtándole las desazones que puedo.

Manolo se apoderó entusiasmado de la resucitada, y la besó en la boca. Había empezado á vestirse, lavotearse y aderezarse, y Marujilla le asistía con mucho mimo y la voluble diligencia en ella característica. Se advertía en ambos una explosión de contento jubiloso y radiante, satisfacción plena del alma y de la salud en equilibrio. Por último, el filoagrícola arguyó muy seguro:

—No pases cuidado, mariposilla. Cuando la santa quiera saber algo, ya tendré yo rescatados y libres, no sólo la Dehesilla, sino la mayor parte de los bienes de mi padre. Este año tenemos cosechón, y á mí ha de darme para todo... ¡Mira, mira (con alegría) qué ricamente llueve!



XIX

EN LA CRUZ

I

Como el médico sospechaba, Blas había triunfado del último ataque. Salió de él, claro es, más valetudinario y roto que antes lo estaba; pero... lo que él mismo decía no sé con qué intención profunda: «viva la gallina, y viva con su pepita.» El rigor con que Manolo le obligaba á cuidarse en invierno tan rudo de aguas frías, nevascas y á veces nevadas densas y formales era extremo. No salía de casa, ni le permitía moverse del cocinón entre continuas lumbradas. La gripe, tal vez por eso y las excelentes condiciones del solariego hogar de los Bermejos, le dejó indemne, así como á Manolín el angelote rubio, á Rupa «la giganta», y á Quico el interminable.

Lo más recio de la campaña benéfica contra la

epidemia fué para el mayoral tormento indecible, como si á un potro le tuviesen amarrado. El también quería salir con su señorito y acompañarle y celarle y abrumar con sus despilfarros de caridad á aquellos granujas, que se portaron como se portaron con el hijo de Don Ildefonso, del padre del pueblo, y ahora sólo gracias al ultrajado vivían...

Días hubo en que costó no poco trabajo contener los ímpetus del viejo, sobre todo cuando bien se sentía. Además para él no fué un misterio el saqueo con que Manolo desbalijó los viejos armarios y arcones de su casa, echando fuera un verdadero tesoro para nutrir de combustible la máquina bienhechora carlo-bermejina. ¡Y cómo le arañaba los nervios todo aquello! ¡Grande era, sí, heróico, el proceder del señorito; pero luego, ¡Dios!, ¿cómo iba á arreglarse aquel lío? ¿Qué haría el pobre, que siempre se estaba acordando de los demás, y nunca de sí mismo? ¡Recontra, si la peineta esa de la santa reventara del trancazo..., todo podría arreglarse! La hipocritilla de la hija, ¡á ver, qué remedio!, volvería del todo á su marido, y entonces, ¡ya lo creo que habría dinero de sobra para salir de apuros! Con eso, con una buena cosecha en la actual sementera que tan bien se presentaba, y con que el señorito se dejara de una vez de andancias de riegos, máquinas, abonos industriales y reformas, todo quedaría hecho una balsa de aceite.

Pero... ¡eso era soñar! ¡A la santa no la mata-

ba un tiro! ¡Al señorito, antes de que viniese la cosecha, ya se le habrían merendado los pillos judíos de usureros! Y luego .., como si esto fuera poco..., ¡ahí estaban la tía y el sobrino, Doña Presenta y Larrea, para empujar, para ahondar bien el abismo, para hacer infalible la caída hasta el fondo obscuro de donde jamás se sale ni se vuelve... ¡Dios de Dios! ¿Y esto había de consentirse! ¿Y esto había de ser sin...!

Así, rumiando perpetuamente estas hieles que de negro teñían sus cavilaciones sin fin, pasábase el torturado Blas el forzoso encierro en el gran cocinón de la casa bermejina.

II

Poco después de comer, el mismo día de la doble resurrección del matrimonio, entró Manolo por las traseras, saliéndole, como siempre, al encuentro el blondo, cada día más espigado y fuertote: tanto que ya le armaba camorras á la cariátide porque no le ponía «pantadones lagos». (En progresos ortológicos había pasado de la l á la d; pero la r seguía resistiéndosele como un imposible).

—Padino ¿qué me taes? ¿Etaz contento?

Era demasiado radiante el júbilo sereno y claro que el otro asomaba á la cara, para que ni al inocente pasara inadvertido.

—¿Y el abolito?

—Etá mejor. En la cocina calentándose.

—Vamos allá.

—¿Qué tal, Blas? ¿Hay ánimos?

—¡Pss! Demasiados. ¿Cómo se siente usté? Me han dicho que anoche tuvo que marcharse malo á casa... ¡Mire usté, señorito, que así no puede seguir!... Y ahora ¿volverá otra vez á...

—No, hombre, no. Dios aprieta, pero no ahoga. La epidemia está ya, por fortuna, en las últimas... Ya ve: hemos suprimido desde hoy, por innecesaria, la visita de la tarde. Y muy pronto todo habrá concluído.

—De enfermos, por supuesto.

—Eso es. ¡Porque lo que es la ruina y la miseria tarde se irán ya de este país!

—Así es la verdá. Tanto que ahora puede que quede lo peor. Porque á los jornaleros les han socorrido los pudientes; pero á los pudientes ¿quién les va á socorrer, cuando se queden en la calle, echados de sus casas y de sus fincas por los usureros, entre cuyas uñas están todos?

—¡Cierto, cierto, Blas! Quizás la catástrofe se ha hecho inevitable.

—¡Dios de Dios!...

—¿He tenido correo?

—Bastante.

—Pues, mire usted, Don Perrimplín (dirigiéndose al caballerete rubio), hágame el favor de traerlo para aquí. Lo repasaré junto á la lumbre y al abuelo.

Empezó á abrir periódicos y cartas, y todas

eran lamentaciones y tristezas, eco siniestro de la miseria que apretaba en todo Campos, en Castilla entera. Algunos amigos le pedían socorro.

—¡Bueno estoy yo, con el agua por encima de la cabeza, para salvar á nadie! ¿No te parece, Blas?

—¡Y poco que me atormenta á mí eso! ¡Le digo que...

—No te exaltes, hombre. Han variado mucho las cosas. ¡Ya te contaré, ya te contaré, pues para tí no tengo secretos!

De pronto Manolo empalideció densamente, según leía una carta...

—¡Jesús, Jesús..., eso no puede ser!

—¡Otra desgracia?

—Y terrible para mí, Blas. El pobre abuelo Juan ha hecho ya eso que tú llamas quedarse en la calle, lanzado por los usureros. Estos le han vendido lo último que le quedaba. ¡Hasta la casa solariega donde vive!

—¡Dios!, ¡Dios!... ¡Si le digo!—(muy sombrío y preocupado).

—Y lo peor es que, según veo en la carta, su desesperación es tan profunda que le creo capaz de cometer cualquier disparate... ¡Quico! ¡Quico! (llamando y levantándose). La jaca, á escape. Corro allá para volver esta misma noche.

—No hay que darle vueltas: la pérdida completa de la cosecha en este año pasado acaba para siempre con Castilla... ¡Luego, el juego, señorito.., ese juego!.. Porque al abuelo Juan, ¡bien lo

sabe!, la carcoma le venía de eso, y ahora... ¡con este golpe!.. ¡Que no, digo, que no queda uno solo en pié...!

—Eso mismo me anuncia el pobre en su carta, tanto que, según sus noticias, no para, de esta hecha, en los pueblos de Campos ni un solo señorito ó pudiente. Los pocos que restaban, parece que ya están, como él, previniéndose al destierro... tras la vida del cesante, ó del bohemio, ó... tal vez del pordiosero!.. ¡Blas!, ¡Blas!, ¡esto parte el alma! ¡Esto es asistir al desahucio de la más arraigada y castiza raza española lanzada de sus viejos lares, de Castilla... *la Vieja*..., de este pobre terruño, cimiento de la patria, por vendaval irresistible de desolación y de muerte!... ¿Qué va á suceder aquí? ¿Qué va á ser de este pobre país de cadáveres que andan? ¿Qué va á ser de España...?

—¡Le digo, señorito, que es mejor morirse!... Y... ¡si se puede...!

Manolo, sombríamente abstraído, había tomado con movimiento automático un diario madrileño en la mano, y lo hojeaba indiferente. De repente sus ojos se clavaron, leyó algo con avidez, reflejóse en su semblante clara impresión de espanto, y pronunció con voz opaca, dirigiéndose al sombrío viejo:

—¡Esta, ésta sí que es gran desgracia nacional, cogiéndonos como nos coge! ¡La catástrofe final! (Con mirada profética). ¡El último golpe al moribundo!

—¡Más? ¡Más? (ya casi sin alarmarse).

—La última hora de este periódico da como un hecho el alzamiento de Cuba con otra terrible guerra en la manigua...

—¡Señorito, la jaca!—gritó desde el portal en aquel momento Quico.

—Voy á escape.

Montó siniestro, llena el alma de funestos presentimientos y negrísimas ideas, atmósfera irresistible que flotaba en el ambiente y fué poderosa á ahogar en un instante el fervor de sus íntimas alegrías, y se lanzó con ímpetu camino de Mauda.

II

Cuando volvía, bastante entrada la noche, se halló, cerca ya de Valdecastro, con Quico, el cual, caballero en un macho, iba á buscarle.

—¿Pues? ¡Qué ocurre?,—preguntó Manolo alarmado.—¿Acaso tu padre se ha puesto peor repentinamente?

—No, no señor. No es mi padre.

—¡Acaba entonces!

—Es la señorita Maruja, que creo tenga eso del dengue... ¡Y por si acaso!

El joven no esperó á oir más. Con el corazón levantado, apretó las espuelas al tordillo, y se lanzó entre las tinieblas húmedas y brumosas, aun á trueque de estrellarse.

Cuando entró en su gabinete de matrimonio, lo encontró invadido por ese aparato silencioso,

obscuro y siniestro, nuncio de las más graves dolencias.

—Pero, ¡Dios mío!,—interrogó consternado,—¿qué es esto? ¿Qué ha pasado aquí?

La santa le contestó con un silencio de mudo reproche, mirándole con aquella mirada baja y caída, en ella tan terrible. El médico que cuchicheaba con la señora fué quien salió al encuentro del turbado, para ponerle en autos:

—Uno de los ramalazos finales con que la gripe se despide de nosotros, amigo Don Manolo.

—Pero ¡es grave?

—No es leve, no. Una invasión en toda regla. Los tragines que con su madre ha llevado en estos días, no acostumbrada á la labor ni al pérfido ambiente reinante, han producido á todas luces un fuerte contagio.

—¿Y ahora...?

—Ha quedado un poco transpuesta, después de los vómitos y violenta cefalalgia que ha sufrido. La fiebre no es alta, pero el ritmo respiratorio sí se muestra descompuesto. Sospecho que nos hallamos en frente de una forma nerviosa, muy acentuada.

—¡Señor! ¡Señor! ¿Quién había de decirlo, cuando la dejé este mediodía tan contenta!... ¡A ver si se mueve algo, y entro á verla y animarla!

—No ha cesado la pobre de preguntar por usted un momento, hasta que por fin ha quedado postrada...

Se pasó la noche en la misma postración. Por

la mañana hubo exacerbación de la fiebre, sin llegar á grandes extremos, pues apenas tocó en los treinta y nueve grados. El síntoma más saliente volvió á manifestarse en una violentísima cefalalgia que hacía gemir y aun llorar á la dolorida. Cuando por la tarde remitió el acceso, la postración y la debilidad, el anhelo mismo respiratorio, eran tan profundos que apenas podía hablar ni encontraba fuerzas para moverse.

—Esto... ¡la verdad!... no me gusta nada,—se aventuró á manifestar el galeno ante Doña Presenta y Manolo.—El ataque es evidentemente pernicioso, y se desarrolla con virulencia avasalladora. ¡Si ustedes juzgan oportuno buscarme ayuda, ahora estamos á tiempo!

Terrible sentencia, cuyos efectos mortales en el ánimo de los que aterrados escuchaban, renunciamos á describir por fácilmente comprensibles.

III

Aquella noche todo se puso en movimiento en el hotel garzónico. Acudió Larrea, con su cara indescifrable y vulpina, donde no se sabía discernir el callado y gozoso relamerse animal de la compunción humana, y montó guardia permanente, como deudo á quien le llega al alma aquella desgracia de familia, pronto á todo género de sacrificios por ella. Y no hay que decir que sus oficiosidades con su tía, la santa, excedieron los mayores prodigios

de discreción, solicitud y prudencia. ¡Iba á entrar quizás en la batalla final de su fortuna con tan larga labor y paciencia perseguida!

La noticia se extendió rápidamente por el pueblo, produciendo la expectación consiguiente. En el hogar bermejino el efecto de ella fué inmenso. Blas sufrió un latigazo en los alterados nervios que le hizo levantarse, como máquina á quien se atiza y revive la caldera. Se reanimó su semblante, pareció secársele algo la tos misma, hasta se sintió más ágil y fuerte en su andar y en sus movimientos.

—Quico,—ordenó con resolución y vigor poco menos que de sano,—mira: vas á cenar antes de con antes, y enseguida te vas en cáa del señorito, procuras verle para decirle que allí estás á lo que se le ofrezga, y ya no te mueves de allí, así se hunda el mundo. Oye bien lo que te digo: tú, á observarlo todo, á hacerte el disimulado, á enterarte de cuanto por allí ocurra ó se trame, para contármelo á mí enseguida. Sobre todo, ¡mucho ojo con tu señorito, y con Don Fidel, y con la santa! Y escucha: si alguien te echa, como que no oyes; si te buscan la boca, como que eres tonto y te achicas... ¡A lo que estás, nada más á lo que estás! Que si es necesario, que, en fuerza de urgarte, tengas que acogotar á alguno..., ¡ya te lo diré yo! Conque ¿estás enterado!

—Me magino de que sí, padre.

—Pues vivo, entonces.

—¡Yo tamén quelo í, yo tamén quelo í á vel á

mi madina!,—saltó entonces llorando el mimoso rubio.—¡Que no quelo que se mela, que no!

—Tú aquí con tu abuelo. Irás conmigo. Y yo iré..., cuando deba ir.

IV

La enferma hablaba con su madre. Era la media noche, cuando más despejada se sentía, antes del recargo inmediato. En el gabinete se hallaban Manolo, Larrea, Fray Carlos y el padre Ortega.

—¡Sí, déjele entrar, mamita, y que se esté aquí cuidándome, pues lo quiere!,—manifestaba Marujilla con su voz débil y cansada.

—Niña, es que hablas mucho, y eso te perjudica. Y la conversación con él, en estos instantes en que tu espíritu debe estar constantemente vuelto á Dios para pedirle te sane pronto si te conviene, te perjudica más todavía, bien lo sabes.

—Pero, mamá, ¡si le tengo cuasi convertido y dispuesto al arrepentimiento más sincero! Ahora, como me ve tan malita, le llegan al alma mis exhortaciones. ¡Déjemele, déjemele, por Dios! ¿No le parece que, si le salvo, elevo al Señor la más grata oración?

—¡Si así fuera! (muy recelosa...) En fin, ni aun por remoto evento, quiero estorbar á un alma el camino de su salvación... Voy allá, y... ¡mucho juicio!

Salió la santa, y momentos después entraba en

la magna alcoba, que tenía un gran ventanal á la huerta, Manolo, ansioso y pálido. La enferma le dirigió una mirada larga y tiernísima, esforzó una sonrisa, y le tendió la mano.

—¡Manolín, rico mío, cuánto sufres!,—murmuró muy bajito.

El se apoderó de aquella mano querida, la cubrió de ardientes besos, y muy emocionado repuso, también despacio:

—Porque te veo sufrir á tí, hermosura, adoración mía, mariposa del cielo...

Y no cesaba en sus besos, enajenado.

—Mira, galán, no quiero que ya te separes de mí. ¿Me lo prometes?

—¿Y quién ha de separarme?... ¡Sentiría que tu madre insistiera!...

—No, no. Ya se lo he pedido, y creo que con argumentos de absoluta persuasión para ella.

—De cualquier modo, hasta que te pongas buena, de tu lado no he de moverme.

—¡Pobrecito mío! (acariciándole la barba y la cabeza). Bastante tiempo te he atormentado..., y me he atormentado á mí misma, teniéndote alejado... ¡Qué extravío!... Ahora quiero resarcirme... siquiera... ¡este poco tiempo que me queda!

—¿Qué estás ahí diciendo, tontina, más que tontina?

—Sí, Manolico, sí. Estos ataques no los resisto mucho tiempo... Lo conozco... ¡Si me da otro acceso... no sé, no sé!

—Vaya, no digas bobadicas... ¿A que no estás

curada todavía de tus tristezas de pajarito nocturno?

Y al decir esto, temblábale á Manolo la voz, ahogada por la emoción y casi mojada por las lágrimas. ¡Era que sus temores y presentimientos coincidían con los terribles anuncios de la enferma!

—Bueno, déjalo estar. ¿Crees que te voy á demostrar que me estás piadosamente engañando?... Eso importa poco, y hay asunto de más interés en que quiero ocuparme. Oye, deseo hacer testamento. Para mañana lo más tarde. Tú me vas á tenerlo preparado todo con el notario; yo entretanto prepararé á mi madre.

—Pero, hija, ¡por Dios! no desvaríes.

—¡Déjame, galán, déjame, que sé bien lo que me hago! ¿No adviertes, tontín, que, al resucitar, he visto el mundo claro? Y ahora, cerca de la muerte verdadera, veo más claro todavía..., veo que te quieren lanzar, dejarte perdido..., veo que ahí fuera está el desahuciador..., veo..., ¡vamos, que yo no quiero eso, que no!

—¡No veas visiones ni atormentes á tu marido!... (regando con lágrimas las palabras, sin poder evitarlo)...

—No seas niño pequeñito..., ¡llorón!... (con mimo muy triste) Y ¡obedece á tu mujer!

—¡Ea, ea, dejemos ya esta conversación de sosadas y disparates! (dominándose y apareciendo alegre con heróico esfuerzo)... Y para que veas que en nada te contrarío..., ni aun en tus capri-

chitos más extravagantes..., te empeño mi palabra de que, pasando mañana, día crítico, según afirma el médico, después del cual la enfermedad quedará vencida..., si persistes todavía en tu propósito, haré que se cumpla en el acto.

—¡Bueno, niño, bueno! No es cosa de estar disputando así... Pero ¡quiera Dios, Manolín mío, que entonces no sea tarde!...

V

Llegó el recargo temido, y... ¡aquello se derrumbó! El corazón dijo que no, ¡y que no! El veneno gripal allá, en las profundidades del horno alimentador de la máquina viva, devoraba el motor nervioso, y el noble resorte renqueaba en su vital movimiento como pieza descompuesta y salida del ajuste ó engranaje. Primero se encabritó, se defendió, anduvo el pobre desbocado, aquí caigo, allí levanto (arítmico que dicen los galenos), luego desmayó evidentemente, por último se entregó flácido, marchito, en una de esas febrículas adinámicas y filiformes (también según los doctores), á la vuelta de la cual comprende el más profano que se halla la parálisis eterna y muda de la muerte.

Era el obscurecer del día siguiente, cuando el médico de cabecera y dos de consulta declararon unánimes que aquello ya no tenía remedio. Poco antes la sin ventura, apenas cedió el insoportable

martilleo de la cabeza, habíase confesado, á petición de ella misma, con el padre Ortega, y, así dispuesta, se procedió á sacramentarla, también á su ruego, rápidamente y sin aparato. Enseguida, habiéndose adelantado el despejo de la noche, no quiso estar más que con Manolo.

El cual, en un estado de desesperación atolondrada que daba miedo, ni un punto se había separado de la dolorida. Doña Presenta, fortificada con el divino elixir de la fe, á que estaba acostumbrada á acudir en las grandes tribulaciones de su penosa vida, dueña de sí misma, serena en medio de su terrible dolor de madre, acudía á todo, rezaba y exhortaba á la enferma.

En aquella inmensa aflicción una espina la punzaba más que nada: la presencia perpetua de Manolo, que ella entendía perturbar hondamente á la moribunda en el supremo menester de tener vuelto exclusivamente á Dios su espíritu en aquel último trance.

—¡Dios mío, Dios mío!,—se decía constantemente en sus dolorosos recelos internos.—Esta hija, siempre distraída! ¡Y él, él es el eterno enemigo que la perturba!

A cada paso se insinuaba entre severa y suplicante:

—¡Manolo, déjala un momento, déjala! ¿No ves que tu presencia la distrae, y ella necesita acordarse también de Dios en estos momentos?

El consternado unas veces no contestaba, cual si nada hubiese oído; otras se limitaba á decir:

—¡No puedo, no puedo! Además le he prometido no separarme de ella, y cumplo así su voluntad postrera!

Con lo que la santa se desequilibraba en su ánimo sereno, poníase nerviosa, y no hacía sino entrar y salir en la alcoba, cuchichear fuera con Larrea y el Padre Ortega, arrodillarse, rezar mucho, y... ¡vuelta á lo mismo!

—¿Quiere usted que yo le diga algo?—manifestó más de una vez el sobrino, muy compungido.

—¡Si mi intervención consiguiera...!, alegaba alguna vez el Padre Ortega.

—¡No, no!—declaraba la santa con entereza.—O yo sola lo arreglaré, ó... sufriremos hasta el fin...! (muy alterada é impaciente).

Hacia la media noche, sin reaccionarse de su extrema postración, despejósele á la infeliz notablemente la cabeza. Su madre, que había acudido, le hizo varias preguntas, y ambas estuvieron cuchicheando buen rato en voz imperceptible, mientras Manolo, al otro lado del lecho, apenas salía de su estupor doloroso. Por fin se oyó decir á la desahuciada:

—El último rato nada más, madre. Déjeme sola con él. Yo misma la avisaré cuando termine.

Y, resignada, aunque del peor talante posible en aquellos momentos, salió la santa de la alcoba.

—¡Maridín!, ¡maridín!, ¿en qué piensas?, —pronunció entonces con su languidez mortal, dirigiéndose á Manolo.—Dame un poquito de agua. Me seco.

Apenas restábanle ya fuerzas para articular, y sus movimientos eran torpes é inciertos.

—¡Toma, toma, vida mía, bebe..., y descansa!

—¡Sí, pronto voy á descansar. Pero... antes... ¡quiero decirte adios!

Sollozo espantoso y seco, cual crugido de alma que se rompe, estallóle al otro en el pecho, sin fuerzas que lo contuviesen.

—¡Calla, calla.., niñito mío.., lloroncín.,, calla ya!—(atrayéndole débilmente hacia sí y mirándole con mirada suprema).—¿No ves que, si no, van á venir!... ¡Y yo no quiero que venga nadie ahora!., ¿lo sabes?... ¡Sola, sola contigo... para morirme en tus brazos..., y dejarte á tí..., nada más que á tí..., mi alma!

Manolo se había entregado. Sentíase deshecho en todo sú sér, no sé qué languidez de muerte, horrible adinamia que no le dejaba fuerzas sino para llorar hondo y mudo. La espantosa angustia atravesábale la garganta con un clavo, y apenas le consentía respirar, ni articular palabra.

—¡Pobrecito!—prosiguió la postrada con su voz lejana, pálida, sin resonancia.—¡Cuánto sufres!.. ¡Cuánto te he hecho sufrir en este mundo!.. ¡Tanto quererte..., tanto quererte..., y siempre causando tu desgracia!... ¿Me perdonas, Manolín,... me perdonas?

—¡No sé qué me dices.., bien mío,.. vida..; no sé qué me dices!... Sé que nada es verdad.., que esto es un sueño.., un sueño malo.., y que yo estoy loco...!

—Cálmate, hijito..., ¡que no vengan!.., ¡que yo me acabo!...

—¡Maruja!.. ¡Maruja!.. ¡Te da algo?.. ¡Habla..! ¡Habla!.. ¡Que grito y pido socorro!..

—¡Ya pasó!—(llevándose torpemente la blanquísima mano á los ojos).—Otro poquitín de agua... ¡Así!.. Mira.., en uno de éstos me quedo... Pero ¡no se lo digas á nadie! (con desvarío). ¡Que nadie lo sepa!... ¡Tú!.., ¡tú solo!... ¡Solos los dos!, ¿lo oyes?

—¡Lo que tú quieras.., paloma.., divina..! ¡Yo tendré valor! (llorando bajo, como niño sin esperanza)... ¡Valor!... Y esperaré á que tú te vayas... para volar enseguida tras tí..!

—¡Pues eso .. eso!.. ¡Tanto me quieres?... ¡Tanto soy para tí..? Bueno... pues vuela tú también (cada vez la voz más lejana, más honda).. Y así los dos... ¡juntos!... ¡siempre juntos!... ¡Ay!

—¡Niña! .. ¡Niña!... ¡Por Dios!...

—También pasó... ¡Ay... ¡Ya poco!... ¡Más agua!...

—¡Toma! .. ¡Toma!... ¡Y descansa, por Dios, un momento!

—¡Lo último!... ¡No... más!...

Sólo pegando el oído á los labios contraídos de la agónica, pudo oir Manolo las últimas palabras. Lívida palidez se extendió rápidamente por su semblante, cual nube empujada por viento de muerte entoldando el cielo. El corazón se había paralizado. ¡Ya no había más Maruja!

Un ronquido temeroso, estridente, cual si hecho trizas se llevara por delante el pecho del aniquilado, atrajo á la alcoba en confuso tropel á cuantos fuera velaban.



XX

MUERTE SIN REDENCIÓN

I

—¡Muerta!... ¡Sí, está muerta!,—clamó Larrea el primero.

—¡Dios mío!... ¡Muerta..., muerta mi hija!... ¡Sin los últimos sacramentos!.. ¡Sin la oración postrera de su madre!

Y un gemido de horror se escapó de los labios de la santa.

—¡Hija mía!.. ¡Pobre hija mía!... Y todo, ¡por ese hombre (señalando á Manolo), por ese enemigo..., por ese instrumento de nuestra perdición!...

La santa estaba enajenada, desconocida. La idea de que su infeliz hija no hubiese muerto con la Extrema-Unción y tan santamente como su

ideal soñaba desconcertábala, la volvía loca; el sentimiento de que aquel hombre (su yerno) fuera causa de la posible perdición de alma tan querida hacíala rugir de santa indignación y de sagrado odio contra el precito.

Quería rezar, y no podía; quería dominarse, y podía menos. De pronto dió el estallido inevitable.

—¡Fuera de esta casa!—rugió con imperio supremo.—¡Fuera, maldito!... ¡Bastante la has perdido, y la has profanado!

Pero Manolo nada oía. Contemplando la cara yerta y angelical de su Maruja, habíase quedado con la vida totalmente paralizada, como esbozo de materia bruta desprovisto de alma y sentido.

—¡Sal, digo, réprobo!—(señalando implacable la puerta de la alcoba).—¡Sal..., y déjanos rezar nuestras oraciones con la paz necesaria..., y que el sacerdote unja los últimos latidos de esa vida apagada..., y que llegue á nosotros todavía, si es hora, el consuelo de que su alma puede por Dios ser acogida en gracia!

La estuporosa inmovilidad del lanzado seguía inaccesible. La santa entonces se volvió, fuera de sí y convulsa, hacia su sobrino Fidel Larrea, y le increpó de este modo:

—Desde este momento tú, como hombre, eres aquí el amo... ¡Suplícale que se retire...!, ¡un momento no más!... Y, si no, ¡mándaselo!

Relámpago de alegría negra cruzó por el indefinible semblante del ladino, removiendo allá, en las entrañas hondas, sabe Dios qué posos y fer-

mentos de codicias contenidas. ¡Al fin había triunfado, y la victoria era suya...! Se dirigió con cierta severidad dolorosa al estupefacto, y, golpeándole atentamente en un hombro, manifestó:

—¡Sea caballero, y condescienda á los ruegos de una señora!

Y cual si la mano del vulpino hubiera sido pila eléctrica descargándose, salió de su estupor el desolado con tremendo sacudimiento, arrójose sobre la inerte, cuya vida vejetal aún palpitaba, y abrazándose con ella en ademanes y energías de loco, comenzó á besarla y estrecharla, cual si devorarla entre sus caricias quisiera.

—¡Te perdí, bien mío, te perdí!—(sollozaba horriblemente).—¡Ahora sí que para siempre!... ¡Ya te llevan!... ¡Ya me separan!... ¡Me lanzan!... ¡Pide á Dios mi muerte, santa mía... ¡El te lo concederá todo!... ¡Ahora mismo!... ¡Y que ya estemos siempre juntos!... ¡Me oyes..., paloma del cielo?... ¡Oyes á tu vida..., á tu marido?...

Hubo que sostener lucha espantosa para arrancarle el cadáver, aún caliente, y apartarle de allí... La santa, horrorizada, contemplaba con los pelos de punta aquella que creía profanación vitanda del cadáver de su desgraciada hija, con lo que, y el fracaso de su tenaz pensamiento de acudir todavía con la Extrema-Unción, administrada por el Padre Ortega, cuando aún la acabada de espirar, intacta, conservaba un resto de vida, la cólera sagrada encendió su pecho, revolvióse cual soldado de Cristo en defensa de la fe contra el malvado

profanador, y, así que le hubieron desprendido, le gritó desesperada:

—¡Ahora mismo!..., ¡ahora mismo!... ¡Fuera de mi casa para siempre!... Aquí... ¡ya no es usted nadie!...

Clavo que se apresuró á remachar, dando en el de su oculta codicia triunfadora, Fidel Larrea, al apoyar con hosco semblante, y señalando hacia la puerta:

—¡Fuera se ha dicho!

Pero Manolo se revolvió como león herido, y crispó los puños, y puso tal expresión en su rostro, que todos se hicieron atrás, creyendo en un ataque destructor de locura furiosa. Por fin brotó el rayo, ardiendo en estas palabras encendidas:

—¡Cobardes..., no huyáis!... ¡No..., no os mato, cual merecéis!... ¡Ahí os quedáis con el cadáver aniquilado: yo me llevo el alma!... Y me voy..., me voy... ¿Creíais que iba á quedarme revolcándome en las inmundicias de vuestros codiciosos apetitos?... ¡Para siempre!... ¡No temáis que vuelva!... ¡¡Miserables!!...

Salió temblando de dolor y de ira... Cruzó el gabinete, se metió en su alcoba, donde se le oyó revolver no se sabe qué, y momentos después tornó á presentarse con sus recias y altas botas de campo en tiempo de aguas, claveteadas para salvar los barros, con su amplio capuchón de lluvias, colgada la cartera de viaje, las manos enguantadas, un roten en las manos..., y, sin mirar nada ni á nadie, bajó las escaleras, atravesó el portal...,

y se perdió en las sombras sin fin de la noche.

Era la última de Enero, y todavía tardaría en amanecer tres ó cuatro horas.

II

El alboroto que estos atropellados sucesos levantaron en el hotel garzónico fué extraordinario. Los criados todos, la gente de la cocina, y no pocos allegadizos llenaron los pasillos y habitaciones «de arriba», la mayoría verdaderamente afligidos por la aún no esperada muerte de Maruja. Las escenas tormentosas que inmediatamente se desarrollaron acabaron de llevar al colmo el estupor y la expectación. ¡Y no hay que decir si, á trasmano del aparatoso duelo que sus caras y aposturas exhibían, se haría oídos aquella gente y pondría cien ojos para enterarse bien de aquella nunca vista tragedia!

Entre los que con mayor disimulo y ahinco procuraba no perder detalle, colado entre la muchedumbre de curiosos hasta el más ventajoso observatorio, contábase Quico. El cual, sorprendido á última hora por la salida de su señorito en traje de viaje, lanzóse tras él para vigilarle y correr á dar cuenta de todo á su padre. Pero cuando se echó á la calle, ya no vió por parte ninguna al huído, si bien creyó adivinarle en una sombra lejana, que sin duda se dirigía por la ermita de Velilla, camino de Mauda adelante.

El tiempo, después de muy pocos días de densísimas nieblas, había vuelto á cerrarse en aguas, y la noche estaba tremenda de veras. Caía espesa lluvia de nieve, arremolinada por el cierzo, que en son agudo y temeroso parecía silbar en las lontananzas insondables de la llanura muerta estrofas desoladas. La humedad y el frío calaban hasta los huesos.

El relato de Quico á Blas y Rupa, desvelados junto al fuego de la cocina (hasta el pequeño Manolín habíase negado á desnudarse y acostarse, teniendo que echarle á dormir sobre la tarima de la gloria, perfectamente abrigado), produjo el efecto de una bomba. ¡La señorita Maruja, muerta! ¡El señorito Manolo, lanzado de la casa, y huído no se sabía dónde!... El viejo Blas se transformó por completo, y apareció sereno, cual dispuesto á desarrollar friamente plan largo tiempo concebido.

—Vamos á ver,—interrogó á Quico.—¿Dices que el señorito Manolo salía del pueblo por Velilla, camino de Mauda?

—De seguro él era, padre.

—¡Tal creo!

—De no haber venido aquí, él s'ha dío drecho pa Mauda en cáa el abuelo Juan.

—¡Bien, bien! Pues ahora mismo te aparejas á escape el macho burreño que anda que vuela, montas en él, y por el atajo de los molinos, á Mauda. Y en cuanto allí le encuentres, me envías un propio.

—Entiendo, padre.

—Y tú (volviéndose á Rupa), á echarte el pañolón encima, y volando, en cáa de la difunta, á esconderte entre todos, y á no perderme de vista ni tanto asín de lo que allí suceda. ¡Yo he de saberlo todo, entiendes?

Momentos después se echaba fuera el matrimonio, cada uno en demanda de su empresa.

—Y ahora yo,—murmuró el terrible inválido viejo, tapándose con enorme capotón y demandando gruesa cacha herrada.—¡A Velilla!... ¡Por un por si acaso!

Seguía lloviendo agua menuda y nivosa con un cierzo que espantaba. La negrura de la noche era la del caos absoluto antes de la creación de la luz. Sólo guiado por el instinto de una adaptación secular propia de seculares indígenas podía chapuzarse con sentido de la dirección en el fondo de aquellas tinieblas insondables. A Blas guiábale además la luz de su pasión interior, largo tiempo encendida, la cual templábale también el cuerpo con la fiebre, de modo que ni sentía la lluvia, ni el viento, ni el frío intensísimo.

—¡Por Velilla!...,—mascullaba, mientras adelantaba entre el barro y las tinieblas.—¡Ese se escapa también!... ¡Como su padre!... ¡Dios, si le encuentro!... ¡Y tengo que hallarle..., así revuelva el mundo!... ¡Le cojo!... ¡Volvemos!... ¡Mato á la tía!... Y luego... ¡que se vaya!... ¡Sí!... ¡Que se vaya entonces..., después de haber hecho justicia! ¡Y yo, también..., á la otra banda!

De repente llegó hasta él en una ráfaga del helado vendaval rumor de voces y de pasos. Aplicó el oído. ¡No hay duda! Procedían del hotel de los Garzones próximo. Entonces torció sus pasos, y, sin darse cuenta de lo que hacía, inconscientemente, cual atraído por imán irresistible, hacia el hotel dirigióse.

Acababan de lanzar á la turba foraina de curiosos, cuyas voces fueron las por Blas oídas. Dentro sólo habían quedado las personas íntimas y criados de la casa, todos en las habitaciones «de arriba» y disponiéndose á velar el cadáver de la lechucita. Blas llegó á la puerta, momentos antes cerrada tras los despedidos, y, sin saber por qué, llamó resueltamente. Momentos después abrió un criado de la huerta.

—¡Tío Blas!—(con asombro).—Pues ¿cómo aquí con la noche que hace y lo malo que diz se halla?

—¿Está arriba la señora!

—Claro de que sí.

—¡Dila que necesito verla á ella sola, y aquí mismo!

Y se metió en un pequeño cuarto de recibir próximo al portal, en el piso bajo, alumbrado con lamparillas como toda la casa.

—¡Bueno, hombre! Voy allá á icírselo; aunque, ¡quisió si quedrá bajar ahora!

Pero quiso bajar... ¡Blas! ¡A aquellas horas y en tales circunstancias! ¿Habría hecho su yerno alguna ferocidad que á ella le comprometiese?

¡Era preciso enterarse!... Y bajó sola á averiguar lo que ocurría.

—¡Qué es lo que usted busca aquí, á estas horas y en estos momentos solemnes?

—¡Qué busco? ¡Dios!... ¡Al amo!, ¡á mi señorito!, ¡á Don Manolo!

—¿Y eso es lo que tenía que decirme?—(con tono imperioso y despectivo).

—¡Eso!... ¡Eso!... ¡Y si usted no me le presenta ahora mismo!...

—¡Palo de la misma astilla!... ¡Soberbia!... ¡Amenaza!... ¡Espuma de Satanás!... ¡Vaya..., basta ya! Retírese en el acto, y acabe de una vez la ralea de Bermejos en su tarea de perturbarme, cuando mayor imperio necesito sobre mí misma, para rendirme á Dios y á su santísima misericordia.

Y señalaba con imperio la puerta.

—¡Que no, digo!,—rugió Blas por lo bajo, tembloroso, desconcertado el semblante, y plantándose ante la santa.—¡El señorito! ¡Tú lo has perdido..., tú lo has echado, mala culebra!... ¿Aónde!

La santa quedó aterrada ante aquella descompostura. Entonces fué á llamar, y, para hacerlo, quiso apartar al viejo instintivamente de la puerta. Advertir éste la acción, y sentir en el cerebro el golpazo de la mala sangre, el rugido de la fiera, la ola bestial que se esconde en los más oscuros fondos bajo el subsuelo insondable del sér humano, fué todo uno. Desprendiósele el capotón al suelo, crispáronsele los puños en una contracción

poderosa é irresistible, alzó al aire la herrada cacha, y con fuerza nerviosa de loco delirante la sacudió, rápida como el rayo, sobre la cabeza de la consternada Doña Presenta, que cayó al suelo hecha un ovillo.

Enseguida, tambaleándose por la convulsión nerviosa, huído cual fiera perseguida, ganó de dos trancos la puerta de la calle, y volvió á sumirse en las negruras sin fondo de la noche.

III

Parecía un beodo en su andar descompuesto y sin tino. Era cerca del amanecer, y no transitaba alma viviente por las calles del pueblo, que parecía muerto y sumergido. Seguía lloviendo. Seguía silbando el cierzo gemidos pavorosos, como de dolores ultrahumanos. Blas se orientaba evidentemente otra vez hacia Velilla.

Por fin salió al campo, y allí quedó desvanecido, disipado, entre los dos infinitos sin medida que le envolvían: el cielo negro y la llanura ilimitada. Entonces pareció que apretaba el paso á sumergirse en la gran sombra.

—¡Dios de Dios!,—jadeaba el trastornado con anhelos y estertores sofocantes.—¡Dios de Dios!... ¡La derribé!... ¡La maté me creo!... Bueno... ¡mejor!... ¡Ya estoy satisfecho!...

Y le relucían los ojos entre las tinieblas, como

los de un lobo, y seguía adelantando entre el barro cada vez más encharcado, y el viento y la lluvia le calaban á cada momento con mayor ímpetu, y él, siempre jadeante, estertoroso, delirando ideas terribles:

—Ahora..., claro es..., ¡Blas, un criminal!... ¡Un criminal..., un criminal!... ¡Dios de Dios! Y me buscarán... ¡á mí!... ¡para ahorcarme! Pero.., ¡Dios sabe de leyes más que los hombres!... Lo que quiero es ver á mi señorito..., á Don Manolo..., y darle la noticia, para que se consuele el pobre... ¡Y luego!...

De repente se halló rodeado por una laguna inmensa, cenagosa y profunda. Tuvo que pararse y hacerse cargo de la amenazadora realidad que le rodeaba.

—¡Calla!, — murmuró consternado.— ¿Dónde estoy? ¡Me he perdido!... ¡Este es el valle! Pero ¿por dónde he entrado! ¿Por dónde se sale de aquí, de este infierno de agua y barro!

Se desorientó, se perdió, quedó profundamente desalentado. Entonces comenzó una lucha espantosa, llena de horror profundo, con la muerte que le acechaba. Iba y venía buscando las linderas altas y tentando con la cacha que de sostén le servía; los pies se le hundían en el fango; resbalábase con frecuencia y quedaba sumergido hasta la rodilla en el agua fría y barrosa; la lluvia de nieve le azotaba rostro y manos, le empapaba la ropa, le calaba hasta los tuétanos; el cierzo le arrecía y empezaba á hacerle tiritar, helándole la

febrícula que de continuo le devoraba. No sabía qué dirección tomar. Las fuerzas se le iban agotando.

—¡Esta es buena!... ¡Vamos!...¡Aquí pago mi crimen!... Pero ¿y el señorito..., y el señorito! ¿Dónde andará á estas horas! .. ¡Acaso, próximo á morir como yo!... Pero ¿estaré loco para buscarle por aquí!... No..., esto es permisión de Dios..., para que pague el crimen que he hecho... ¡Otra vez crimen!... ¡Si no es crimen..., si no es crimen!...

Se paraba exhausto, y volvía á avanzar á la ventura, cada vez más aterrado y yerto.

—¡Si pudiera volverme al pueblo!... ¡No...; pero eso, no... (con horror)...; ya no es posible! Me echarían mano... ¡Y á la horca!

El agua profunda y cenagosa le envolvía ya por todas partes. La cabeza empezaba á desvanecérsele, y la vista á turbársele, sintiendo siempre, siempre, en los oídos, como un pedal zumbador y monótono que le aturdía, el silbar del cierzo gimiente, lejano, temeroso. De pronto se creyó iluminado por idea salvadora.

—¡Velilla!... ¡Sí, en Velilla, en la ermita, está de seguro el señorito Manolo!... ¡Si pudiera llegar hasta ella...!

Y empezó á husmear el horizonte, cual perro que olfatea un rastro.

—¡No, y no debe de estar lejos!... Yo me he perdido en el valle... Luego aquí..., á la izquierda... ¡Sí! (con temblor de alegría), allí me parece

que la distingo..., sobre el alto!... ¡Ella es..., ella es!... ¡Su sombra!

Y en efecto, algo distinguió con su vista acostumbrada y experta entre el caos tenebroso que le rodeaba. Pero ¡cómo llegar hasta ella? Volvió á realizar esfuerzos mortales, avanzando, retrocediendo, hundiéndose en el agua, en el lodo, bajo la lluvia cada vez más densa.

—¡No, no, ya no puedo!,– murmuraba con ronquido anheloso que daba miedo.—Esto se acaba... ¡Conozco que me faltan las fuerzas..., que voy á caer...! ¡Dios mío..., Dios mío!

De repente dió con un linderón muy alto, echó por él adelante aprovechando un último brote de fuerzas, y á su término... se encontró con el ribazo, ¡bien lo conocía!, que sube hasta el camino de Velilla. Pero... ¡qué! ¡Sí allí, allí próxima, sobre la cima, estaba la propia ermita, cuyo macizo se columbraba borroso, pero seguro, cual una sombra sumergida dentro de otra sombra! Le dió un vuelco el corazón. ¡Estaba salvado!

Entonces ciego por el júbilo inesperado, ansioso por terminar su salvamento y encontrar á su señorito, á quien su delirio habíase empeñado en refugiar allí, sin saber lo que hacía, abandonó el linderón, se echó tierras arriba, y...

¡Aquello fué el colmarse toda medida de horror y de espanto! Mientras anduvo por el valle, las arenas fangosas permitiéronle siempre, aunque con dificultad, los movimientos de avance; pero, así que empezó á subir á la planicie, las arcillas,

las terribles arcillas intransitables fuera de ciertos caminos firmes, comenzaron. No había llegado el delirante á la mitad de la pequeña cuesta, cerca ya, muy cerca de la ermita, cuando el avance se le hizo totalmente imposible. ¡Se quedó clavado! Como un sillar cogido con cemento indestructible.

Su alma se llenó de mortal congoja, al comprender en un momento de lucidez la imprudencia cometida. ¿Retrocedería? Ya era tarde. ¿Avanzar! También imposible... Resolvió descansar para restaurar energías é intentar un último supremo esfuerzo. Pero... ¡también era tarde para la salvadora reacción! El frío, el agua, la acción deprimente del remordimiento irresistible en su alma no criminal, los terrores todos que le rodeaban, acabaron de repente con la energía nerviosa de loco delirante, único motor que le había lanzado y mantenido en pié en aquella trágica aventura. Y entonces quedó allí, inerme y agotada, la piltrafa de cuerpo que al pobre Blas restaba, como despojo de su terrible enfermedad, sobrada ella sola para matarle. Desapareció el neurósico, y quedó el enfermo ..

Empezaban á insinuarse entre la caliginosa lluvia los primeros tenues reflejos del próximo crepúsculo: fría penumbra que parecía más siniestra que la propia negrura de la noche. Las lontananzas tristísimas, desoladas y desnudas de la llanura campesina surgían entre el caos. La lluvia arreciaba azotando con mayor ímpetu las tierras. El diálogo zumbador y amenazante de los

vientos en la inmensidad no cesaba un punto...

Blas sintió las primeras bascas del síncope revueltas con un último impulso hacia la salvación y la vida. Viendo que le era imposible desclavar los pies del suelo, hincóse de rodillas, y comenzó á gatear jadeante, como fiera perseguida, arañando con pies y con piernas para ganar la cumbre... ¡Fué su perdición definitiva! En un momento quedó el sin ventura indesuniblemente adherido á la terraza...

Entonces comenzó una lucha espantosa, terrorífica. Empezó á revolcarse. Quiso hacerse rodar cuesta abajo para volver al linderón del valle. Forcejeó con piernas, con manos, con la cabeza misma, con las uñas..., con los dientes... ¡Aquello dejó de ser una figura humana para transformarse en un monstruo de barro pardo y fangoso que palpitaba, que gemía, que ejecutaba contorsiones de persona, que se clavaba en la arcilla por el torso, por la cabeza, por la cara misma...

Del seno de aquel montón monstruoso y semoviente partieron algunas guturaciones poderosas, desesperadas, como de náufrago que pide el último socorro; después pudo advertirse un chapoteo atáxico, descompuesto, entre el barro vivo y el barro inerme; siguieron algunos coletazos y latidos de la espantosa alimaña, reproducción de los ensueños zoológicos esbozados en las viejas edades telúricas; por último todo quedó inerte... ¡Dios sólo sabe la agonía por dentro del alma allí enterrada...!

IV

En aquel momento se esbozó entre la indecisa penumbra crepuscular la diminuta figura de un niño que por la parte del pueblo adelantaba hacia la ermita llorando con esa pena lastimosísima de los niños abandonados, y clamando entre sus gemidos:

—¡Abolito!... ¡Padino!...

Era Manolín el rubio. El cual, en medio de la enajenación y el estupor producidos por la noticia de la anticipada muerte de la señorita Maruja y de la huída de Don Manolo, había sido abandonado en su gloria, sin que ni los padres ni el abuelo en él reparasen. Cuando este último fué á salir, removióse el dormidín, y hasta le oyó pronunciar borrosamente «¡A Velilla!, ¡á Velilla!», volviéndose á quedar como un tronquito bajo aquella impresión entre soñada y vigil.

Quedó, pues, sola la criatura, entregada á su sueño inocente. Pero la lumbre del hogar, por nadie atendida, se fué extinguiendo lentamente, el cocinón comenzó á enfriarse, y, urgado además el pequeñuelo por la posición incómoda y el hallarse vestido, pronto acabó por despabilarse completamente. Se incorporó, quedóse sentado, se restregó fuertemente los ojuelos con los puñitos, quiso mirar en torno suyo, y... se encontró á oscuras.

—¡Mamá!... ¡Abolito!...,—llamó entonces alarmado.

Y el silencio profundo que respondió á sus vocecitas persuadióle en el acto de que estaba solo. Brincóle el corazón en el pecho, y los nervios con el susto se le pusieron de punta.

—¡Mamá!... ¡Abolito!... ¡Pade!... ¡Pade!...,—comenzó á chillar sobresaltado, llenos ya de lágrimas los ojos.

¡Nada!... Entonces, empujado ciegamente por el terror, se bajó de la gloria, y á la tenuísima indecisa luz de los restos leñosos encendidos, y con los ojos muy abiertos, registró toda la cocina, hallándola vacía y negra. Salió al portal, llorando á lágrima viva, y... ¡nada tampoco!... Llamó á los cuartos próximos, se asomó á la escalera que daba acceso á las habitaciones altas, y gritó con la desesperación del miedo... ¡Igual soledad y vacío!

Aquello le trastornó, le impulsó á la huída... ¿Qué cosa más terrible, para una miedosa imaginación infantil, que una casa abandonada y vacía por la noche!... Sólo pensó en buscar la puerta de la calle, que encontró, al fin, *arrimada* solamente. La abrió con precipitación nerviosa, y se echó fuera, como quien se pone en salvo de una persecución de endriagos y fantasmas.

Estaba ya para amanecer, y en su apogeo el vendaval y la helada lluvia. ¿Qué iba á hacer él entretanto en la calle? ¿A dónde iría?... De repente sonáronle en el oído y se le despertaron en el recuerdo las frases de su abuelo al salir: «¡A Velilla!, ¡á Velilla!...» ¡Ah! ¡Pues allí, allí estaba el abolito!... ¡Andando, pues, para Velilla!

Y se sumergió en la negrura insondable. Iba andando sin saber cómo: el instinto sólo le guiaba. ¡Se sabía él tan de memoria el camino del venerado santuario, albergue de la patrona del pueblo, y uno de los más trillados sitios para los juegos de los muchachos!

Pero pronto empezó también á sentir miedo, un terror espantoso. ¡Era tan distinto aquel pueblo mudo, cerrado, náufrago en el mar de las sombras nocturnas, del pueblo habitado, alegre y luminoso que él conocía! Comenzó á anudársele de nuevo la garganta, y otra vez rompió en llanto de niño abandonado y sin amparo.

—¡Abolito!... ¡Mamá, po Dios!... ¡Qu'el niño eztá solo!... ¡Abolito!

Y se lanzó á correr, huyendo de algo, no sabía qué: de las sombras, de sus terrores, de la espantosa soledad que le envolvía.

—¡Abolito!... ¡Ven!... ¡Cógeme, po Dios!.... ¡Qu'el niño eztá solo!... ¡Abolito!

Y adelantaba siempre á un trotecillo, cada vez más jadeante y difícil, llorando desolado, cual si el alma fuérasele disolviendo entre las sombras. Había salido del pueblo, y, por fortuna, enfilado el camino derecho que á Velilla conduce. Iba con la cabecita al aire, la ropita medio desatada según á dormir le pusieron, la graciosa y rubia cabellera toda descompuesta. Pronto le caló el agua, las botitas se le encenagaron, y el angelito sintióse helar, hecho una esponjita empapada. Los agudos y lejanos silbidos del viento azotando la llanura, gi-

mientes, amenazadores, fúnebres ó coléricos, le consternaban sobre toda ponderación. Pero él, ¡derecho á Velilla, arrastrado por inconsciente impulso sugestionador de que allí encontraría á su abuelo, y cesarían todas sus congojas!

El crepúsculo empezó á romper las tinieblas nocturnas, y esto le animó un poco, ¡que buena falta le hacía! Ya vió cerca la ermita... ¡Adelante!... ¡Adelante!

Y trotaba siempre, fatigado y anheloso, cansado de llorar su exclamación eterna:

—¡Abolito!... ¡Abolito!... ¡Ven!... ¡Qu'el niño eztá solo!...

¡Por fin llegó! Se hallaba ante la puerta de la ermita. En el acto, con verdadera ansia, gateó agarrándose á los grandes clavos de cabeza saliente, como tantas veces jugando lo hiciera, llegó hasta el aldabón, se apoderó de él, y se desencadenó en el más furibundo repicoteo que le permitieron sus fuerzas.

—¿Quién llama?—gritó á poco la voz del sacristán-ermitaño, asomando por una ventanuca la husmeadora cabeza.

—¡Zoy yo, abolito!... ¡Abe, abe al niño!

Y siguió repicoteando engarabitado, prendido al vetusto herraje de la puerta, tiritando de terror, de sobresalto y de frío. Momentos después abríase un portillo, y el tío Santero (nombre con que el susodicho ermitaño-sacristán era llamado en el pueblo), encarábase con el aterrado rubio, hecho una zupia, y á quien no obstante por la voz y el

habla había reconocido; y todo trastornado, pues apenas acertaba á explicarse su presencia en aquella hora y tales circunstancias, le interrogó:

—¡Criatura!... Pero ¡qué es esto? ¡Qué te pasa?... ¡Jesús, Jesús, cómo estás, pobrecillo!...—(tentándole la ropa y examinándole)...—Vamos, ya sé, ¡te has perdido?... Pues ¡buenos, buenos estarán en tu casa! ¡Y no digo nada si lo sabe tu padrino!

—¡Mi padino, mi padino, sí!,—lloraba el desdichado, temblando de frío y de desmayo.—¡Mi padino eztá aquí!... ¡Y el abolito tamén!... ¡Yo quelo ve á l'abolito!... ¡Yo quelo con mi padino!

—¡Pero, qué dice este muchacho? ¡Pobrecillo! Con el susto de haberse perdido y andar..., ¡sabe Dios por dónde habrá andao el desventurao!..., no acierta lo que se parla. ¡Mira, mira; ahora mismo te voy á llevar á casa!

—¡A casa no, á casa no, que eztá sola! ¡Aquí eztá l'abolito! ¡Aquí eztá mi padino!

—¡Pues esta es otra! ¡Que han venido aquí tu padrino y tu abuelo! Sobre todo el abuelo, ¡bueno se halla el infeliz para salir de casa!... ¡A ver, á ver si escampa un poco, y!...

Como el alba clareaba cada vez más con resplandores cenicientos esfumados entre las nieblas obscuras de la espesa llovizna y las nubes densas, echóse fuera el Santero para explorar el horizonte y enterarse del cariz de la madrugada. Llegó hasta el borde próximo de la cuesta, y, como perro viejo, púsose á husmear las lontananzas. De repente su vista tropezó con un objeto próximo, re-

bujado en medio de la cuesta arada, como á unos treinta pasos de distancia. Conocedor, uno por uno, hasta de los cantos, terrones y aun granos de arcilla que la ermita rodeaban, sorprendióle desde luego el extraño bulto. Parecía un montón de barro. Pero ¿quién le había formado, si, al obscurecer del día anterior, no existía? Y luego, ¡con aquellas formas tan raras!

Siguió mirando, mirando, cada vez con mayor alarma é intensidad más viva... ¡No..., no había duda!... ¡Allí se descubría una cachaba!... ¡Allí asomaba una mano.. , miembros humanos!... ¡Horror!... Aquello..., sí..., sí..., ¡era una persona muerta!...

El tío Santero, ya viejecillo, se echó á temblar horrorizado, lleno de susto y de congoja. ¿Qué hacer? Pues es de advertir que vivía solo, sin la menor compañía, en un tabuco urgado de cualquier modo en la propia ermita. De repente tomó una resolución extrema.

—¡Mira, monín,—díjole al rubio,—estate aquí un momento. ¡Vuelvo en un Jesús! No te muevas de la puerta, ¿eh?

Y echó á escape, á avisar en unas casas próximas, á la entrada del pueblo. A la media hora escasa volvía acompañado de cuatro hombres y dos mujeres, estas últimas aguijoneadas por la curiosidad. Cuando llegaron á la ermita el pequeñuelo sin ventura seguía llorando, ronquito ya y casi afónico, con su sonsonete lúgubre.

—¡Abolito!.. ¡Abolito!.. ¡Yo quelo con mi abolito!

Todos se compadecieron. Las mujeres se apresuraron á acariciarle y consolarle.

—Pero ¿y el hombre muerto?

—¡Ahí le tenéis!

—Pues..., ¡recolle!... ¡Sí..., sí que lo es, tío Santero! Y... ¿qué hacemos?

—Recogerle lo primero... ¡Por un por si acaso!

—¡Sí!.. Y ¿quién entra en la tierra á por él?... ¡Ahí se clava el más pintao!

—¡To! Pa eso sos he avisao. Pa hacerlo entre todos, porque uno solo no puede.

Sacaron de la ermita unos tablones, largas cachas, y sogas, y, ayudándose unos á otros, el bulto monstruoso fué izado hasta la plataforma de la ermita. Procedieron á desembarrarle un poco el rostro, echándole sobre la cabeza calderos de agua sacados del pozo de la ermita, y de repente el tío Santero gritó, aturdido de espanto:

—¡El niño!... ¡El niño... decía la verdad!... ¡Es el tío Blas! ¡Mirarle!

Las dos tías chillaban aterradas; los hombres parecían lelos...

—¿El tío Blas!... ¡Recolle!... ¡Pos es que es de veras!... ¿Qué ha sucedío aquí!...................

....

¡No podían comprender aquellos míseros terrícolas, estupefactos por la ignorancia y la miseria, que tan horrible catástrofe era sólo un símbolo precursor de la catástrofe de su tierra..., de España entera acaso!

Entretanto el angelote rubio, tres veces huér-

fano aquella noche, exhausto ya de fuerzas, arrecido por la lluvia, helado, deshecho, poco menos que moribundo, sin conciencia alguna de lo que le rodeaba, persistía, con eco al fin extinto y apenas perceptible, en su lloro lastimoso y sonsonete fúnebre:

—¡Abolito!... ¡Abolito!...

V

Era la hora en que Manolo, totalmente muerto por dentro, daba el adiós postrero á la querida patria castellana, por cuya redención él, Cristo ignorado, se sacrificara vanamente...

Cuando salió de su casa se dirigió recto hacia Santiago, sin vacilar un instante, como quien ejecuta meditado pensamiento. Al llegar á la iglesia torció á la izquierda, y á los pocos momentos enveredaba el larguísimo camino que en la dirección más recta posible da acceso, á muy cerca de dos leguas, hasta la carretera de Toro. Era, por fortuna, la mejor vía de Valdecastro en tiempos de lluvia, ya por atravesar pagos un tantico arenosos, ya por tener á ambos lados dos altos linderones muy practicables para el paso de personas.

Por ellos echó adelante el desterrado, avanzando, sin embargo, con hartas fatigas entre la llovizna nivosa, el vendaval helado, las negras é infinitas sombras, y el piso cenagoso y resbalizo,

donde él se afirmaba gracias á las herradas botas y al roten formidable. Iba lento, desolado, pareciéndole que aquella noche espantosa era en el mundo la mejor y más natural compañera de su duelo eterno. Su corazón parecía vacío. Su cabeza encerraba en cambio el caos negro de todas las ideas, correspondiente á aquel exterior caos negro de todas las sombras.

—¡Adelante, Manolo, adelante con tu calvario!, —rezongaba al avanzar penosamente.—¡Aún te faltan pasos en tu pasión!... ¡Después vendrá la muerte..., la anhelada muerte..., la cariñosísima y amada muerte..., que me junte para siempre á...!

Un gemido ronco se unió á los agudos silbidos del viento, volando todos juntos llano adelante por la inmensidad sin límites.

—Pero ahora... ¡me resta aún la estación postrera!... ¡Ver á mi padre..., abrazarle..., fundir mi destierro con su destierro!... ¡Pobre anciano!... Y después... ¡morir al fin..., sólo morir!....

Enmudecía á veces, y el abismo negro parecía entonces responder á sus ideas desoladas con las desolaciones de la tormenta invernal y de la llanura afligida, en un diálogo sobrehumano.

—¡Sí..., sí!...,—volvía á murmurar meditando. —El camino emprendido es el más corto... Al amanecer, en la Portilla, junto á la carretera... A las diez, en Toro, para coger el mixto que me lleve á Medina... Desde allí, á Oporto... Y enseguida, al mar..., al mar..., y á otro mundo..., para

besar al pobre anciano, y, por fin... ¡á otro mundo más lejos todavía..., mucho más lejos..., una eternidad más lejos!...

Se empezó á cumplir exactamente el programa. Al iniciarse el triste crepúsculo de aquella noche horrenda había llegado al teso de la Portilla, á cuyo pié se desarrolla la carretera de Toro. Pertenece al término de Valcorba, y hállase ocupado por una viña, propiedad del padre de Manolo. En el centro de ella y punto culminante del teso levántase viejísimo molino de viento, cónico, construído, cual otros colegas, de adobes y tierra, con las gigantescas aspas pingajosas y destrozadas, ahora convertido en cabaña, refugio del guarda en aquel pago de viñas.

A él se dirigió sin vacilar el huído á cobijarse un momento y descansar de la horrible faena de las dos leguas andadas al través de aquella noche y aquel camino de infierno, esperando entretanto que acabase de esclarecer el día. Empujó el portillo entreabierto, registró el interior con la mirada, y como estuviese completamente vacío, sentóse sobre enorme tarugo leñoso que junto á la entrada, por la parte interior, había. Famoso es en el país el teso de la Portilla, verdadera divisoria de aguas, desde el cual domínanse con la vista verdaderas inmensidades: hacia el norte la planicie sin límites, abollada y descompuesta, de la tierra de Campos; á medio día, la degradación prolongadísima y lejana de tesos, alcores y terrosos cabezos, que baja hasta el profundo y por aquella

parte anchísimo valle, en cuyo fondo corre hacia Portugal el Duero.

En el momento mismo de sentarse Manolo dentro del molino y mirando dolorosamente abstraído, hacia su tierra, lluvia y cierzo arreciaron con furia, condensáronse nubes y nieblas, y la luz inicial del crepúsculo pareció volver á apagarse, vencida por el ceño sombrío del temporal desencadenado. ¡Lucha angustiosa entre los helados reflejos de un sol que surgiría apagado por el mar de nubes, y las negruras de la noche prolongadas por la tormenta! Así fué de interminable y luctuoso aquel crepúsculo, más que por una luz, por una penumbra impelido.

El desterrado parecía apreciar esa lucha que semejaba, mejor que un revivir, una agonía, acompañada del son funeral del viento y de la lluvia zumbando sobre la llanura solitaria. Según el frío crepúsculo avanzaba, rompíanse nuevos términos cada vez más lejanos, y surgían cosas siempre muertas, siempre desoladas: horizontes vacíos que las tristes pupilas del Edipo campesino iban ansiosas devorando.

—¡Ya veo á Valcorba!,—gruñía ronco y gimiente.—Allí surge la mancha oscura del monte que fué de mi madre, que fué mío, y hoy... ¡al hoyo sin fondo de mi desventura!... Ahora despeja por este lado... Allá salen los términos de Mayorga..., de Villalón .., de las fronteras palentinas..., ¡todo lo mismo!... ¡todo lo mismo!... ¡Qué tierra esta, Dios mío!... ¡Qué desolación!... ¡Terrones..., te-

rrones..., siempre terrones!... Todo, desollado..., abarrancado..., desnudo... ¡Parece maldita por un genio del mal!...

Se quedó sumido en no sé qué honda inmersión de ideas negras y siniestras... Las densas brumas terminales seguían deshaciéndose en penumbras borrosas, entre las que se dibujaban perspectivas lamentables y deformes: tierras mojadas, encharcadas, barrosas; tesos, cárcavos, arañaduras socavadas en la triste planicie de pardas y ásperas arcillas; pueblos grises y terrosos, confundidos con el rudo suelo, y que como el cadáver del tío Blas, parecían otros tantos náufragos horrendos en el mar de arcilla... Y ni un tono verde..., ni una fronda arbórea..., ni una línea suave..., humana..., nunciadora de vida... ¡Oh trágica desolación..., sagrado horror... de un pueblo ilustre..., de una raza heróica..., agonizando de acabamiento y de miseria al peso de una de las más espantosas tragedias históricas que en los anales del mundo se conocen!...

—¡Y yo que soñé,—volvió á rezongar el coronado de espinas y crucificado,—con una regeneración de esta querida tierra..., solar de mis mayores..., solar de España entera!... Pero no..., ¡no he podido!... ¡Pensar!... ¡Trabajar!..: estas eran mis armas... ¿Cómo no las entendieron estos pobres esclavos para redimirse!.. ¡Dios mío!.. ¡Dios mío!.. ¿Será verdad que está muerta el alma de esta pobre patria..., de esta raza de bronce? ¡Muerta!... ¡Asesinada por los teólogos!... ¡Enterrada por los

leguleyos y políticos!... ¡Qué tragedia!... Y ahora... ¡la guerra de Cuba!... ¡El choque con lo imposible!... ¡La hemorragia final del moribundo!... ¡Dios!... ¡Dios mío!.., envía tu redención... ¡No ha de haber piedad para estos hundimientos? ¡España..., si una esperanza, una sola esperanza siquiera...

En aquel momento obscura nube, que había tenido encerrado en su vientre de sombras lluviosas á Valdecastro y su vallejo, se abrió, y apareció el pueblo como desvanecido y fundido en aquellas lontananzas mojadas y pálidas. Su vista repentina turbó de tal manera al náufrago, que enmudeció, levantóse cual lanzado por oculto resorte, quedósele cadavérico y espantoso el semblante, rompió en sollozos desgarrantes, y, entre un hipo que parecía agonía horrenda, sólo tuvo fuerzas para clamar:

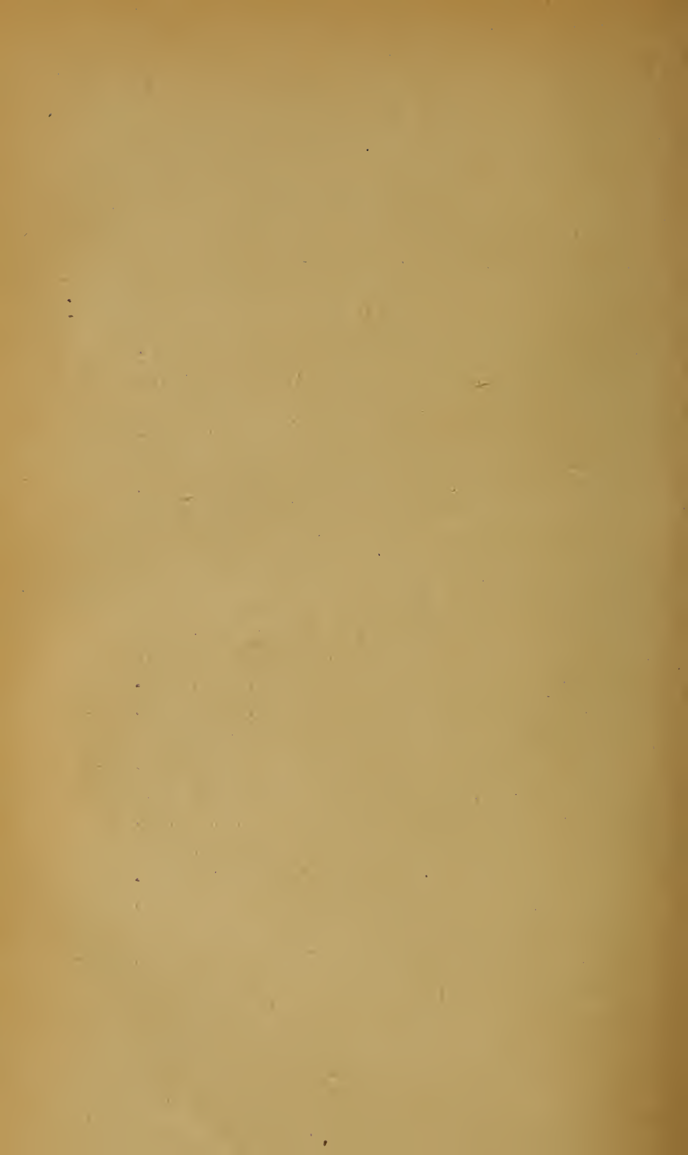
—¡Allí..., aquél es,... allí todavía, el cadáver del ángel,... del sér divino.., de mi vida... ¡Todo... todo ha concluído para mí en el mundo!: ¡¡mi bien,... mi patria...!!

Estalló un rugido lloroso, cual último escape de una vida rota y destrozada... Manolo salió de la cabaña, bajó á la carretera, y su figura de peregrino desterrado se perdió momentos después entre las penumbras lluviosas de la llanura gris y los gemidos mugidores del vendaval temeroso.

Diciembre de 1897.—Febrero de 1898.

FIN DE LA OBRA

ÍNDICE



Biblioteca de la mujer.—IV. Reinar en secreto (La Maintenón), por el padre Mercier, de la Compañía de Jesús; un tomo en 8.°, 3 pesetas.

V.—Historia de Isabel la Católica, por el Barón de Nervo, y elogio de la misma, por D. Diego Clemencín: un tomo en 8.°, 3 pesetas.

VI.—Instrucción de la mujer cristiana (Tratado de las vírgenes), por Juan Luis Vives; un tomo en 8.°, 3 pesetas.

VII.—La revolución y la novela en Rusia, por Doña Emilia Pardo Bazán; un tomo en 8.°, 3 pesetas.

VIII.—Mi romería, por Doña Emilia Pardo Bazán; un tomo en 8.°, 2 pesetas.

IX.—La mujer ante el socialismo, por Augusto Bebel; un tomo en 8.°, 3 pesetas.

BIBLIOTECA DE AUTORES ESCOGIDOS

A una peseta cada tomo

Quevedo.—Marco Bruto, un tomo.
Souvestre.—Un filósofo en una guardilla, un tomo.
Quintana.—Obras poéticas, un tomo.
Ossian.—Poemas gaélicos, dos tomos.
Jovellanos.—Oraciones y discursos, un tomo.
Víctor Hugo.—Discursos, dos tomos.

Chacel.—Cantos del Gitano, 2 pesetas.
Chaves.—Recuerdos del Madrid viejo, 2 pesetas.
—El príncipe Carlos, 2 pesetas.
Fernández y González (Delfín).—Cabuérniga; sones de mi valle, 2 pesetas.
Feval.—El hijo del diablo; tres tomos en 4.°, 8 pesetas.
Flores.—La historia del matrimonio, 2 pesetas.
—Tipos y costumbres españolas, 3 pesetas.
—Ayer, hoy y mañana; seis tomos, 18 pesetas.
Frontaura.—Galería de matrimonio; dos tomos con 258 grabados, 7 pesetas.
—Sermones de Doña Paquita, 3 pesetas.
—Tipos madrileños, cuadros de costumbres, 3 pesetas.
—La doncella del piso segundo; recuerdos de un estudiante, 3 pesetas.
—Mano de Angel. (Novela de un joven rico.)—El caballo blanco. (Memorias de un empresario.) Las dos forman un tomo, 3 pesetas.

Ganivet (Angel).—La conquista del reino de Maya, por el último conquistador español Pío Cid. Madrid, 1897; 3 pesetas.
—Idearium español, 1,50 ptas.

Génlis.—Las veladas de la Quinta; dos tomos, 4 ptas.
Gil (D. Constantino).—Madrid riendo; un tomo en 8.°, 2 pesetas.

Groizard.—Cuentos y leyendas, 1,50 pesetas.
Heras.—Cómicos y comiquillos: cincuenta y seis semblanzas de ellas y setenta de ellos, en verso, por Dionisio de las Heras (Plácido), con ocho caricaturas de ellas y diez de ellos, de Navarro. Madrid, 1896; un tomo en 8.°, 2 pesetas.

Martínez Villegas.—Poesías escogidas. Edición costeada por el Casino Español de la Habana; dos tomos en 8.°, 8 pesetas.

Navarrete (Ramón).—El crimen de Villaviciosa, con prólogo de Blasco. Madrid, 1883; en 12.°, 1,50 ptas.
Ocantos.—(Novelas argentinas.) Tobi. Madrid 1896; un tomo en 8.°, 3,50 pesetas.
—Promisión. Madrid, 1897; un tomo en 8 °, 3,50 ptas.
Palacio (Manuel del).—Chispas ilustradas de Perea, Andrade y Saint-Aubín. Fotograbados de Páez. Un tomo en 8.°, 4 pesetas.

Palacio Valdés.—José; un tomo en 8.°, 3,50 pesetas.
—Aguas fuertes (novelas y cuadros); un tomo en 8.°, 3 pesetas.
—Riverita; dos tomos en 8.°, 6 pesetas.
—Maximina. Segunda parte de Riverita; dos tomos en 8.°, 6 pesetas.
—El cuarto poder; dos tomos en 8.°, 6 pesetas.
—La Hermana San Sulpicio; dos tomos en 8.°, 6 ptas.
—La Espuma (ilustrada por Alcázar y Cuchy); dos tomos en 4.°, 8 pesetas.
—La Fe; un tomo en 8.°, 4 pesetas.
—El Maestrante; un tomo en 8.°, 4 pesetas.
—El origen del pensamiento; un tomo en 8.°, 4 ptas.
—Los majos de Cádiz; un tomo en 8.°, 4 pesetas.

Obras completas publicadas:

Tomo I.—El idilio de un enfermo; un tomo en 8.°, con el retrato del autor, 4 pesetas.
Tomo II.—Marta y María; un tomo en 8.°, 4 ptas.
Tomo III.—El Señorito Octavio; un tomo en 8.°, 4 p.

Pardo Bazán (Doña Emilia).—La cuestión palpitante; un tomo en 8.°, 3 pesetas.
—La piedra angular, 3 pesetas.
—Los Pazos de Ulloa, 3 pesetas.
—La Madre Naturaleza, 3,50 pesetas.
—Cuentos de Marineda, 3 pesetas.
—Polémicas y estudios literarios, 3 pesetas.
—Insolación y Morriña, 3,50 pesetas.
—La Tribuna, 3 pesetas.
De mi tierra, 3 pesetas,
—La Revolución y la novela en Rusia, 3 pesetas.
—Una cristiana, 3 pesetas.
—La Prueba, 3 pesetas.
—Mi romería, 2 pesetas.
—Al pie de la torre Eiffel, 1,50 pesetas.
—Por Francia y por Alemania, 1,50 pesetas.
—Cuentos nuevos, 3 pesetas.
—Doña Milagros (novela nueva), 3,50 pesetas.
—Los poetas épicos cristianos, 3,50 pesetas.
—Novelas ejemplares, 3,50 pesetas.
—Memorias de un solterón, 3,50 pesetas.
—El saludo de las brujas, 4 pesetas.

Pereda (D. José María de), de la Real Academia Española.—Obras completas: dieciséis tomos, que se venden á 4 pesetas cada uno en Madrid y en Santander, y á 4,50 en el resto de España. Van publicados los siguientes:

I.—Los hombres de pró, con el retrato del autor y un estudio crítico sobre sus obras, por D. Marcelino Menéndez y Pelayo.
II.—El buey suelto..... (Segunda edición de las obras completas.)
III.—Don Gonzalo González de la Gonzalera. (Tercera edición.)
IV.—De tal palo, tal astilla. (Segunda edición.)
V.—Escenas montañesas. (Segunda edición.)
VI.—Tipos y paisajes. (Segunda edición.)
VII.—Esbozos y rasguños.
VIII.—Bocetos al temple.—Tipos trashumantes.
IX.—Sotileza. (Segunda edición.)
X.—El sabor de la tierruca. (Segunda edición.)
XI.—La puchera.
XII.—La Montálvez.
XIII.—Pedro Sánchez.

Pereda.—XIV. Nubes de estío.
XV.—Peñas arriba. (Segunda edición.)
XVI.—Al primer vuelo.
Fuera de la colección:
—Pachín González. Madrid, 1896; un tomo en 8,°. 3 p.
—Tipos trashumantes, edición elegantemente ilustrada; un tomo en 4.°, 5 pesetas.

Pulido.—Grandes problemas, por D. Angel Pulido Fernández, de la Real Academia de Medicina. Contiene: Al Sr. D. M. Menéndez Pelayo.—La alimentación de los pueblos.—El alcoholismo.—El Arte Médico.—La doctrina bacteriológica —La despoblación de España. Madrid, 1892; un tomo en 8.°, 3 pesetas.
—Plumazos de un viajero. París.—Bruselas.—Holanda.—Alemania.—Austria-Hungría.—La Universidad Alemana.—El estudiante alemán. Madrid, 1883; un tomo en 8.°, 3 pesetas.
—El gran pueblo. El monasterio del Paular —La disección. (Descripciones de viaje.) Madrid, 1893; un tomo en 8.°, con ilustraciones de D. R. Pulido y fotograbados de L. Romea, 3 pesetas.
—Miniaturas científicas. Colección de tesis con un prólogo de D. José Echegaray. Los temas tratados llevan los siguientes títulos: Medicina árabe.—Educación física de la mujer.—El corro de niñas.—Evolución de las enfermedades —La Medicina y la Pintura.—El Poema de la circulacion. Madrid, 1894; un tomo en 8.°, 3 pesetas.
—La emoción oratoria. Madrid 1896; un tomo en 8.° mayor, 3 pesetas.
—La pena capital en España. Madrid, 1897; un tomo en 8.°, 2 pesetas.

Quevedo.—Historia y vida del gran tacaño.—El sueño de las calaveras.—El alguacil alguacilado, 0,50 p.

Sinués (Doña María del Pilar).—Mujeres ilustres.—Narraciones histórico-biográficas; tres tomos, 6 pesetas.—Contienen: I. María Estuardo.—Santa Teresa de Jesús.—II. Catalina Gabrielli.—Agrippina, Princesa Romana.—Blanca Capelo, Reina de Chipre y gran Duquesa de Toscana.—III. María Josefa Tascher de la Pagerie.—Juana de Arco.—Luisa Maximiliana de Stolberg, Princesa Estuardo y Condesa de Albany.

Véanse las obras de Sinués en la cubierta de este libro.

Taboada.—Madrid en broma, con grabados, 3,50 ptas.
—La vida cursi, con grabados, 3,50 ptas
—Siga la fiesta, con grabados, 3,50 ptas.
—Caricaturas, con grabados, 3,50 ptas.
—Titirimundi, con grabados, 3,50 ptas.
—Páginas alegres, 3,50 ptas.
—El mundo festivo, 3,50 ptas.
—Madrid alegre, 3,50 ptas.
—Cursilones, 3,50 ptas.
—Tipos cómicos, 3,50 ptas.

Taparelli.—Las causas de lo bello, según los principios de Santo Tomás; un tomo en 8.°, 2 pesetas.

Tarbe.—El conde de Morat. Novela de sumo interés, traducida por D. C. Frontaura, 2,50 pesetas.

Valbuena.—Ripios aristocráticos (sexta edición); un tomo en 8.°, 3 pesetas.
—Ripios académicos (tercera edición); un tomo en 8.°, 3 pesetas.
—Ripios vulgares (tercera edición); un tomo en 8.°, 3 pesetas.
—Ripios ultramarinos, primero, segundo y tercer montón; tres tomos en 8.°, 9 pesetas (se venden separados á 3 pesetas).
—Fe de erratas del Diccionario de la Academia (tercera edición); cuatro tomos en 8.°, 12 pesetas (se venden separados á 3 pesetas).
—Capullos de novela; un tomo en 8 °, 3 pesetas.
—Novelas menores; un tomo en 8.°, 3 pesetas.
—Agridulces (políticos y literarios), primera y segunda toma; dos tomos en 8.°, 6 pesetas.
—Cuentos de barbería aplicados á la política, 2 ptas.
—Pedro Blot, versión de Paul Feval (segunda edición), 2 pesetas.

Valera (D. Juan).—Estudios críticos sobre literatura, política y costumbres de nuestros días (segunda edición); tres tomos, 9 pesetas.
—Canciones, romances y poemas; un tomo en 8.°, 5 p.
—Cuentos, diálogos y fantasías, un tomo en 8.°, 5 p.
—Nuevos estudios críticos; un tomo en 8,°, 5 pesetas.
—Novelas: Pepita Jiménez y el Comendador Mendoza; un tomo en 8.°, 5 pesetas.
—Doña Luz, y Pasarse de listo; un tomo en 8.°, 5 ptas.
—Ilusiones del doctor Faustino; un tomo en 8.°, 5 p.

Valera.—Disertaciones y juicios literarios; un tomo en 8.°, 5 pesetas.
—Juanita la Larga, 3,50 pesetas.
—Genio y figura....., 3 pesetas.
—De varios colores, 3 pesetas.
—A vuela pluma, artículos literarios y artísticos, 4 p.
—Cartas americanas (primera serie), 1 peseta.
—Nuevas cartas americanas (segunda serie), 3 ptas.
—La buena fama, 2,50 pesetas.
—El Hechicero. El bermejino prehistórico. Las salamandras, 2,50 pesetas.
—Dafnis y Cloe (Traducción del griego), 3 pesetas.
—Poesía y arte de los árabes en España y Sicilia; tres tomos, 9 pesetas.
Vega Carpio.—Comedias escogidas.—La estrella de Sevilla.—El castigo sin venganza.—El mejor alcalde el rey, 0,50 pesetas.

VERNE (JULIO).—Obras completas:
—Los ingleses en el Polo Norte, 0,75 pesetas.
—El Desierto de Hielo, 1 peseta.
—Cinco semanas en globo; dos partes, 2 pesetas.
—Viaje al centro de la Tierra, 1 peseta.
—Los hijos del capitán Grant; tres partes, 2,75 ptas.
—De la Tierra á la Luna, 0,75 pesetas.
—Alrededor de la Luna, 1.25 pesetas.
—Un descubrimiento prodigioso, 0,50 pesetas.
—Veinte mil leguas de viaje submarino; dos partes, 2 pesetas.
—Una ciudad flotante, 0,75 pesetas.
—De Glasgow á Charleston, 0,50 pesetas.
—Aventuras de tres rusos y de tres ingleses en el Africa Austral, 1 peseta.
—Un capricho del doctor Ox, 0,75 pesetas.
—La vuelta al mundo en ochenta días; dos partes, 2 p.
—Una invernada entre los hielos; el capitán Cornbutte, 0,50 pesetas.
—Maese Zacarías.—Un drama en los aires (estas dos novelitas encuadernadas bajo una cubierta), 0,50 p.
—La isla misteriosa; tres partes, 3,75 pesetas.
—El Chancellor, 1 peseta.
—Martín Paz 0,50 pesetas.
—El país de las pieles; dos partes, 2,50 pesetas.
—Los grandes viajes y los grandes viajeros, 1 peseta.
—Miguel Strogoff; dos partes, 2,50 pesetas.

VERNE.—Las Indias negras, 1 25 pesetas.
—Héctor Servadac; dos partes, 2,50 pesetas.
—Un capitán de quince años; dos partes, 2,50 pesetas.
—Los descubrimientos del Globo; cuatro partes, 5 p.
—Los quinientos millones de la Princesa, 1,25 ptas.
—Los amotinados de la «Bounty».—Un drama en Méjico (estas dos novelitas encuadernadas bajo cubierta), 0,50 pesetas.
—Las tribulaciones de un chino en China, 1,25 ptas.
—Los grandes navegantes del siglo XVIII; cuatro partes, 5 pesetas.
—La casa de vapor; cuatro partes, 4 pesetas.
—Los grandes exploradores del siglo XIX; cuatro partes, 4 pesetas.
—La Jangada; cuatro partes, 3,75 pesetas.
—Diez horas de caza, 0,75 pesetas.
—El rayo verde; dos partes, 2 pesetas.
—Escuela de los Robinsones; dos partes, 2 pesetas.
—Kerabán el testarudo; cuatro partes, 4 ptas.
—El Archipiélago de fuego; dos partes, 2 pesetas.
—La Estrella del Sur; dos partes, 2 pesetas.
—Matías Sandorf; cinco partes, 4 pesetas.
—Robur el Conquistador; dos partes 2 pesetas.
—Un billete de lotería; dos partes, 2 pesetas.
—Norte contra Sur; cuatro partes, 4 pesetas.
—El náufrago del Cynthia; dos partes 2 pesetas.
—El camino de Francia; dos partes, 2 pesetas.
—Dos años de vacaciones; cuatro partes, 4 pesetas.
—Familia sin nombre; cuatro partes, 4 pesetas.
—El secreto de Maston; dos partes, 2 pesetas.
—César Cascabel; cuatro partes, 4 pesetas.
—Mistress Branican; cuatro partes, 4 pesetas.
—El Castillo de los Cárpatos; dos partes, 2 pesetas.
—Claudio Bombarnac; dos partes 2 pesetas.
—Aventuras de un niño irlandés; tres partes 3 ptas.
—Maravillosa aventura de Antifer; tres partes, 3 ptas.
—Isla de Hélice; tres partes, 3 pesetas.
—Ante la Bandera, 1,25 pesetas.
—Clovis Dardentor, 1,25 pesetas.
—El Esfinge de los Hielos; tres partes, 3 pesetas.

Los precios marcados son para Madrid y á la rústica.





